



JUAN JOSÉ SORIANO LLUCH

# EL TERCER TESTIGO



Círculo Rojo  
EDITORIAL

# EL TERCER TESTIGO

Juan José Soriano Lluch



Primera edición: marzo 2024

ISBN: 978-84-1061-786-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Juan José Soriano Lluch

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo  
Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculorojo.com](http://www.editorialcirculorojo.com)

[info@editorialcirculorojo.com](mailto:info@editorialcirculorojo.com)

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

## DEDICATORIA

No me hubiera sido posible escribir este libro sin la impagable ayuda de mi mujer, la cual siempre ha estado a mi lado, me ha apoyado al máximo, me ha dado ánimos en cada momento y me ha soportado hasta el infinito.

Quiero agradecer a mis padres todo lo que hicieron por mí, dándome una vida muy fácil. A mis queridos y venerados hermanos, a mis guapas cuñadas, a mis preciosas sobrinas y a mi encantador ahijado, junto con sus respectivas parejas y descendencia. También a mi suegra y al resto de la familia consanguínea y política.

Un recuerdo muy cariñoso para los que ya no están con nosotros, pero siguen vivos en nuestros corazones.

Tampoco quiero olvidarme de grandes eruditos que ya no existen (su obra sí) y de los que he aprendido durante toda mi vida, bebiendo de su fantástico legado.

Quiero mostrar mi admiración a Antoni Gaudí por todo lo que nos ha dejado para la posteridad, y por habernos enseñado y disfrutado del modernismo de nuestra bella ciudad que es Barcelona.

Por supuesto, no quiero dejarme en el tintero a otro talento no tan reconocido, pero muy importante para mí, ya que aprendí con él una de mis asignaturas preferidas. Me refiero al urbanismo y al creador de l'Eixample de Barcelona, Ildefonso Cerdà. Merced a él, podemos presumir de tener una de las metrópolis mejor urbanizadas del mundo. Qué fácil resulta moverse por la Ciudad Condal. Si me equivoco, sé que a la manzana siguiente voy a poder rectificar sin temor a perderme, puesto que podré continuar de nuevo mi camino.

Solo me falta recordar al único e inigualable genio de la pintura surrealista, Salvador Dalí. Su arte e imaginación no tienen parangón alguno. Desde luego, no estaba loco porque sabía lo que quería plasmar en sus magníficos lienzos.

Y, por último, a mis amigos de toda la vida, de la infancia y adolescencia, a mis primos y a todos los que me conocen: ¡un millón de gracias!

# ACTO I

## Confinado

*Barcelona, 3 de septiembre del año en curso*

El aroma perfumado del césped recién cortado flotaba en aquella agradable mañana. La vegetación dormitaba, rendida por el aire fresco de la sierra de Collserola. Los rayos de luz perdían fuerza. Amanecía más tarde. El verano acariciaba la piel con los gratificantes reflejos cálidos del Mediterráneo.

Un joven realizaba unas reformas en una mansión cuando, de súbito, se escuchó un estruendo terrible bajo sus pies. ¡Brum!, ¡plum! ¡cataplum!... Se había resquebrajado el pavimento de la planta principal. Cedió la estructura del entarimado. Vaya batacazo que padeció el arquitecto, no se lo esperaba en absoluto y cayó al vacío sin paracaídas. Desapareció de la faz de la tierra. Por lo menos fue un aterrizaje de tres metros en picado. Se movió el edificio motivado por las vibraciones (provenientes del subsuelo), mezcladas con la rotura de diversos elementos del almacén de la vivienda. Debió de ser un movimiento sísmico sin mayor importancia sobre el asentamiento de Barcelona, aunque lo suficiente como para abrirse en canal las entrañas del destartado caserón, pletórico de termitas. El varón quedó aturdido del sobresalto, semiinconsciente. De los allí expectantes, nadie se imaginaba lo que sucedería al cabo de unos segundos. Se detuvo el temblor y se despejó el ambiente.

Entre los cascotes de la novedosa estancia, asomó un hombre tiznado de blanco y cubierto de ceniza, cuya semblanza era la de Papá Noel que regresaba de fiesta y llevaba un pedal de campeonato. Sus primeras palabras fueron:

—¡Joder! ¡Qué porrazo me ha pegado! Qué diantres ha pasado. Agua. Agua, por favor. —Le molestaba la polvareda en la garganta.

Antes de incorporarse, hizo una breve inspección de su cuerpo, de las posibles lesiones. Por suerte, gracias al casco de protección obligatorio en las obras, solo sufrió unas magulladuras. A pesar de la conmoción, estaba tranquilo, demasiado para el tremendo golpe experimentado. Tras un par de minutos, se disipó la niebla formada por partículas amarronadas. Se paralizó el tiempo. Echó un vistazo a su alrededor. Hizo un giro sobre sí mismo para observar el diminuto escondite cuando, de improviso, vio algo extraño en la esquina más alejada. Cogió de su bolsillo una linterna y enfocó. Aquellas pupilas se incrustaron en las suyas con una mirada malévola. Tenía los ojos muy siniestros, tenebrosos, daban pánico.

—¡Maldita sea! Sacadme de aquí. ¡Hay un muerto! —gritó horrorizado el accidentado.

Enseguida sus colegas lo sacaron del tétrico agujero, lo tranquilizaron y curaron sus heridas. Le preguntaron acerca del suceso. Les comentó que se asustó de una tontería, que no le dieran importancia. Más tarde, descendió calmado y confirmó su sospecha. Los cuatro trabajadores se juntaron en torno al socavón para vislumbrar la verdadera dimensión del destrozo y lo que habían destapado.

—Jordi, ¿sabes si este subterráneo es el que esbozaban los planos?

—Creo que no, lo verificaré. Según mis cálculos, solo existía un sótano que iba destinado a bodega y almacén. Pero su dimensión no debería llegar tan lejos, solo ocuparía la mitad de la superficie del proyecto.

—Entonces, ¿por qué esta habitación? —insistieron.

—Eso es lo que me gustaría saber y, sin duda, lo voy a averiguar.

La singular cripta no figuraba en la representación esquemática de la casa, era una especie de habitáculo (sellado a cal y canto) que no se comunicaba con otro espacio. Lo llamativo del caso es que no disponía de ninguna puerta de entrada. No era inusual encontrar aposentos camuflados en este tipo de edificaciones, pero no hasta el extremo de tapiarlo al completo, sin posibilidad de acceder desde el exterior. Se levantó y se selló por la despensa colindante. Tomaron excesivas precauciones para que nada saliera de allí. Surgieron varias incógnitas por resolver.

¿Para qué se construyó? ¿Quién ideó ese enigma? ¿Qué secreto encubría? ¿Cuántas décadas habrán transcurrido hasta la fecha? Lo más probable es que el diseñador ya hubiera fallecido.

Una vez aireada la salita, acomodaron la escalera de nuevo para inspeccionar con detalle el zulo. Parecía una antesala que desprendía un halo de intriga, defendida por un guardián invisible. Bajó el responsable para tener certera perspectiva de la situación. El rectángulo no superaba los doce metros cuadrados. El lugar era angosto, oscuro, húmedo, sin ventilación, con un hedor insoportable a gas nauseabundo, idéntico a un huevo podrido. Lo único que se entreveía era un montón de polvo, arenilla, trastos, andrajos, y arrinconada en el fondo...

—Me cago en mis muelas. ¡Una calavera! Lo suponía —espetó acongojado el explorador.

—¿Te aupamos, Jordi?

—No, creo que solo he descubierto la mitad del acertijo. La otra parte, o sea, la guinda del pastel, corresponde a un viejo baúl que está custodiado por este esperpéntico cráneo.

Se arrimó (con sumo cuidado) para examinarla con mayor detenimiento. El finado mostraba signos de violencia. Le arrancaron ex profeso todas las piezas dentales con alicates o tenacillas. No querían dejar pistas relativas a la identificación del decapitado. Su ocultación, imprescindible. Pertenecía a alguien muy importante, en lo positivo, o en lo negativo. Aunque lo más terrorífico residía en el hueso frontal, justo entre las cejas. Lucía grabada una cruz, persignada, como la firma hecha en una res de ganado vacuno. Usaron un arma blanca bien afilada. Qué mal rollo pintaba ese escenario. Se percibía una atmósfera de ultratumba. La pareja de estatuas inmóviles seguía impassible viendo pasar los lustros. Si hablara la cabeza, seguro que ayudaría a descifrar el misterio que con tanto esmero habían resguardado.

—¿Tardarás mucho en salir? —increparon.

—Subo al instante. Necesito comunicarme con el propietario del palacete.

Como era lógico, la curiosidad mató al gato y pretendía indagar más sobre los enseres y su contenido. Conocer las respuestas a los interrogantes presentados. Primero, habló con sus colaboradores para repartir las tareas, optimizar la jornada y efectuar los cometidos imprevistos y acuciantes...

*Tres horas antes...*

En la franja alta de la ciudad de Barcelona, próxima a la avenida del Tibidabo, se erigía una imponente mansión modernista del siglo XIX. Un enorme cartel adherido al muro de la finca anunciaba una incipiente rehabilitación de la casa. Un saco a cada lado de la cancela (destinados a almacenar los escombros) ejercía de fiel guardián. Pegada a la valla, se hallaba una vieja furgoneta estacionada en el vado. De su interior salieron cuatro personas, el joven arquitecto Jordi Segarra y su cuadrilla formada por tres operarios. Ellos serán los encargados de restaurar

gran porción de la vivienda, baños, cocina, cambiar el suelo e instalaciones eléctricas, sustituir las vigas de madera, pintar las paredes y fachadas, etcétera.

Su pequeña empresa les permitía tirar hacia adelante sin grandes problemas, no les escaseaba la faena. Habían conseguido crear su pequeño nicho de mercado. Su sello de calidad, presupuestos ajustados a un precio asequible, estaba reconocido dentro del sector.

Hoy comenzaban en otro inmueble, por lo que madrugaron más de la cuenta para trasladar las herramientas y aparejos. Parecía una reforma de lo más habitual, «relajada»; pero no, no tenían ni idea de cómo acabaría la jornada.

—Bueno, chicos. Ya sabéis. Tenemos que dar una buena imagen a los dueños porque así hablarán bien de nosotros. Quiero que dejemos todo limpio al finalizar y despejado de utensilios. Evitaremos posibles accidentes y empezaremos el alba con un subidón de buen rollo.

No hacía falta más demora en la reunión informativa porque se conocían desde la adolescencia. Dieron una vuelta alrededor de la parcela para ver mejor la majestuosa residencia y detectar los deterioros. Constaba de dos niveles, buhardilla y bodega. No era muy grande en su totalidad, unos 150 m<sup>2</sup> por piso, más el jardín. El responsable distribuyó las tareas, divididas en dos parejas, una la mandó a la parte superior para derrocar los aseos, tuberías, canalizaciones, pavimento, zócalo, algún tabique, etcétera (acostumbrados a esta labor engorrosa). Se trataba de una transformación global, cuestión que les daría para varias semanas de ocupación. Era preferible demoler desde el punto más elevado para que la densa nube del material derribado se encaminara hacia arriba con lentitud y de este modo inhalarían oxígeno más saludable.

El mandamás junto al otro obrero se quedaron abajo. Sacó los dibujos de su carpeta, empezaron a marcar y tomar medidas, e hizo un croquis con las modificaciones que sugirió a los clientes. Dejó a su compañero señalar el nuevo tramo de la escalera —peldaños más cómodos— mientras él se dirigía al rincón más alejado del casoplón para realizar unos cambios en el circuito climatizado, cuando, de repente, fue engullido por la cámara secreta...

## Burocracia

La conversación comenzó con el saludo típico matinal.

—Buenos días. ¿El señor Tarragó?

—Sí, ¿quién es?

—Jordi, el arquitecto de la avenida del Tibidabo.

—Ya te he reconocido. ¿Algún problema con la obra?

—No, no se preocupe. Perdona las molestias. Resulta que hemos sufrido un pequeño incidente. Se lo resumo con brevedad. A raíz del zarandeo de esta mañana, se ha desplomado el suelo de la planta principal, me ha tragado con un leñazo de mil demonios y han aflorado dos objetos. Pero tranquilo, como íbamos a cambiar el embaldosado...

—Ya imagino el motivo —interrumpió al joven—. ¿Me quieres pedir una derrama por los desperfectos?

—Claro que no, tampoco ha sido un gran estropicio. El boquete lo arreglamos. El presupuesto no se va a modificar, se mantendrá lo pactado. Yo corro con los gastos extras. Le doy mi palabra.

—Estupendo, eso ya me agrada. Al grano que voy con prisa. ¿Qué es lo que ibas a preguntarme?

—Le explico. En esa habitación tapiada han emergido dos trofeos, un cofre cerrado por un candado oxidado, mucha suciedad, muebles, ropas viejas..., y una calavera.

—¿Una calavera?! ¡Mal fario! Mal presagio traerá esa cosa —refunfuñó el dueño.

—¿Desea contemplarla?

—¿Tú estás loco? En absoluto. No me apetece las energías negativas y menos donde ha fallecido una persona, sin darle cristiana sepultura.

—¿Requiero a los Mossos d'Esquadra?

—Me parece acertado. Estoy en una reunión. Haz fotografías. Cuando se vayan los agentes, me avisas y me acercaré. Deshazte de ella. Del sarcófago ya dialogaremos.

Los inspectores (vestidos de paisano) se presentaron en un santiamén. Exageró el constructor y pensaron que se trataba de un flamante cadáver. Vieron la escena y se colocaron los guantes de látex. Por su experiencia, interpretaron que pertenecía a un varón con más de un siglo de vivencias, el cual fue torturado para no dejar rastro. Las marcas eran evidentes. Capturaron unas imágenes del emplazamiento antes de confiscarla, y manifestaron:

—La Científica no vendrá, no será necesaria. Cualquier presunto delito ha prescrito debido a la antigüedad de la caja ósea y los posibles sospechosos estarán bajo tierra. Por cierto, ¿tienen la llave del baúl?

—No, señor. Esperamos al patrón.

—Conforme, no se alarmen. Todo apunta a algún tipo de ritual, fetichismo... No habrá caso. No obstante, en comisaría los peritos forenses querrán realizar pruebas. Si encontraran otras muestras relevantes, nos informan.

Se marcharon raudos, sin ganas de perder más tiempo allí. Acto seguido, cumplió las órdenes y transmitió al jefe las conclusiones de la visita.

—Te lo repito, Jordi. No quiero saber nada de ese difunto. Si apareciera dentro del arcón, joyas o dinero, me lo indicas de inmediato. Lo mejor es que contactes con el padre Cebrián de la archidiócesis, ubicada en la catedral de Barcelona. Él es el administrador, puesto que yo solo soy el arrendatario de la casa —sorprendió al contratista—, y no tengo los derechos de esta. Además, es abogado y apoderado del patrimonio de la Iglesia católica. Su teléfono es el 933 01...

—Comprendido, así lo haré. Aunque la verdad, preferiría que le echara un vistazo a lo hallado. Cinco minutos serían suficientes y no le molestaría más.

(Pausa).

—Vale, me has picado con el gusanillo del fisgoneo. Me faltan por solucionar dos gestiones este mediodía y me aproximaré. Déjame una hora para arribar.

—De acuerdo, señor Tarragó, aquí lo aguardaré.

El responsable de la cuadrilla (para adelantar faena) quiso utilizar un plan B, su colega David, pero necesitaba la autorización celestial. Los segundos volaban. Aprovechó para limpiar, adecentar aquel minúsculo espacio cercado, casi irrespirable, sin conexión con el exterior, con un olor tan denso y repulsivo que se podía cortar con un bisturí y retener en el cubilete de un quirófano. Tal como acordó con el ocupante de la villa, llamó al religioso.

—Buenos días, ¿es el arzobispado de Barcelona?

—Sí. ¿Qué es lo que deseaba?

—Me gustaría conversar, por favor, con el padre Cebrián.

—¿De parte de quién?

—Mi nombre es Jordi Segarra, el restaurador de la obra de la avenida del Tibidabo —reiteró las explicaciones anteriores.

—Entendido, le paso.

La tardanza no fue en demasía. Tuvo suerte.

—Al habla Cebrián.

—Hola, soy el encargado de la reforma de la mansión modernista situada en el barrio de la Bonanova.

—Correcto, me sitúo. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Se lo abrevio. Esta mañana, acabábamos de empezar con la distribución de los quehaceres, cuando hemos padecido un accidente. A consecuencia de la sacudida, se ha horadado el suelo y he caído a la fosa del subsuelo. Entonces, se ha personado (del inframundo) una vetusta arca. Por fortuna, solo tuve heridas superficiales y no hubo grandes pérdidas materiales.

—Me alegro mucho de que el trompazo solo le haya provocado a usted una leve conmoción.

—Se lo agradezco. A propósito del percance, charlé con Tarragó sobre lo acontecido y me otorgó su permiso para ejercer con ella lo que considerase oportuno. En el supuesto de que se hallaran en su interior joyas o dinero, debería comunicárselo. Sin embargo, quedó en venir a verlo ahora.

—Perfecto —respondió el letrado—. El señor Tarragó regenta desde hace varias décadas esa vivienda y algunas más. Por tanto, lo que diga él va a misa, permítame la muletilla. También quisiera añadir un matiz que conoce el inquilino, y es que si descubriese algún objeto valioso, correspondería en exclusiva a la Iglesia católica, no para el que la habita. Ah, antes de que se me olvide, si surgiera otro problema o complicación en la casa con respecto al derecho del usufructo, no dude en requerir a nuestro representante legal, el abogado Vilardell del bufete Mackenyo. Muchas gracias, señor Segarra, por informarnos.

—No hay de qué, padre Cebrián.

En ese preciso instante entró en juego su mejor amigo, David. De profesión, investigador «casi privado», como solía definirse. Un poco cabra loca, nada disciplinado, no le complacían las rutinas cotidianas de la mayoría de los mortales, ni los compromisos ni las ataduras. Eso sí, poseía un ilustre olfato. Comenzó a estudiar ingeniería, no era un virtuoso proyectista y lo dejó en el primer curso. A continuación, se alistó en la academia de suboficiales de la Guardia Civil, siguiendo la estela de su progenitor, Jaume Gautell.

Se criaron juntos hasta la llegada a la universidad. Salían en pandilla los fines de semana y viajaron fuera de Cataluña en sobradas ocasiones. Con el tiempo, Jordi oficializó su noviazgo con Mireia, y estuvo más atado debido a la estricta vigilancia de su suegro, el cual se preocupaba por su hija, la niña de sus pupilas. Ahí se distanciaron una pizca, por lógica. Ambos compinches se comprendían a la perfección, compartieron sus momentos más felices, se apreciaban un montón y se respetaban con suma admiración.

El técnico disponía de incontables facultades para sacarse la carrera con magnas calificaciones. Terminó arquitectura con 25 años y enseguida encontró trabajo en el sector. Hombre afable, inteligente, de origen humilde, sumiso, conservador, vivía en una zona de confort que le funcionaba de maravilla. Por ello, le faltaba una chispa de coraje o aventura.

El sueño de Jordi sería edificar un pequeño hostel en la Costa Brava, educar a un par de hijos al lado de su mujer, Mireia. Pescar y disfrutar del Mediterráneo.

David era más inquieto, rebelde, desorganizado, inconformista, observador y muy perspicaz. Le entusiasmaba su libertad, pero debía labrarse un futuro. Por ende, y aconsejado por su padre, decidió incorporarse al Cuerpo de la Guardia Civil, la tercera generación. Al final, lo consiguió e ingresó, aunque su espíritu trotamundos y una nefasta racha le obligaron a abandonar al cabo de tres añadas. Después, tanteó la manera de ganarse las habichuelas por medio de chapuzas, sin horario ni calendario. Su familia no aprobaba su actitud frente a la vida, cuestión que le recriminaron en múltiples circunstancias. Por suerte, con el devenir de las etapas, descubrió que su auténtica vocación iba encaminada a husmear, o sea, investigar.

La quimera de David, sentar la cabeza de una puñetera vez, madurar, formalizar un hogar con una intrépida amazona, peregrinar y dar la vuelta al globo terráqueo en busca de misterios y tesoros sumergidos en el mar.

Referente a su fisonomía, los dos se parecían bastante. Treintañeros atractivos. Podían pasar por primos o hermanos. Cabello moreno y tez bronceada. Llevaban el pelo cortado por el mismo estilo y rapado por los laterales. Altos, delgados, alrededor del 1,85 m. David guardaba cierta similitud con Antonio Banderas e hipnotizaban sus ojos castaños bañados en miel. Se cuidaba mucho y le encantaba hacer deporte. Estaba fibroso, un genuino cachas. La diferencia con su compadre era su sempiterna barba incipiente de siete días (motivada por la pereza). Jordi, por el contrario, iba siempre rasurado (rostro barbilampiño) como el culo de un recién nacido y tenía unas enormes retinas negras como el azabache.

Confiaba en él, así que lo llamó. No pretendía estar solo al abrir aquel diamante «en bruto» tan fascinante y enigmático.

—Hola, huevón.

—Hola, Pepe Gotera, destrozos a domicilio —replicó con ímpetu, el soltero soñador.

—¿Cómo andas, amiguete? Fenomenal. Amarrado a la cama, amenizado con mis bostezos vespertinos y los de los vecinos.

—Qué bien vives, ceporrín. Curras menos que el nudillo del dedo gordo —le envidiaba el constructor.

—La verdad es que no me quejo.

—Tío. No te lo creerás. He destapado una especie de reliquia escondida que fliparás en tinta china, es como la piedra filosofal, el Santo Grial, o qué sé yo.

—Jordi, ¿estás seguro de que no te has tomado esta mañana una bebida espirituosa? O, quizá, ¿no habrás discutido con Mireia o peleado con tu suegro?

—No, ¡qué va! Es algo potente. Tengo que enseñártelo con urgencia, te cagarás del gusto.

—Será mear, capullo.

—Bueno, lo que prefieras. Ven rápido, por favor.

—Menudas prisas.

—No me falles. Tómate un café cargadito y acércate antes de que aterrice el inquilino de la mansión. Te envío por WhatsApp la localización del inmueble, próximo a la avenida del Tibidabo.

—Vale, cabroncete. Me pongo los gayumbos, pillo un taxi y acudo en un periquete.

—Cojonudo, acabaré de recoger la porquería y acicalar la guarida.

Solo transcurrieron veinte minutos. Asomó el hocico por el vestíbulo del palacete y comenzó a gritar.

—¡Arqueólogo! Guíame.

—¡Aquí! Tira recto hasta el fondo del salón.

Todavía seguía visible parte de la neblina causada por el orificio inesperado del forjado sobre vigas de madera centenarias. El olor a rancio y enrarecido se palpaba en el ambiente encapotado del nuevo espacio desenterrado, junto a los escombros amontonados por doquier.

—¡Hostias! La que habéis liado. ¿Rastreabais petróleo en Barcelona, o se os ha ido la piqueta?

—Déjate de puñetas y baja por el agujero.

—Sí no divisó un carajo, hombre, ¿quieres que me rompa las narices?

—No sufras, la brecha está apuntalada. He saneado un pelín la estancia porque entre los cascotes, la arena y el polvo, no se avistaba ni un palmo.

El investigador no se lo pensó mucho. Se mantenía en una espléndida forma física y en dos saltos (con la ayuda de la escalera) se posó en el foso de la cámara. El contratista le relató lo sucedido y David se percató en un tris de la magnitud del incidente.

—Joder. Cuánta mierda. Huele peor que el sobaco de Satanás.

—Atiende, compi. Mira en el vértice de las dos esquinas. —Señalaba con el índice el arquitecto.

—Ya veo. Es un viejo baúl, pero tú tienes la pinta de haberte pegado un tortazo del copón. Si es que eres más torpe que los guantes de un astronauta en un quirófano.

—No te preocupes por la caída, son unos cortes insignificantes. Ahora deseo que te centres... ¿Notas algún factor extraño en estas cuatro paredes?

—En efecto, sí. Dame un instante... ¡Hum! ¿Dónde está la trampilla para descender o la puerta de acceso?

—Muy avisado, querido Watson. He ahí el meollo de la cuestión. No se puede entrar ni salir, es una habitación sellada.

—Observo que es una construcción arcaica, con la intención premeditada de que no se abriera desde el exterior. Supongo que se edificó con anterioridad a la planta principal.

—¡Equilicué, David! Se realizó con extremado cariño. Por tanto, si no dispone de un paso directo, es que existe alguna razón que desconocemos.

—Lo único que sé, estimado Jordi, es que no interesaba que se supiera el contenido de estos

tabiques, que no viera la luz, que persistiera sepultado por los siglos de los siglos (*in saecula saeculorum*). Algo demasiado importante para guarecer con tantas medidas. Creo que estamos delante de un caso supertrascendental, un oscuro jeroglífico que resolver. Huelo a gato despeinado, a chamusquina.

—Hala, ya estás con tus acertijos y conjeturas sombrías del CSI.

—¿No te apostarás nada, albañil con galones?

—Idiota. Pues menos mal que no te he narrado el primer descubrimiento, que fue el de una calavera, la cual salvaguardaba al cofre...

—¿¡Cómo!? Cuenta, cuenta.

Le explicó toda la película a partir del inicio y alucinó con peces de colores. Sin duda, lo que allí se hallaba poseía un cuantioso valor o escondía un gran misterio que deberían indagar.

—A propósito, será mejor subir a recibir al amo (puntual como un reloj suizo) y darle una buena impresión al ver este desaguisado.

—Adelante, antropólogo.

No había discurrido ni una hora desde la cita telefónica cuando apareció en escena el patrón montado en su fantástico vehículo. Antes de que se apeara del coche, los dos compadres se quedaron pasmados al escuchar la impecable puesta a punto del sigiloso motor —firma alemana — que conducía el arrendatario de la casa.

## Maestro

—Buenos días, Jordi, sabes que tengo apremio. Veamos pronto el bendito bargueño y desvelemos el secreto de una vez.

—Perfecto. Permítame que le ayude a bajar hasta el sitio donde se ubica y así evitar riesgos. Ah, por favor, póngase el casco de protección.

—De acuerdo, échame un capote y llévame a la pieza clave.

Tarragó era un varón de estatura media, portaba gafas, cabello moreno con bastantes entradas y corpulento con sobrepeso. Por ese motivo, lo descolgó despacito, con mucha cautela, peldaño a peldaño, supervisado por la brigada de operarios. Agarrado firme a la escalerilla (igual que un diputado a su escaño), consiguió tocar tierra en un plis plas.

—¡Uf! Vaya inmundicia. Apesta a putrefacto.

—Discúlpeme, no he podido acondicionar al completo este desbarajuste.

En el suelo del habitáculo destellaba el armatoste de madera maciza, un objeto en apariencia poco valioso y deslucido, con una tangible similitud al de la isla del tesoro. La tapa estaba arqueada, atrancada con un candado oxidado y una vetusta cerradura con solape de metal. En los laterales, brillaban dos asas cinceladas, útiles para desplazarlo. Además, quiso mostrarle la foto del cráneo requisado y la postura en la que capitaneaba y protegía a la antigualla, pero no le entusiasmó la propuesta y ni se atrevió a ojearla (supersticioso).

Jordi se remangó y colocó en óptima posición el arcón para revelar qué era lo que tutelaba y guardaba en sus entrañas. Entretanto, tres metros por encima, su amigo David observaba con detenimiento la abertura de la grieta recién originada. El constructor probó doblregar el precinto mediante unos golpes de martillo, y nada. Después, utilizó una palanca, e ídem, ni un ápice de éxito. El enigma permanecía bien custodiado. Los nervios iban en aumento y jugaban en su contra. Hoy no acertaba. Mosqueado al máximo, cogió un enorme destornillador y tampoco hubo suerte. El inquilino comenzaba a inhalar con excesivo ímpetu, debido al espeso oxígeno acumulado en el aposento. No había manera de descifrar la incógnita de la robusta cómoda. Frustrado, el industrial miró hacia fuera con una visual cómplice dirigida a su colega.

—David, tú que eres un maestro en el arte de la cerrajería fina, ¿querías echarnos un cable?, si lo autoriza el responsable de la propiedad.

—Concedido, ya me estoy agobiando.

—Ningún problema. Un placer. De hecho, lo deseaba con deleite. Va por ustedes —brindó a los asistentes mientras se frotaba las palmas.

Veía una presa fácil con sus ojos embelesados. De un brinco se coló en el incipiente boquete de la zona alta de Barcelona. Sacó de su riñonera varios utensilios, en concreto, una ganzúa, un martinete, un alicate y un miniatornillador. Lo primero que intentó fue abrir el cierre antediluviano. ¿Cómo? De la guisa más lironda. Apoyó el candado sobre una base pequeña de acero (la propia lengüeta de la tapadera servía) y le practicó un certero impacto con el mazo por el mismo lado de la apertura. ¡Clac! Desbloqueado. Libre. A continuación, puso una cara de felicidad al enfrentarse al mecanismo de cerramiento que faltaba por destapar (comparable a la de un erudito doctor). Olvidó todo a su alrededor e inició giros precisos y minuciosos, cual

diestro ladrón de bancos se terciara. En menos de treinta segundos; izquierda, derecha, centro, arriba y abajo, sonó el tan esperado ¡clic! Listo, quedó resuelta la intriga.

De repente, un sosiego se apropió de los presentes. Se respiraba una tensa calma. Por un lapso se paró el mundo, ninguno musitó palabra alguna ni se arriesgó a buscar en su interior. Pasaron unos sucintos momentos con las retinas fijadas en ese mueble abandonado por la historia. No tenían ni idea de su origen ni de su dueño. Los fisgones sospechaban en su mente que su procedencia sería de algún lugar espiritual. Solo se divisaba en el lateral una sigla grabada (medio borrada) con la letra *T*, y otra —ilegible y raspada— que podría tratarse de una *I*, *F* o *P*. Para culminar su descripción, destacaba una cruz esculpida en la parte superior.

La atenta mirada del rocambolesco trío de personajes taladró el jugoso artefacto y desmenuzó con la imaginación cada uno de los enseres anhelados. Como no podía suceder de otra forma, al ver que nadie opinaba ni movía un dedo, David decidió entrar en acción y alzar a lo bestia la inescrutable cubierta.

(Silencio).

A simple vista, se distinguían distintos objetos variopintos. La faz de asombro se apoderó de ambos aliados. Gozaban del semblante de dos niños frente a un sabroso pastel. Se miraron y barruntaron al unísono:

—¡Guau! Qué maravilla hemos descubierto.

Fue lo único que se escuchó en el sótano. El atento adinerado ni se inmutó. Comenzaron con el recuento del inventario. Partidas de bautismo, documentos de la archidiócesis de Barcelona, certificados redactados a mano acerca del sacramento de la Confirmación, misivas de feligreses que realizaron el cursillo prematrimonial, defunciones, rúbricas de testigos de bodas, instantáneas de famosos de la época, una lámina de san Pedro..., y la sotana de un monje.

Nada significativo de valor monetario y sin interés histórico. Muy probable que perteneciese a un clérigo, o quizá, material conservado por un devoto. La coyuntura se alargaba. Al arrendatario le salía humo por las orejas, estaba bastante harto y cabreado por la pérdida de tiempo en aquella ratonera maloliente, por lo que no aguantó y estalló de estampía.

—¡Jordi! Me encuentro demasiado cansado. Mejor será que lo vuelques para que le eche una ojeada e iremos mucho más rápido.

*Ipsa facto*, sugerido y aceptado. El contratista, ayudado por su amigo inseparable, vació de prisa la totalidad de elementos hallados, donde surgieron otras pertenencias.

Sermones de misa, recordatorios de fallecidos, obituarios, esquelas mortuorias, cartas de parroquianos, salmos, alabanzas, estampas de la Virgen María y de La Moreneta, un crucifijo de roble, fotografías antiguas del poeta Joan Maragall i Gorina, del obispo y escritor Josep Torras i Bages, del sacerdote y poeta Jacint Verdaguer i Santaló. El conde Eusebi Güell i Bacigalupi, empresario y político español, más conocido por ser mecenas del arquitecto modernista Antoni Gaudí i Cornet. Imágenes de la basílica de San Pedro, la Sagrada Familia, la catedral de Notre Dame y la última en salir, una cogulla de color negro, que es la túnica con capucha que conforma la indumentaria de determinadas órdenes religiosas; como es el caso de los benedictinos, la cual es utilizada en la liturgia católica. Una vez desocupados los adminículos por completo, comparecieron los ruegos y las preguntas.

—Señor Tarragó, ¿le gustaría apropiarse de cualquiera de los efectos esparcidos bajo sus pies?

—No, Jordi, no me importa en absoluto el contenido de este cutre sarcófago. Solo si hubiera joyas o dinero, pero por lo que veo es basura y ausencia de provecho económico. Qué valiosos minutos he perdido por vuestra culpa. Si apareciesen más tonterías en esta santa casa, por favor,

no me incordiéis de nuevo. —Grabaron la conversación los dos rastreadores, por seguridad, sin consultárselo.

El inquilino no se despidió, se marchó enojado y refunfuñando, pese a que sí otorgó su consentimiento relativo al cofre, en términos legales.

Al cabo de un mes, los Mossos d'Esquadra llamaron al padre Cebrián y al morador de la mansión para informarles sobre el análisis realizado a la calavera cuya identidad se desconocía, imposible por antaño. El resultado concluyó con la teoría «ambigua» de un posible asesinato con alto grado de violencia. Según los expertos forenses, la cabeza humana databa al menos de un siglo de antigüedad. Por ende, prescrito. Los agentes de la ley cerraron y archivaron el expediente. No se implicaron ni una pizca. El alquilado se lo comunicó al constructor y este, por amistad, se lo trasladó a su colega.

Los muchachos se quedaron solos en la caverna, decaídos. Faltaba recoger el mercadillo improvisado y asumir el ridículo mostrado en presencia del ricachón.

—Qué imbéciles somos. Qué gilipollas. Qué cagada —se abroncaba a sí mismo el técnico de la reforma aunque empleara el plural.

—Tranquilo, no te enfurezcas. De todo desastre se aprende. A propósito, ¿has registrado la charla? —quiso su compinche restar importancia al desencanto.

—Por supuesto, uno es precavido.

—Yo también la he capturado en mi fiel grabadora, acompañante en todas las pesquisas.

Los jóvenes estaban decepcionados porque sus expectativas se acabaron en un periquete. Tanto misterio para no llegar a buen destino. Se ilusionaron incluso antes de colocar el anzuelo con el cebo. Al final, no hallaron nada cautivador. Tardaron unos segundos para recomponerse y borrar la frustración sufrida.

—Jordi, ¿qué te parece si me lo llevo al piso y allí, sin prisas, examinaría las piezas con mayor detalle?

—Ningún problema. Dedícale las horas que necesites, tú eres el versado, confío en tu pericia. Estoy convencido de que el acertijo no ha finiquitado, hay gato encerrado. Nadie se toma tantas molestias para encubrir un viejo bargueño. Si quieres, te acerco. Tengo el coche en la puerta —se ofreció con gusto.

—Estupendo, magnífica idea. Anda, échame un cable, que pesa tres toneladas y media.

Al levantarlo y moverlo durante un breve espacio, sucedió algo inesperado. Todavía no habían salido de la vivienda cuando Gautell señaló con su índice un gesto para dejarlo en el pavimento del zaguán. Tuvo una intuición. Perspicaz y explorador en montones de aventuras, comenzó a dar diversos toques con sus nudillos alrededor del sólido baúl, ¡toc!, ¡toc!, ¡toc!, hasta que exclamó:

—Aquí noto un sonido hueco.

Persistió con sus golpes para delimitar el lugar exacto de la hipotética guarida, ¡toc!, ¡toc!, ¡toc!

—¿Y eso qué significa?

—Que no hemos sido muy avezados. Sigo pensando que existe alguna razón oculta en este armatoste, la cual, si escudriñamos de manera escrupulosa, nos desvelará complacida su verdadero secreto.

Por segunda ocasión, correspondía sacar de la chistera la magia y destreza de David. Lo observó, palpó, giró cuantiosas veces... y, tras un meticuloso lapso, ¡bien!, descubrió un doble fondo en la parte inferior del arcón. Una palanquita de madera casi imperceptible «mimetizada con idéntico color» era la llave para destapar la tan deseada adivinanza. Solo fue necesario un sinuoso tirón de la maneta hacia fuera para oír música celestial. ¡Clac!

Frente a ellos emergieron dispares componentes insospechados. Ver la fascinación en sus rostros no tenía precio. Bella instantánea immortalizada con los aventureros delante de un succulento helado de mil sabores.

Con anterioridad, Jordi grabó el audio del padre Cebrián, en el que tampoco puso objeción al requisito de Tarragó. Además, efectuaron otro vídeo *in situ* (por garantía) mientras se desenmascaraba el jeroglífico del tenebroso escondrijo.

«¡Guau! ¡Eureka!» fue lo singular que se escuchó. Cada trozo del puzle se visualizaba con la precaución de un cirujano en la mesa del quirófano.

Por ejemplo, ciertas cartas antiquísimas donde se divulgaban nutridas intimidaciones:

«No continúe con su obra, o morirá». «No se trata de una advertencia, es una amenaza real de muerte». «Como hizo caso omiso a nuestras amonestaciones, se arrepentirá». «La mano de Dios es firme, se lamentará». «Se agotó su tiempo, pagará con su vida».

Junto con estas, apareció un croquis a mano de varias avenidas de la localidad, la foto de un personaje muy célebre, un manuscrito destrozado por el paso de las décadas, etcétera. El conjunto de lo encontrado evidenciaba el nombre del referido.

No hicieron falta más vocablos. Se miraron los dos asombrados y asintieron con la cabeza: «¡Es él, el maestro!».

## Barcelona, 1926

La preciosa Ciudad Condal amanecía bañada y acariciada por el plácido mar Mediterráneo, tal como lo ensalzaba Joan Manuel Serrat en su famosa canción. Erigida como baluarte del movimiento modernista catalán, se aposentaba en un gigantesco tablero rectangular, formado por una infinidad de manzanas (calles), cuyas dimensiones eran las de una cuadrícula de 100 metros de ancho por 100 metros de largo, lo que equivaldría a una superficie de una hectárea cada una (10 000 metros cuadrados). El total de la infraestructura configuraba el prestigioso distrito de l'Eixample (el Ensanche), concebido y diseñado por el ingeniero de caminos, canales y puertos Ildefons Cerdà i Sunyer. Escoltada por los dos ríos que la abrazaban, Besos y Llobregat, supo unirlos para que prosperara el comercio a través del tráfico de los mercaderes; y protegerla mediante la sierra de Collserola y la montaña de Montjuïc.

La llegada de la Revolución Industrial trajo consecuencias relevantes: la mecanización del trabajo, la aplicación de la ciencia y tecnología, que permitió el invento de máquinas que mejoraban los procesos productivos, los cambios en la estructura económica y social y el éxodo masivo de habitantes de las zonas rurales hacia la metrópolis generaron el pertinente crecimiento y la precarización de las condiciones de vida. Los adelantos más innovadores se elaboraron en el campo de la energía eléctrica, el ferrocarril y las telecomunicaciones.

En aquel período, la lucha de clases, la concienciación de los obreros y campesinos, con el consiguiente incremento de su capacidad de movilización, agudizaron los conflictos. Las posiciones de patronos y asalariados se vieron más enfrentadas todavía. Ante las demandas del proletariado, las acciones del Gobierno (escasas e insuficientes) no aportaron soluciones viables; los problemas monetarios aumentaron, al igual que el paro, y los precios se dispararon al alza. Como reflejo de la pésima gestión de la Administración, en plena dictadura de Miguel Primo de Rivera, los ciudadanos empobrecieron a sobrada velocidad. No obstante, se mantuvo en funcionamiento la actividad textil, además de otros sectores de transformación, como las imprentas, o los bienes de consumo (zapatos, gayatas, cintas, pasamanería, etc.).

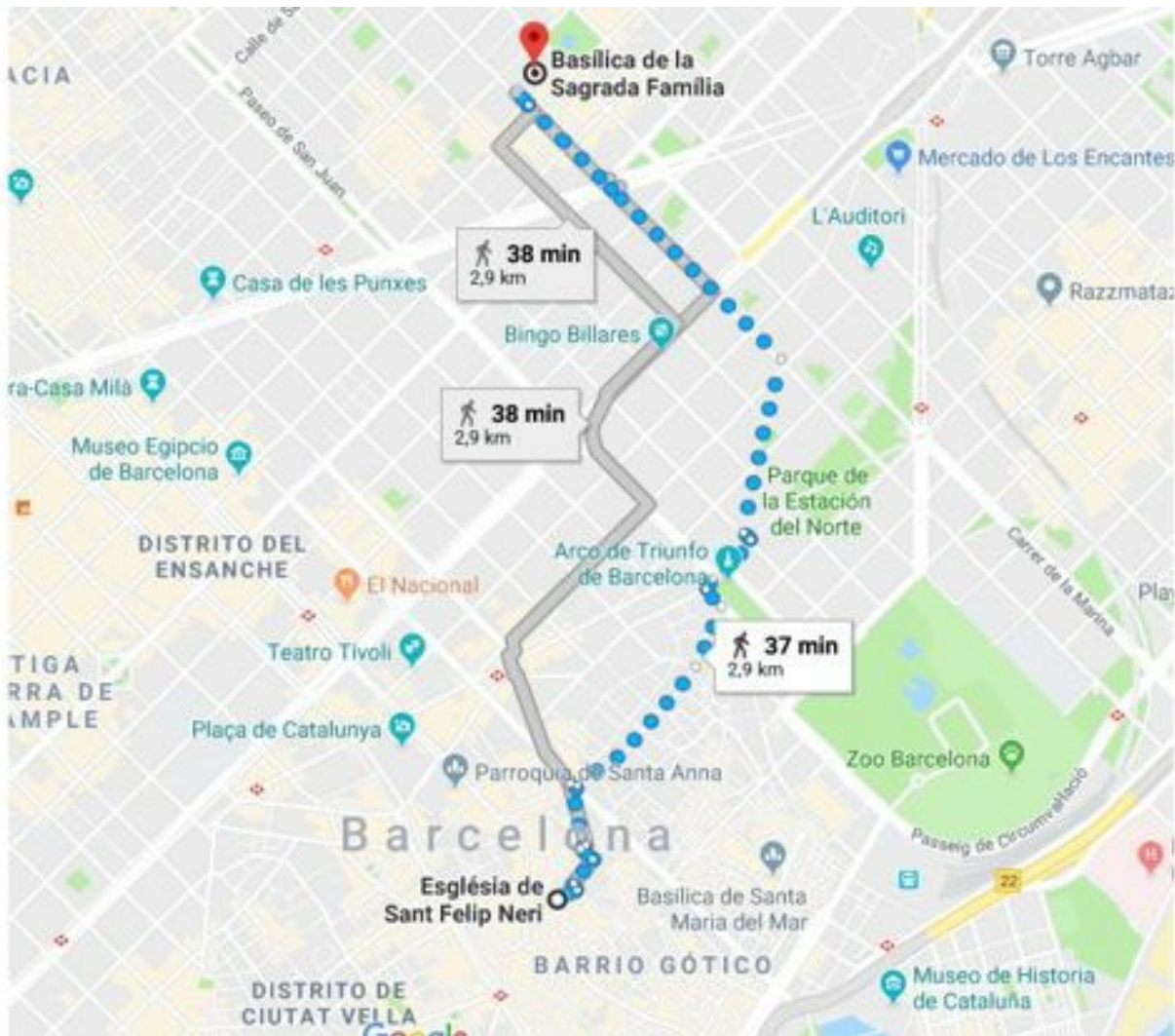
También cabría destacar que uno de los acontecimientos más asombrosos de la época fue el raudo ascenso de la edificación de la Sagrada Familia y la proyección a nivel mundial de la afamada escolanía «fundada en el siglo XIV» de la abadía del monasterio de Montserrat, donde, como dato anecdótico, reside en la actualidad el monje benedictino más longevo de Cataluña, el cual supera los ciento diecinueve años.

Entretanto, la capital cosmopolita se preparaba para la próxima Exposición Internacional de Barcelona de 1929, promovida por el arquitecto Josep Puig i Cadafalch, en la que se pretendía transmitir al exterior la imagen de vanguardista, en conexión con la tendencia europea. Se desarrolló gracias a la creación de tres notables bloques temáticos: potenciar el progreso y la industria, fomentar el arte y difundir el deporte..., lo que supuso una colosal repercusión urbanística en los distritos de la urbe.

*Barcelona, 7 de junio de 1926*

Rondaban las seis de la tarde. Día soleado sin nubes, la humedad relativa del 60 % y 22 °C de agradable temperatura. No resultó ser un crepúsculo cotidiano, ni mucho menos. Ocurrieron ciertos sucesos, que pudieron alterar el rumbo natural de la historia.

Se vislumbraba un señor mayor, «setenta y tres años», con cabellera y barba blanquísimas (de joven era rubicundo con ojos azules), faz morena y piel bronceada. Humilde en su vestimenta, ataviado con un deslucido sombrero y desaliñado en su envoltura de pobreza. Ensimismado, paseaba ayudado por un bastón —con taco de goma— a causa de su artritis crónica. Todas las jornadas, después de faenar, se iba a la iglesia de Sant Felip Neri, situada en el barrio gótico, para hacer sus devociones y charlar con su director espiritual, el mosén Agustí Mas i Folch.



Recorrido simulado del maestro  
<https://www.google.es/maps/>

Leal a su ruta habitual, salió de su morada para realizar a pie (movía las piernas por cuestión de salud) el itinerario de unos tres kilómetros hasta la llegada. Pero antes de marchar, como última orden, impartió: «Mañana venid temprano, que haremos cosas muy bonitas».

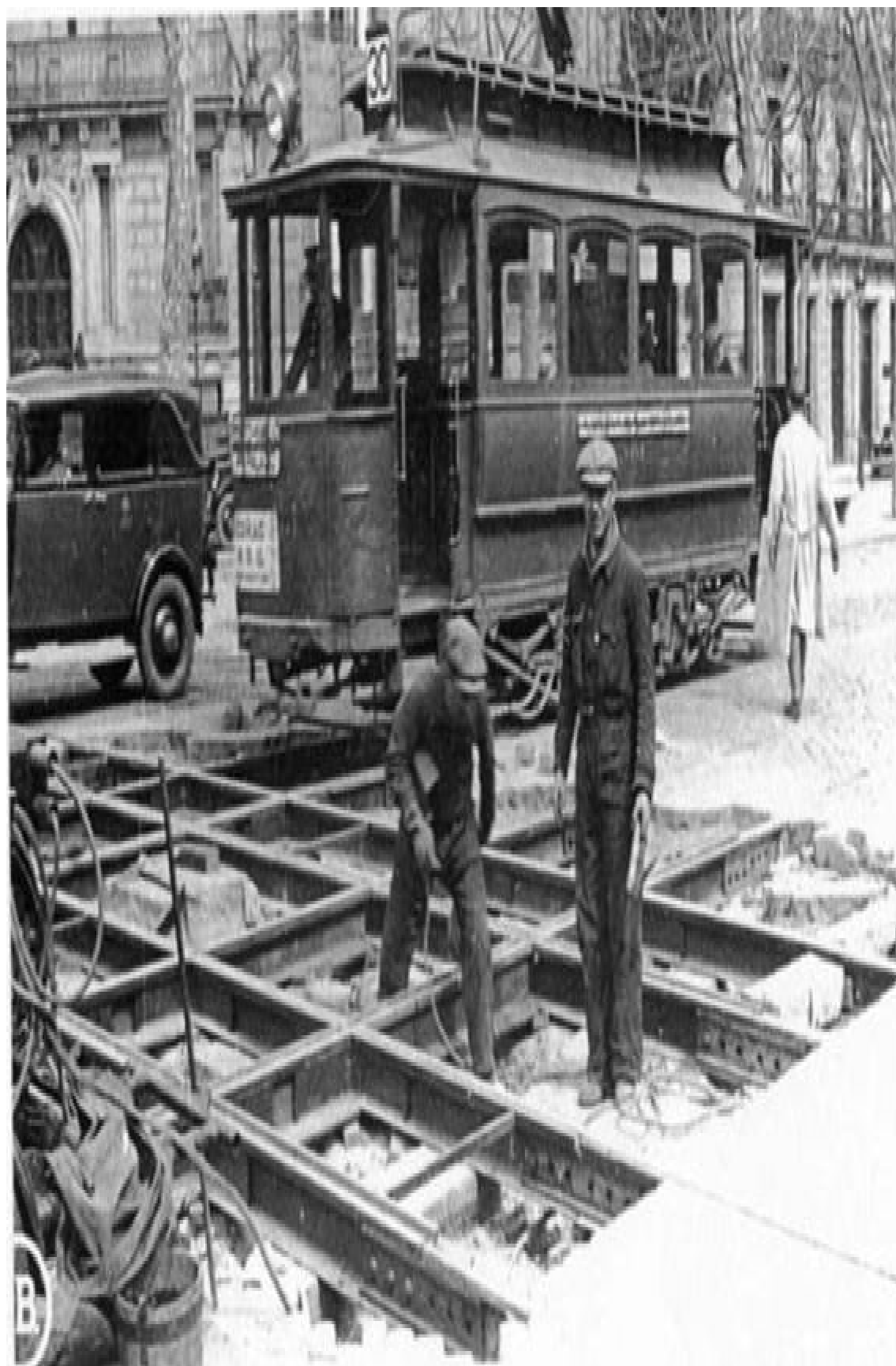
Bajaba por la calle Bailén, orientación hacia el Mediterráneo, dispuesto a atravesar la Gran Vía de las Cortes Catalanas. Cruzó los rieles de la calzada central donde quedaba un espacio (mínimo

de seguridad) entre ambas vías. Al percatarse de la cercanía de un tranvía proveniente de su derecha (calle Girona) con destino a la plaza Tetuán, se sobresaltó (probablemente por distracción) y se echó para atrás, con tan mala fortuna que fue embestido por otro vagón que transitaba en sentido contrario, de su izquierda, que venía de Tetuán con dirección a la plaza de Cataluña. El maquinista se detuvo unos segundos, los precisos para apartar al presunto vagabundo. Ni se inmutó, continuó su trayecto, en vez de prestarle auxilio.

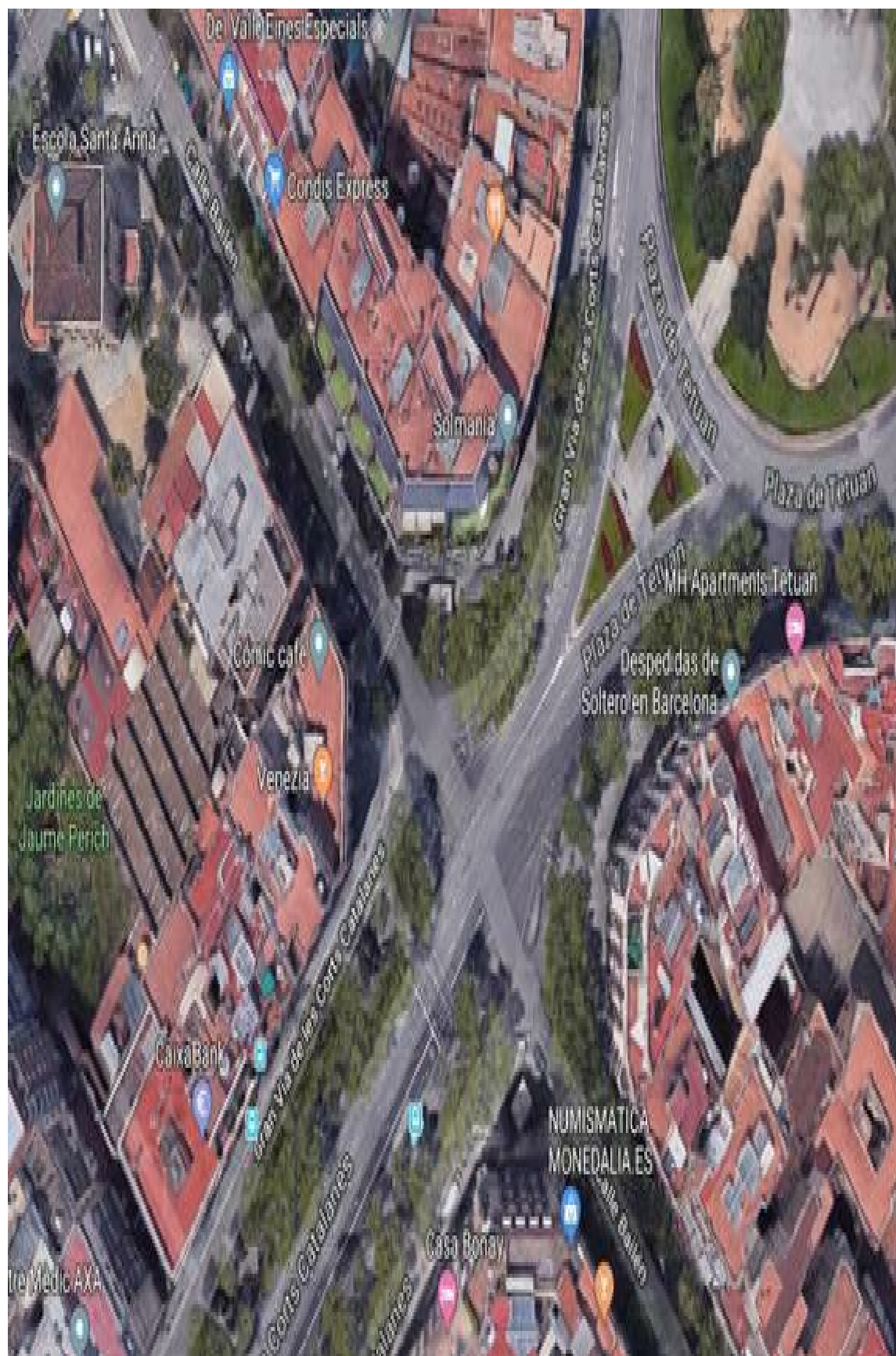
En 1926, los ferrocarriles, tanto de subida como de bajada, circulaban por el centro de la Gran Vía, en cuyo eje se alineaban las pértigas conductoras de la electricidad. En el instante del choque, el tranvía de la línea 30, conocido como «el de la Cruz Roja», no rebasaba los diez kilómetros por hora. El fuerte impacto ocasionó que el hombre cayera tendido sobre el acero de los raíles, tras golpearse la cabeza contra un poste de fundición del que colgaba la catenaria alimentadora de fluido de los troles. Al avanzar la tarde, los rayos de luz acariciaban desde poniente y se ocultaban por la sierra de Collserola (el Tibidabo es el pico más alto). En teoría, no le habrían deslumbrado porque él se dirigía hacia el mar y el resplandor del sol se desvanecía sigiloso por su espalda. Reconstruir el lugar exacto del accidente en aquella época sería imposible.



Gran Vía - Los tranvías circulaban por el centro - Ángel Toldrá Viazó, 1926  
Archivo Fotográfico de Barcelona. <http://photocollection.alonsorobisco.es/>



Un tranvía de la línea 30 en el punto aproximado donde fue atropellado Antoni Gaudí (foto cedida por A. M. Ferrin Jaraquemada.  
*Gaudí. De Piedra y Fuego)*



Por infortunio, su apariencia tan zarrapastrosa hizo que la mayoría de viandantes lo tomaran por un mendigo y no lo atendieran enseguida, más bien, lo ignoraran. Aunque, por ventura, afloró la bondad de varios seres humanos que acudieron a asistir al arrollado, a quien le sangraba un oído y presentaba múltiples contusiones. No portaba documentos encima, solo un rosario, un pañuelo, pasas y un puñado de nueces en el bolsillo. Su viejo sombrero desapareció. Lo cierto es que vestía como un sintecho, ropa muy desgastada y raída por el excesivo uso. La gente que lo auxilió en la Gran Vía intentó parar un taxi hasta en cuatro ocasiones y llevarlo al hospital más colindante. Los chóferes se opusieron a subirlo, pensando que no le pagarían el trayecto, además de mancharle de sangre la tapicería de los asientos. Tres de los conductores serían multados con posterioridad bajo el incumplimiento de la ley del Buen Samaritano, por negarse a auspicar a una persona en claro peligro. Lo que hoy recibe el apelativo de «la omisión del deber de socorro». Los vehículos sancionados fueron un Fiat B-5889, un Ford B-18412 y un Profos B-18873, datos recopilados merced a la escritora Ana María Férrin Jaraquemada, en su libro *Gaudí. De Piedra y de fuego* (Jaraquemada editores, 2001). El cuarto taxista requerido redujo la velocidad para acercarse y observar al herido que yacía tendido en la acera. Actuó cual pusilánime y no tuvo ningún atisbo de detenerse. La impactante imagen de la escena fue suficiente para que huyese apresurado, sin que nadie pudiera anotar la matrícula y denunciar al infractor.

Con aquel revuelo organizado, se agregaron los típicos fisgones, quienes aprovecharon para emitir juicios gratuitos a pesar de no haber visto el accidente. La inspección ocular de los cotillas se direccionó a su vestimenta color ala de mosca. Algunos advirtieron sus imperdibles utilizados como botones, otros se fijaron más en las antediluvianas zapatillas que cubrían sus pies y en los tobillos envueltos con vendas, que le servían de remedio casero para la enfermedad de sus huesos. En una sociedad con tantos tabúes, lo más trivial y fácil era sentenciar: «Seguro que es un holgazán borracho o un pedigüeño».

La situación acuciaba, se imponía transportarlo con urgencia a un centro de salud, las manecillas del reloj jugaban en contra del malogrado. Aumentaban los transeúntes que curioseaban el incidente y escaseaban las soluciones satisfactorias. Poco a poco, el gentío se esfumó. De los allí presentes, solo se corroboraron los nombres de tres testimonios visuales. El primero en prestar declaración fue Antonio Roig, administrativo del puerto. El segundo, Fausto Expósito, aseguró recordar al hombre magullado: narraba que se trataba de un indigente, el cual solía ir ebrio y pernoctaba en el portal de una finca de la calle Bailén. Y por azar, el tercero se manifestó en forma de un disciplinado testigo. Resultó ser un miembro de la Guardia Civil (del Tercio 21º), Ramón Pérez Vázquez, que iba vestido de paisano y transitaba esa misma tarde por los aledaños del lugar del suceso. El agente intervino con suma rapidez; si no, hubiera fallecido desangrado en pocas horas y tirado en el adoquinado. Se hizo cargo de la tesitura e impuso su autoridad. Gracias a él, detuvo a la fuerza a un taxi, ordenó el traslado urgente al anciano e indicó al conductor Ramón Cos que se dirigiera presuroso al dispensario más próximo, situado en la Ronda de San Pedro, n.º 37. Transcurridos unos días, al conocer la identidad y la infortunada noticia del fallecimiento del maltrecho, el chófer se identificó ante la prensa como el sujeto que lo acercó hasta el ambulatorio.

De inmediato, vieron la gravedad de sus lesiones (fractura de tres costillas, conmoción cerebral, múltiples traumatismos y hemorragia de oído) y decidieron desplazarlo al Hospital Clínico. Pero, por desdicha, ese atardecer estuvo repleto de errores continuos y los enfermeros lo llevaron al centro más cercano, el hospital de la Santa Creu o «de los pobres», porque debían realizar una pausa para descansar. Debido a su indumentaria andrajosa, tampoco fue reconocido y se le registró en admisiones (de la casa de socorro) como Antoni Sandí. Así se publicó en *La Veu de Catalunya* del día 9 de junio, aunque hubo otras opiniones que afirmaron no portar ninguna documentación.

Mientras pasaban las horas, postrado en la cama número 19, recobraba y perdía la consciencia, a partes iguales. A modo de apunte curioso, esa clínica funcionaba desde hacía más de cinco siglos y clausuró sus puertas en mil novecientos veintiséis, poco después de ser auxiliado el señor sin identidad y que, por desgracia, fuera uno de sus últimos pacientes. En la actualidad, se ubica la Biblioteca de Cataluña, el Instituto de Estudios Catalanes y la Real Academia de Farmacia y la de Medicina.



Resulta pintoresco pensar que cualquier mortal conocía al arquitecto modernista más importante del mundo; sin embargo, la mayoría ignoraba su aspecto físico. Frente a un hecho histórico como este, nadie se había percatado de que en aquel empedrado gris de la calle agonizaba uno de los grandes portentos de la humanidad.

Según las primeras declaraciones, el conductor describió que atropelló a un vagabundo bebido que se le echó encima y no pudo esquivarlo. Acto seguido, bajó del tranvía, lo apartó hasta la acera y prosiguió con su trayectoria. Ese mismo maquinista, cuando se supo la notoriedad del individuo arrollado, cambió su anterior testimonio y concretó: «Gaudí iba distraído, tropezó con los raíles, y cayó delante de él sin que pudiera frenar a tiempo».

La rutina del maestro era regresar a la Sagrada Familia alrededor de las diez de la noche. Hombre metódico, muy puntual, compraba el diario *La Veu de Catalunya* a las 21:45 en su quiosco habitual enclavado en la plaza Urquinaona. El recorrido aproximado de quince minutos lo aprovechaba para la lectura. Repicaban las 22:30 del trágico 7 de junio de 1926, y el arquitecto no se presentó. El vigilante de las obras y su esposa se encargaban de su cuidado personal. A partir del mes de octubre de 1925, el templo se convirtió en la morada del afamado catalán. Por ende, el matrimonio que lo aguardaba para servir la cena comenzó a inquietarse.

Quizás estuviera de cháchara con el capellán de la basílica Gil Parés i Vilasau —razonaron con escasa convicción—. Sin más dilación, el empleado fue directo al hogar del mosén, instalado en el solar de la edificación, limítrofe a las oficinas del genio. Se sorprendió ante la justificada llegada del guarda, cuyo rostro expresaba extrema preocupación. Dicha demora no difundía buen presagio, solo una avería del vehículo de tracción eléctrica o un accidente podían ser los causantes. Tampoco se descartaba otra probable detención, como el recuerdo estoico de Gaudí el 11 de septiembre de 1924 (misa celebrada en la iglesia de San Justo), en el cual no quiso dialogar en castellano con una pareja de policías.

Tras un sucinto lapso, el sacerdote envió al trabajador con un taxi a transitar por las casas de socorro localizadas en el periplo asiduo del constructor. En el ínterin, se quedó a la espera por si aparecía en las inmediaciones. En el dispensario de la Ronda de San Pedro, n.º 37, sí recordaban haber asistido a las siete a un varón longevo atropellado por un tranvía. No sabían su nombre, los datos del registro se escribieron *a posteriori*. Parecía un mendigo, barba blanca descuidada, los calzones sujetos por imperdibles, portaba los evangelios en un bolsillo. Al percibir su estado de máxima gravedad lo enviaron al Hospital Clínico, si bien los sanitarios determinaron por su propia voluntad transportarlo al de la Santa Creu, como ya se ha apostillado. Lo escoltaba un guardia civil.

El solícito retornó presuroso con la certeza de su hallazgo, no existía la menor duda. El presbítero escuchó las pruebas obtenidas y, al tiro, se subieron en el taxi, retomando el análogo rumbo. Antes hicieron un breve desvío para reunir al ayudante del malherido Domènec Sugranyes. Los tres comparecieron en el Clínico, donde recibieron una notificación alarmante. Esa tarde no se atendió a ningún paciente, aunque sí que tuvieron una admisión, la de un fenecido de sexo masculino.

El crepúsculo se echaba encima y las expectativas de encontrarlo vivo se desvanecían. Solo quedaba agarrarse a un clavo incandescente, en este caso, a un milagroso error. Requirieron ver al difunto para una última comprobación. Pasadas las veintiuna horas, el celador (disgustado por

la molestia) les condujo al depósito de cadáveres. Bajo una sábana, reposaba el cuerpo sin vida sobre una mesa de mármol. La incertidumbre era tensa. (Pausa de silencio). El religioso contuvo el aire y levantó la tela de golpe... Un suspiro profundo inundó la estancia. ¡Uf! Descubrieron que allí no yacía Antoni Gaudí.

La noticia positiva supuso un subidón de adrenalina, pese a la angustia respirada en el ambiente. La experiencia demostraba que todo lo bueno no solía durar mucho, debían guardar cautela. La pregunta merodeaba en sus cabezas. ¿Dónde diantres se emplazaba? El custodio que les enseñó la morgue (con el talante más simpático y colaborador) subrayó otra posibilidad.

—Por lo que me han comentado, su amigo ha padecido un horrible topetazo con un tranvía, el cual le habrá ocasionado múltiples magulladuras. Según mi parecer, existe la probabilidad de que lo hayan llevado al hospital de la Santa Creu. Acostumbran a tratar mejor este tipo de politraumatismos —sagaz y concisa la indicación.

De nuevo, emprendieron la marcha con el vehículo hasta la fachada del centro de salud. Se aparearon en torno a la medianoche y se dirigieron hacia el patio. Una vez dentro del recinto, se encaminaron por el flanco derecho, destinado para los varones, y la interrogación volvió a formularse:

—Por favor, se lo ruego. Debido a un atropello, ¿ha ingresado hoy el distinguido Antoni Gaudí? No hubo respuesta convincente, no sabían nada. La secuencia era surrealista, similar a la vivida en la anterior parada. La paradoja de que un genio tan exhaustivo en sus métodos acabase dando bandazos por culpa de la ineficacia burocrática provocó que el mosén sacara su visceral energía para exigir que algún responsable diera una explicación.

El reputado doctor Joan Prim Rosell fue quien intervino para tranquilizarle:

—¿Se refiere usted al ilustre arquitecto?

—Claro que sí.

—Siento no tener óptimas premisas, el insigne personaje no está hospedado en nuestra humilde casa. Si fuese cierto, tendríamos un alboroto de cuantiosos periodistas y yo sería el primero en saberlo —sentenció el interlocutor al mando.

El clérigo Gil Parés estaba al borde de un ataque de rabia. Ya no aguantaba aquella tarantela. La intensidad de su voz pasó en un santiamén de barítono a tenor. Estalló en cólera y con más razón que un apóstol (valga la analogía) lanzó un grito a la altura de los acontecimientos.

—¡Estoy seguro de que se encuentra aquí! Nadie se ha enterado y usted, menos. Le suplico que revise la lista de entradas o no conseguirá que me vaya.

El sanitario no tuvo más remedio que echar una ojeada a los enfermos recluidos. El registro horario correspondía al turno previo y él todavía no había realizado la ronda de visitas por los aposentos.

La clínica se ubicaba al lado del puerto, zona en la que se producían excesivos altercados, «refriegas y hurtos» con sus consecuentes réplicas en urgencias. En esa magnitud de actuaciones, era muy lógico pensar que un varón maltrecho podría pasar inadvertido. No constaba en ninguna anotación. Por suerte, una monja que cooperaba esa jornada les informó que una ambulancia trajo a un señor mayor, cerca de las ocho de la tarde, víctima de un arrollamiento. Además, portaba una Biblia en el bolsillo y la ropa sujeta con imperdibles. Ante dicha aseveración tan contundente no hizo falta más indagación. El médico y los acompañantes volaron en busca del sabio. Al fin... lo hallaron semiinconsciente (sala de Santo Tomás), acomodado en la cama n.º 19. Dolores, olores y gemidos flotaban en el oscuro habitáculo, en contraste con los hábitos blancos de las religiosas que trabajaban entre las hileras de lechos.



Sala de Santo Tomás, «solo hombres», del hospital de la Santa Creu en 1926

<https://www.santpau.cat/es/web/public/recull-fotografic>

Solitario y apenas identificable, descansaba debajo de la imagen de Jesús. No reconoció a los recién aparecidos y evidenciaba la sensación de no haber percibido grandes auxilios. El excelente cirujano Prim se apresuró a explorarlo. El diagnóstico corroboró que su estado era de extrema gravedad. Tras el mazazo de la fatal revelación, el desconsuelo se apoderó de sus amigos.

Comenzaba la madrugada del 8 de junio mientras la luna prolongaba su centinela iluminando el pozo del patio y la preciosa cruz barroca del hospital.

El presbítero Parés y el acólito Sugranyes ordenaron (de forma tajante) facilitarle las máximas atenciones en una habitación privada. Ese mismo martes, el facultativo de guardia habilitó al extenuado en la antecámara de la Inmaculada con el instrumental necesario para las curas y los cuidados. Recurrieron a los eminentes doctores Bosch y Trenchs, los cuales encajaron y enyesaron las costillas que tenía dislocadas, aunque el dictamen seguía siendo crítico.

Transcurridas unas horas, recobró un ápice de lucidez y lo único que solicitó fueron los Santos Sacramentos para recibir con fervor la eucaristía. De inmediato, las noticias se propagaron por la Ciudad Condal. En escasos minutos, entablaron el desfile por los pasillos colegas, admiradores, autoridades y dignatarios; tales como Francesc Cambó, el obispo de Barcelona, Josep Miralles, los arquitectos Joan Rubió i Bellver y Josep Puig i Cadafalch, el cerrajero Pere Mañach, el poeta Melcior Font i Marsà y el alcalde Darius Rumeu i Freixa (barón de Viver, en 1929), cuya oferta de un traslado a un centro de salud más lujoso fue rechazada con educación.

Sin embargo, pronto la coyuntura se complicó de nuevo. De esta guisa lo redactó *La Vanguardia* en su edición del 9/6/1926, página 21:

El paciente, que en los inicios de la tarde del 8 de junio dormía reposadamente, se despertó varias veces, a partir de las once de la noche, presa de viva inquietud y con frecuentes desvaríos. Su situación, en varios momentos, llegó a ser gravísima.

Al día siguiente, miércoles, continuaron las visitas de expertos e ilustres personajes, motivadas por la cercanía del nefasto desenlace. Empeoró al ritmo de las agujas del reloj que decoraba una de las paredes de la lúgubre estancia, hasta que entró en un cuadro comatoso, trance en el cual se perdió toda expectativa de mejora.

Permaneció aferrado a su crucifijo con la mano derecha apoyada con suavidad sobre un pañuelo blanco, inclusive en su última agonía. Y ya no pudo hablar con ninguno de sus allegados. En tanto en cuanto, exhalaba un:

—*Jesús, Déu meu! Déu meu!*

Agradecido al cielo por permitirle morir entre los pobres, en el lugar donde los enfermos son atendidos con el inmenso amor del Todopoderoso. A pesar de estar tratado por extraordinarios médicos, por desventura, el final es conocido y el amanecer del jueves jugó en su contra.

Al pie de la cama se encontraban su sobrino Francesc Bonet y el mosén Gil Parés. Alarmados por la agitación del moribundo avisaron al personal sanitario. Los riñones empezaron a fallar. Necesitaba oxígeno para evitar la asfixia y las náuseas agravaron más su condición. La expiración era inminente.

El obispo Josep Miralles se prestó para darle la bendición y compartir con los presentes las oraciones y plegarias. Remitieron los agotadores espasmos de un modo sorprendente. Algún atisbo de clarividencia debió quedarle a Gaudí porque, al término de la primera súplica, les asombró con un nítido susurro:

—¡Amén!

Cada segundo que pasaba era una amargura, su corazón latía demasiado débil e irregular y sus constantes vitales bajo mínimos. Los amigos reunidos en una antesala esperaban un milagro que le hiciera resistir, pero no ocurrió. En el *impasse*, los reporteros se apiñaban en busca de un comunicado.

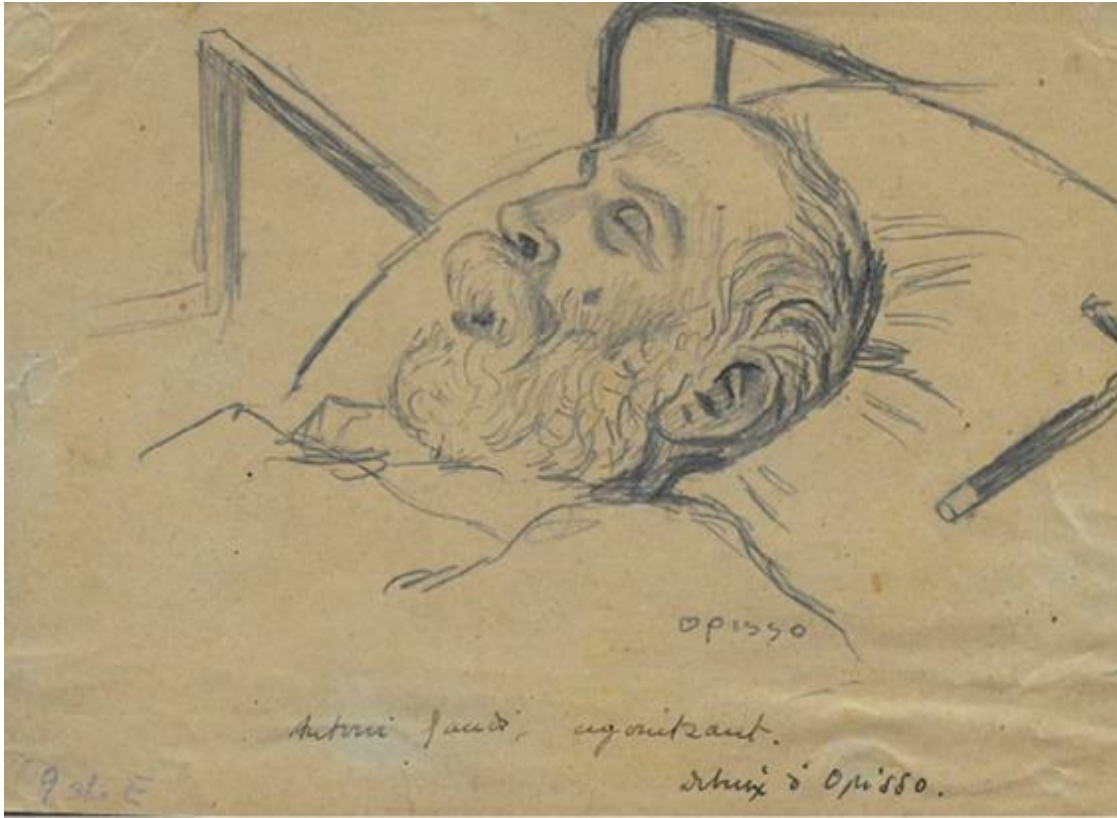
Resonaban las cuatro de la tarde cuando la faz del genio cambió de forma radical. En un tris, su desmesurada palidez se transformó en un color intenso, como si un pintor imaginario le estuviera barnizando unas alegres mejillas sonrosadas. Daba la impresión de que presagiaba la proximidad de su deceso y quería despedirse con un estilo elegante al esbozar una sonrisa por bandera. Se creó un instante mágico que precedió al adiós definitivo en el que Antoni Gaudí i Cornet abandonaba este mundo con un lánguido murmullo:

—*Déu meu! Déu meu!*

Falleció el jueves, 10 de junio de 1926, a las 17:10. Los acompañantes estaban concentrados en la sala adjunta; el doctor Alfons Trías i Maxencs (uno de los habitantes del parque Güell), los arquitectos Lluís Bonet i Garí, Josep Francesc Ràfols i Fontanals, Isidre Puig i Boada, Pelayo Martínez Paricio, Àngel Truñó, Cèsar Martinell i Brunet, Bonaventura Conill i Montobbio y Domènec Sugranyes i Gras. El maestro feneció rodeado por sus más íntimos. Una vez notificada la defunción a los mandatarios y dirigentes, diversos mecanismos se pusieron en marcha.

La capilla ardiente se instaló en la Santa Creu, donde se expuso el cadáver amortajado con el hábito de congregate de la Buena Muerte. Fue velado por sus compañeros de profesión. El

aspecto que exteriorizaba no evocaba señales traumáticas de atropellamiento, al revés, mostraba una semblanza de paz y de serenidad. Su barba y cabellos, blanquísimos. Su efigie no guardaba el pigmento ceniciento del óbito; y su piel (impulsada por sus largos paseos diarios) relucía bronceada.



Bosquejo

efectuado por Ricard Opisso i Sala de un Antoni Gaudí agonizante en el hospital de la Santa Creu (GOTHSLAND)

<https://www.elperiodico.com/es/la-contra/20191128/ebullicion-modernista-en-la-ciudad-7753954>



Segundo dibujo de Gaudí realizado por Opisso, una acuarela sobre transparencia perfilada alrededor de 1900 (GOTHSLAND)

[https://elpais.com/ccaa/2019/11/07/catalunya/1573154671\\_464973.html](https://elpais.com/ccaa/2019/11/07/catalunya/1573154671_464973.html)

La prensa escrita de aquella época se hizo eco nacional en todos los rotativos. En la capital, de la mano del periodista catalán Francesc Madrid, «Paco» en *El Liberal* de Madrid, y reproducido en *La Publicitat* del 12 de junio de 1926, mencionaba:

Tres hombres ha perdido Cataluña en poco tiempo, los tres ásperos y ariscos, con un carácter muy fuerte, pero tenían un corazón tierno, una intensa humanidad y un profundo amor a la tierra y al cielo, bajo el cual vivían (...). Ángel Guimerà dio a Cataluña la poesía épica; Ramón Turró, la filosofía combatida con el amor al individuo; Gaudí, esa obra de bárbaro y catalán que afirma la misma vida, incluso la fe.

En el *ABC*, publicado el 11 de junio de 1926 (página 4), hablaba del fenecimiento del «preclaro artista, honra de Cataluña y de España».



La Veu de Catalunya, 11 de junio de 1926 (ed. mañana)

[https://arca.bnc.cat/arcabib\\_pro/ca/catalogo\\_imagenes/grupo.do?path=1260589](https://arca.bnc.cat/arcabib_pro/ca/catalogo_imagenes/grupo.do?path=1260589)



La Veu de Catalunya, 11 de junio de 1926 (edición tarde)

[https://arca.bnc.cat/arcabib\\_pro/es/consulta/registro.do?id=10000130671](https://arca.bnc.cat/arcabib_pro/es/consulta/registro.do?id=10000130671)

El certificado de defunción lo redactó el doctor Alberto Gallifa:

El fallecimiento fue causado por «una hemorragia interna traumática», debido al accidente y a las múltiples secuelas.

REGISTRO CIVIL

Distrito del Hospital

En la Ciudad de Barcelona a las seis y seis horas del día doce de junio de mil novecientos veinti ; Ante Don Francisco Romera Jefe Municipal, y Don Salvador Ariza Notario

Numero 852

Antonio Gaudí Cornet

Secretario, se procede a inscribir la defunción de D. Antonio Gaudí Cornet, de edad treinta y cuatro años, natural de Leida, provincia de Gerona, hijo de D. Francisco y de D. Leida, domiciliado en el Campele de la Sagrada Familia, n.º — piso — de profesión Arquitecto y estado soltero

falleció en la Calle Hospital 56 — el día diez del corriente, a las seis y seis horas, a consecuencia de hemorragia interna traumática según resulta de certificación facultativa y reconocimiento, y su cadáver habrá de recibir sepultura en el Cementerio del Campele de la Sagrada Familia.

Se constata que haya otro yodo del fallecido.

Esta inscripción se practica en virtud de comparecencia de Don Alberto Gallifa, Jefe como portador de una copia original del Juzgado de 1.ª Instancia del distrito de la Audiencia de esta Ciudad habiéndolo presenciado como testigos Don German Brando Moreno y Don Mario Trias mayores de edad y vecinos de esta Ciudad

Leída esta acta, se sella con el del Juzgado y la firman el Sr. Jefe compareciente, testigos de que certifica

Francisco Romera

Alberto Gallifa

German Brando Moreno

Mario Trias

Salvador Ariza

Certificado de defunción de Antoni Gaudí (imagen cedida por A. M. Ferrin)

El viernes, 11 de junio, a las seis de la tarde, se practicó la autopsia, según el dictamen de los doctores Bravo Moreno y Trías, tras la cual transcribieron el siguiente informe:

Ha muerto el señor Gaudí por trastornos mecánicos en la capacidad de funcionamiento del cerebro y la médula, por la presión de un derrame en la cavidad donde se encuentran. Y del corazón, a consecuencia de quedar impedidos sus movimientos por encontrarse anegado en la sangre vertida en el pericardio... si bien este señor ha sobrevivido más de 60 horas a lesiones tan considerables, en este espacio de tiempo su vida ha estado limitada, realmente, a las acciones puramente orgánicas.

Cedido por Ana María Ferrín Jaraquemada, en su libro *Gaudí. De piedra y fuego* (Jaraquemada Editores, Barcelona, 2001).

## Gaudí

Excelsos ríos de tinta se han narrado sobre la trayectoria del genio modernista (reconocido a nivel mundial); pero de su faceta más íntima, pocos detalles se han sabido. Acercarse al hombre de carácter iracundo y desnudar su compleja personalidad se convertiría en una tarea suma complicada.

Se podría hacer de un modo racional, científico, desde un punto de vista objetivo o biográfico. El problema reside en intentar meterse en el cerebro de un sabio adelantado a su época.

¿Cómo indagar en sus neuronas? Imposible.

Un personaje tan visionario es difícil de comprender, al igual que su extensa creación. Otro apunte a destacar sería su ensalzada catalanidad, presente en todo su legado, en sus propuestas artísticas y en la defensa a ultranza del catalán. En su juventud frecuentó tertulias, teatros y conciertos. Vestía con elegancia y disfrutaba de gustos culinarios exquisitos. Con el paso del tiempo, su indumentaria cambió de una forma drástica. Su atuendo lo envolvía de pobreza, lo material no le importaba nada, se transformaría en un místico devoto, y su dejadez excesiva...

Vegetariano, comía escasos sustentos. Se alimentaba solo con pasas, higos secos, nueces, almendras, avellanas, etcétera. Resulta curioso que el máximo esplendor de la edificación gaudiniana concurriera con un abandono alarmante de su aspecto físico.

El prestigioso constructor de la soledad pasaba las horas ensimismado en su universo mágico y misterioso, inalcanzable para cualquier mortal. Quería empaparse de los secretos de la naturaleza, «su ilustre maestra», de la que absorbía el mayúsculo conocimiento. Encontraba la magia, el diseño y la inspiración de sus construcciones a partir de la veneración de las leyes de la tierra madre.

Seguía el proceso de integración, mimetización, de no ensuciar la majestuosidad del cosmos y erigir con su singular estilo las obras más bellas, sostenibles, funcionales y eficaces. Por ende, Gaudí afirmaba: «La originalidad consiste en volver al origen».

A large, elegant handwritten signature in black ink, reading 'Antoni Gaudí'. The signature features a prominent, sweeping flourish that extends from the end of the name across the bottom of the page.

Firma nítida del maestro

[https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Firma\\_Gaud%C3%AD.jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Firma_Gaud%C3%AD.jpg)

## Regreso a la actualidad

3 de septiembre del año en curso. Los dos amigos (asombrados) comenzaron a describir los objetos descubiertos. Apartaron las pertenencias triviales de un feligrés o cura y extrajeron del escondite del baúl, sin prisas y con cuidado, cada uno de los nuevos elementos aflorados. Tenían la pinta de reliquias abandonadas desde hacía bastantes décadas.

Lo primero que surgió fue un croquis de la Gran Vía de las Cortes Catalanas en la confluencia con la calle Bailén, datado el 6 de junio de 1926. En esa esquina se vislumbraban dos tranvías que circulaban en sentido contrario. Además, una fotografía de Gaudí con las palabras «POR MASÓN» escritas en el reverso, un manuscrito vetusto destrozado por las etapas sobrevividas, el cual llevaba por título *Arde Roma* y el cartel de prohibido abrir sus longevas planas. Por último, varias cartas con severas coacciones:

«No continúe con su obra, o morirá». «No se trata de una advertencia, es una amenaza real de muerte». «Como hizo caso omiso a nuestras amonestaciones, se arrepentirá». «La mano de Dios es firme, se lamentará». «Se agotó su tiempo, pagará con su vida».

El inquieto David decidió ojear el texto del documento antiquísimo. Observó que solo estaban caligrafiadas tres páginas (el resto en blanco) e inició su lectura:

El cometido principal de la Iglesia católica debe ser la evangelización de los hijos e hijas de Dios. Vemos que con el transcurso de los siglos se está perdiendo. Este tratado proveerá de las reglas necesarias para conseguirlo.

La congregación tiene que ser austera, solidaria, construida para salvar el alma de los feligreses, para unir a los cristianos, vivir en armonía y convertir a los que todavía no hayan abrazado al Señor.

Los valores morales son el motor de nuestros hogares. Son las posesiones más preciadas. Cuanto más grandes sean, más ayudas recibiremos. Sin duda, la mayor escuela donde se aprenden es la familia, un pilar fundamental. Es ese lugar tan querido por el Supremo; se educa a ser mejor persona, a ser amado, a compartir, a ser dadivoso, a ser fiel.

Cada día tenemos la obligación de servir a nuestros prójimos para alcanzar la eternidad y lograr acercarnos al Altísimo.

Las capacidades humanas son los hábitos que nos aleccionarán a crecer como individuos. Por ejemplo, el compromiso, el altruismo, la obediencia, la honradez, la lealtad, la benevolencia, la paciencia, etc. Pero también existen sus antagonistas porque el mundo está pleno de irresponsabilidad y de injusticia.

Necesitamos mantener aquellas virtudes que son intrínsecas a nuestra identidad, como la propia existencia, la dignidad, la verdad, o hacer el bien. Por contra, la falsedad, la mentira, o la maldad son antivalores de los que intentaremos huir.

Las enseñanzas del Todopoderoso con que anhela instruirnos son la modestia, la abnegación, la caridad, la santidad, la castidad por el amor al Salvador, etcétera. Son la corona de la cristiandad. En nuestras conciencias está el recuperar la doctrina rodeados de hermanos y hermanas de piadoso corazón, tal como Jesús predicaba a sus discípulos. El tesoro de tu fe lo desvelarás en el reino de los cielos.

El placer mundano o engañoso que nos ofrece el sexo, la envidia, el egoísmo, el poder, ambicionar más riqueza, despreciar al ser humano, o la violencia, nos alejan del Creador...

El relato no le causó ni un ápice de interés, soporífero, repleto de naderías. No terminó ni el segundo folio cuando estalló:

—¡Uf! Qué rollo. Qué aburrimiento. Jordi, una cuestión. ¿Qué te parece si me lo apropio como recuerdo de las pesquisas en las que he participado?

—Por mí, como si te pegas un cabezazo. No me interesa y no aporta nada relevante. El remanente te lo presto, ya sabrás qué utilidad le das.

—Perfecto, me lo quedo todo y me piro a la choza para echar un vistazo con más calma. Preguntaré al chivato del señor Google referente a la época, tiraré de hemeroteca, rascaré mis células neuronales y a esperar que emerjan las musas.

La escena completa de la identificación de los componentes del cofre se registró con audio y vídeo. La precaución es siempre bienvenida. Después de analizar todas las piezas halladas, llegaron a la conclusión de que la muerte de Gaudí no fue un accidente, tal vez podría tratarse de un asesinato premeditado. Sabían que si dichas pruebas veían la luz pública tendrían serios atolladeros. A partir de ahora, los enemigos del erudito serían los suyos.

El joven arquitecto contactó de inmediato con su abogada Elizabeth. Le comentó el percance.

—¿Qué deseas? Estoy liada.

—Perdona, no quiero molestarte. Esta mañana tuvimos un contratiempo en la reforma de la mansión de la avenida del Tibidabo (breve resumen). Hemos encontrado unos objetos dentro de un arca que consideramos valiosos y no sé si su repercusión nos ocasionaría problemas. El arrendatario ha dado su visto bueno. Puedo destruirlos o venderlos, excepto si fuesen joyas o dinero, que no es el caso. Por prevención, grabé la conversación.

—No sufras, esto es lo que en derecho se denomina un pacto entre caballeros, o sea, un contrato verbal. ¿Imagino que habrás localizado al propietario?

—Sí, hablé con el padre Cebrián, administrador del patrimonio de la Iglesia católica. Me dio su consentimiento y aprobó la decisión del señor Tarragó.

—¡Ostras! Vaya cliente te has buscado. Genial, como tienes el permiso del dueño, adelante. ¡Ay! Disculpa, te dejo, es una llamada urgente de mi homólogo Vilardell (gabinete Mackenyo) sobre una querella interpuesta.

Elizabeth era una letrada prestigiosa con más de diez años de experiencia en el bufete Cincasas, muy respetada en el gremio. Se conocen por ser amiga íntima de Mireia, la mujer de Jordi. Cuenta con un don de gentes extraordinario. Sabe conquistar a los semejantes, los encandila al dialogar con su hipnótica voz. Posee un fuerte carácter y le gusta en demasía la disciplina. Vive en pareja con su novio Óscar, un médico prepotente, mujeriego, mentiroso y desleal.

Se despidieron con un escueto saludo. Con tanta adrenalina acumulada, el constructor no aguantó más, precisaba desahogarse y telefoneó a su esposa.

—Hola, preciosa —su cotidiano apelativo cariñoso.

Mireia pertenecía a una familia catalana de clase media, una encantadora fémina de bondadoso corazón. Estudió la carrera de Magisterio y ejercía de profesora en un modesto colegio.

—¿Ha pasado algo, cielo?

—No, no te preocupes, va todo fenomenal.

—¡Qué susto! Por un momento pensé que habías padecido un traspié en la obra y estabas ingresado en un hospital.

—Tranquila, solo ha sido un poco de follón. Lo positivo, el descubrimiento de una antigualla de connotación histórica. Lo negativo, una caída en el sótano con algún que otro araño, aunque la fortuna nos ha acompañado. Ya te lo explicaré en casa.

—De verdad. ¿Estás bien?

—Sí, sí, no te angusties, son rasguños sin importancia.

—Ah, menos mal. Tenía las pulsaciones a mil...

## ACTO II

## Huracán

Tras una jornada intensa, los amigos volvieron a verse. Faltaba mucho camino por andar y la posibilidad de tratarse de una muerte causada por la mano del hombre acentuaba la atmósfera y se hacía más verosímil. David hizo los deberes la noche anterior.

—¿Has podido averiguar algo? —preguntó interesado Jordi.

—Solo una pizca. Por lo que he leído, la primera pista que se me ocurre es la del guardia civil, Ramón Pérez Vázquez, testigo presencial, el cual socorrió a Gaudí y lo trasladó con un taxi al hospital de la Santa Creu. El objetivo sería conseguir el atestado del accidente que debió cumplimentar el disciplinado agente. Una vez obtenido, tiraríamos del hilo y estudiaríamos las opciones.

¿Dónde se encontraba ese documento? Antaño, en 1926, se guardaba en el cuartel de la Travesera de Gracia de Barcelona. Con posterioridad, se centralizó en el archivo histórico de la Dirección General de la Guardia Civil, situado en la calle Guzmán El Bueno, 110, 28 003 Madrid.

Ahí comenzará su indagación. Para saber quién custodiaba tan anhelado impreso conversó con su padre, Jaume, jubilado de la Benemérita, gran profesional y muy valorado dentro del Cuerpo. Sin mayor dilación, le aconsejó solicitar una copia del informe conservado en la capital. La consulta se alargó un par de días hasta que le señalaron que lo tramitaran a través de la página oficial de la web, con una tardanza aproximada de un mes.




# Guardia Civil

Catalán | Castellano | Inglés | Gallego | Valenciano

[Contacto](#) | [Mapa Web](#) | [Inicio](#)

[Servicios](#) | [Información Institucional](#) | [Colaboración Ciudadana](#) | [Gabinete de prensa](#)

## SERVICIO AL CIUDADANO

**SERVICIOS AL CIUDADANO**

- Atención al ciudadano
- Contenidos en lectura fácil
- Denuncias
- Procedimientos administrativos
- Armas y explosivos
- Seguridad Privada
- Consejos de seguridad
- Violencia de género y abuso a menores
- Efectos recuperados
- Tablón de anuncios
- Enlaces de interés

Web Oficial de la Guardia Civil > Servicios al Ciudadano > Consulta de fondos documentales






### Consulta de fondos documentales

Desde esta página accederá a la información necesaria para realizar consultas de fondos documentales.

- Información general.
- Solicitud de acceso.
- Documentación necesaria para el acceso.
- Normativa aplicable.

#### Información general

En la Sección de la Guardia Civil del Archivo General del Ministerio del Interior se custodia, entre otra, la siguiente documentación:

- Expedientes personales y Hojas de Servicio de miembros del Cuerpo de la Guardia Civil y de los Carabineros del Reino desde su fundación.
- Diversas publicaciones oficiales seriadas (Boletín Oficial Guardia Civil, Boletines de Carabineros, Boletín Oficial de Defensa, Colección Legislativa del Ejército, etc.).
- Expedientes de Cuarteles de la Guardia Civil y de Carabineros del Reino.

### Solicitud de acceso

La solicitud de acceso se ajustará al modelo aprobado como ANEXO III Genérico (Para ciudadanos en general) pulse [aquí](#) para descargarla, o ANEXO III Investigadores (Para investigadores) pulse [aquí](#) para descargarla y especificará con la máxima exactitud posible la documentación a la que se pretende acceder y los motivos por los que se precisa realizar la consulta.

- Contener datos personales.
- Contener datos familiares o genealógicos relativos a parientes directos.
- Ser necesarios para ejercer acciones, derechos u obligaciones.
- Trabajo de investigación.
- Otros motivos.

Tanto la solicitud de consulta como la documentación requerida a tal efecto podrán ser remitidas de la siguiente forma:

- Por correo electrónico a [dg-sagmint@guardiacivil.org](mailto:dg-sagmint@guardiacivil.org)
- Por correo postal a la siguiente dirección:
  - Dirección General de la Guardia Civil
  - (Sección de Archivo de la Guardia Civil)
  - C/ Guzmán El Bueno, 110 – CP 28003 Madrid

[Consulta ciudadana a los archivos centrales de la Guardia Civil](https://www.guardiacivil.es/es/servicios/consultaarchivocentral/#solicitud)  
<https://www.guardiacivil.es/es/servicios/consultaarchivocentral/#solicitud>

Jordi Segarra llamó de nuevo a la abogada. Le comentó que necesitaba charlar con urgencia, motivado por los acontecimientos vividos y, de paso, presentarle a su compinche de la infancia.

La letrada pertenecía a una familia burguesa catalana, de clase social alta. Trabajó durante un tiempo en el despacho de su progenitor, pero era demasiado protector y posesivo con su única hija: deslumbrante, incansable, sin cortapisa, odiaba la falsedad y el engaño.

6 de septiembre. Acordaron reunirse los tres en el céntrico y emblemático bar Versailles (edificio modernista construido en 1915) situado en el barrio de Sant Andreu. La esperaban sentados cuando irrumpió como un huracán: Elizabeth, ese arcángel que eclipsó de súbito la estancia. Hubo un silencio sepulcral, las miradas iban dirigidas con lanzallamas en torno a ella, lo que provocó una ceguera colectiva de los comensales. El primer fotograma que le hizo David el «Investigador» con sus pupilas fue directo al dorso, porque la joven se equivocó y accedió por otra puerta.

—¡Bonita despedida! —murmuró con su mente salvaje de pícaro de playa.

Al darse la vuelta y quitarse la chaqueta, aparecieron en escena sus ojazos verdes esmeralda regalados por el cielo (con matices cambiantes según la hora en la que el sol coquetea con ellos), los cuales iluminaron el local de una manera hipnótica.

—¡Virgen Santa! —tartamudeó con voz indescifrable, pero no lo escuchó.

Se quedó petrificado ante la esbelta figura de aquella MUJER, con mayúsculas. Ella ni se inmutó (aunque sí afloró un brillo especial en su rostro). La admiró de arriba abajo con cierto disimulo. Le fascinó su elegante silueta que, a partir de ese instante, jamás olvidaría. Su tez era de tal pureza que hasta las orquídeas blancas la envidiaban. Olía a pétalos de rosas silvestres arropados con aromas de jazmín. Su fragancia impregnó el olfato de los asistentes y el del recinto. Lucía una larga cabellera morena azabache que ondeaba indomable sobre el viento como si quisiera galopar junto a las olas del mar. Una fémina de espectacular belleza que no pasaba inadvertida al caminar entre el bullicio de la gente, y más preciosa que la declaración de un «te quiero», derramando lágrimas dulces de amor. Hacía girar todas las retinas que se hallaban en el establecimiento, tanto las masculinas como las femeninas. Portaba un vestido ceñido de color azul celeste rematado con una americana a juego (excusa para insinuar la lencería de seda fina, imaginaria para los señores allí concentrados).

Sus curvas, imposibles de describir, podrían haber sido esculpidas en el prestigioso mármol italiano de Carrara (Toscana) por el mismísimo maestro Miguel Ángel Buonarroti. Piernas interminables, engalanadas con tacones de aguja de doce centímetros, la convertían en una hermosura de damisela.

¡Guau! ¡Qué pedazo de pibón!, estallaban en la piel del bobalicón sus hormonas más lujuriosas.

Desprendía estrógenos a raudales al desfilar con su sensual movimiento de caderas, por lo que se vislumbraba algún caballero con la baba caída al avistar esa diosa que flotaba en el ambiente; e incluso tropezar al seguirla con la boca abierta. El joven, embelesado como un tonto de capirote, era incapaz de articular palabra. Salivaba igual que un adolescente en su primera cita. Tuvo que cruzar los muslos para no delatar la elevación desmedida e incontrolada de su ego más descerebrado. Requería con apuro una piscina repleta de hielo o unos baños de barro para mitigar su deseo. Le brotaban en la cabeza piropos altisonantes e inadmisibles en un varón, preferibles no transcribir. Vergüenza sentía al oír sus propios vocablos y pensamientos eróticos que recorrían su dermis libidinosa. Vaya calentón que sufrió el pobre muchacho y sin agua fría para echársela por encima.

—Hola, Elizabeth; te presento a David.

—Encantado —enmudeció como un mimo en una función circense.

Ambos se besaron. Para ella no fue nada extraordinario. Bajó las pestañas, las cuales casi acariciaban sus mejillas y las levantó lentamente (a propósito) como el telón de un teatro a rebosar. Él cayó de espaldas con la trompa y las cuatro patas en alto. Despertó tras un periquete de alucinación... Embobado sería el adjetivo más acertado de su estado de catalepsia. Después de una breve pincelada acerca del encuentro fortuito que tuvieron en el palacete de la zona alta de la Ciudad Condal, se dedicaron a especificar los objetos contenidos en el misterioso baúl:

Sermones de misa, recordatorios de fallecidos, obituarios, esquelas mortuorias, cartas de parroquianos, salmos, alabanzas, estampitas de la virgen de La Moreneta, un crucifijo de roble, fotografías antiguas del poeta Joan Maragall, del obispo y escritor Josep Torras i Bages, del mosén y poeta Jacinto Verdaguer y del empresario y político Eusebi Güell, más conocido por ser el mentor de Antoni Gaudí. Imágenes de la basílica de San Pedro, la Sagrada Familia, la catedral de Notre Dame... y una túnica negra con capucha de una orden religiosa; como, por ejemplo, los benedictinos, la cual se utilizaba en la liturgia católica.

En principio, los elementos no poseían ningún valor histórico ni económico. A ella no le agradó lo visualizado, creyó que la pareja de parlanchines estaba bastante perturbada.

—¿Estáis locos? ¿Qué hostias os pasa? —zasca de la abogada—. Para esta chorrada me llamáis, para hacerme perder el tiempo.

—No, por favor, no te enfades —se disculpó Jordi.

—¿Cómo quieres que me ponga? Con la de visitas que he anulado esta mañana y la de faena que me falta por revisar en el despacho.

—Dispensa, no sabía que andabas tan agobiada de trabajo.

—Yo también te pido perdón —se sumó David a la conversación con dicción entrecortada.

—Y tú, ¿quién coño eres? ¿Qué pintas en este entierro?

—No soy nadie. Ha sido Jordi el que descubrió el cofre y compartió conmigo lo hallado dentro. En absoluto queríamos importunarte.

Un clima tenso se alargó durante varios segundos. La atractiva muchacha fusilaba con su mirada a los dos aliados con cara de niños asustados, a la espera de una regañina considerable.

—Vale, lo siento, tengo el día torcido y no debo cabrearme con vosotros. En resumidas cuentas, ¿qué necesitáis de mí, par de gilipollas?

—No te preocupes, ahora relájate y olvídalos. Tómate un sol y sombra o una copita de anís, y conecta con tu interior más recóndito para escuchar el ruido de las tripitas. Te sumergirá en un remanso de paz y tranquilidad —convidió el estrambótico personaje.

La surrealista frase del desconocido consiguió que las carcajadas de la joven retumbaran por todo el local: «¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!...». El resto de clientes (al percatarse) le prestaron mayor atención. La risa desternillante acabó por contagiar a gran parte del público expectante: «¡Je, je, je! ¡Je, je, je! ¡Je, je, je!...». Sin querer, la letrada miccionó sobre la ropa íntima y precisó con urgencia ausentarse un santiamén para ir al aseo. Caminaba avergonzada, aunque sin dejar de reír, tapándose los labios y deseando transformarse en la mujer invisible. Transcurridos unos minutos, volvió sonriente a la mesa para continuar la charla del insólito lance que le habían planteado.

—Me parece que al final tendré razón, vaya dúo de zumbados con los que me he topado hoy. ¡Ja, ja, ja!... —seguía desencajada de la alegría.

Desde ese mismo momento se formó un halo de complicidad entre Elizabeth y David. De hecho, comenzaron a verse, con el pretexto de escudriñar el caso sin que lo supiera su amigo

Jordi, porque ella salía con Óscar, un médico prepotente, chulesco y casanova, en el cual no confiaba en demasía.

Tras unos sucintos instantes, se calmaron las aguas y retomaron el coloquio de un modo más sosegado.

—¡Venga, chicos, al grano! ¿En qué queréis que os ayude?

—Muy sencillo —mencionó de sopetón el encariñado—. Lograr la apertura de una investigación acerca del presunto asesinato tramado en aquella época.

—¿De quién puñetas habláis? Aquí no hay nada, ninguna prueba contundente ni tangible. Solo percibo naderías y pajas mentales —espetó enojada la abogada.

—Aguarda una pizca más, todavía no conoces el desenlace. Resulta que el baúl venía con un regalo incluido. Disponía de un doble fondo —remarcó Cupido con tintes de seducción.

Uno por uno relató el inventario. Lo primero que surgió fue un croquis de la Gran Vía de las Cortes Catalanas en la confluencia con la calle Bailén, datado el 6 de junio de 1926. En esa esquina se vislumbraban dos tranvías que circulaban en sentido contrario. Además, una fotografía de Gaudí con los vocablos «POR MASÓN» escritos en el reverso. Obvió el manuscrito vetusto destrozado por las etapas vividas, con el título *Arde Roma* (no lo enseñó, se lo reservó como fetiche el detective). Por último, faltaba lo más impactante, las cartas anónimas con severas intimidaciones:

«No continúe con su obra, o morirá». «No se trata de una advertencia, es una amenaza real de muerte». «Como hizo caso omiso a nuestras amonestaciones, se arrepentirá». «La mano de Dios es firme, se lamentará». «Se agotó su tiempo, pagará con su vida».

Tomó su espacio para observarlo con sumo detenimiento.

(Pausa).

—Así, de improviso, me viene a la cabeza una duda. No lo recuerdo con exactitud. ¿Esta fecha es la del atropello?

—No, es justo un día antes. Hemos consultado en el universo de internet y el supuesto accidente ocurrió el 7 de junio de 1926 —matizó David.

—Peor me lo ponéis, otra evidencia denegada.

—Debemos indagar más. Algún incidente aconteció esa jornada por el cual se tuvo que retrasar, ahí está el meollo del acertijo.

—Se nota que no domináis las incisivas preguntas de los fiscales y jueces.

—Es cierto. No obstante, mi intuición me asegura que hay un enigma escondido o sin resolver —confirmaba el soltero.

—Con los presentimientos no se ganan los juicios, querido Sherlock Holmes —desafiaba la versada abogada.

—Sí. De acuerdo. Lo que sucede es que Gaudí era un hombre costumbrista y muy disciplinado. Todas las tardes mantenía el mismo horario, jamás variaba su rutina, no fallaba nunca. Tres kilómetros paseaba desde su taller en la Sagrada Familia hasta la iglesia de Sant Felip Neri. Cualquiera podía seguirlo y preparar un montaje creíble o una confabulación premeditada.

—¡Uf! No estoy tan convencida. Veo que en el boceto se distinguen dos individuos que van a cruzarse, uno de ellos lleva sombrero y bastón. Eso no nos sirve. No es concluyente. Y las coacciones también son circunstanciales. A pesar de ello, dejadme que lo revise...

Elizabeth se serenó bastante, lo miró con otros ojos. Solicitó dialogar con sus colegas del bufete Cincasas (aunque experta en derecho procesal, prefería compartirlo). Debía examinar el

asunto con minuciosidad. La letrada facilitó su número de teléfono a David, y viceversa. Se despidieron los tres y Jordi aprovechó para desvincularse de la investigación.

—Creo que serán necesarias un montón de gestiones. Siento no poder ayudar. Me toca volver al ladrillo con mi cuadrilla, limpiar y sanear todo lo deteriorado por el descubrimiento; si no, Tarragó me estirará de las orejas. Ah, os dejo su tarjeta de visita. Imagino que buscaréis referencias acerca de los anteriores inquilinos...

—No te angusties, Jordi —le interrumpió con cariño su amigo—. Sé por dónde empezar: por el registro de la propiedad.

—Pues me piro al curro —recogió con premura los bártulos, dirección hacia el caserón, después de abrazar con afecto a los dos tortolitos.

La pareja permaneció en el bar un rato conversando de banalidades y de la insoportable levedad del ser humano; o sea, que hubo *feeling* a partir del minuto cero...

## Avance

A la mañana siguiente, Elizabeth citó a su socio, Oriol, en la sede del despacho para charlar del tema. Equilibrado, sosegado, padre de dos hijos pequeños y amante de su profesión. Siempre impoluto en su vestir, traje entallado, impecable, clásico y elegante a la vez, corbatas con gusto y una educación exquisita. En síntesis: alguien en quien confiar.

—Aquí me tienes. ¿Qué es lo que me mostrarías con tanto apremio?

—Ayer estuve con un allegado mío, el arquitecto Jordi Segarra, el cual me relató lo sucedido en una casa que estaba en reformas por la franja alta de Barcelona.

—Entiendo que ocasionaron un siniestro y necesitan nuestra mediación con respecto al seguro de responsabilidad civil, ¿verdad?

—No, no, nada por el estilo. Se resquebrajó el suelo de la planta baja, tuvieron un leve accidente (sin secuelas) y emergió un baúl repleto de pruebas misteriosas, de probable carácter punible.

—Vaya. Me atrae, sigue, sigue.

—Verás, entre los objetos desenterrados, lo más relevante han sido diversas cartas en su interior, sin remitente, donde se vierten amenazas de muerte a una persona muy famosa de este país.

—Has logrado que me pique la curiosidad, ¿de quién se trata?

—Del mayor genio modernista, de Antoni Gaudí i Cornet.

—¡Joder! No está mal el hallazgo. Me gustaría ojearlos.

—Perfecto. Toma, míralas. Me han enviado las imágenes de las evidencias tal y como se encontraron en la mansión.

Dedicó unos instantes para inspeccionar la totalidad del expediente.

—Interesante, me agrada. Lo que no veo tan claro es la argumentación frente a un tribunal, flojea. No sé, le falta un móvil convincente, un plan urdido por una secta religiosa o una hoja de ruta bien definida para conseguir su objetivo. En fin, déjame que lo analice mejor...

Entretanto, no iban a quedarse con las manos entrelazadas. Decidieron rastrear diferentes pistas (excusa ideal para verse). Los recién conocidos salían con asiduidad. El flechazo fue inminente. Sus ojos (seducidos) no parpadeaban, se hablaban sin obligación de abrir la boca.

A ella se le planteaba un dilema porque seguía la relación con Óscar, el doctor ausente y egocéntrico. Por suerte, transcurrido un breve plazo, destapó que le engañaba al regresar de un partido...

—Eli, esta tarde me voy con los compañeros a jugar a fútbol. No me esperes para cenar, picaré un tentempié con los chicos —recordó el embustero al marchar.

A la vuelta, la bella dama percibió extrañez. Ansiaba engancharlo en un renuncio.

—¿Cómo ha ido el encuentro? ¿Habéis ganado?

—Sí, hemos vencido por seis a tres; dos los marqué yo.

—Genial. Dame la ropa para que la enjabone.

—Ay, gracias, Eli. —Odiaba el diminutivo de su nombre, y él lo sabía.

Elizabeth confirmó sus sospechas. Antes de meter la indumentaria (en teoría, sucia y sudada)

en la lavadora, puso su olfato experimentado de sabuesa y notó el grato aroma del detergente que usaba. Olía a limpio (mojada a propósito). Ni jugó ni se ensució en la cancha. Irrumpió enojada en el salón y estalló en cólera.

—Querido Óscar... cito. ¿Tú crees que soy estúpida?! Nanay de pelotear al balompié. Resulta que tu camiseta, con la que marcaste dos goles, huele a húmeda inmaculada de no haber pisado un campo de césped. ¿Sabes una cosa? El sudor apestoso de macho alfa que desprendes se lo vas a llevar a tu santa madre para que lave tu porquería. Coge ahora mismo tu asquerosa maleta, no me llames jamás, y te largas a la mierda. ¡Cabronazo, mentiroso!

En un periquete, la traicionada despidió al impresentable. Terminó con la atadura y se quitó un peso de encima, se desahogó. El nudo del estómago desapareció. No tardó en contactar con David, estaba entusiasmada, era libre. Le reseñó lo ocurrido y pasaron la noche charlando de su incipiente romance. Colgaron al asomar el alba.

Nacía el mes de octubre. El día seis formalizaron su idilio. Ilusionados con el nuevo reto, desayunaron en el bar Versailles para repasar cómo iba el avance de sus pesquisas. Se pusieron a recopilar documentación relacionada con aquella fecha, recortes de prensa, posibles testigos vivos (difícil) y otras vías de búsqueda. Consultaron en varias bibliotecas de la zona universitaria. Tarea ardua y prolongada.

De forma simultánea, la abogada continuaba con sus trabajos pendientes en el despacho, a la vez que el joven enamorado progresaba en sus casos abiertos para ganarse las habichuelas (divorcios, adulterios, seguimientos, menores fugados, lesiones fingidas para cobrar el seguro...). Hijo del Cuerpo, no le gustaba la disciplina, necesitaba alguien a su lado que le hiciese madurar. Bastante juerguista, bohemio, muy familiar, vivía en el barrio de Sant Andreu de Palomar. Otrora era un pueblo alejado del centro. En 1897 se anexó a la urbe de Barcelona. En la actualidad, esconde diseños futuristas que realzan su armonía; un ejemplo es el puente de Calatrava, que une su distrito con el de Sant Martí.

Perspicaz, más listo que el hambre, sabía moverse por las cloacas de la ciudad. Atesoraba sumos confidentes y hartos enemigos. Fue un magnífico colaborador de la Benemérita (mientras perteneció a ella, y después de su salida). Merced a sus investigaciones, resolvió numerosos delitos con sus pertinentes detenciones, incluso antes de obtener la orden judicial. Buen samaritano; discreto, desconocido, invisible e imprescindible para la justicia. Su alias o nombre en clave: ABC, porque le pedían la A, y él les proporcionaba la B, y hasta la C.

El sueño de David sería viajar por los seis continentes en busca del Santo Grial, o un enigma por descifrar. Dentro de sus virtudes, cabría remarcar la inteligencia, imaginación e intuición (las tres íes que debe poseer un detective). Además de su serenidad, paciencia, diplomacia, frialdad, valentía y un especial don para las estrategias.

A lo largo de su carrera, también sufrió noticias terroríficas. Al cumplir los veintiuno le regalaron un coche de segunda mano. Llevaba tres años en la academia de suboficiales de la Guardia Civil, a punto de conseguir su merecida plaza de sargento. Por desgracia, su madre estaba enferma, debido a un horrible cáncer de páncreas, agresivo (con metástasis, estadio IV) y extendido por todos los órganos. El trágico desenlace llegó. Su mamá era su guía, su imagen donde reflejarse. Un ángel bondadoso, rebosante de alegría, repleta de dulzura, optimista, que, cuando sonreía, deslumbraba cualquier estancia a la que acudiera.

Desmoralizado e inmerso en la labor de servir al ciudadano, requería el amparo constante en esos angustiosos momentos de soledad y abatimiento. Por fortuna, contaba con el amor de su padre. Pero una tarde decidió quedar con sus colegas, beber como si no hubiera un mañana y cometió el mayor error de su vida, conducir en un estado lamentable y sobrepasado de alcohol, del cual se arrepentiría toda su existencia. Jamás volvió a ser el mismo.

Esa noche, al regresar a su casa, lanzado a excesiva velocidad, atropelló a un señor que cruzaba por el paso de peatones con total normalidad. No pudo frenar a tiempo, lo embistió con tal fuerza que rompió la luna delantera, salió volando por los aires y se desolló la piel contra el asfalto al posarse sobrados metros detrás. Le produjo multitud de contusiones, rotura de la clavícula y de la muñeca derecha, fisura de cuatro costillas y, lo peor..., la pierna izquierda desgarrada a cachos, abierta como una sandía. Se divisaban despedazados huesos de la tibia y el peroné, junto con trozos de músculos, tendones y tejidos masacrados. Impactaba la instantánea, daba repelús. Lo intervinieron de urgencia. Había perdido mucha sangre, le hicieron diversas transfusiones y le provocaron un coma inducido —modo de paliar su dolor—. Permaneció en la UCI siete días. Gracias a la maestría de los cirujanos, el accidentado sobrevivió, eso sí, la extremidad peligraba en demasía. Intentaron reconstruirla en diferentes ocasiones, sin éxito. Al final tuvieron que amputársela, justo por debajo de la rodilla. Su recuperación, costosa y lenta. Fueron a juicio, le concedieron una discapacidad del 65 %, y a David le condenaron a quince meses de prisión y una sanción económica de 60 000 euros. Al no tener antecedentes penales, no terminó entre rejas. Sí que tuvo que realizar ciento veinte horas de servicio comunitario, para apoyar a pacientes con problemas de psicomotricidad.

No obstante, veía al señor Dalmau dos o tres veces a la semana. Paseaba con él, lo asistía en su rehabilitación, en sus quehaceres cotidianos (compras, gestiones, caminar, etcétera). En el transcurso del devenir, entablaron un gran afecto. El herido (complacido) lo perdonó por su juventud y por su benevolencia. Solía disculparse a menudo, y él le respondía: «Todos nos equivocamos en algunas situaciones y, de hecho, lo hacemos casi a diario» (sabia reflexión). De este dramático incidente, surgió una bonita amistad, que se mantuvo hasta el resto de sus días.

La parte negativa fue la apertura de un expediente disciplinario, lo que lo llevó directo ante un tribunal, con la consecuente expulsión del Cuerpo. A pesar de la apelación presentada, de la súplica de su padre (muy bien considerado por los superiores) y del espléndido currículum que forjó durante tres años —de los primeros de su promoción—, no reingresó a su puesto ni a su cargo. Como último favor, decidieron darle otra oportunidad. Le ofrecieron incorporarse como agente raso, sin los galones de cabo; pero él no accedió, quiso pagar por su deleznable actuación. Por otro lado, nunca estuvo de acuerdo con la desbordante obediencia militar, la rigidez de los protocolos, controles..., y no aceptó la propuesta (orgullo a raudales). Renunció, cuestión que a su progenitor no le agradó. Prefirió montar su propio buró como detective privado, sin jefes, ni reglamentos. Sus mandos no entendieron que se marchara porque podía comenzar de cero, poseía una avalada trayectoria y un próspero futuro. Por ello, la Guardia Civil le invitó a colaborar (desde fuera) en sus indagaciones y lo contrataron como civil.

Referente a su chica, ¿qué definición envolvería mejor a Elizabeth? La más acertada sería la de una estrella que brilla por sí sola, la luz que ilumina el sendero de cualquier ser humano. Son incontables las cualidades que la adornaban. A subrayar, su notable intelecto y adoraba su trabajo. Equilibrada, responsable, sensata, cristalina como el agua de manantial, siempre iba de

frente. Gozaba de un carácter afable, pero férreo a la vez; no se dejaba amedrentar. Cordial, próxima a la gente y muy familiar. Su único sueño era vivir al máximo, rodeada de los suyos. Leal, fiel en sus relaciones, sincera, odiaba las mentiras. En resumen, «una persona íntegra».

Su punto débil, que la ha acompañado toda la vida: su enorme corazón. Demasiado dadivosa, se desvivía por ayudar a los más desfavorecidos. Por ende, se habían aprovechado de ella en numerosas circunstancias, tanto en lo monetario como en lo emocional, a base de desengaños y embustes.

La pareja de acaramelados formaban un tándem perfecto. Eran polos opuestos y complementarios, los cuales se atraían entre sí y creaban una atmósfera mágica de complicidad y respeto. Existía un montón de química, lo que vendría a desembocar en una historia estable de amor infinito.

A mediados de octubre recibieron un excelente regalo. En concreto, se trataba del atestado que formuló el guardia civil Ramón Pérez Vázquez, motivo que les animó a seguir con el caso, puesto que en su contenido afloraron detalles significativos que se desconocían. De inmediato, se pusieron en contacto con los compañeros de faena para reunirse a la mayor brevedad.

Oriol los convocó a la semana siguiente. Quedaron para conversar y decidir si adoptaban alguna medida legal. Se mostró el nuevo informe conseguido, más el global que conformaba el expediente. Congregados los integrantes del despacho, y tras varias jornadas de sopesar las evidencias descubiertas dentro del baúl, situado en el sótano del caserón de la zona alta, determinaron interpelar una demanda (en conocimiento de la potestad competente «judicial» relativa a unos actos que se presumían delictivos).

## Instancia

Principios de noviembre. El día seis se lanzó la diligencia para averiguar lo acontecido la fatídica tarde del arrollamiento del genial arquitecto.

Oriol recomendó que se gestionara en el juzgado de instrucción. Según su experiencia, las formalizadas en la Policía tenían menos recorrido o probabilidades de prosperar; debido a la exorbitante cantidad de registradas «pendientes» y a los insuficientes recursos disponibles. También recalcó que se tramitara como un apunte (o modificación) de la historia, porque la Ley de Memoria Democrática no cubriría este proceso. Citaba así:

El bufete de abogados Cincasas, representado por la letrada Elizabeth Díaz-Rossell, desea interponer una denuncia en la Ciutat de la Justícia de Barcelona, en la cual se solicita la apertura de una investigación por lo penal sobre el supuesto accidente que provocó la muerte a don Antoni Gaudí i Cornet el día 7 de junio de 1926 en la confluencia de la Gran Vía de las Cortes Catalanas con la calle Bailén. Para dar fe del hecho causal, se entregan las pruebas halladas en una mansión modernista (aparecidas al ejecutar unas labores de restauración) ubicada cerca de la avenida del Tibidabo de Barcelona. Se incluyen los escritos con las amenazas dirigidas al fallecido. Si las indagaciones anclaran en buen puerto «posible homicidio» y los sucesos acreditados fuesen contundentes por designios del tribunal, requeriríamos un paso más: realizar la exhumación del cadáver y la consiguiente autopsia al cuerpo del finado.

Se adjuntó todo el material derivado del descubrimiento.

Documentación de la archidiócesis de Barcelona, sermones de misa, obituarios, salmos, estampitas de la Virgen de La Moreneta, un crucifijo de roble, fotografías de famosos de la época; como las del poeta Joan Maragall, del obispo y escritor Josep Torras i Bages, del mosén y poeta Jacinto Verdaguer y del empresario y político Eusebi Güell, mentor de Antoni Gaudí. Imágenes de la basílica de San Pedro, la Sagrada Familia, la catedral de Notre Dame... y el hábito de un monje. A reseñar, un croquis del chaflán en el que se vislumbraba un tranvía por cada lado con la fecha del 6 de junio de 1926. En el boceto se distinguían dos individuos que iban a cruzarse, los dos llevaban sombrero y, el más anciano, bastón. Además, una instantánea de Antoni Gaudí con los vocablos «POR MASÓN» transcritos en el reverso. Y lo más destacable, las cartas anónimas con cinco intimidaciones:

«No continúe con su obra, o morirá». «No se trata de una advertencia, es una amenaza real de muerte». «Como hizo caso omiso a nuestras amonestaciones, se arrepentirá». «La mano de Dios es firme, se lamentará». «Se agotó su tiempo, pagará con su vida».

Por último, se añadió el atestado que redactó Ramón Pérez Vázquez, el cual asistió al erudito, *a posteriori* del atropello. Narraba de esta manera:

Yo, Ramón Pérez Vázquez, agente de la Guardia Civil, destinado en el cuartel de la Travesera de Gracia de Barcelona, manifiesto que el día 7 de junio de 1926, trasladé a un varón que fue arrollado por un tranvía de la línea 30, justo en el cruce de la Gran Vía de las Cortes Catalanas con la calle Bailén. Observé un gentío que intentaba parar un taxi, sin éxito alguno. Impuse mi autoridad. Mostré mi placa —pues disfrutaba de una libranza y vestía de paisano— para detener al primer taxi que asomara por la escena. Lo acompañé «semiinconsciente» al dispensario (cercano) de la ronda de San Pedro, número 37, donde no lo pudieron ayudar al ver la gravedad de sus heridas. Proseguimos hacia el hospital de la Santa Creu, y no me marché hasta que lo atendieron los sanitarios. Me preguntaron si sabía su nombre, y contesté que no. Miré en sus bolsillos y no llevaba identificación, solo unos imperdibles, un moquero, un rosario, pasas y nueces.

Dos jornadas después, 9 de junio, rehíce mi testificación porque disponía de más información, la cual desconocía con anterioridad. Resulta que el siniestrado era el arquitecto Antoni Gaudí i Cornet, que no fue reconocido por ninguno de los allí presentes. Debo remarcar que portaba un traje harto desgastado y raído, un hombre con un aspecto desaliñado. La mayoría de los testigos oculares dictaminaron que parecía un mendigo y confirmaron que caminaba ebrio, dando bandazos de un flanco a otro. Obviamente, no pude autentificarlo, puesto que llegué unos instantes más tarde. **Lo que sí corroboro es que su aliento no olía a alcohol. Así lo hago constar.**

Al cabo de escasas horas, no se supo ni cómo ni por qué la primicia se filtró en los medios de comunicación: «periodistas avispados...». Ríos de tinta manaban desbocados. Pronto se hicieron eco las rotativas más relevantes del país. Los excelsos titulares clamaban:

*¿Dos entierros para el genio modernista?*

*¿Por qué no dejan descansar al ilustre creador de la Sagrada Familia?*

*¿Quieren profanar la tumba de Gaudí?*

*¿La muerte del maestro pudo ser un homicidio?*

La entradilla más reiterada de los periódicos relataba lo siguiente:

El bufete Cincasas ha presentado una denuncia por lo penal para abrir una investigación sobre el accidente que causó el fallecimiento de Antoni Gaudí i Cornet el 7 de junio de 1926... Se ha agregado junto al escrito una serie de pruebas...

Curioso, pues no se habían hecho públicas notas tan explícitas. Como era de suponer, la repercusión mediática se propagó igual que un virus por todos los confines nacionales e internacionales.

El mundo es un pañuelo «rodeado de paredes» en el que los rumores rebotan y se oyen por muy alejados que se hallen. Casi a la par que el suceso, antes incluso de que el acaecimiento apareciese en los quioscos, una enigmática llamada se realizó desde la vieja Europa, a más de mil kilómetros de distancia.

—¿Es cierto lo que he leído en prensa y visto en televisión?

—Sí, me temo que sí, aunque no se sabe si tirará adelante la solicitud. De momento, solo han emergido varias reliquias antiguas.

—¿Nos puede perjudicar?

—No, por ahora, no. Lo mejor será esperar acontecimientos.

—De acuerdo. Manténgame al corriente. Priorice el protocolo si es preciso, y despierte al elegido.

La enamorada pareja no podía aguardar a la resolución. Tanto si fuese negativa como positiva, debían echar leña en el asador y rebuscar más evidencias incriminatorias. A partir de ese punto, comenzaron una carrera contrarreloj para restablecer un apunte histórico con lo que en realidad pasó esa tarde. Para obtener mayor garantía de triunfo y con los datos recopilados hasta la fecha, apostaron por trazar tres rutas.

Por una parte, contactarán de nuevo con el padre Cebrián por si existiera «por casualidad» en su congregación de eclesiásticos y parroquianos (colectivo más longevo) un miembro de avanzada edad que recordase la rutina de los paseos del constructor. Un veterano de más de cien años, el cual coincidiera por la basílica de Santa María del Mar, o por la zona de Sant Felip Neri, donde solía acudir y rezar uno de los feligreses más célebres de la humanidad.

La segunda, a través de Jaume, el padre de David. Merced a sus compañeros del barrio Gótico y del Raval, se ocuparía de encontrar personajes que tuvieran información significativa o privilegiada de aquella década. Labor compleja porque la data de autos se situaría un siglo hacia atrás.

Y la tercera, seguir con la huella que dejó labrada el guardia civil Ramón Pérez Vázquez.

## Vía celestial

Indagarán mediante la primera vía, pero quedaba pendiente el resultado de la búsqueda de los anteriores dueños o arrendatarios de la casa, y sus pertinentes familiares. David se comprometió a verificarlo en el registro de la propiedad y no surgió ningún aporte notorio. La poseedora era la Iglesia católica «sempiterna», y el último inquilino contrastado, el actual ocupante adinerado.

Los tres detectives, «cada uno en su parcela», desplegarán un abanico de posibilidades para juntar la pieza definitiva del puzle, que destaparía el entramado y la confabulación (si sucedió) del fatal incidente.

Marcaron el número de la archidiócesis de Barcelona.

—Buenos días, ¿es el arzobispado?

—Sí, lo es. ¿Qué deseaba?

—Quisiéramos hablar, por favor, con el padre Cebrián. Somos Elizabeth y David; él ya nos conoce. Estamos inmersos en la realización de un estudio del patrimonio inmobiliario y cultural de la comarca. —Menuda excusa soltaron.

—Comprendido, procuro pasarles.

Once minutos de silencio (sin hilo musical). Los jóvenes, desesperados. Por fin, una voz tenue se escuchó...

—Al teléfono el padre Cebrián.

—Hola, soy Elizabeth, abogada del gabinete Cincasas y me acompaña David, investigador que colabora con el bufete, el cual estuvo en el percance que ocurrió en la mansión de la avenida del Tibidabo.

—Ah, sí, sí. Me sitúo. Además, el señor Tarragó me puso en antecedentes.

—Perdone que lo importunemos. Suponemos que habrá oído el asunto basado en la petición tramitada en la Ciutat de la Justícia de Barcelona acerca del atropello de Antoni Gaudí.

—Suelo estar bastante desconectado del exterior. No obstante, sí que me han llegado noticias al respecto y he mirado los informativos de televisión. A propósito, menudo berenjenal en el que se han metido, con el máximo respeto. Ah, como imagino que me van a preguntar por la opinión de los de arriba, tranquilos. Por ahora, no han fijado impedimentos. Cualquier diligencia necesaria, pueden llamar a nuestro representante legal, el señor Vilardell del despacho MacKenyo.

—Fenomenal, muy amable. Verá. Continuamos recopilando los probables supervivientes o descendientes (si los hubiese) relacionados con la fecha trágica del accidente del erudito modernista, el 7 de junio de 1926. Después de revisar los enseres del baúl, ha aparecido una estampa de la Virgen María con la imagen de la basílica de Santa María del Mar, timbrada con anterioridad al incendio que sufrió en 1936, donde sucumbieron sus majestuosas vidrieras. La cuestión era saber si nos echaría un cable para intentar conseguir algún testimonio de la época, casi imposible, puesto que tendría al menos ciento quince años. O bien, disponer del boca a boca de un testigo directo a otro, y este a un tercero..., y el destinatario posterior de la escala lo hubiera transmitido a un individuo más contemporáneo. No sé si nos hemos explicado. — Conversaban con el manos libres.

—Sí, lo han descrito a la perfección. No será una tarea fácil debido al tiempo pasado, aunque sí es cierto que nuestra comunidad de clérigos goza de un magnífico envejecimiento y la esperanza

de vida es elevada. Si quieren que lo consulte, lo examinaría con sumo placer. Tengo que ir mañana al archivo de la archidiócesis a por unos documentos y aprovecharía para escudriñar ese episodio en concreto.

—Gracias, nos ayudaría un montón. Ah, y si no fuese demasiada molestia, también nos interesaría el nombre de los eclesiásticos responsables de las dos iglesias, Sant Felip Neri y Santa María del Mar, junto con los sacristanes. Ojalá alguien de ese entorno recordase la estela de los allegados al genial maestro.

—No se preocupen, déjenlo a mi recaudo. En cuanto lo averigüe, se lo comunicaré.

—Muy gentil por su generoso trato, padre Cebrián.

El sacerdote cumplió con su palabra y, en breve espacio, contactó con los dos tortolitos abrazados por Cupido.

—Sí, padre —atendió David a la señal entrante precedida por un número largo de centralita que había reconocido.

—Cuento con gratas novedades. Ha costado encontrar esos papeles tras llevar encarpetados un siglo —sonaba la frase del devoto—. Me explayo mejor. Los encargados de las parroquias en aquella data fueron los presbíteros Elías y Agustí Mas i Folch, «amigo y director espiritual de Gaudí». Los monaguillos, que han sido más difíciles de ubicar, Pablo Fernández y Teófilo Pico, en la basílica de Santa María del Mar. Y en Sant Felip Neri, los dos hermanos Jesús y Enrique Gilabert. Eso sí, por el extenso período transcurrido, intuyo que ya no sobrevivirá nadie.

—Coincidimos con usted y, si nos lo permite, con la preciada información proporcionada, seguiremos la labor detectivesca hasta el mínimo detalle. Nos gustaría atar los cabos sueltos que carezcan de amarre. De nuevo, quedamos hartos agradecidos por su excelente gestión.

La pareja prosiguió el resto de la jornada con la investigación de cada uno de los personajes y si, por suerte, dejaron alguna pista que explorar. Al alba siguiente, salieron de la vivienda de Elizabeth con sigilo. No tenían por qué esconderse. Sin embargo, no querían ser la comidilla del vecindario. Como dos adolescentes (ruborizados) abandonaron el nido de amor con los primeros rayos del astro rey. Con los deberes hechos, David telefoneó a su confidente.

—Al habla Cebrián. —Por fortuna, se ahorraron la agobiante espera.

—Buenos días. Le pongo al corriente. De la lista que nos facilitó, la cotejamos con mis colegas de la Guardia Civil, pero no pudimos despejar grandes incógnitas. Los padres Elías y Agustí Mas fallecieron hace muchas décadas, lógico porque ya peinaban canas cuando conocieron al arquitecto. Referente a los más jóvenes acólitos, total ausencia de vestigios. Los hermanos Gilabert murieron en Barcelona en los años ochenta, sin descendencia, al igual que Pablo Fernández. Solo nos faltaría enhebrar el último botón de la sotana, el sacristán Teófilo Pico, que, para mayor inri, no figura en ninguna administración. No hemos localizado su partida de nacimiento ni la de bautismo ni el certificado de defunción. Tampoco consta que hubiera realizado el servicio militar obligatorio, o que fuera llamado a filas en la Guerra Civil. Nulidad absoluta, expediente en blanco, nunca existió con esa identidad. Ni vivo, ni muerto.

—¡Qué extraño! En el arzobispado están registrados todos nuestros colaboradores. Aunque he de admitir que en la congregación todavía habitan religiosos que, *motu proprio*, prometieron cumplir los «votos de clausura», según su fe, y el derecho a la renuncia de los placeres terrenales. Soy consciente de que bastantes frailes no han salido de los muros sagrados desde antes de las olimpiadas de 1992 y estoy seguro al 99 % de que ese colectivo no habrá renovado tan siquiera el DNI. A propósito, y merced a los resultados que ha mencionado, al apostillar a Teófilo Pico, me ha evocado una noticia que vi recientemente. Disculpenme que no cayera con anterioridad,

mi cabecita. Déjenme un segundo que libere mi memoria... ¡Hum!... Sí, ya recuerdo. Varias semanas atrás, lo leí en un memorándum interno, el cual, si me conceden un instante, debo tener a mano en una cuartilla impresa. Como son quincenales, si no les urge, voy a ir pasando los folios en orden cronológico inverso, a ver si atinamos o ha sido una alucinación mía.

—Por supuesto. Busque, busque. No tenemos prisa.

—Estamos en noviembre..., «cero». En octubre..., «no diviso nada». En septiembre..., «no aparece». En agosto..., ¡eureka! ¡Lo hallé! Creo que estaba en las funciones... Sí, exacto, les resumo: «Bla, bla, bla... En la presente circular (tras un arduo trabajo de sobrados meses de compilación), el padre Teófilo actualizó el valioso inventario de libros, revistas, grabados y manuscritos de la biblioteca de la abadía de Montserrat...». Esto es lo que recordaba. Sigo leyendo: «Bla, bla, bla... Se trata del monje más longevo que vive en Cataluña. Reside en el monasterio benedictino desde los años sesenta, donde disfruta de una actividad monacal, de reclusión, en un clima místico, de devoción, silencio y oración».

—¡Guau! ¡Vaya descubrimiento! Increíble, un testigo directo sigue con vida —vociferó de júbilo David—. Si no calculo mal, superará los ciento quince años.

—No sabría asegurarle en concreto. No lancemos las campanas al vuelo tan pronto, puesto que solo coincide el nombre de pila. Al menos hemos adivinado el motivo por el que no aflora su filiación en los organismos públicos. Como los veo tan interesados, les notifico que tenía pendiente una visita a la basílica por temas de mantenimiento. Pretendía hablar con el abad (allegado mío) y solicitarle una cita (en función de su agenda, claro). Si ambas partes están conformes, podríamos subir juntos, obtener más información y, de paso, conocer al insigne ermitaño.

—Por nosotros, adelante, es una espléndida propuesta. Esperemos que sea el distinguido varón y se conserve en plenas facultades, tanto físicas como mentales.

—De acuerdo; cuando sepa algo, les avisaré.

—Muchísimas gracias por su amabilidad, padre Cebrián.

En el ínterin, la pareja disfrutaba su relación con intensidad y se consolidaba con el máximo cariño y amor. Siguió con las pesquisas mientras el abogado eclesiástico cursaba las gestiones pertinentes.

El rector Manel era el vigente abad de Montserrat (hombre de Dios, muy reputado en el seno de la comunidad católica). Enseguida recibiría una señal telefónica.

—Buenos días, hermano. Soy Cebrián, de la archidiócesis. Quisiera conversar, por favor, con el prior.

—Aguarde un momento, permítame que se lo comunique.

Discurrieron un par de minutos...

—¿Qué tal se encuentra, padre Juan Luis?

—No me puedo quejar. Sumergido en el arzobispado, rodeado de documentación, diligencias en marcha y excesiva burocracia. Y usted, ¿continúa mejor de su dolencia de huesos?

—Querido amigo, la experiencia es un grado y la edad es el reloj de la vida en el que sus manecillas nos marcan la calidad de nuestra salud. Debemos cuidarlo y darle cuerda cada amanecer. Con respecto a su pregunta, le respondería que mi galopante artrosis prosigue empeñada en frenar las agujas de mi despertador. Por ventura, aún no lo ha logrado.

—Sabia reflexión, monseñor.

—No es mía la frase, aunque me satisface narrarla en tanto en cuanto haya oyentes ilustrados, como es el caso. Serviría para un sermón. Ostras. Sin quererlo, una rima asomó. Perdón, a lo que íbamos. Retomando la charla de la última semana, en la cual le anunciaba que había emergido otra grieta en la capilla más adentrada en la roca. Si no le parece mal, necesitaría un técnico de la construcción o perito, para que echara un vistazo a los desperfectos y nos hiciera un presupuesto.

—No se preocupe, mañana mismo le buscaré un profesional acreditado y se lo mandaré.

—Muy agradecido, Juan Luis. Le toca su turno. Deduzco que traerá en su carpeta algún asunto que relatarme, ¿es correcto?

—Pues sí. No sé si verá con asiduidad las noticias. La cuestión es que el gabinete Cincasas pretende reabrir el suceso del accidente que padeció el venerado don Antoni Gaudí.

—La verdad es que no suelo mirar la televisión. A pesar de ello, me he enterado a través de los estimados clérigos. Aprovecho el coloquio para explicarle lo que se me ha encomendado. En principio, solo se ha presentado la instancia, corríjame si voy desencaminado. En el supuesto de que la solicitud entrara a trámite, la Iglesia católica se personaría «damnificada» como acusación particular. Se contrataría al bufete MacKenyo, el oficial para estos menesteres, con el notorio jurista Vilardell al frente, el cual es muy eficaz y más frío que un témpano de hielo. Ellos se encargarían del sumario y, si tuvieran que recurrir, lo realizarían con la totalidad de los mecanismos que disponemos. Desde Roma no ven con buenos ojos que no se respete el descanso eterno de uno de los creyentes más célebres del mundo, enterrado en la cripta de la Sagrada Familia, ni que se ponga en entredicho a la institución. La orden viene de arriba, de la cúpula del Vaticano. Nuestro cometido sería de meros anfitriones, estar solícitos a lo que nos requieran, colaborar y brindar absoluta libertad a la autoridad competente: «oír, ver y callar». No tenemos nada que ocultar. Solo le pido que medie y supervise la gestión, confío plenamente en usted. Ah, un humilde consejo, si llegara ese momento, Dios no lo quiera, no se estrese demasiado. Desempeñará su función con un sobresaliente, amigo Juan Luis.

—Lo intentaré. No lo defraudaré. Gracias por sus enseñanzas. Usted siempre ha sido para mí un excelente mentor. Con su permiso, reanudo el tema acuciante que nos ocupa. Los representantes del despacho Cincasas me han trasmitido su deseo de indagar sobre las fechas del lamentable percance del arquitecto y que les gustaría saber si todavía quedan supervivientes de aquella época.

—¡Uf! Lo dudo bastante. Déjeme calcular. Si no me equivoco, habrá transcurrido casi un siglo y...

—¡Exacto! En concreto, fue el 7 de junio de 1926. He revisado los archivos de la archidiócesis y, al descartar candidatos, el único individuo vivo cuyo perfil concordaría es el del padre Teófilo, el cual, según el boletín del pasado agosto, podría encajar con el religioso que reside en su congregación. No estaba seguro porque ignoraba su aspecto físico.

—Supongo que se referirá al monje Teófilo Pico, el más longevo de Cataluña.

—Sí, cierto. Me faltaba corroborar el apellido. Sus datos coinciden en todo. Estoy convencido de que es él. ¡Bendito sea Dios! Creo que acabamos de resolver el acertijo.

—¡Ay! Si me hubiera consultado con anterioridad... Ahora tocará averiguar si anduvo por aquel entonces cerca de Gaudí y si mantuvo contacto con el maestro. Yo tampoco conocía su data de nacimiento. Sé que habita en el monasterio como mínimo sesenta años, que luce canas, y que es un ejemplo de disciplina y tesón. Si lo prefiere, doy aviso para que dialoguemos un rato con él.

—Me haría un gran favor, abad.

—O mejor incluso, ¿qué le parece si sube por aquí en otra ocasión acompañado de los miembros del gabinete, echa una ojeada a la molesta gotera, hablamos con el afable veterano y comemos juntos, en recuerdo de los viejos tiempos? Guardo una ratafía que le va a encantar.

—Genial su ofrecimiento. Una magnífica invitación. Cuadro su agenda con la de los partícipes y se lo confirmo, monseñor.

—Estupendo. Así lo acordamos. Me lo comunica y ultimo los detalles.

Al término de la conversación, Cebrián se dispuso a concertar la cita y preparar la visita. No fue difícil conseguirla. Eso sí, derrochaba satisfacción (a raudales) con el hito histórico que habían descubierto y expectante de una charla sorprendente en su carrera clerical, delante de un personaje increíble, poseedor de una biografía extensísima.

Puntuales como un reloj suizo, cuatro días después, comparecieron los tres a las nueve de la mañana en la puerta de la oficina central de correos de Barcelona (edificio de estilo clasicista abarrocado), ubicada en la emblemática Vía Layetana. El lance de no haberse visto nunca impuso el protocolo del saludo antes de acomodarse en el vehículo que conducía el joven. El presbítero vestía con la sotana reglamentaria, lo que aparentaba ser más senil. Rozaba los cuarenta y cinco. La primera impresión era la del típico empollón, o ratón de biblioteca. Tenía el cabello corto, color castaño, con la raya al lado —algo anticuado—, y portaba unas gafitas redondas que le daban un aire a Miguel de Unamuno. Para romper el hielo, la fórmula que jamás fracasa es sacar a colación el requerido comodín de la meteorología (la temperatura descendía esas jornadas). El diálogo fue distendido y ameno durante el recorrido, hasta que surgió el cotilleo de David.

—Perdóneme la curiosidad, no se lo tome a mal. La verdad es que lo imaginaba con mayor edad.

—Me lo aluden a menudo; fuera del arzobispado, claro.

—Como no todo el mundo ha gozado de la oportunidad de llevar de copiloto a un servidor de Dios, ¿no se enfadará conmigo si continúo con las preguntas?

—En absoluto.

—¿Cómo sintió usted la necesidad de tomar los hábitos sacerdotales? ¿Tuvo alguna visión o una situación similar?

—Si le soy franco, no es una decisión que se pueda premeditar, viene sin querer buscarla y cuando uno menos lo espera. Mis padres son médicos y deseaban que siguiera sus pasos. Al terminar la selectividad, me di cuenta de que anhelaba ser un siervo del Todopoderoso, y abogado; el orden no me importaba. Y no, no recibí ninguna llamada divina ni contemplé la imagen de la Virgen María que me marcaba el camino. En su defecto, podría inventarme una nostálgica crónica de esas lacrimógenas que salen por televisión. Los letrados somos racionales, terrenales, nos basamos en hechos y pruebas concluyentes. ¿Está de acuerdo con mi teoría, señora Elizabeth?

—Casi al cien por cien, aunque depende del valor humano y sentimental de cada individuo, cuestión que permite variar la percepción de las cosas —apostilló su homóloga.

—Prefiero volver al meollo del chismorreó, tanta formalidad me descoloca y me aburre. Por favor, en confianza, ahora que no nos oye nadie, ¿cuántas chicas guapas sucumbieron a su pico de oro antes de ingresar en el ministerio eclesiástico? —lanzó con fuego el fisgón del investigador.

—Puestos a sincerarnos, he de admitir que no tuve novias; pero novios, un montón. Nada serio, relaciones efímeras sin compromiso.

—¡Hostia consagrada! Ay, disculpe, se me ha escapado. Me ha desarmado por completo. Será de cachondeo, ¿no?

—No, siento defraudarlo. Soy homosexual, a mucha honra, orgulloso de que Dios me bendijera así. Mis progenitores no lo comprendieron ni me lo han perdonado, son sumos beatos. Echo en falta su afecto, su cercanía. No los entiendo. No los juzgo. Sí los respeto. El único que me apoyó fue mi padrino, mi maestro, un sabio capellán que ya falleció. De ahí mi vocación.

Miró fijamente a David, con los ojos difuminados de tristeza, a un ápice de que afloraran lágrimas de dolor...

(Silencio melancólico compartido).

—¿Lo he decepcionado?

—De ningún modo. Todo lo contrario, es un placer escucharlo. Gracias por la lección y por abrir su corazón con nosotros. Sus padres sí que no han estado a la altura, le han fallado. El amor de un hijo debe prevalecer por encima de cualquier discrepancia. Me ha afligido mucho su tesitura, usted no se merece ese menosprecio.

—Le agradezco sus cordiales palabras.

Elizabeth permanecía callada, no podía articular su voz. Sollozaba mientras les prestaba atención...

—Excuse mi indiscreción. ¿Supongo que su hermandad (tan conservadora) no estará al corriente?

—¿Por qué no iban a saberlo? Ser gay no implica que sea mentiroso ni mala persona ni que tenga que ocultar mi orientación sexual. Su Santidad, el papa Francisco, es progresista, respalda y ensalza la unión civil entre dos hombres o dos mujeres. Sin embargo, mantiene su negativa al matrimonio católico. Es bueno y saludable que la Iglesia se adapte a las nuevas circunstancias.

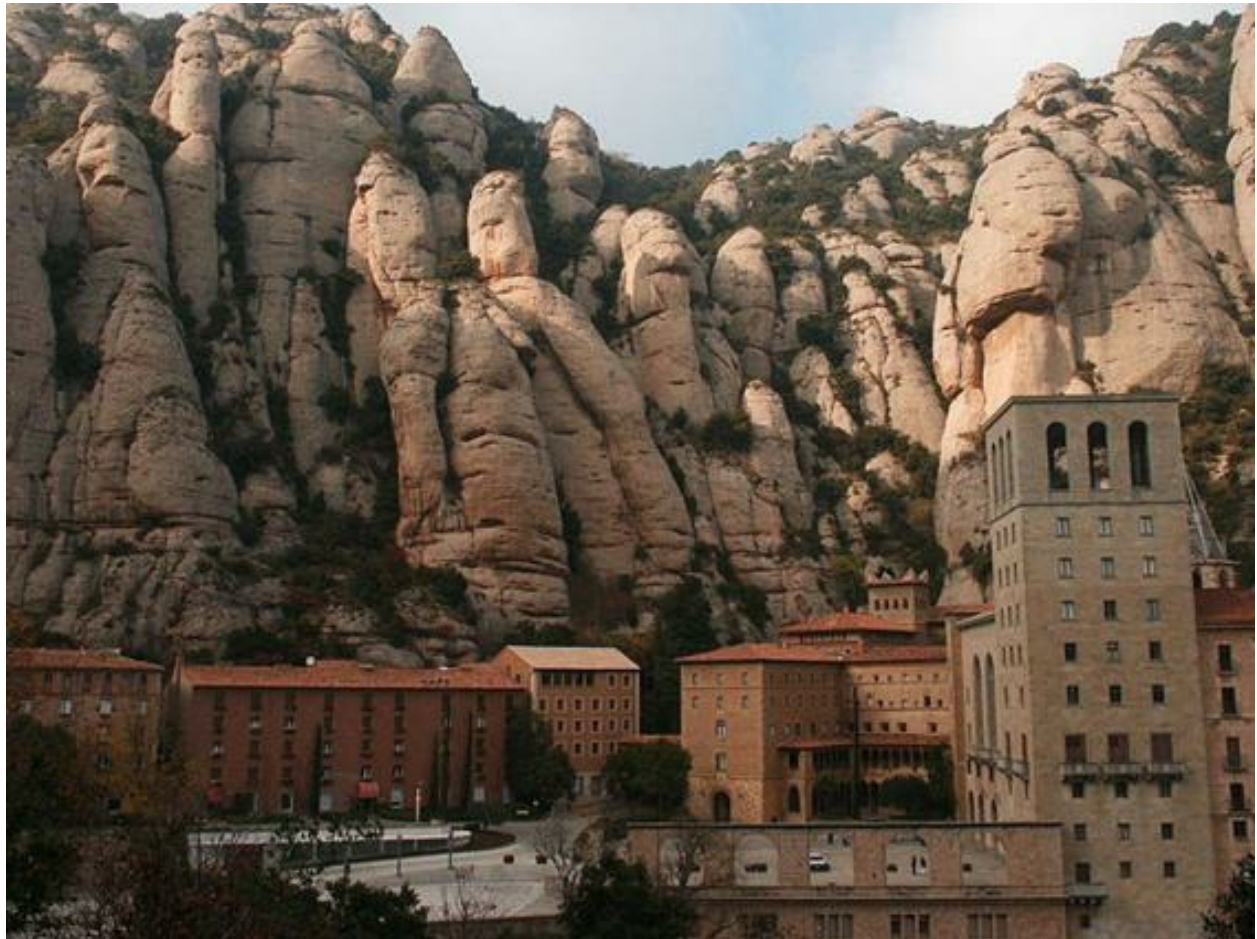
—¡Chapó! Me quito el sombrero. Cuando bajemos del coche, déjeme que le dé un fuerte abrazo.

—¡No se pase ni se acerque demasiado! No respondo de mis actos... Es broma, David, vaya cara pálida que se le ha quedado. ¡Je, je, je! ¡Je, je, je! ¡Je, je, je!

Los tres comenzaron a reírse a carcajadas: «¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!». El viaje se hizo superdivertido. Dejaron la autopista dirección Monistrol de Montserrat, salieron por la comarcal y cogieron la bifurcación de diez kilómetros de subida y curvas cuyo destino final es la abadía. Se trata de una carretera estrecha, de reducida circulación, la cual obliga a concentrarse para evitar un incidente. A lo largo del trayecto serpenteante (un cuarto de hora), se vislumbra un paisaje bellísimo, donde resaltan sus enormes cimas. Tal como indica su nombre, en catalán *mont* significa ‘monte’ y *serrat* ‘serrado’. A causa de su peculiar morfología, se asimilaría a una cordillera cortada con una sierra gigante. Las torneadas peñas son los depósitos de cantos rodados y grava que un río ya desaparecido acumuló en su tramo terminal. Durante millones de años el agua, el viento y otros agentes erosivos disgregaron y arrastraron los riscos más blandos, sin apenas hacer mella en los duros conglomerados cimentados con sílice, que de esa manera se vieron realzados como un descomunal bajorrelieve.

El macizo se ubica en la Cataluña Central, a unos sesenta kilómetros de Barcelona. En esta montaña se sitúa el santuario y el monasterio benedictino, conjunto dedicado y venerado a su patrona, la Virgen Negra, también llamada «La Moreneta». Desde la Edad Media es reconocido

como un importante enclave de peregrinación, un lugar mágico y una ruta mística (de inspiración artística), en la que reposan numerosas leyendas...



Abadía de Montserrat

[https://es.wikipedia.org/wiki/Macizo\\_de\\_Montserrat#/media/Archivo:MontserratMonastery01.jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Macizo_de_Montserrat#/media/Archivo:MontserratMonastery01.jpg)

El último trecho culminó rápido debido a la grata conversación y al ambiente tan entretenido que se forjó.

—Voy a estacionar en el *parking* público —señaló el chófer cotilla.

Se dirigieron hacia el portón principal, punto de encuentro. Con precisión alemana, les aguardaba el prior en la entrada del templo. Después de las presentaciones, el rector actuó de cicerone turístico del magno monumento eclesiástico. Les enseñó con excelsa determinación las perlas arquitectónicas naturales, las rocas colgadas, las ermitas, las edificaciones, la biblioteca y la efeméride que levantó esos muros. Una descripción amena del entorno. Discurrió una hora y veinte minutos de explicación y fue cuando el abad recordó la cita con el monje.

—Discúlpenme, ya es momento de conocer al padre Teófilo. Lo siento, a veces me enrollo contando las batallitas de la zona.

Tal como anunció, accedieron directos al claustro privado de los religiosos. Transitaron por un pasillo angosto que te convidaba a girar a la derecha, donde se hallaba la cantina. En el interior, junto a una silla al fondo, permanecía inmóvil el párroco. Tras un breve preámbulo, se saludaron y les dio la mano con una leve inclinación del cuello —muestra de pleitesía— y, de inmediato, se

sentó disculpándose porque no aguantaba mucho rato de pie, ya que su avanzada edad no se lo consentía. Era un varón enjuto, espigado, con amplia envergadura de brazos y piernas y de elevada estatura. Rondaba los dos metros. Tenía el cabello grisáceo (cierta similitud con el actor Boris Karloff), sin apenas arrugas, con el rostro y facciones agraciadas y una semblanza más jovial para los años que figuraban en su DNI, tal vez suscitado por su porte apacible y benévolo. En su espalda (arqueada) se distinguía una hermosa joroba. Para paliar su vista cansada, presbicia, usaba unas gafas de pasta negra «culo de botella» y para caminar se apoyaba en su leal compañero, un bastón largo de gran calibre, construido con madera de roble. En su mirada cálida y sosegada —ojos oscuros—, se intuía una intervención de estrabismo que le corrigió el desvío de sus pupilas (casi inapreciable).

Antes de empezar con la entrevista, el anfitrión solicitó a otro clérigo que sirviera un tentempié —fuet, longaniza catalana, butifarra de huevo, *bull* blanco, tortilla de patatas, beicon, chorizo, queso, jamón, pan de payés restregado con ajo, tomate y aceite...— a los invitados, aderezado con un exquisito vino artesanal y, de colofón, un chupito de ratafía (licor dulce típico de la comarca) con bastante alcohol, elaborado por ellos y con sabor a especias muy sabroso en el paladar. Les gustó tanto que repitieron. Gloria celestial. Las palabras flotaban en el aire, el estrés no cabía en aquel paraíso. El tiempo se detuvo. El aura de los sacerdotes irradiaba misticismo en abundancia, como si les trasladara a otra dimensión, a una atmósfera hechizada de placer donde no existían las prisas. Envueltos en un halo de magia (difícil de definir), les conducía hasta un remanso de paz, meditación y armonía. Un silencio placentero, despampanante, que recorría cada poro de su piel. Hipnotizaba ese deleite. Por un lapso, sus problemas se esfumaron, pasaron a ser meros chascarrillos insignificantes, se solucionaron en un santiamén. Daban ganas de meterse a cura.

A *posteriori* del espléndido refrigerio y, con el estómago satisfecho, los asuntos se veían de manera más optimista. El resto de comensales se despidió y continuaron la charla el trío foráneo y el entrañable veterano. El monje estuvo muy solícito, amable, bondadoso y predispuesto. A Elizabeth le evocaba a su abuelo, le transmitía buenas energías. La joven puso en antecedentes el motivo de la reunión.

—Tal como hemos compartido al inicio, pertenezco al bufete de abogados Cincasas. Me acompaña, David, asesor del despacho en temas burocráticos, trámites, etcétera. No sé si habrá escuchado o leído en prensa el hallazgo de unas pruebas referentes a Antoni Gaudí; que, si fuesen verídicas, cambiarían la historia de Cataluña y del mundo contemporáneo.

—Perdonen mi carencia de información. En la basílica no solemos ver televisión ni radio ni periódicos. Somos una orden benedictina, con dedicación plena a orar, trabajar y a la liturgia de la Iglesia católica. Por lo que no estoy al corriente de las noticias externas que divulgan.

—No se preocupe. La razón de nuestra visita es averiguar qué ocurrió con exactitud la tarde del fallecimiento del erudito arquitecto, atropellado por un tranvía. Ha transcurrido un siglo y solo pretendemos atar los cabos sueltos del fatídico accidente. En atención al hecho, queríamos preguntarle por esa data, si no le inoportuna, ya que es usted el único testigo vivo.

—En absoluto. Me honra poder ayudar en una causa tan noble.

—Si volviéramos al día clave del incidente en cuestión, el 7 de junio de 1926, ¿sería capaz de recordar qué hacía y dónde estaba por aquellas fechas?

—Con mi máxima estima les agradezco la confianza depositada en un humilde servidor de Dios, pero ustedes me piden demasiado para un alma tan decrepita como la mía. Déjenme que reflexione un instante sobre su consulta.

(Pausa).

—Si lo prefiere, se lo exponemos de otro modo. ¿Conoció o coincidió en algún lugar con el genio modernista? —remarcó Elizabeth.

—Sí, claro que sí, aunque he de matizar que más bien lo visualicé (de casualidad) en varias ocasiones, detrás de unas cortinas en la parroquia de Santa María del Mar; y jamás hablé con él —les aclaró con rotundidad.

—¡Caray! Qué exclusiva. Fantástica revelación. Por último, no deseamos molestarlo más y lo dejamos tranquilo. ¿Tendría inconveniente en declarar ante un tribunal en relación con el contacto que tuvo con el creador de la Sagrada Familia? Es para prescindir o tenerlo presente por si quisieran contar con usted, llegado el momento.

—Por mí, no hay objeción al respecto. Al contrario, estaría encantado. Eso sí, les rogaría, por favor, un medio de transporte, mis frágiles huesos no dan para extensos viajes y, menos aún, orientarme por la colosal urbe.

—No padezca. Le enviaríamos un taxi o vendría yo personalmente a buscarlo —le calmó el detective.

Se alargaba la confortable cita y, a pesar del fenomenal ambiente, tuvieron que despedirse del afable anciano. Abrazos de compañerismo (solo se utiliza un brazo por deferencia, no los dos) y apretones afectuosos de manos fueron el mejor resumen de la estancia. El padre Cebrián esperó allí, puesto que debía resolver el dilema de la filtración de agua de la grieta. Comería con el abad y, al término de la jornada, bajaría con otro religioso. Los dos acaramelados montaron en el coche y regresaron solos a la Ciudad Condal. Por el camino, la letrada le comentó a David...

—¿Qué te ha parecido el fraternal monje?

—En principio, muy lúcido y agradable. No ha relatado nada excepcional, a la esperar de discernir, en un supuesto juicio, los recuerdos retenidos en su cerebro. Sin duda, lo positivo es su virtuosa disposición para atestiguar.

—La verdad es que a mí me ha tocado el corazón. Lo veía tan vulnerable que me ha traído a la mente a mi yayo, sobre todo en el declive postrado en su lecho. Incluso olía como él, esa colonia tan intensa de Varon Dandy, tan familiar, tan cercano, como si lo hubiera visto con anterioridad. Me ha cautivado. Por cierto, te he pillado, ladronzuelo. ¿Por qué has hurtado un vaso de los chupitos?

—Fetichista que es uno. Colecciono reliquias de mis aventuras. Y tal como ilustró en su época un reconocido político: «Pues nunca se sabe» —alardeó el ratero con una chistosa imitación del susodicho diplomático.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! —se tronchaba su chica, un peligro para su lencería.

Una vez explorada la vía celestial, quedaban por indagar la gótica y la civil. Mientras, cada uno siguió con su faena diaria, ella consagrada a la abogacía (solventar gestiones pendientes) y él liado con sus pesquisas (estafas a los seguros, engaños matrimoniales, menores que se escapan, víctimas de chantajes...). Como norma cotidiana, intentaban verse los mediodías.

Mediados de diciembre. La célebre frase de que la justicia es reposada, en este caso, no acertó. A la inversa, fue con sobrada rapidez. Elizabeth leyó un mensaje en la bandeja del móvil. Narraba así:

En breve recibirá una notificación por correo postal, referente a su solicitud, proveniente de la Ciutat de la Justícia de Barcelona.

No se lo creía. Qué nueva ilusión. No pudo reprimir la alegría y se lo refirió a su atractivo mozo.

—Cariño, ¿te apetece un pisco al lado de mi oficina?

—Estupendo, *cuqui*, a las 13:00 en el restaurante de la esquina.

Puntuales los dos, se toparon en la puerta. Sus miradas se cruzaron durante un par de segundos y se besaron con exquisita delicadeza. Sin más dilación, se dirigieron a la mesa reservada en el comedor. Sentados y cogidos de la mano (sin necesidad de hablar), sus ojos emanaban chispas de amor a raudales. Ella le mostró con ímpetu la misiva. Él negaba con el dedo índice.

—No me convence, han tardado muy poco en responder, mala señal.

Dejaron el asunto aparcado hasta que vieran el escrito.

—Quería compartir contigo un secreto, una anécdota —sorprendió de sopetón a su chico, que puso cara de pasmado.

—Permíteme que lo adivine. No me lo chives. (Sucinto silencio). ¿Gastritis, conjuntivitis o embarazo?

—¡Qué idiota eres! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

—Cuenta, cuenta...

—No te lo mencioné antes porque no le di importancia y ni me acordaba. Me ha venido a la cabeza, ya que acaeció el mes pasado, justo el día que tramitamos el requerimiento, el 6 de noviembre. Esa noche tuve un sueño bastante insólito. A propósito, todavía no convivíamos bajo el mismo techo.

—Prosigue, no te pares. Mis orejas son radares de murciélago al cien por cien de volumen.

—Atento. Ahí va. Resulta que estaba adormilada en mi cama, cuando noté la presencia de alguien que se adentraba por la ventana de mi habitación. Una silueta difuminada caminaba sigilosa. Portaba su faz enmascarada, cubierta por un pasamontañas. No sabría describirlo, solo percibí un olor seductor. No atisé miedo alguno. El intruso acarició mis muslos con mucha ternura (sin prisas). Sus labios recorrieron mi piel, mi pubis y mis pezones, a cámara lenta. Apretó con dulzura mis pechos y, como broche de oro, se subió encima y me poseyó con inmensa suavidad. Su rostro, pegado al mío, susurraba palabras indescifrables. No precisé gritar, fue un trance superplacentero y gocé de una suprema excitación. Llegué al clímax máximo del séptimo cielo, de puro deleite. De esta manera lo recuerdo.

—¡Joder! Me has puesto encendido como la antorcha de los Juegos Olímpicos del 92 en Barcelona. A ver si al final estamos fecundados. He leído en una revista que las madres venideras suelen padecer este tipo de fantasías y este sexto sentido tan desarrollado.

—No seas cándido, si tomamos precauciones. Además, me vendrá enseguida y coincidirá con mi menstruación habitual.

—Sí, sí, pero ya me conoces, soy un semental.

—¡Qué bobo! No tienes remedio.

—Vayamos a la boticaria —insistió David.

—Calla, calla, demasiados follones tengo en el despacho como para preocuparme de naderías...

El 22 de diciembre la popular Lotería del Gordo se entregó en el bufete Cincasas: la tan anhelada carta con la resolución. No se admitió el recurso, no vieron indicios, ni tan siquiera se interesaron por investigar una posible línea de actuación. Enunciaba el texto:

En contestación a su denuncia interpuesta en el juzgado de instrucción de la Ciutat de la Justícia de Barcelona, lamentamos comunicarle que su diligencia no ha entrado a trámite, debido principalmente a la falta de pruebas fehacientes. Las presentadas solo son circunstanciales y no se han encontrado suficientes vestigios por parte de la Fiscalía.

Primer descalabro y varapalo encajados. El misterio del accidente del 7 de junio de 1926 seguía sin esclarecerse. En el entorno flotaba la convicción de no haber sido un hecho fortuito, sino un asesinato encubierto «premeditado». A pesar del desánimo de los jóvenes, no cejaron en su empeño ni tiraron la toalla, por lo que decidieron continuar hacia adelante para poder descubrir el enigma.

Por otro lado, la abogada indicó a su amado que se sentía extraña desde hacía varios días. Su cuerpo cambiaba. Lo achacaba a las hormonas, al retraso de una semana de la regla, al estrés que soportaba en su ocupación, y quizás a la preparación de las inminentes fiestas.

—Salgamos de dudas. ¿Qué te parece si compramos un test de orina, descartamos el embarazo y despejamos la incertidumbre? ¿Lo verificamos? —persistió de nuevo el joven cansino.

—Qué pesado. Perderemos el tiempo. Dará negativo.

Los dos colegiales visitaron una farmacia con el objetivo de desvelar quién llevaba la razón. El predictor marcó positivo. No se lo esperaban, menuda sorpresa. No fue buscado, pero sí deseado. Era una magnífica noticia. Elizabeth preñada en Pascuas de casi dos meses. Concluirá la gestación y saldrá de cuentas a inicios de agosto. El semblante de felicidad les precedía en sus comparecencias. La agraciada primicia se fusionó con la denegación de la querella. No hay mal que por bien no venga. Tocaba disfrutar de la maravillosa novedad, iban a ser papás. Se aproximaba el fin de año y la futura mamá aprovechó para anunciar formalmente a su novio en Navidad. David hizo igual y festejaron la Nochebuena con su padre, Jaume, al que ella aún no había tratado.

## Dulce Navidad

El 25 de diciembre fueron a comer a casa de la familia de la letrada, ubicada en el acomodado barrio de Sarrià en Barcelona. El encuentro fue agradable, y la conversación trivial sobre sus orígenes y los planes a corto plazo, nada relevante. La suegra, encantadora. Una mujer muy afable, con una mirada angelical que denotaba su excelente talante, simpatía y siempre sonriente. El suegro, tenso, contenido. Siguió a rajatabla el protocolo de la refinada educación, sin apenas charlar...

El ambiente empeoró con el inesperado anuncio de que dentro de siete meses conseguirían el título de abuelos, cuestión que a la incipiente yaya emocionó, mostrando su faz plena de satisfacción. El yayo, al contrario, nervioso, con cara de acelga amargada que le llegaba hasta el suelo. Sus ojos encolerizados suspiraban por matar al despreciable yerno allí sentado. La atmósfera se volvió densa. No pudo aguantar más y le lanzó una serie de preguntas a modo de proyectiles antiaéreos.

—Por cierto, David. Con exactitud. ¿Tú a qué te dedicas?

—Verá, señor Díaz-Rossell. En una breve síntesis, investigo. Lo que se denomina, hoy en día, un detective. Cotizo como autónomo y, en especial, llevo asuntos de adulterios, separaciones conflictivas, fraude a las aseguradoras, búsqueda de fugados por voluntad propia, u otros que los han borrado del mapa...

—De acuerdo. —Silencio de tres segundos. Tal vez cinco—. Tengo entendido que te incorporaste a la Guardia Civil, con puesto fijo y funcionario. ¿Me equivoco?... Entonces, ¿por qué renunciaste? —le reprimió con tono amenazante.

—Déjeme que se lo explique.

—Te escucho.

—Atravesé una pésima racha, ocurrió una tragedia. Falleció mi madre después de una larga y cruel enfermedad (cáncer), y no supe asumir su muerte. Caí en una profunda depresión, estaba perdido, desolado, hundido. Deambulaba por el asfalto como un zombi. Me cobijé en la bebida. No pedí ayuda psicológica ni acompañé a mi padre en su duelo. Me alejé cuando más me necesitaba, solo quería desaparecer de esta asquerosidad de vida...

—Perdona, no lo sabía —le detuvo—. Recibe mis sinceras condolencias. —Pausa alarmante—. Tenías un salario estable, un sueldo decente. Sin problemas económicos, sin hipoteca, y lo mandaste todo al traste. ¿Tú ves correcto lo que hiciste?

El mal rollo iba *in crescendo* y las vibraciones negativas ganaban terreno.

—Así fue. Me vine abajo, el mundo me sepultó, no veía salida y decidí cambiar de aires, trabajar en lo que mejor dominaba, indagar. Es verdad que no me gustaban los horarios, la estricta disciplina... y a los tres años, me harté y dimití.

—Con tu relato, reafirmas y me demuestras que careces de responsabilidad, que no serías capaz de cuidar a mi única hija ni a vuestro futuro hijo...

—Permítame que le interrumpa. Lo siento. ¿Qué quiere que le conteste? No sé cómo explicarme sin herirle ni atacarle, no es mi deseo. —Instantes inquietantes—. Yo no me he casado con usted. Voy a casarme con su bella y amada hija, a la que adoro con devoción y a la

que pienso hacer sumamente feliz el resto de nuestros días. Su opinión me merece el máximo respeto, pero no la comparto, y tampoco he venido a que me juzguen.

Sin pretenderlo, lo sacó de sus casillas. Comenzó a vociferar como un desquiciado. Disparó con ametralladora ráfagas de multitud de improperios inescrutables. David (prudente) se vio obligado a dar por finalizada la peliaguda comida; no sin antes disculparse frente a su amable suegra y a su estimada Elizabeth. Al cabo de escasos minutos, ella bajó a la calle, mientras él la aguardaba. Dialogaron más tranquilos los dos tortolitos y la preciosa chica intentó excusar el carácter de su padre. Se marcharon abrazados hacia el apartamento.

Pronto olvidaron la espantosa festividad de la Navidad y gozaron al límite la bonanza de crear los tres un flamante hogar, repleto de amor impoluto e incondicional. La decisión de vivir juntos era de las más acertadas y afortunadas que emprendieron. Se instalaron en el espacioso piso de ella, soleado, céntrico y con una majestuosa panorámica de la Ciudad Condal. Se notaba el toque femenino y el diseño vanguardista.

Transcurridos la Nochevieja y los Reyes Magos, «jornadas de vacaciones», regresaba la detestable vuelta a la faena. Repasaron el balance y cada uno de los movimientos realizados para no dejar ningún rastro en el tintero. Los dos exclusivos individuos relevantes para el caso (que vivieron en aquella época) eran el monje benedictino Teófilo Pico y el guardia civil que auxilió a Gaudí, Ramón Pérez Vázquez, cuyo atestado no añadió nada singular. Decaídos por el batacazo, todavía les quedaban dos balas en la recámara, la gótica y la civil.

## Vía gótica

Esta vía de actuación abarcaba los dos barrios adyacentes, el Raval y el Gótico, zona donde se ubicaban la iglesia de Sant Felip Neri y la basílica de Santa María del Mar, las cuales coincidían con el trayecto que frecuentaba a diario el genio modernista.

6 de enero del nuevo año, al atardecer. Elizabeth recordó que su suegro, Jaume, patrullaba con asiduidad por el sector de la catedral de Barcelona y es probable que mantuviese la agenda de informadores de cuando estaba en activo.

—Cariño. He supuesto que, quizá, tu papá podría echarnos un cable con respecto a los contactos que tenía en su demarcación asignada, la de los paseos del arquitecto.

—Excelente sugerencia, si es que eres la más guapa y astuta de las abogadas de Cataluña. Ay, ¡que te como esa carita tan linda! Pillina.

—Zalamero, zalamero —reía la halagada con actitud muy melosa.

—A propósito. ¿Qué me recomiendas para celebrar este festejo de regalos? ¿Cenar en un restaurante romántico, cautivados por un buen vino y después una película en este confortable sofá? O una propuesta saltarina. ¿Postergamos los prolegómenos gastronómicos y nos desnudamos con ojos lujuriosos hasta que la tentación nos invada con su ardiente clímax?

—Desde luego, qué sinvergonzón. Siempre pensando en lo mismo.

—¿Acaso existe otra cosa mejor? Je, je, je.

—No sé cómo te lo apañas, embaucador, que me convences de inmediato. —Le dedicó una sonrisa picaresca.

Qué envidia sana proporciona la juventud. Qué bello es avivar la llama del amor. Qué delicioso es el frenesí desbocado, revoloteado y apaciguado. Qué magia de erotismo. Qué noche de pasión...

Al día siguiente, David charló con su padre para que le preguntara a sus compañeros de la Guardia Civil si, por casualidad, conocían personajes de ese período que contribuyeran con alguna pista referente al trágico atropello de Gaudí. Él accedió encantado en ayudar con su experiencia y escudriñar por los rincones que solía inspeccionar. Los ficheros manuales de esa década no aportaron trascendencia sobre lo acontecido en la fatídica tarde del 7 de junio de 1926. Solo lo publicado en los medios de comunicación escrita.

Como ilustraba el avezado guardia civil: «Las calles del barrio hablan por sí solas, solo debes esperar y saber escuchar».

Merced a su profesionalidad y a la vieja libreta en la que conservaba los nombres, apodos, teléfonos y direcciones de todos sus colaboradores, consiguió uno de su confianza, el «Látigo». Era huérfano y el mote le venía porque se había criado en un circo en el que aprendió el difícil arte del manejo de la elástica herramienta. Tras los saludos habituales:

—Soy Jaume, el picoletto que se jubiló hace un par de años y te invitaba a cañas y bocadillos de sepia en la plaza Real.

—¡Hum! Qué ricos, aún me acuerdo de aquel espléndido olor. Por la voz, ya lo he reconocido. ¡Cuánto tiempo sin verlo!

—Casi setecientos días. Mira, una cuestión. Necesitaba información acerca de un asunto que ocurrió un siglo hacia atrás... —le sintetizó.

—Yo a usted lo aprecio un montón por lo que hizo por mí y por las veces que me ha sacado del calabozo, pero eso que me consulta se me escapa de lo que yo controlo; ¿me entiende, verdad?

—Sí, sí, me lo imaginaba. ¿Igual alguno de tus compadres podría facilitarme datos significativos?

—No se preocupe, moveré los hilos y, mañana, le contaré.

Tal como prometió, al cabo de veinte horas le respondió.

—He averiguado que hay un colega muy listo —memoria privilegiada, trabajó en la biblioteca —, el cual domina las movidas intelectuales del distrito. Su alias es el «Gafotas». Pinta de empollón y con lentes de culo de botella.

—Fantástica noticia. ¿Dónde lograría localizarlo?

—No sé su móvil. Sin embargo, me he enterado de que los martes a las 18:00 echa la tarde con sus paisanos en la coctelería Rosa Negra de la Vía Layetana.

—Fenomenal. Gracias por la gestión, Pepe.

—De nada, señor Jaume. Aquí estoy para lo que mande. Palabra de un gitano de corazón.

—Cierto es. Confío en ti. Eres un hombre honesto. La suerte (en ocasiones) no te ha abrazado, debido a las malas compañías de las que te advertí en su momento...

Al subsiguiente martes, Jaume se personó en el establecimiento, sin previo aviso. Le gustaban las sorpresas.

—¿Qué deseaba el caballero?

—Póngame un ponche, por favor.

—Marchando —divulgó el camarero, y a la vez, propietario.

Después de otear el recinto durante unos minutos y haberse tomado el licor, fue directo al responsable. Ninguno de los parroquianos cumplía con la descripción suministrada. Nadie portaba gafas.

—Perdóneme, jefe.

—¿Qué precisaba?

—Buscaba a un varón con el apelativo de el «Gafotas».

—¿Es usted policía?

—No, guardia civil jubilado. Quédese tranquilo, no vengo por faena ni por temas pendientes con la Justicia. Me interesaría hablar con él. Tengo entendido que es muy inteligente y versado en libros.

—Lo siento, no vendrá hoy, tenía un recado urgente.

—Vaya, qué lástima. ¿Tendría la amabilidad de entregarle mi tarjeta para que me dé un toque?

—Ningún problema, así lo haré.

—Agradecido, es usted muy gentil —se despidió dejando una generosa propina.

A la posterior jornada, recibió la llamada.

—¿El sargento Jaume Gautell?

—Sí, al aparato.

—Soy Fernando Villanueva. Apodado el «Gafotas».

- Lo esperaba como agua de mayo. Un placer saludarlo y gracias por telefonarme.
- El dueño del Rosa Negra me comentó que intentaba encontrar una información en concreto.
- Eso es. ¿Podríamos vernos un rato para conversar reposadamente?
- Sería un honor para mí. Esta tarde me iría genial.
- Conforme. ¿En el sitio mentado a las cinco?
- Allí acudiré puntual.

A las 16:59 dos perfectos desconocidos se reconocieron al instante. Coincidieron en el umbral del bar al empujar el tirador de la puerta. Sobraron las presentaciones. Una amistosa mirada y un venerado apretón de manos fueron suficientes. Ambos eran maduros, y el bibliotecario, octogenario.

- ¿Nos sentamos en la mesa del fondo?
- Como usted prefiera.

El anfitrión les agasajó con las mejores bebidas espirituosas (con alcohol) que disponía y aceptaron de buen talante. Incluso repitieron. Empatizaron enseguida y se explayaron con sus batallitas de antaño. Las copas se encargaron de amenizar la charla y de cambiar al cómodo tuteo.

- Si te parece bien, voy al meollo del enigma.
- Adelante, tienes toda mi atención.

—En una mansión modernista de la zona alta se halló un baúl escondido en un habitáculo secreto, inaccesible y sellado por las cuatro paredes. En él emergieron una serie de pruebas sospechosas con la manifiesta intención de perpetrar un homicidio (cartas anónimas con severas amenazas, una foto de la supuesta víctima, Gaudí, y un croquis riguroso del emplazamiento del accidente que padeció en 1926). El único testigo vivo es un monje benedictino, que supera los 119 años y reside en la abadía de Montserrat. Por último, se consiguió el atestado que redactó el disciplinado guardia civil Ramón Pérez Vázquez, el cual auxilió al arquitecto, yendo sin uniforme. Se tramitó una denuncia en el juzgado de instrucción y fue denegada sin un ápice de interés. Mi hijo, David, junto con su novia, Elizabeth, abogada del bufete Cincasas son los investigadores. Están de bajón porque no progresan en las pesquisas. Necesitarían más evidencias acerca de aquella época, a través de afincados en el barrio, vecinos, o descendientes que tuvieron la fortuna de relacionarse con el genio mientras realizaba su caminata diaria entre la iglesia de Sant Felip Neri y la basílica de Santa María del Mar... Cualquier vestigio serviría para no tirar la toalla —le puso en antecedentes con un breve y potente resumen.

—¡Ostras! Caramba. Me ha fascinado tu narración tan reveladora. Menudo galimatías. Da para una novela negra. Me sitúo en tu implicación y, la verdad, lo que me solicitas es bastante complicado. Hablamos de un siglo atrás. No obstante, moveré mis contactos a fin de vislumbrar un amago de luz. Por ende, me ha venido a la cabeza el recuerdo de mi padre (en paz descanse) cuando me contaba sus vivencias de juventud y remarcaba que había un rincón (oculto), el cual equivaldría en la actualidad a un «minicementerio de los libros olvidados», tal como lo describía magistralmente el admirado escritor Carlos Ruiz Zafón, donde se custodiaba gran parte de la historia extraviada de Barcelona en la Guerra Civil, una especie de Los Encantes o de El Rastro de Madrid, en el sentido más intelectual y cultural. Nunca me mencionó la dirección exacta, murió demasiado joven, debido a su galopante demencia senil, probable alzhéimer sin diagnosticar. El propietario del establecimiento era el insigne anticuario Joan Picornell, fenecido en 1990, creo. Reputado coleccionista de obras de arte, pinturas, esculturas, monedas, sellos, muebles, jarrones, además de una amplia amalgama de peculiares objetos. Siempre lícitos. El

sótano, solo visitado por escasos privilegiados, albergaba reliquias insólitas y muy valiosas... Percibía todo lo que se cocía en el casco antiguo y gozaba del máximo respeto. Solía ir cada domingo al mercado de Sant Antoni, acompañado de un amigo con acento gallego, para mirar, comprar o vender filatelia, billetes, publicaciones o lo que se terciara. Con el paso del tiempo me enteré de que tuvo una hija, Anna, de mi edad aproximada, ochenta y pico, pero no supe de ella. Siento no poder ayudarte más. Lo mío es ojear y actualizar los volúmenes de sabiduría. Cuenta conmigo si recabo mayor información.

—No te preocupes, tu relato ha sido muy útil y será de enorme aportación para la parejita. Un millón de gracias, Fernando, por tu ilustración y por tu deferencia.

—De nada, Jaume, para eso estamos. Ah, y la próxima invitación la pago yo.

Tras la despedida, llamó a su hijo y le explicó el contenido de la reunión, no tan fructífera como deseaba, aunque abrió otra senda por descubrir.

—Papá, no es preciso que continúes con la búsqueda, te has volcado muchísimo. Ahora nosotros tantearemos por los recovecos más recónditos de la ciudad. Entretanto, aparcaremos la segunda línea de actuación.

## Vía civil

Los ánimos decaían. Tanto en la vía celestial como en la gótica no lograron los resultados previstos. Tocaba descifrar la siguiente ruta, el legado del guardia civil Ramón Pérez Vázquez para encontrar una señal. Era lógico pensar que un profesional tan responsable debió apuntar ciertas pistas esclarecedoras.

David tenía un infiltrado en el registro civil. Constató que, por desgracia, el agente falleció en 1966 en el hospital del Valle Hebrón, *a posteriori* de su jubilación. Sufrió una embolia, lo que se denomina un ictus cerebral o isquemia, de la que no subsistió. En el presente, con los progresos en medicina, es posible que se hubiera salvado con una sencilla angioplastia (se utiliza un catéter) que eliminaría el trombo para que fluyera la sangre con normalidad por la arteria.

El consecutivo eslabón sería averiguar su testamento y, en especial, si se casó y formó una familia. Pero sin una orden judicial, imposible. Seguían con las manos atadas. Recurrió de nuevo a su padre. Le pidió que conversara (de manera extraoficial) con sus viejos colegas del Cuerpo a la par que echaban una partida de dominó.

Accedió con gusto. Quedó con ellos y les requirió (rogó) un esfuerzo y un ejercicio de memoria sobre la figura de Ramón Pérez Vázquez. Ninguno lo conoció en persona (básicamente, por los años). Insistió en recopilar datos de los lugares que frecuentaba, sus movimientos, aficiones, allegados, compañeros, etcétera.

Solo habían transcurrido cinco amaneceres cuando causó efecto su súplica. No hizo falta ningún trámite protocolario. Un confidente del más veterano del grupo le corroboró que, allá por 1965, se incorporó un joven teniente en el cuartel de la Travesera de Gracia con el que colaboró en los trapicheos que se movían por el barrio del Raval. Estuvo tres temporadas. Luego promocionó con plaza en Madrid. Su nombre era David Carpio, teniente coronel jubilado, y condecorado en sobradas ocasiones. Eso sí, no le ratificó si tuvieron proximidad o si hicieron migas. A causa de la estricta normativa, no podían facilitarle su teléfono ni su localización. Realizaron una solicitud por conducto interno reglamentario. Una vez aprobada, le enviaron una carta manuscrita con la descripción de los motivos por los que requerían contactar con él. Por ventura, en una semana recibieron la conformidad del mando, con todas sus referencias y con el ofrecimiento de charlar, verse, e incluso testificar en un tribunal, llegado el momento. En la actualidad residía en Valencia. Por fin, un halo de esperanza se respiraba.

No obstante, el caso no avanzaba. Estaban convencidos de que Ramón (impecable y persistente) indagó hasta la extenuación, dejando anotaciones magistrales en un escondrijo salvaguardado; lo que supondría para ellos la investigación más compleja de su vida. Volvieron a revisar la documentación obtenida, los recortes de periódicos, los rastros observados e intentaron despejar la incógnita de la ecuación.

—¡Copón bendito! Carajo. Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña. Da la casualidad de que no hemos profundizado bastante ni desglosado al mínimo detalle —espetó el pensativo David a su prometida.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—La reconstrucción de los hechos. El antes y el después de la fatídica tarde del arrollamiento

de Gaudí, paso a paso.

—Si ya indagamos un montón de veces en las bibliotecas de la UPC (Universidad Politécnica de Cataluña).

—No lo suficiente. Algo se nos ha escapado. Creo que es hora de regresar y convertirnos en avezados ratones detectivescos y escudriñar los satinados folios que engalanan aquellos majestuosos libros.

Decidieron recorrer las prestigiosas hemerotecas de Barcelona, releieron con suprema minuciosidad cada uno de los sucesos (escaneados). Comenzaron a partir de las jornadas previas al atropello, 7 de junio de 1926. Repasaron las innumerables novedades aparecidas en los medios de comunicación de esa época (*La Veu de Catalunya*, *La Vanguardia*, *ABC*...). Acabaron como los búhos, enganchados al ordenador, con las pupilas enrojecidas, exhaustos, sin ningún éxito y un puro desastre. Al tercer día, cambiaron de ubicación y probaron fortuna en el Ateneu Barcelonès (erudito consorcio que fomenta la cultura), situado en la calle Canuda, pegado a Las Ramblas. Visibilizaron todo lo que les faltaba del mes de junio. David quería abandonar. Diez horas sin divisar la luz natural, fijando la mirada en la pantalla (otrota se usaba la máquina de microfilmado) provocaron un tremendo malestar en sus ojos.

—Elizabeth, vámonos ya, dejemos el tema, no sacaremos nada en positivo.

—Calma, calma, tengo un presentimiento. Estoy segura de que algún cabo suelto quedó sin atar.

Continuaron un lapso más. Discurrieron por el dos de julio, tres, cuatro, cinco, seis, siete... (Pausa). Una noticia del 7 de julio de 1926 sorprendió a la abogada y la compartió.

—Un robo en una tienda del paseo de San Juan. Un poste de electricidad caído en la calle de la Riera Blanca de Hospitalet. El cadáver de un antiguo conocido de la Policía se encontró en su vivienda del Raval. Llevaba casi un mes fallecido sin que nadie advirtiera de su desaparición. Desprendía un olor nauseabundo en la escalera comunitaria, lo que obligó a los vecinos a avisar a las autoridades. Se llamaba Fausto Expósito, ladrón agresivo (reincidente) con una cuantiosa retahíla de delitos... —leía la joven en el diario *La Veu de Catalunya* cuando se lo mostraba a su amado.

—¡Hostias! Por favor, para y repite el apellido —vociferó entusiasmado David.

—Sí, te lo reitero, es Fausto Expósito.

—¡Bingo! Qué coincidencia tan maravillosa. Si no me equivoco es uno de los testigos presenciales que vio el infortunio del sublime arquitecto y resulta que era un chorizo, un delincuente...

—¡Chiss! ¡Chiss! ¡Cállense! Les ruego silencio —recreminó el encargado de conservar el patrimonio de la asociación.

—Lee más bajito, cielo, que yo ya he dado la nota —simpático el escandaloso chico.

Prosiguió la damisela con voz más flojita.

—Se trataba de un malhechor muy violento, condenado por numerosas fechorías. En su apartamento se incautaron seis pruebas: una palanca, un maletín con abundancia de dinero en efectivo, un croquis de la confluencia de la Gran Vía de las Cortes Catalanas con Bailén datado el 6-6-1926, una fotografía de Gaudí con el reverso escrito «POR MASÓN», cartas anónimas con amenazas de muerte y una jeringuilla usada. Fueron custodiadas por la Benemérita, en vista de resolver alguno de los atracos en los que habría participado —finalizó la guapa lectora.

Por suerte, estaban delante de un documento valiosísimo, de una evidencia decisiva, clave, de cara a una nueva intentona para reabrir el expediente. Lo difícil sería lograrlo. Imprimieron el

papeleo, sopesaron los pros y los contras y dilucidaron seguir adelante. Con el amparo de Jaume, se personaron los tres en el cuartel de la Guardia Civil de la Travesera de Gracia de Barcelona. En la garita se identificaron y explicaron la razón de su asistencia.

Inicios de febrero.

—Nos gustaría interponer una denuncia para la reapertura de una indagación que sucedió hace un siglo, basada en el hallazgo de un varón fenecido justo un mes *a posteriori* del fatal accidente del señor don Antoni Gaudí. En su morada se descubrieron unos objetos que podrían tener relación con la tragedia del aludido.

Tras recoger sus datos, marcar por el telefonillo y firmar en el control de acceso, el agente les señaló que subieran al segundo piso, a la izquierda. Allí se ubicaba la oficina de la Jefatura de Información. Otro empleado les recibió.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Soy Jaume Gautell, jubilado del Cuerpo. Me acompaña mi nuera (se le iluminó el rostro de alegría al mentarla cariñosamente, se sintió querida) y mi hijo, del cual supongo se acordará. Ella representa al despacho Cincasas y...

—Por supuesto, mi sargento, los recuerdo a los dos —le detuvo complacido el funcionario.

—Ay, perdóneme, cabo Soricella, no lo he reconocido de paisano y menos aún con la barba. Mi más sincera enhorabuena por el ascenso.

—En cierta manera, usted fue el culpable, porque me insistía en que era joven y que poseía cualidades idóneas para finiquitar la carrera y promocionar. Ahora me estoy preparando para el próximo escalón. Siéntense —invitó con las manos abiertas.

—Me satisface oírlo. No desista, yo no tenía formación y llegué a suboficial, por lo que siempre me sentí orgulloso.

—¿A qué se debe tan grata audiencia?

—Queríamos formalizar una denuncia a través del bufete Cincasas, para abrir una investigación (ancestral) de lo que aconteció en aquel famoso atropello que originó la muerte del genio modernista en 1926.

—Algo me han avanzado. Como saben ustedes, los hechos punibles prescriben. En mi modesta opinión, si me permiten, les recomendaría que encauzaran el procedimiento en el contexto de la recién aprobada Ley de Memoria Democrática; aunque, de momento, únicamente engloba a las víctimas de la Guerra Civil y de la Dictadura. Disculpe el atrevimiento, señora letrada, estudio tercero de Derecho y el citado temario está incluido en uno de los exámenes del último semestre.

—No se preocupe en absoluto, lo ha resumido fenomenal. Nuestro gabinete también ha efectuado un concienzudo esfuerzo recopilatorio sobre el sumario portado, en el que se refleja con exactitud lo que usted ha relatado, ligado con mayor documentación adicional al respecto, y relevante de jurisprudencia. Solo nos falta tramitarlo —no le agradó la disertación del guardia civil a la abogada.

—Sí, claro. Vayan con mi compañero de la mesa del fondo, les atenderá y facilitará los impresos a rellenar. Después del trámite, les entregará una copia con el sello de entrada y el registro. No les garantizo nada, pero sí se la enseñaré al jefe adjunto de la sección, el capitán Nieto.

—¡Ostras! Qué sorpresa. ¿Paco Nieto? —se congratuló Jaume.

—El mismo.

—Pensaba que continuaría en el acuartelamiento de Sant Andreu de la Barca. Coincidimos durante un año. Se ganó a pulso el respeto de todo el mundo. Era (y es) un profesional como la copa de un pino; íntegro, resolutivo e inagotable.

—Fue destinado aquí hará seis meses. ¿Quiere que le mencione su visita?

—No se moleste, estará muy atareado. Es posible que no me recuerde.

—Seguro que sí. Tiene una retentiva de elefante.

Agradecieron el trato cordial. El amable cabo Soricella los escoltó y se despidieron. Salieron satisfechos. Alguien, por fin, les había echado un cable. Ni tan siquiera discurrieron veinticuatro horas, cuando el oficial contactó con Jaume para entrevistarse a la jornada siguiente. A la arribada, tras la cortesía y el protocolo, acomodó a los tres en su negociado.

—He revisado el material (fascinante e inconcebible a la vez) que me proporcionaron y la verdad es que he visto indicios de conexión en ambos casos, aderezados con diversas incoherencias —reveló el capitán—. Lo que más me ha llamado la atención son las evidencias encontradas en la casa del señor Expósito, las cuales tendría que examinarlas con sumo detenimiento para demostrar un móvil convincente.

—Eso creemos nosotros —subrayó Elizabeth.

—Déjeme proseguir. Todavía no he concluido —tajante.

—El problema radica en la variable del tiempo. El lance acaeció hace un siglo y cualquier delito cometido ha extinguido. No confío en que la cúpula me autorice a comenzar unas averiguaciones. Los recursos son escasos (caros), y es probable que me den con la puerta en las narices. No obstante, conozco y alabo la digna trayectoria del sargento Gautell, por lo que mi deber es que le dedique mi máxima consideración. Les prometo que lo intentaré... ¿Imagino que habrán interpuesto otra demanda complementaria a la primera en la Ciutat de la Justícia, más la tramitada en nuestra unidad?

—Sí, mi capitán, la hemos gestionado por medio del despacho Cincasas, aconsejados por mi nuera —confirmó el halagado Jaume.

La reciente querella cumplimentada en las dependencias de la Guardia Civil, ubicadas en la Travesera de Gracia, matizaba de esta forma:

El bufete de abogados Cincasas, representado por la letrada Elizabeth Díaz-Rossell, desea interponer una denuncia, en la que se requiere la apertura de una investigación acerca de lo ocurrido el 7 de julio de 1926 en el apartamento del señor Fausto Expósito, situado en el barrio del Raval de Barcelona.

Por favor, nos gustaría aclarar las causas de su defunción, el informe médico forense (*post mortem*), así como el procedimiento del levantamiento del cadáver. Según consulta de la hemeroteca, en el periódico *La Veu de Catalunya* del día de autos, emergía una noticia clave relacionada con el hecho:

«Llevaba casi un mes fallecido sin que nadie advirtiera de su desaparición. Desprendía un olor nauseabundo en la escalera comunitaria, lo que obligó a los vecinos a avisar a las autoridades. Se llamaba Fausto Expósito, ladrón agresivo (reincidente) con una cuantiosa retahíla de fechorías. Se trataba de un malhechor condenado por numerosas circunstancias. En su vivienda se incautaron seis pruebas: una palanca, un maletín con abundancia de dinero en efectivo, un croquis de la confluencia de la Gran Vía de las Cortes Catalanas con Bailén datado el 6-6-1926, una fotografía de Gaudí con el reverso escrito “POR MASÓN”, cartas anónimas con amenazas de muerte y una jeringuilla usada. Fueron custodiadas por la Benemérita, a fin de resolver alguna de las canalladas en las que habría participado».

Con lo expuesto, más los inusuales objetos hallados en el piso del señor Expósito, se podría vislumbrar la existencia de una vinculación entre los dos acontecimientos. Nos referimos al fatídico arrollamiento del señor Antoni Gaudí i Cornet un mes antes, en el que un testigo presencial, Fausto Expósito, poseía en su morada una foto similar del finado, un plano idéntico del lugar y fecha del siniestro y las intimidaciones. Demasiadas coincidencias con los elementos aparecidos en el baúl de la mansión modernista de la avenida

del Tibidabo. Por lo que incluimos un duplicado de la solicitud inicial (la cual se denegó), junto con el nuevo descubrimiento obtenido merced a las pesquisas del gabinete. Si las indagaciones de la Fiscalía fuesen satisfactorias como para considerar que el fallecimiento pudo no ser un accidente, sino un supuesto homicidio, requeriríamos un paso más: contemplar la posibilidad de realizar una exploración o exhumación (incluso la autopsia, si se estimara trascendental) del cuerpo embalsamado del ilustre don Antoni Gaudí i Cornet.

Una vez leída, el capitán prosiguió con su discurso.

—¿Saben ustedes que sin una orden judicial estoy maniatado? La tan anhelada ampliación de cobertura de la Ley de Memoria Democrática sigue sin aprobarse. Si sonara la flauta y entrara a trámite, se catalogaría como un mero «apunte histórico».

—Somos conscientes de ello —asintieron los tres al unísono como colegiales regañados.

—No soy pesimista. Tampoco les auguro resultados ventajosos. Me arriesgo a perder las tres estrellas de seis puntas. A pesar de ello, moveré los hilos en Madrid y hablaré con el Ministerio Fiscal... Ah, permítanme que les formule una pregunta. ¿Por qué gastar tantas energías en un hipotético crimen cuyo ejecutor expiró un siglo atrás?

—Porque uno de los mejores arquitectos del mundo no se merecía ese trágico desenlace y, sobre todo, por hacerle justicia. Descifrar quién fue el inductor y si hubo algún tipo de conspiración —se adelantó Elizabeth.

—Justificada razón —respondió.

Presentían que el historial quedaría en una bandeja perdida, obvio. Sin recursos, sin ninguna prioridad. Pero conocían el excelente currículum del capitán (afamado por su curiosidad y apasionado por buscar siempre la verdad), por lo que decidieron lanzarle un cebo y esperar a que picase.

—Su tiempo es oro, jefe, y no es ético que lo entretengamos más. Ya nos ha ayudado bastante. Un último ruego. En esta carpeta dispondrá de la documentación más relevante del expediente por si le interesa echar un vistazo. Muchas gracias por su gentileza —se saludaron con sumo afecto y se marcharon expectantes los tres.

Nieto era un hombre corpulento (guardaba un parecido con el actor Antonio Resines), alrededor de cien kilogramos, un pelín de sobrepeso, robusto, un metro con ochenta y tres centímetros. Aspecto rudo, «de manos desmesuradas, más grandes que los pies». Carecía de cabello, iba rapado. Le avalaban hartos reconocimientos y condecoraciones, a lo largo de su extensa e intachable carrera, por la resolución de innumerables procesos sofisticados y mediáticos. Intuitivo, magnífico olfato de sabueso, no dejaba cabo suelto, jamás tiró la toalla con un caso.

No soportó más de quince minutos sin fisgonear el dossier que le atraía encima de la mesa como a un niño un pastel. El responsable de la jefatura ojeó página a página. Observó un estudio meticuloso, digno de verificar. Nutridos folios extraídos de la hemeroteca, anotaciones de puño y letra, y pistas conseguidas; donde se demostraba la comprometedor conexión entre los materiales hallados en el cofre de la zona alta de Barcelona con respecto a los aflorados en el domicilio del malhechor Fausto Expósito. Sobradas similitudes. Y como colofón, plasmaron los interrogantes para motivarlo, y que aceptara el reto.

Para ello, encajaron las piezas de aquel puzle desde el principio. Construyeron un mapa mental a partir del día del atropello, lunes, 7 de junio de 1926, a las seis de la tarde, con una temperatura agradable de 22 °C. Tres testimonios. Antonio Roig (administrativo del puerto de la Ciudad Condal, nada importante a remarcar). Fausto Expósito (viejo acreditado de la Policía por sus

delitos y condenas). Y el tercer testigo, Ramón Pérez Vázquez, el único que auxilió a Antoni Gaudí y que, quizá, hubiera podido salvarle la vida si lo hubieran tratado como Dios manda, sin cuestionar su vestimenta maltrecha.

- 1) Primera incógnita que se plantearon. El guardia civil patrullaba y tenía asignados los sectores de los barrios del Raval y del Gótico; y estaba al corriente de los tejemanejes que esgrimía el ladronzuelo.

¿Por qué no se vieron en el incidente, si los dos concurrieron a la misma hora, aproximadamente? Algo extraño sucedió. O llegaron a destiempo, o el delincuente lo esquivó por un motivo que desconocía el funcionario, y no lo transcribió.

- 2) La segunda a sopesar. Todos los transeúntes que vislumbraron la secuencia del brutal topetazo convinieron en que el maestro iba bebido «zigzagueando», de un lado al otro de la calzada; justo lo contrario que manifestaba el atestado del 9 de junio, en el que Ramón Pérez sí que puntualizó dicha discrepancia: «Obviamente, no pude autentificarlo, puesto que llegué unos instantes más tarde, **pero sí corroboro que su aliento no olía a alcohol**. Así lo hago constar».

¿Por qué no se indagó con mayor profundidad esa incongruencia? O deambulaba ebrio, o no. Una eventualidad tan notable no debió pasarse por alto.

- 3) Y la tercera. Un mes después del arrollamiento, se descubrió el cadáver de Fausto Expósito en su propia vivienda, en la que se confiscaron seis pruebas:

- a) Una palanca (simple herramienta para sus trapicheos).
- b) Una valija repleta de dinero en metálico (excesivo para ese período).
- c) Un boceto datado el 6-6-1926 con el lugar exacto del accidente del creador de la Sagrada Familia, el chaflán de la Gran Vía con la calle Bailén (posible confabulación).
- d) Una foto de Gaudí con el reverso escrito «POR MASÓN» (mal augurio).
- e) Cartas anónimas con amenazas de muerte (claro propósito).
- f) Una jeringuilla con atisbos de un presumible uso (señales maquiavélicas).

¿Por qué no se analizaron los objetos encontrados en su casa?

Paco Nieto también advirtió demasiadas casualidades con rastros muy sospechosos. Se sorprendió del exhaustivo análisis de los tres emprendedores. Le tentó su fibra detectivesca. Ellos habían completado el rompecabezas, aunque todavía no sabían los porqués. Él persistió en su búsqueda para localizar el emplazamiento de las evidencias que en 1926 cumplimentó el disciplinado guardia civil. Tarea ardua. Por fortuna, se centralizó en la década de los sesenta y se custodió en el archivo histórico del Cuerpo, situado en la calle Guzmán de Madrid.

Antes de elevar el asunto, el oficial repasó la normativa que existía antaño porque solo se usaba papel, pluma y lápiz. El inventario era sencillo, columna del debe y del haber. Se apuntaban todas las partidas en curso, las entradas y las salidas. Retrocedió, año tras año, y desempolvó el clasificador de 1926 (cierre definitivo del balance a 31 de diciembre). Se enviaron setenta y cinco cajas desde el cuartel de la Travesera de Gracia de Barcelona provenientes de expedientes e incautaciones. En el interior de cada uno de los paquetes figuraban sendas hojas con el número de registro, el tipo de actuación (finiquitada, con sentencia o sin resolver) y un resumen de su contenido. Con el índice descendía por filas y por fechas. Una, dos, tres, cuatro... cuarenta y siete. Allí la detectó. El título reseñaba: «Fausto Expósito, informe y seis elementos». El dictamen se zanjó debido a que no se apercibieron signos de violencia en su apartamento. Su cirrosis y su sífilis avanzadas ocasionaron la defunción (ambas contrastadas en el ambulatorio).

Continuó con las gestiones concernientes para el traslado, pero no obtuvo éxito, se denegó, aunque perteneciese a una averiguación interna de la Benemérita. Solo podía reclamarlas a través de un mandato judicial. Se sumaban las adversidades. Ahora tocaba enfrentarse al fiscal. Requirió una entrevista. Le expuso la totalidad de los fragmentos desmontados, las tres incógnitas, el peritaje que no se adjuntó con las piezas clave de este misterio y le rogó su mediación para obtenerlo.

—Capitán. ¿En qué berenjenal me quiere embarullar? No es necesario que le recuerde que me apuesto el cuello. A usted lo veo supervisando los radares de la DGT (Dirección General de Tráfico) en carretera; y a mí, desterrado al pueblo de mis padres en un pequeño despacho de picapleitos.

—Lo comprendo a la perfección, señoría. Por favor, le suplico que las traiga aquí, solo anhelo visualizarlas. Supongo que las arrinconaron por una prioridad más relevante, o por una mala praxis. Lo que originó un grave error y cambió el rumbo de la historia.

—¡Mecagüenmiputavida! Hostias consagradas. Que me fusilan en el paredón, Nieto. Conozco su brillante carrera en la Guardia Civil... Y porque le profeso un enorme respeto, es de justicia involucrarme y echarle un cable; si me convence. Primero, déjeme que le formule una cuestión. ¿Por qué tanto interés en un trance que ocurrió un siglo atrás? Estamos con el culo pelado. Nos faltan recursos y menos aún para emplearlos en un tema antediluviano —recriminó disgustado el jurista.

—Como bien sabrá, soy un defensor a ultranza de los casos perdidos (sin descifrar) que no se hayan examinado hasta el póstumo suspiro. Y en concreto, este acontecimiento no se cerró con las preguntas resueltas y constatadas. Por ende, me gustaría dilucidar si solo fue un atropello o una conspiración muy planificada. Amo a nuestra institución, y quedaría manchada su imagen si surgiesen a la luz acciones incorrectas realizadas durante aquellas pesquisas.

—Por un momento, figúrese que hoy es el día de los milagros y le otorgan un deseo. Ha sido aceptada su demanda y se ha demostrado que existieron probables delitos. Sabe de sobra que, por desgracia, estarían prescritos, y el gasto generado tirado a la basura. Mi justificación delante del tribunal se iría a tomar viento. Perdería mi reputación, además de hacer el ridículo —verbalizó con indignación.

—Lleva toda la razón. No pretendo dar clases a nadie. Discúlpeme, pero creo que el Ministerio Fiscal tiene la potestad de practicar los oportunos protocolos precedentes al inicio de un proceso, según el artículo 773.

*Artículo 773 Ley de Enjuiciamiento Criminal y Estatuto Víctima del Delito - Ley 4/2015 – BOE núm. 101*

Establece que cuando el Ministerio Fiscal tenga noticia de un suceso aparentemente delictivo, bien directamente o por serle presentado una denuncia o atestado, ordenará a la Policía Judicial las diligencias que estime pertinentes para la comprobación del hecho o de la responsabilidad de los partícipes en el mismo.

—¡Maldita sea! Qué marrón. ¿Por qué me ha salpicado a mí? ¡Joder!... —Siete segundos interminables—. Aunque no me ha agradado su tono de sabiondo, permítame un margen de reflexión antes de pedir audiencia con la jueza de instrucción. Entretanto, prepararé este maremágnun de jeroglífico para disuadirla de que firme el mandato de recepción de las evidencias custodiadas en Madrid. Pienso que la mejor directriz a trazar sería encarrilarlo como un insigne apunte de la historia contemporánea.

Así lo hizo. El encuentro tuvo lugar en un reducido habitáculo sombrío, mal orientado. Disponía de una ventana de carpintería de aluminio color bronce y las paredes ataviadas con estanterías de madera asimétricas divididas por múltiples niveles, colmados de libros, archivadores, carpetas, documentos amontonados de lo más variopinto y un desorden en un prodigioso estado de control.

Le relató con máximo relax a la magistrada las pistas puestas en marcha por el capitán. Desglosó el acertijo agrupado por los seis componentes, los tres interrogantes, lo ya reflejado. Y no. No la cautivó ni una pizca. La feroz réplica no encandiló.

—¡Me cago en mis putas muelas! ¿Qué coño me está pidiendo? No me venga con chorradas. Me juego mi puesto. Sepa que, si yo caigo, me lo cargo... Remover tripas de casi cien años —despotricó como si a un mono le robaran su plátano—. Con la infinidad de trabajos que tenemos pendientes, ¿vamos a dedicar dispositivos a un expediente obsoleto? ¿A quién diablos le interesa esa efemérides olvidada? A nadie con dos dedos de frente. Estoy segura de que será una pérdida de tiempo, de derroche económico injustificado. Si por fortuna, apareciesen presuntos culpables, habrían fallecido o se asemejarían a momias mutantes. No entiendo la obstinación por este galimatías. Al final, acabaremos todos en la cola del INEM —reprochó de nuevo con el rostro enfurecido.

—Insisto, señoría. Sostengo que hay bastantes posibilidades de encontrar al causante; o, al menos, conocer si se cometieron equivocaciones antaño, o desvelar que en realidad no fue un trágico accidente, sino un asesinato premeditado «perfecto». Dado que el damnificado no era un ciudadano al uso. Hablamos del mayor genio de la arquitectura modernista y bien se merece que desentrañemos la certeza de lo que realmente sucedió la fatídica tarde de 1926. Significaría un hito histórico si se lograra resolver el enigma y el porqué de su muerte. Es hora de zanjar la deuda contraída con el maestro Antoni Gaudí.

—¡Hostias! No nos pagan para despilfarrar los impuestos de los contribuyentes. ¡Hum!... Déjeme que lo estudie con detenimiento. Ya le responderé. O no. Sigo cabreada. Ah, otra fanfarronada. Me he enterado de que usted ha requerido unas pruebas a Madrid sin mi consentimiento. ¿Quién demonios le concedió el permiso? ¿Por qué me ha soslayado por encima de sus atribuciones? —resopló como una yegua sin domar.

—Le explico. El capitán Nieto...

—Sí, sí, ya he oído mentar al oficial. Son tal para cual, dos energúmenos. Vaya par de zumbados que se han juntado. Y conmigo, el trío calaveras. ¡Qué mierda! ¡Márchese de mi despacho!

El fiscal no sabía dónde esconderse, menudo chaparrón.

—Lo siento. Perdóneme, se adelantó al pensar que no supondría un problema por referirse a una investigación propia de la Guardia Civil. También le amonesté, pero reconozco que di mi conformidad. Por el citado motivo, acudí a su señoría. No se enoje, no había mala intención. Solo ambicionábamos mirar las piezas tuteladas, si todavía permanecían en la capital...

—¡Cállese! Eso lo decidiré yo.

—Por supuesto, lo que usted disponga.

Después de la reprimenda, el abroncado desapareció cabizbajo con el rabo entre las piernas, y la jueza se retiró a deliberar.

Transcurridos nueve días, autorizó la reapertura del caso y congregó al dúo dinámico que configuraba la Fiscalía para dictaminar los mandatos judiciales convenientes.

—He accedido a la rogativa del envío de los seis elementos hallados en la vivienda del finado Fausto Expósito, junto con la documentación. Quedarán confinados bajo secreto sumarial. Se realizará un examen visual organoléptico (sin contacto). Si la inspección es correcta, y coincide con sus argumentos y conjeturas, procederé a un conciso juicio oral a puerta cerrada, «solo medios de comunicación acreditados». Les exigiré unos requisitos que tendrán que cumplir a rajatabla. A la llegada de los objetos, querré verlos repletos de un montón de polvo almacenado. Sin pulcritud en el embalaje, y ninguna de sus huellas. Espero no arrepentirme y no hacer el mamarracho ante un acontecimiento tan reseñable que podría haber variado la crónica de este país. En el momento que aflorase un ápice de contaminación, concluiría *ipso facto* el pleito, lo anularía y ustedes se largarían a la puta calle —vociferó como Miguel de Unamuno cuando se le desataba la lengua—. ¿Me han entendido?!

—Sí, señoría —ratificaron a la vez, acongojados.

—Si al término de la vista no se demostrara la existencia de actos incriminatorios o delictivos, se archivaría el expediente y se devolvería inmaculado a las dependencias centrales de la Benemérita. De igual manera, he contestado a los dos gabinetes. A Cincasas, con la aprobación de su nueva solicitud. Y a MacKenyo, con un escueto «denegado» al recurso interpelado, porque no había proporcionado evidencias fehacientes o tangibles.

## Progreso

La pareja de enamorados percibió una gratísima primicia. En la ecografía de control (embarazados de cuatro meses), descubrieron con inmensa felicidad que se trataba de un varón. Se miraron con la dulzura y la inocencia de dos inexpertos adolescentes antes de desvestirse. Las lágrimas asomadas se deslizaron por sus mejillas hasta los labios, sellados al instante por el beso del amor más puro.

Corría el mes de marzo. Sabios son los refranes: «Al final, quien la sigue la consigue». La réplica a Cincasas (rauda y satisfactoria noticia) relataba de este modo:

En respuesta a su reiterada denuncia interpuesta en el juzgado de instrucción de la Ciutat de la Justícia de Barcelona, en la cual han aportado mayor información relevante sobre el fallecimiento del señor Antoni Gaudí i Cornet, y donde requieren la apertura de una investigación acerca del material confiscado (seis pruebas) el día 7 de julio de 1926 en el alojamiento del señor Fausto Expósito, situado en el barrio del Raval; esta judicatura ha dispuesto aceptarla a trámite. Las razones han estado consideradas de interés general, descritas en el marco de la restauración de un apunte que pudo modificar la historia, y admite la ejecución de las diligencias pertinentes para esclarecer las circunstancias ocurridas en el mencionado domicilio.

En referencia a la apelación personada por el bufete de abogados MacKenyo versus los hechos aludidos, ha sido «rechazada», aunque sí formarán parte en el procesamiento como acusación particular.

En breve, recibirán una notificación con las cláusulas necesarias para la constitución de un juicio oral. Deberán presentarlas en la sesión previa que se celebrará el último miércoles de marzo del año en curso.

Continuación de la reunión. En aquella sombría estancia se respiraba un ambiente cargado de tirantez. Hicieron un sucinto receso para calmar los ánimos, tomar café y prosiguió la jueza con su monólogo.

—Al hilo de lo que les he anunciado, ambos despachos estarán citados para esa data. Me ha costado «sangre y favores» conseguir un minúsculo hueco en el tribunal para pretender clarificar este siniestro misterio. El período será limitado, y la sala, ya está reservada. Les pido que no nos excedamos. De lo contrario, nos decapitarán y, a mí, me enviarán al departamento de testamentaría. Cuanta menos duración le destinemos, mejor para todos, y no nos hostigarán en exceso los periodistas —esa era su premisa—. Por tanto, el proceso constará de tres únicas audiencias, correlativas y fijadas para los miércoles. La jornada de arranque se producirá el día 1 de abril, la segunda cuadrará con el 15 de abril (terminada la Semana Santa) y la definitiva concurrirá el día 22 del mismo mes.

Los participantes acometieron las directrices oportunas. Poco después, arribaron los seis componentes, estrictamente precintados, con el informe adjunto. Lo inspeccionaron con minuciosidad y corroboraron su impecable aspecto impoluto, como hace un siglo. Su señoría describió cómo iba a transcurrir el contencioso judicial. Rápido y con escasos testigos, «no superior a siete y un máximo de veinte minutos por declaración».

La magistrada quería llegar hasta la veracidad del asunto. Confirmar si hubo (o no) una conspiración que pasó desapercibida en 1926 y descartar cualquier otra teoría. También cabría remarcar que nadie respondió a los requerimientos de la jueza, dirigidos a los descendientes directos y colaterales del colosal modernista, puesto que el genio no tuvo hijos; ni tampoco el presunto sospechoso Fausto Expósito, el cual no disfrutó de vástagos que reclamasen.

## Contorsionismo

La pareja seguía más ilusionada, se consolidaba su relación. Con el subidón del notable asalto ganado, salieron a cenar para festejarlo y relajar las tensiones acumuladas. La velada fue muy placentera. Ella se dejó seducir, su mirada la delataba. Asomaba una incipiente barriguita en la espectacular figura de la futura mamá. Remataron los postres con un romántico paseo nocturno por el sector de Gracia. Accedieron al apartamento para beber la penúltima copa (sin alcohol) antes de acostarse. Los acaramelados compartían el piso desde Navidad. A la letrada no le agradaba vivir a solas y, menos aún, en su etapa de buena esperanza. Aprovechó para preguntar a su compañero.

—Me gustaría consultarte una nadería, *cuqui*.

—Dispara, cariño.

—Al principio de conocernos, creía que eras un tío tímido, introvertido. Con el tiempo, he comprobado que no.

—Lo cierto es que tú siempre me has intimidado. Te situaba en un estatus más elevado que el mío. Me sentía inferior. Me recordabas a los pijos de la zona alta de Barcelona, que solo les importaba el cargo que ostentaban y su adicción al trabajo.

—Joroba. No me imaginaba que causara esa sensación.

—Me fascinaba tu forma de dialogar, de saber estar, de desenvolverte. Se me caía la baba. Te admiraba. A partir del hipnótico momento en que te contemplé, me deslumbraste, como si me hubieras lanzado un flechazo en pleno corazón...

—Adulador. Pillín.

—Lo prometo, no te mentaría. A lo que íbamos. ¿Te he comentado que hoy llevas una lencería hartó provocadora? —el detective iba al grano y caliente como las brasas de las hogueras de San Juan.

—Ah, ¡sí!

David aparcó los halagos en el desván para pasar a la acción más hermosa y sincera que existe, el amor. Con las hormonas flambeadas, se embarcaron rumbo a la pasión. Emergieron los estimulantes prolegómenos. Sus manos parecían incansables, recorrían los cuerpos semidesnudos de una manera irresistiblemente erótica, «sin prisa ni pausa». Sus labios permanecían lacrados, imposibles de despegar. Él acariciaba sus prominentes pechos con ternura (acrecentados por el maravilloso milagro de crear vida, de ser madre), a la par que masajeaba sus extraordinarias cimas culminadas con la guinda de sus pezones erguidos, mientras su lengua dibujaba diminutos círculos en sus areolas lujuriosas. Tenía la totalidad de sus miembros sincronizados para que funcionasen al unísono y dar el *summum* de placer a su princesa. Elizabeth gozaba a rabiar. Rezumaba endorfinas de puro éxtasis. Lo expresaba mediante gemidos enloquecidos, orquestados por un desmedido volumen, incapaz de ocultarse en el vecindario. Intentaba retener los jadeos de deleite, pero los orgasmos precedían uno tras otro. La comisura de su boca jugaba impaciente en el exterior, a la espera de explorar el roce gratificante de la traviesa campanilla.

El enamorado se separó sin previo aviso e inició un descenso en picado por debajo de los senos de su mujer. Anhelaba descubrir y magrear cada poro de su satinada piel. Estaba muy excitado y su ego más viril a punto de estallar. El joven se precipitó hacia el monte de Venus donde se

escondía el tesoro más codiciado por el hombre. Ansiaba rescatar y abrir con sus delicados dedos la apetitosa ostra rosada. Relamió la joya de la corona, saboreó con su bífida sinhueso la perla del turgente clítoris y la acompañó hasta alcanzar el clímax paradisíaco del séptimo cielo.

Acto seguido, el fogoso amante presentó su erecta espada y la guio por el triángulo púbico en busca del bosque húmedo de su amada. Profundizó con suma facilidad y quietud. Las dos almas se fusionaron en una sola. La ardiente sesión se alargaba, no cesaban las cabalgadas de regodeo infinito. Ella montada en su vientre con los glúteos apretados por el varón. Él, desde su perspectiva, veía a su amazona como una diosa, exultante de belleza y erotismo. Vaivenes de frenesí, sudor a raudales. La intensidad de la cópula, y la fatiga, hicieron mella. Los impactos pélvicos aminoraron, aunque él no podía ralentizar su sable porque su doncella no se lo permitía. Al revés, le exigía más y más al jinete...

Las horas discurrieron sin apenas percatarse. Despuntaba un lozano día. Después de un breve receso para recobrar las fuerzas, el galán decidió, «sin paracaídas y con actitud bastante machista», encuestar a su estimada.

—¿Verdad que has disfrutado con mi arma juguetera, cariño?

—¿Eres tonto o te has caído de un guindo? ¡Gilipollas! ¡Acaba la faena, coño! Demuestra tu masculinidad, hostias. No pares, sigue —le amedrentó Elizabeth, con una sonrisa socarrona.

—A la orden, mi capitana.

David tuvo que engullir su verborrea, calmar su orgullo y esforzarse a tope. Sus rostros se arrimaron. Se observaron fijamente, no precisaron hablar y reanudaron el ritual festivo con una serie de diversos arrumacos, carantoñas, besos libidinosos... Transcurrieron míseros segundos, cuando el mocetón, encendido como una antorcha, arremetió.

—Ahora te voy a poner mirando para el Puigmal (montaña de casi 3000 metros de altitud ubicada en los Pirineos).

—¿Qué?

—Uy. Perdona. Por respeto a los manchegos, no te iba a pedir que dirigieras la vista para Cuenca.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! Qué bobada. ¡Ja, ja, ja!

Romeo se contagió.

—¡Je, je, je! ¡Je, je, je! ¡Je, je, je! Por favor, cielito, no me hagas reír... Como no me concentre, no podré dominar este descomunal alzamiento de mi escuálida banana, y quedará en un ridículo evidente.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! Venga, no te angusties, machote. Echaré un cable a tu férreo caballero.

—¡Guau! Eso, eso. Que se levante mi tizona.

Los acróbatas continuaron con toda clase de posturas vertiginosas, algunas comedidas; y otras, difíciles de ejecutar e inverosímiles de narrar. El desenfreno no daba tregua. Sería complejo pintar un esquema con posiciones similares al montaje de un coche al completo; o sea, colocar las puertas delanteras, traseras, laterales, techo solar, resto de planchas, el suelo, etcétera. Traducido: sensuales y fabulosos contorsionistas, piernas arriba, extremidades abajo, a cuatro patas, media vuelta, la cucharita... De este modo, terminaron extenuados con el bestial traqueteo. El agotamiento les venció y se durmieron abrazados como dos tortolitos.

Mientras la pareja siguió con sus quehaceres cotidianos, la resolución del juzgado se filtró como agua de manantial, y la exclusiva se reflejó en los medios de comunicación. Se lanzaron a escribir torrentes de tinta por doquier. La expectación mediática fue máxima. Todos los informativos abrieron con la sorprendente primicia. Los titulares reseñaban así:

*¿Por qué realizar una segunda autopsia al insigne arquitecto Antoni Gaudí?*

*¿El accidente del maestro pudo ser un asesinato?*

*¿Existió una confabulación contra el genio modernista?*

La entrada más repetida de los diarios puntualizaba lo siguiente:

Dentro de unos días se celebrará el juicio oral, motivado por la denuncia interpuesta por el bufete de abogados Cincasas, en la cual se ha requerido la apertura de una investigación acerca de lo ocurrido el 7 de julio de 1926 (un mes después de la muerte de Gaudí) en el apartamento de Fausto Expósito, testigo presencial del atropello, donde se hallaron seis objetos fundamentales para esclarecer la causa de su defunción...

## Buzón múltiple

Las noticias vuelan. Las paredes tienen oídos. Las palabras rebotan y se propagan alrededor del mundo, por muy alejadas que se encuentren. A más de mil kilómetros de distancia, en Europa, se escuchó una conversación.

—¿Qué ha sucedido? ¿Es correcto lo que ha aparecido en prensa y en televisión?

—Sí, señor. No ha salido según lo previsto. Las pesquisas acecharán. Tocarán las narices.

—Pues ya sabe, si ha fallado el plan A, pasaremos al plan B. Active de inmediato el protocolo y avise al elegido. Solamente un toque de atención para que cejen en su empeño. A propósito, ¿mi apreciada biblioteca perdura custodiada en óptimas condiciones?

—Por supuesto. El año venidero, en la convención de Barcelona y Madrid, le enseñaré nuestro apoteósico diamante cultural. Ejerceré de cicerone.

—Agradecido por su gentileza. Última cuestión... Utilizaremos el buzón múltiple cuando lo decrete. Abrirá un nuevo correo electrónico. El usuario será Ejecutor (punto), seguido de la fecha de hoy, 15 de marzo, y el año.

[Ejecutor.150320xx@gmail.com](mailto:Ejecutor.150320xx@gmail.com)

»Le recuerdo que la contraseña solo la conocerá usted. Siete símbolos diferentes. Entregará la nota en mano, escrita con ordenador para no dejar rastros de caligrafía. El predestinado lo leerá, memorizará y destruirá. Como siempre, no guarde nada.

—No se preocupe. Sus deseos son órdenes.

—Perfecto, manténgame informado.

En la antigüedad, las convocatorias se hacían de boca a boca. Con el paso del tiempo, los mensajes se han escondido en sitios estratégicos. A finales del siglo xx, aumentaron las cámaras de seguridad, por lo que el progreso de la tecnología se convirtió en un hándicap. Se retomaron las costumbres de antaño: toparse con alguien, dar un papel, retener en la cabeza y romper.

En pleno XXI resulta demasiado fácil rastrear una IP, «identificar la red o dispositivo de internet», así que se agudizó el ingenio, y se patentó el sistema de «buzón múltiple». Consiste en redactar un escrito desde un PC (móvil, *tablet*...) con los datos confidenciales: objetivo, fecha, emplazamiento, logística, intendencia, táctica, vías de escape, etcétera, y, al salir, se archiva en la carpeta de «borrador», sin enviar. De esta manera, no creará ningún enlace ni vínculo, ni interfaz ni telemático.

Es la forma más infalible de comunicarse sin que se detecte, porque no entra en ninguna IP ni es el comienzo de una notificación. Es una sencilla herramienta, usada por gente maléfica (terroristas, mafias, acosadores, delincuentes cibernéticos, traficantes...) que les proporciona un margen de actuación sin pistas en «la nube».

Solo se necesita un *email* gratuito. Sirve cualquiera: Hotmail, Gmail, Yahoo... Se transmitirá de cara a cara o con la recepción de un folio. Solo se indicará el usuario y la *password*. Si hubiera más interlocutores o actores, se desarrollará de igual modo. Servirá para una única acción. Al finiquitar el operativo (susto, amenaza, paliza, detonación, disparo, etc.) se cancelará la cuenta del correo electrónico hasta la siguiente misión.

Se aproximaba la data clave del sumario. La pareja detectivesca acababa de cerrar la lista con los siete electos dispuestos a testificar. David localizó a la hija de Joan Picornell, Anna. Por fortuna, seguía viva. Uno de sus colaboradores trabajaba en el registro y el empadronamiento la censaba en la residencia pública El Molí, ubicada en Nou Barris. Fueron a saludarla, pasearon con ella, comieron churros con chocolate y le alegraron la mañana. Hablaron con el doctor del centro, y no puso objeción para ir a atestiguar. Eso sí, precisaba un mandato judicial. El problema radicaba en saber si su memoria ayudaría a contestar las preguntas formuladas.

El último miércoles de marzo tuvo lugar la sesión preliminar, en la cual la jueza de instrucción de la Ciutat de la Justícia de Barcelona citó a los dos bufetes de abogados, Cincasas (en adelante, la defensa) y Mackenyo (la acusación particular), para repasar las declaraciones y los testigos que transitarán por el juzgado. Se personaron en las dependencias Elizabeth Díaz-Rossell, atendida por David Gautell, y una muleta. Por el despacho Mackenyo, el letrado Vilardell. Como representante de la Fiscalía, el capitán de la Guardia Civil Paco Nieto. Veterano bregado en mil batallas, con treinta años de servicio a sus espaldas, y sobradas condecoraciones.

## Aviso

Tres días antes de la audiencia, y después de una intensa jornada laboral, Elizabeth se dirigió a su domicilio situado en el barrio de Gracia.

Subió por las escaleras, puesto que no disponía de ascensor, debido a los cien años de la construcción del edificio. Era la herencia, «donación en vida», de sus padres. Al parecer, los vecinos no se llevaban muy bien y tenían pendiente debatir ese apunte en la próxima asamblea comunitaria.

—¡Joder! Qué putada. No funciona la luz del rellano —apostilló enfadada la joven.

Justo cuando introdujo la llave en la cerradura a tientas, oyó un ruido en la planta superior. Cautelosa, se asomó sin sospechar que un malvado desconocido bajaba a toda leche por los peldaños e iba directa a por ella. Al acercarse, le propinó un empujón que la arrastró escalinata abajo, empleando sus costillas como una colchoneta improvisada. El miserable sabía lo del embarazo y no le detuvo en absoluto.

Quedó conmocionada, lo suficiente para apercibir como el agresor se le arrimaba y le perfilaba la señal de la cruz en su frente: «persignación». Con el índice derecho pegado a los labios (petición de silencio, *shhh*) le confirió al oído una advertencia: «No continúe con el juicio, o se arrepentirá». «Preocúpese del hijo».

Solo identificó a un hombre espigado, cuya tarjeta de visita fue una sudadera con capucha, un pasamontañas por documento y ocultación de sus facciones. El atacante desapareció veloz. Marchó volando, literalmente.

Elizabeth, asustada, llamó a David (llegaba más tarde al apartamento) para que la trasladara al Hospital del Mar. Así lo hizo. Tardaron un periquete en arribar a urgencias, y a esperar. Le hicieron bastantes radiografías, auscultaron con esmero a ella y al futuro varón, de cuatro meses y medio. Curaron y limpiaron las heridas. El parte médico manifestaba que había sufrido una agresión en el descansillo de acceso a su vivienda. La lanzaron por los escalones y, como consecuencia de la caída, se le ocasionó una torcedura con hinchazón del tobillo, contusiones en el brazo y magulladuras en el rostro «de carácter leve». No obstante, requería reposo, antiinflamatorios y analgésicos.

La magistrada, a través de sus adláteres, se enteró de lo acontecido a la abogada. La afectada compareció en el tribunal cojeando (algo angustiada), con diversos hematomas y un esguince. No se aplazó ni se le dio mayor importancia. Protocolo de presentaciones y, acto seguido, comenzó la reunión, con la lógica preocupación por su estado.

—¿Cómo se encuentra usted y su bebé tras el lamentable percance? Solo faltan siete días. ¿Se verá usted con fuerzas para conducir el pleito?

—Sí, señoría. Con dolores y molestias, aunque con ánimos de ejercitar mi trabajo y atrapar al asaltante que me ha causado estas lesiones.

—Cedo la palabra al oficial al mando, señor Nieto, el cual nos detallará el avance de las indagaciones.

—Pensamos que el malhechor maquinaba robar en su casa o en el piso de enfrente. Debía estar agazapado. Al percibir que accedía a su inmueble, se le trastocaron los planes. Se escondió arriba y prefirió huir con la desagradable embestida.

—Señora Elizabeth. ¿Está de acuerdo con esa teoría?

—Pues no. —Pausa de dos segundos—. ¿Cómo se explica que supiera lo de mi embarazo y a qué me dedico? ¿Por qué estaba la bombilla de mi rellano aflojada? ¿Es casualidad, capitán? —desafió enfurecida la víctima.

—Todavía no lo sé. La verdad es que suena extraño. Es muy reciente. Barajamos otras hipótesis, como la de que, en alguno de sus sumarios ganados, haya generado cabreo y ambicionaran una medida de castigo (ansia de venganza). Por esta circunstancia, a la entrada, le he enseñado fotografías de delincuentes reincidentes en la mentada casuística. Por desgracia, la abogada no reconoció a nadie, demasiada oscuridad. La pilló de súbito. Solo entrevió a un varón caucásico, español, alto, delgado y joven por su destreza y rapidez. Continuaremos con la investigación.

—Me parece correcto. No olvide el asunto, oficial —advirtió con contundencia la magistrada.

La jueza cambió el enfoque y departió con el resto de los participantes.

—Como ya imaginarán, les he convocado hoy para preparar el inicio del juicio oral, que empezará la semana siguiente, a puerta cerrada. Se permitirá la asistencia en la sala de los medios de comunicación, con su pertinente acreditación. No se vetará a ninguno. Agradezco a ambos juristas la deferencia de no conceder ruedas de prensa a la salida de la audiencia. Esta denuncia ha costado mucho esfuerzo tramitarla y no es necesario recordarles que la expectación mediática permanecerá latente. Millones de ojos se mantendrán clavados en nuestros pescuezos. Desde el minuto cero no consentiré que este proceso se desmadre ni se convierta en un circo o en un *reality show*. No me gustaría que se demorara en el tiempo y que derrocháramos excesivo dinero del erario público. Les rogaría efectividad en sus alegatos. Preguntas concisas para que las respuestas sean diáfanas. No querré oír nada que esté basado en intuiciones o especulaciones. Todas las pruebas y sus razones, contrastadas. Un solo comentario fuera de tono, o pretender pasarse de listo, lo consideraré denegado y recibirá una amonestación. Si no me equivoco, este litigio será inusual en su contexto, puesto que contará con la fortuna de la comparecencia de un testigo vivo de aquella época. Me refiero al padre Teófilo —supera los ciento diecinueve años—, el cual coincidió con el arquitecto en varias coyunturas. Valdrá la pena escuchar la narración, si sus recuerdos no le fallan. Observo que, en la relación que ustedes me han proporcionado, figura el atestado del día de autos, cumplimentado por el agente de la Guardia Civil que lo socorrió, tarea encomendada por la Fiscalía al oficial Nieto. Además, atestiguará un teniente coronel jubilado que convivió doce meses con el mencionado guardia Ramón Pérez Vázquez en el acuartelamiento emplazado en la Travesera de Gracia de Barcelona.

»Aclarado este apartado, voy a formularles unas cuestiones para delimitar las alegaciones. El primer turno corresponderá a la defensa.

—Abogada Elizabeth. ¿Por qué ha llevado a término esta querella con el objetivo de exhumar el cuerpo momificado de don Antoni Gaudí i Cornet?

—Con la venia, señoría. Mi propósito principal es restaurar un apunte en la historia de Cataluña y de España, y averiguar qué sucedió en realidad el fatídico 7 de junio de 1926. En mi modesta opinión, aquel hecho dictaminado como un accidente, fue un asesinato perfecto que pasó desapercibido ante la justicia.

—¿Con qué bases piensa demostrarlo?

—Mediante la exposición de una serie de fundamentos y testimonios que lo ratificarán.

—A tenor de lo que plantea, ¿quién sería el sospechoso? Y perdóneme el chascarrillo. Si apareciera con vida, estaríamos hablando de una persona con más de un siglo de existencia.

—Según nuestras pesquisas, señalaría al señor Fausto Expósito. Espero que a lo largo de la vista, pueda confirmarlo y desenmascarar al inductor del planificado homicidio.

De repente, la magistrada se dirigió hacia el sector contrario.

—Letrado Vilardell. Le requeriré el idéntico contenido. ¿Por qué se ha presentado como acusación particular?

—Con la venia. Lo hago para tildar de mentirosa a la parte adversaria. Pienso echar por tierra sus argumentos y falacias. Les obligaré a que se retracten, a pedir disculpas por la burla y la blasfemia a la mayor congregación de la cristiandad, y por mancillar el nombre del erudito genio modernista.

La situación entre los dos bufetes siempre ha sido beligerante en las numerosas contiendas disputadas.

—¿Posee usted alguna justificación con la que ilustrarnos?

—Sí, señoría. Tengo diversas evidencias que escenificar.

—A partir de su valoración, ¿cree que el señor Gaudí fue asesinado en vez de sufrir un desdichado atropello?

—No, sin lugar a dudas. Se trata de un vil montaje urdido para conseguir fama y promocionarse a costa del prestigioso arquitecto, de los fieles y de la impoluta religión cristiana.

La jueza hizo un repaso de los ciudadanos que serán llamados para el litigio. Constará de tres únicas audiencias, correlativas y fijadas para los miércoles.

1.<sup>a</sup>) La jornada inicial se producirá el día 1 de abril. El orden cronológico comenzará por los señores Jordi Segarra, el constructor que encontró el baúl. Tarragó, el arrendatario de la propiedad, y el padre Cebrián, administrador de los bienes patrimoniales de la Iglesia católica.

2.<sup>a</sup>) La segunda cuadrará con el 15 de abril (tras la pausa de la Semana Santa). Declararán David Gautell, el asesor del gabinete Cincasas. Anna Picornell (hija de Joan Picornell, el renombrado anticuario), ayudada por una auxiliar de enfermería debido a su movilidad reducida (silla de ruedas). Padece una demencia senil (adjuntó el historial médico sobre su patología neurológica, con la capacidad para testificar, previo mandato judicial). Y el teniente coronel jubilado de la Guardia Civil David Carpio, el cual conoció a Ramón Pérez Vázquez.

3.<sup>a</sup>) La definitiva concurrirá el miércoles, día 22 del mismo mes. Asistirán el monje benedictino Teófilo Pico, «el más longevo de Cataluña». Por parte de la Fiscalía, el perito calígrafo y el capitán Paco Nieto, que pondrá al corriente de los progresos de las indagaciones.

—¿Les parece ecuánime la distribución que he sugerido?

Se miraron de reojo los dos abogados con gestos de aceptación.

—Sí, estamos de acuerdo —respondieron con unanimidad.

—Estupendo, cristalino. Me complace oírlo.

Su señoría remarcó que veía múltiples coincidencias. Se reiteraba la totalidad de los intervinientes, a excepción del mando de la Guardia Civil, solo solicitado por la defensa. Lógico, pues al pertenecer a un episodio tan antiguo, existían limitadas opciones para triar.

La magistrada dio por terminada la convocatoria hasta dentro de una semana, no sin antes mostrarles las famosas seis pruebas «selladas, custodiadas y trasladadas desde Madrid». No pudieron manosearlas ni tan siquiera aproximarse. Se haría en el juicio, a expensas de que el grafólogo las examinara. Y como broche de oro, les facilitó una copia del informe transcrito por el guardia civil Ramón Pérez Vázquez, el cual efectuó la identificación de Fausto Expósito. De

este modo, cumplió con el requisito de la denuncia que interpuso el despacho de juristas Cincasas en el cuartel de la Guardia Civil de Barcelona. La querella relataba:

... donde se requiere la apertura de una investigación acerca de lo ocurrido el 7 de julio de 1926 en el apartamento del finado, situado en el barrio del Raval, un mes después de la muerte del arquitecto Antoni Gaudí...

El atestado desvelaba:

El fenecido era un viejo acreditado de la justicia, cuyo apelativo me vino de inmediato a la memoria, puesto que fue uno de los testigos presenciales del arrollamiento del señor Antoni Gaudí. Metido en mil fechorías (atracos, agresiones...) y detenido en multitud de ocasiones, falleció en su casa unas cuatro semanas atrás. No presentaba signos de violencia, ni tampoco en su vivienda. No se contempló el robo ni el homicidio. El cuerpo estaba en pésimas condiciones, «putrefacto». Se descubrió merced a la nauseabunda pestilencia que los vecinos detectaron, lo que les forzó a avisar raudos a las autoridades competentes. No hizo falta la comparecencia del juez de instrucción por no hallar indicios de delito. Solo se personó el médico forense, quien practicó la inspección ocular del difunto. Por lo que observó, no vio necesario realizar la autopsia. Tenía claro que murió de sífilis, motivada por las manchas rojas extendidas por todo el organismo y por la escasa piel que le quedaba. Deducía a la perfección esta enfermedad, ya que había visto muchos procesos similares.

Como policía judicial de mi zona asignada, redacté el acta junto con el certificado de defunción del facultativo y lo llevé al juzgado para el levantamiento del cadáver.

Al margen de su pérdida, me gustaría reseñar la extraña casualidad de su aparición en el accidente del genio modernista del 7 de junio de 1926. Lo vi de refilón, justo cuando se marchaba veloz de la escena en medio del bullicio de la gente, y lo reconocí por su indumentaria y su envergadura. No tuve tiempo de mediar palabra con él, pero el resto de testimonios visuales del incidente corroboraban lo mismo: «Se trataba de un indigente borracho que caminaba en zigzag, perdiendo el equilibrio». He de manifestar que lo acompañé en el taxi durante un largo trecho, y no percibí ningún olor a alcohol. **Sin duda, no iba ebrio.** Así lo refrendo en el texto adicional.

Las seis evidencias incautadas (palanca, dinero en metálico, una jeringuilla usada, una fotografía de Gaudí con el reverso escrito «POR MASÓN», cartas con severas amenazas y un croquis a mano con la fecha del 6 de junio de 1926 del cruce de la Gran Vía de las Cortes Catalanas con la calle Bailén, en el cual se vislumbraba un tranvía por cada lado) las enseñé a mis superiores para averiguar la procedencia de tanto efectivo y qué pintaba un inyectable en aquella morada. Al cabo de cinco días me contestaron que el asunto se cerraba, en virtud de un obvio ajuste de cuentas entre rivales o de sus propios compinches. Me ordenaron no escudriñar más y archivarlo en la carpeta de los casos resueltos. Referente a la jeringa insistí, y no me dieron respuesta, solo un «será de alguna amiguita enfermera». Y la palanqueta, la descarté. Imaginé que la utilizaba para los desvalijos.

## ACTO III

El léxico empleado en un pleito es complejo para la mayoría de ciudadanos de a pie; y también para el propio autor. Los términos técnicos basados en materia legislativa suelen ser farragosos. Por ello, ha preferido la sencillez en los diálogos con la narración de las sesiones resumidas de lo acontecido en la sala.

## Primera sesión

Miércoles, día 1 de abril. Comenzó el juicio oral a la hora indicada. Los juristas dedicaron la semana anterior cuantiosos recursos para preparar sus alegatos. Aunque habían pasado diez días de la agresión a la abogada, se personó en el juzgado con una imperceptible cojera. La jueza se interesó por su estado de salud, y ella le restó importancia. A continuación, repasó la lista de los asistentes, por orden cronológico y procedió. Asistirán Jordi Segarra, el constructor de la obra. Tarragó, el habitante de la propiedad, y el padre Cebrián, administrador del patrimonio de la Iglesia católica.

Tal como obliga el protocolo, se celebró el juramento de los testigos que iban a declarar en la instrucción.

—¿Jura ante este tribunal y la Constitución que el testimonio que va a prestar será la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—Sí, lo juro.

—Siéntese, por favor. Enuncie su nombre y apellidos.

—Me llamo Jordi Segarra.

El turno correspondía a la defensa, la letrada Elizabeth.

—¿Estaba usted presente cuando se abrió el aludido baúl?

—Sí, me encontraba en la mansión junto a mi amigo David y al lado del arrendatario.

—¿Escuchó la conversación en la cual el señor Tarragó daba su consentimiento para quedarse con la totalidad de las pertenencias del interior, a excepción de joyas o dinero?

—En efecto, así sucedió. Además, la grabé por seguridad y por cubrirme las espaldas.

—Protesto, señoría. Es ilegal —rebatí enfadado el letrado contrario.

—Denegada, abogado. Eso lo decidiré yo. Se ha tomado nota. Y, por favor, no insista. Lo que pretendo es dirimir si el audio se considerará (o no) una prueba válida en este atestado.

Reiteración del juramento. Identificación del segundo en atestiguar, Tarragó, y tanda para la acusación particular.

—El día de autos, en el momento del descubrimiento del cofre, ¿se hallaba usted en el palacete situado en la avenida del Tibidabo? —interpeló Vilardell.

—No. Me telefoneó el arquitecto de la obra Jordi Segarra, y me invitó a ojearlo.

—¿Transcurrieron muchos minutos desde la novedosa noticia hasta que usted llegó?

—Poco, calculo que una hora.

—¿Otorgó su permiso para que se apropiara el constructor de todos los bienes afluídos?

—No. Solo di mi aprobación a aquello que no fueran piedras preciosas, «oro, plata, platino, piezas de valor», o peculio.

—¿Concedió su aquiescencia a las cartas amenazadoras surgidas del arcón?

—Con categórica rotundidad, no. Ni las vi ni las leí. Siendo sincero, tampoco me apasionaban. Para mí, como si no existieran.

—Suficiente para mí.

Terminó con las cuestiones y confirió el protagonismo a la defensa.

—Le voy a formular de nuevo la pregunta, por si no la ha comprendido con exactitud.

¿Consintió su autorización acerca de los escritos intimidatorios?

—Me mantengo firme en mi respuesta.

—Qué casualidad. Resulta que el responsable de la restauración del caserón me ha traído un CD (disco compacto) donde suena claramente su dicción dando el visto bueno a lo que no tuviera coste económico.

—Sí, sí. No obstante, se han grabado sin mi conformidad —pataleó igual que si a un niño le robaran las golosinas.

—No es cierto. En el instante de la apertura del bargueño de madera, había dos testigos presenciales (Jordi y David) dispuestos a dar fe de que la cinta no miente —refrendó tajante Elizabeth.

—Cállese, abogada. Se ha entendido a la perfección —abroncó la jueza.

—Solo deseo demostrar que lo que se oye es su voz, acompañada de su beneplácito.

—Protesto, señoría —espetó la parte inculpadora—. Está atosigando a mi cliente.

—Protesta aceptada. Letrada, le ruego que no siga por ahí o tendré que amonestarla... Ahora atiendan los dos. Admito que la evidencia no es muy lícita, aunque estimo que es muy relevante para la vista.

La magistrada aspiraba a que el inquilino reconociera sus peculiares palabras.

—Señor Tarragó. Le solicito que esté pendiente de lo que va a oír, y responda si es usted el que comparece en el audio. Le recuerdo que permanece bajo juramento.

La grabación del arquitecto fue escuchada con atención en la audiencia por todos los asistentes:

—Sr. Tarragó. ¿Quiere algún objeto de los que hemos encontrado dentro del baúl?

—No, Jordi, no me interesa en absoluto el contenido de este cutre sarcófago. Solo si aparecieran joyas o dinero, pero por lo que veo es porquería y ausencia de provecho monetario. Qué tiempo tanpreciado he perdido por vuestra torpeza. Si hallases más tonterías en esta santa casa, ni me telefonees ni me incordies para mirarlas...

—¿Has registrado la charla? —consultó David a su amigo.

—Desde luego, uno es precavido.

—Ya somos dos. La he capturado en mi móvil.

La jueza incrustó sus enormes pupilas oscuras en el declarante y...

—¿Es o no es su voz?

—Sí, señoría, soy yo. Insisto. No otorgué mi anuencia sobre el resto de los elementos.

—No se lo vuelvo a repetir. ¿Solo ambicionaba piezas de un considerable importe, tal como joyas o dinero? —sentenció cabreada como cuando su hijo le anunció que dejaba la carrera de Derecho.

—Sí, lo reconozco.

—Cristalino. No hay más cuestiones —finiquitó Elizabeth.

La magistrada admitió la prueba en el sumario y cedió la última palabra a Vilardell, el cual la declinó y concluyó su intervención.

Acto seguido, entró en escena el tercer testigo. Se inició con el protocolo del juramento.

—¿Cuál es su nombre y apellidos?

—Me llamo Juan Luis Cebrián.

—¿Qué formación y cargo ocupa en el seno de la congregación cristiana?

—Soy abogado y administrador de los activos inmobiliarios y patrimonio de la Iglesia católica de Barcelona y su provincia. Se lo resumo en una pincelada. Me dedico a gestionar las edificaciones eclesíásticas; parroquias, basílicas, catedrales, solares y centros destinados a dar cobijo o alimentos a los feligreses necesitados. También superviso el mantenimiento de las

mentadas construcciones, a nivel de filtraciones de agua, desconchado en paredes, problemas de suministro eléctrico, vigas agrietadas o en peligro de desplomarse..., más un largo etcétera. Por supuesto, no estoy solo, me ayudan benévolo sacerdotes y civiles. Sin ellos, mi labor no serviría para nada.

—Durante el transcurso del día de autos, 3 de septiembre del año pasado, ¿estuvo usted al tanto del descubrimiento del cofre? —interpeló la acusación particular.

—Sí, el arrendatario me puso al corriente de lo acontecido, aunque, con una pizca de anterioridad, el arquitecto Jordi Segarra me avisó.

—¿Qué relación profesional sostenía con el señor Tarragó?

—Muy cordial. Es una persona bondadosa y un devoto generoso. Le profeso un gran respeto. Siempre que ha surgido un incidente en el caserón, lo hemos solucionado enseguida.

—¿Qué le ha parecido el argumento referido a la pertenencia de los componentes aflorados en la mansión?

—Ninguna objeción acerca de la opinión del residente. Dio el consentimiento a todo lo que no fueran joyas o dinero, tal como se ha escuchado en el audio. Lo manifestado por el señor Tarragó va a misa, nunca mejor expresado. Solo un apunte. Me gustaría aclarar un matiz que ya conoce el inquilino. Si se hubiese encontrado en el baúl algún objeto valioso, la propiedad correspondería en exclusividad a la Iglesia católica, no al que la habita.

—Me ha quedado claro —cerró su turno Vilardell.

La defensa ratificó el mismo criterio que su homólogo y finalizó la audiencia.

## Segunda vista

La pareja repasó el balance satisfactorio. La jueza había aceptado como evidencia lícita las cartas con las amenazas de muerte. Tras la pausa de la Semana Santa, Elizabeth y David siguieron con las pesquisas y ensayaron las próximas alegaciones...

Miércoles, 15 de abril. Segunda sesión del juicio oral. Comparecerán David Gautell, el asesor de Cincasas. Anna Picornell y el teniente coronel David Carpio, jubilado de la Guardia Civil.

Comenzó la letrada Díaz-Rossell.

—Señor Gautell, ¿se hallaba usted presente en el instante de la apertura del consabido arcón?

—Sí, estaba allí junto a mi amigo Jordi y el señor Tarragó. De hecho, Jordi no pudo desbloquear la cerradura y, con el permiso del responsable del palacete, me ofrecí a intentarlo. Bajé al habitáculo secreto y con mis herramientas conseguí abrirlo.

—Discúlpeme, abogada —la interrumpió—. Hoy vamos mal de tiempo. Creo que con este testimonio es más que suficiente. Ha corroborado en su totalidad lo narrado por el contratista Jordi Segarra. No veo necesario proseguir. Si ambos juristas no tienen inconveniente, continuaríamos con el siguiente declarante.

—Sí, señoría. Estamos conformes. —Se miraron y asintieron con la cabeza al unísono.

Elizabeth y David realizaron los trámites pertinentes en la residencia de la señora Anna Picornell, de ochenta y seis años. Merced a la directora del centro público El Molí, removieron los vetos burocráticos para que pudiera testificar (examen neurológico favorable firmado por el doctor).

Hizo la aparición en la sala, sentada en silla de ruedas, acompañada de la auxiliar de enfermería que autorizó su nueva morada. Como de costumbre, Vilardell se quejó porque consideraba una indecencia sacar de un geriátrico a una anciana con una significativa demencia senil, por lo que no sería un testigo válido ni una decisión acertada. La magistrada le amonestó con una contundente exclamación:

—Letrado, debo corregirle. Existen diversos grados de dependencia con sus respectivos niveles (valoración de 080, la menos severa de su rango). Hay que venir con la información contrastada delante de este tribunal. Mi consejo es que aprenda bien la lección antes de mostrar su ignorancia. Además, lo sé por la experiencia vivida con mi madre. Se asombraría de los numerosos momentos impagables de lucidez que nos ha regalado. Por ende, no ha lugar a su protesta.

El discurso de la señora Anna era escueto y elemental. La jueza sabía que motivada por su patología recordaba excelentemente lo ocurrido antaño, más que lo desayunado esta mañana. Solo le formuló dos preguntas para no importunarle en demasía.

—Al ser su padre un prestigioso anticuario de Barcelona, imagino que gozaría de la estima de bastantes colegas suyos del gremio.

—No, señora. Tan solo dos o tres coleccionistas ya fallecidos. Le fascinaban las antigüedades, la filatelia, las monedas, los cuadros, esculturas... y su taller de restauraciones.

—Si yo le menciono a Ramón Pérez Vázquez, ¿le suena ese nombre por casualidad?

—Lo siento, perdóneme. No caigo. Solo me acuerdo de su mejor amigo, Moncho, gallego. Venía mucho por casa a tomar café. Me llevaban los domingos al mercado de Sant Antoni, «emblemático edificio modernista donde se mantiene la tradición del trueque de cromos, libros, billetes, sellos, etcétera».

No se alargó más. Su memoria se agotaba a medida que evocaba su pasado. No quería causarle mayor trastorno. La magistrada dominaba la situación y le gratificó con un trato exquisito y cariñoso. Hubo complicidad, empatía, sentido del humor, incluso alguna carcajada. Anna se despidió con apretones de mano, abrazos y un peculiar:

—¿Ya se ha acabado la charla? Vaya, una lástima. Ahora que disfrutaba de la amabilidad de estos señores tan majos. Ah, casi se me olvida. Gracias por los churros con chocolate que me han dado hace un rato. Hala, adiós. Qué Dios les bendiga a ustedes y a sus familias.

Todos esbozaron una sonrisa complaciente de afecto y ternura.

Se filtró a la prensa escrita y digital que el tercer testimonio (el teniente coronel) de la jornada iba a presentar una evidencia importantísima para el sumario. Entraría en escena una prueba muy inculpadora y un posible sospechoso. Se trataba de un cebo «maquinado por Elizabeth» para ver si picaban los malhechores y movían ficha.

David Carpio conoció en profundidad a Ramón Pérez Vázquez cuando vino destinado a Barcelona, allá por 1965. Contaba con veintiséis años. Ramón con sesenta y cuatro, apunto del retiro. David nunca fue su jefe, aunque congeniaron enseguida. A ambos les gustaba descubrir la verdad acerca de los procesos más enrevesados con los que se toparon. A raíz de ese vínculo, entablaron una bonita amistad.

Por desgracia, un mes más tarde de jubilarse, sufrió una embolia (lo que se denomina ictus cerebral o isquemia), de la que no se recuperó. Murió en el hospital del Valle Hebrón. Hoy en día, es probable que hubiera sobrevivido con una sencilla angioplastia, «catéter que eliminaba el trombo cerebral para que fluyera la sangre con normalidad por la arteria».

Al ser el único testigo directo relacionado con Ramón Pérez Vázquez, se le citó para declarar por parte de la defensa.

—Por favor, indique su nombre y apellidos.

—David Carpio.

—¿Qué máximo cargo ocupó a lo largo de su extensa trayectoria?

—Teniente coronel de la Guardia Civil. En la actualidad, pensionista.

—¿En qué año coincidió con el agente y cuánto tiempo estuvieron juntos?

—Llegué a Barcelona en enero de 1965 y convivimos un año aproximado en el cuartel de la Travesera de Gracia.

—¿Qué funciones realizaba por aquella época? Teniente en la Jefatura de Información.

—¿Cómo definiría al señor Pérez Vázquez, tanto en lo personal como en lo profesional?

—Disciplinado, introvertido, inteligente, metódico, un hombre de ley. Tildado por sus compañeros y por sus superiores de excéntrico, demasiado observador y con un aire a lo Sherlock Holmes. Veía lo que ninguno era capaz de vislumbrar. Poseía un magnífico olfato. Repudiado por sus homólogos, lo marginaron como a un bicho raro, solitario y callado. Al no agradar ni entusiasmar, no promocionó.

»Siempre me hablaba de sus inagotables búsquedas. Tenía los expedientes inventariados en los que participó, al igual que los que faltaban por solventar. Él los apodaba «casos sin resolver». Una vez me enseñó una pila de cajas enormes abarrotadas de carpetas y documentación recopilada durante lustros. Dejó el diamante de su carrera para el postre. No me lo esperaba. Me

la mostró, poco a poco, como si destapara el *summum* de los trucos de magia. Allí se encontraba ella, la más deseada de todas las novias, «su agenda». Letra inmaculada, de bella caligrafía redondeada. Décadas de arduo trabajo. Me quedé embelesado como cuando uno se deleita en un museo «a solas» delante de una majestuosa obra de arte. La recuerdo en perfecto estado de conservación. De refinada calidad, color caoba y encuadernación de cuero con lengüeta de cierre en forma de broche de imán (de bronce). La cuidaba como si fuera el primer regalo recibido de los Reyes Magos, instantánea que se me grabó en la retina. Tuve la fortuna de ojearla unos minutos. Detallada a la milésima por orden cronológico (el índice, título y la fecha). Subrayaba las circunstancias harto relevantes. Con interrogantes marcaba las incógnitas no aclaradas...

»Para acabar, me permitió que echara un vistazo a las páginas concretas donde relataba el episodio que padeció Antoni Gaudí, bautizado como «su caso estrella», el cual supuso su mayor decepción como detective. Intuía que detrás existía una confabulación que no pudo certificar, al margen de que sus mandos jerárquicos lo ignoraran por completo. Siento no gozar de la memoria de la juventud, han transcurrido sesenta años. Me es imposible describir lo que leí estampado en sus notas, pero sé que sus pesquisas seguían un patrón muy convincente. Solo anhelo que, ojalá, aparezca la agenda (a la que le dedicó gran parte de su vida) y se logre culminar, por fin, la totalidad de los expedientes olvidados y el enigmático suceso del genial arquitecto.

—¿En alguna de sus conversaciones, le comentó su tropiezo fortuito con el maestro modernista?

—Claro que sí. En multitud de ocasiones. Según Ramón, aquel accidente había sido una impecable trama hilvanada, y no una eventualidad, tal como he reiterado. No obstante, pienso que no se escudriñó lo suficiente. Nunca supe el motivo. Reconozco que yo tampoco lo respaldé, puesto que ocurrió hace un siglo, o sea, prescrito. No sirve de excusa, fui un cobarde, de lo que me arrepiento. No quería parecer un listillo ni crearme enemigos por un lance tan desconocido para mí. No les pido clemencia, solo que se pongan en mi piel, recién aterrizado y con escasa habilidad.

—En su opinión, si en un futuro se hallara la libreta, ¿la consideraría una prueba al cien por cien incuestionable?

—Sin lugar a dudas. Sería un espléndido memorándum con un exquisito razonamiento de los hechos, tan válido como la rúbrica de un notario. Nos sorprendería a todos y modificaría la biografía de un modo significativo.

—Para terminar con la defensa, ¿calificaría usted al agente de la Guardia Civil Ramón Pérez Vázquez como una persona equilibrada?

—Sí, era un individuo supercentrado, ilustrado. Con una mente avanzada a su tiempo y una retentiva extraordinaria. Transmitía sus argumentos con una admirable facilidad, como si te estuviera proyectando una película dentro de un cine en un pase exclusivo para tus ojos. Demostraba una intuición inusual y envidiable.

—Permítame una singular cuestión sobre la confidencia indicada por la señora Picornell. ¿El funcionario Ramón Pérez Vázquez podría responder o conocerse por el apelativo cariñoso de Moncho?

—Le agradezco que lo reseñe porque incluso lo he sospechado al oír el testimonio de la señora Anna. En el ámbito profesional, en el acuartelamiento se le mentaba por Pérez (el apellido, lo habitual). Sin embargo, sé que su familia y allegados le llamaban Moncho, al igual que infinidad de Ramones, aunque no garantizo que sea él. Lo escuché «sin querer» bastantes veces cuando lo

aludían por la centralita telefónica desde su pueblo, A Pobra do Caramiñal (A Coruña). Es fácil contrastarlo. Ustedes saben cómo descifrarlo. Solicitar el testamento, descendientes...

—Con la venia de su señoría. Le ruego que conste en el acta la sugerencia del señor Carpio y así zanjaríamos la incertidumbre. De paso, revisaríamos las últimas voluntades del señor Joan Picornell por si existiera una conexión entre ambos, si lo cree apropiado —apostilló Elizabeth con su sempiterna y dulce sonrisa.

—Lo veo acertado y necesario para la causa —aprobó la jueza.

Corresponde el turno a la acusación particular. Vilardell se acercó al estrado de forma sigilosa y pensativa con aire de sabihondo.

—Teniente coronel. Durante el único año que compartió con el guardia civil Pérez Vázquez, ¿cómo es usted capaz de aseverar que el agente se encontraba en plenas facultades mentales?

—Por mi experiencia y trayectoria que supera las cuatro décadas. He efectuado sobrados seminarios de liderazgo, gestionado numerosos equipos en situaciones de máximo estrés y he estado al frente de muchas divisiones. Y como colofón a mi jubilación, en enero de 2002, participé en la guerra de Afganistán bajo el paraguas de la OTAN. Le aseguro que fue la misión más arriesgada de mi dilatada carrera. Vi cosas que jamás hubiera imaginado visualizar.

—¿Ha estudiado psicología o psiquiatría para corroborar que el citado señor podía padecer algún tipo de patología?

—No, no los tengo. He vivido centenares de tesituras complejas y le ratifico, con total seguridad, que don Ramón era un hombre de honor, con el cerebro muy bien amueblado. —No le gustó en absoluto el tono de la pregunta de Vilardell.

—Gracias, he acabado. Quiero que figure que no ha realizado ninguna formación de medicina.

—Ni soñarlo, letrado. El señor Carpio se ha dejado la vida por nuestro país, y no ha venido a esta santa audiencia a que se juzgue su currículum —abroncó al abogado con una mirada que ardía como las Fallas de Valencia en San José.

Carpio hizo una señal a Elizabeth para que se aproximara. Susurraron un instante, y ella se encaminó hacia la tribuna. Habló con su señoría, la cual se dirigió al notorio cargo de la Guardia Civil.

—Teniente coronel. Adelante. Haga su petición en voz alta.

—Con la venia. Solo deseaba su permiso para asistir como público a la definitiva jornada de las alegaciones.

La magistrada no puso objeción, ya que también se hallaban presentes los medios de comunicación acreditados para el seguimiento del litigio. A pesar de su autoridad y consentimiento, interpelló a los juristas.

—¿Algo que discrepar acerca de este requerimiento? Llegado el momento, sería provechoso contar con el conocimiento de un experto bregado en mil batallas.

—No, señoría —asintieron los dos con gestos de conformidad.

La jueza dio por finiquitada la vista hasta el próximo miércoles.

La asombrosa declaración del mando de la Benemérita originó un pequeño revuelo en la sala, además de una rauda actuación por parte de los periodistas. Divulgaron titulares en portada, tales como:

Revelador testimonio del teniente coronel David Carpio, en el que narró la importancia del contenido de la «famosa agenda» perteneciente al guardia civil Ramón Pérez Vázquez, testigo presencial del atropello de Gaudí. Si se descubriera, el sumario daría un vuelco impredecible y un giro de ciento ochenta grados. La historia de Cataluña, tal y como hoy se concibe, cambiaría de manera sublime...

A raíz de estas manifestaciones, la detectivesca pareja disponía de una semana para intentar localizar el célebre dietario y resolver el enigma del fallecimiento del genio.

## Varapalo

Dos días después de la segunda sesión del juicio oral, «la tarde del viernes, 17 de abril», Jaume Gautell, el padre de David, quedó con un amigo en el casal del barrio de Sant Andreu (hogar social de mayores), ubicado en la calle Paixalet. Acudían de cinco a siete al curso de ofimática para veteranos. Una vez finalizada la clase se marcharon al bar Versailles para proseguir la velada con otros dos colegas. Ritual que fijaban ese día, el cual aprovechaban para jugar al dominó (o a las cartas) y beber unas cervezas relatando sus chascarrillos y vivencias de tantos años a sus espaldas.

Solían concluir sobre las nueve de la noche, intervalo más que respetable para guarecerse en la madriguera. La penumbra se adueñaba del entorno. Esa zona albergaba multitud de pasajes estrechos y poco transitados. En la esquina de la calle Segre con Parellada se despidieron los rezagados.

—*Bona nit*, Joan, que descanses.

—*Bona nit*, Jaume, felices sueños.

El sargento siguió recto, dobló a la derecha por Doctor Santponç y continuó rumbo a su morada. La vivienda tenía dos plantas de sesenta metros cuadrados cada una, idéntica distribución que las unifamiliares colindantes y rebasaba el siglo de antigüedad. Otrora, Sant Andreu de Palomar se configuraba como un municipio distanciado a unos siete kilómetros del centro neurálgico de Barcelona. En 1897 se anexionó a la ciudad.

Estaba a punto de sacar las llaves para abrir la puerta de acceso, cuando una enorme sombra se le abalanzó encima sin percatarse. Fue directo hacia él como un tren de mercancías descarrilado. Oscurecía. La tenue luz solar le impidió divisarlo con nitidez. Jaume no sintió nada, solo un frío desgarrador que le recorrió todo el cuerpo. No tuvo fuerzas ni para gritar de dolor. Tampoco vio pasar por sus ojos el resumen de su vida en sucintos segundos. Únicamente contempló la cara difuminada de un asesino, la faz de la muerte. Había sido apuñalado justo a escasos centímetros del corazón. Por ventura, no afectó a ningún órgano vital. Un corte ascendente con la mano diestra, perpetrado con un machete de hoja ancha que empuñaba un varón de gran envergadura. Recibió un solo tajo limpio, medido y tramado al milímetro. El agresor vestía con ropa de camuflaje, sudadera, mascarilla negra y capucha para no ser detectado ni registrado por las cámaras de vigilancia. El malherido cayó a plomo en el suelo, cerca de la pared donde apoyó su cabeza por puro instinto. *Ipsa facto*, le infligió dos incisiones con un cúter más suaves y superficiales en la frente, formando una cruz. El signo de la persignación, similar al que le causaron a Elizabeth. Sin duda, el autor de aquella salvajada era un profesional contratado a propósito. Conocía con exactitud su cometido.

Una farola solidaria custodió a la víctima, mientras que un vecino daba la voz de alarma y, en tiempo récord, se personaron los servicios de emergencia y lo trasladaron al Hospital del Mar. Durante el trayecto perdió demasiada sangre y su estado se complicó. La jueza estuvo informada al momento por el capitán Nieto y aguardó el fin de semana para no importunar. Con los primeros rayos de sol del lunes, telefoneó a Elizabeth para transmitirle su tristeza y su apoyo en este trance tan angustioso. Se encontraba conmocionada, muy afligida. Iba a convertirse en su suegro (planes de boda) y le profesaba un inmenso cariño. No podía contener las lágrimas ni

articular una frase completa sin llorar desconsolada. Se sentía culpable porque intuía que el juicio podría haber sido el detonante de esta tragedia, aunque hubiera sucedido igual, puesto que el ataque denotaba una evidente planificación.

David, a su lado, destrozado, en *shock*, sin mediar palabra. Permaneció callado hasta que su ánimo le permitió comentarle la evolución de su padre. Le hicieron transfusiones el sábado y el domingo. Seguía en la UCI y debían visitarlo en el horario establecido cuando lo autorizaran. Los médicos no les prometían falsas expectativas, les ponían en lo peor. Sopesar la idea de que en cualquier instante cabía la probabilidad de que se agravara su situación. No obstante, ellos mantenían firme la esperanza.

—Sé que es muy difícil tomar decisiones bajo tanta presión. Por ende, Elizabeth, si ustedes necesitan aplazar la vista del próximo miércoles, no habría inconveniente. Lo gestiono y listo.

—Se lo agradezco, señorita. Tenemos que estar fuertes y no tolerar que dos agresiones tan consecutivas queden impunes. Está claro que hemos agitado el avispero y que vamos por el buen camino. Los delincuentes desean que nos rindamos y no lo conseguirán. Pagarán por su violencia. No se librarán de sus fechorías y se hará justicia. Ahora más que nunca, queremos continuar adelante con el litigio.

—Admiro su entereza. Rezaré una oración por el señor Gautell para que se recupere lo más rápido posible. Nos veremos pasado mañana.

—Millones de gracias —sollozaba la joven abrazada a su chico.

Cinco días antes, al término de la segunda sesión del día 15 de abril, las rotativas tan prestigiosas de este país publicaron la noticia del testigo clave y, enseguida, hubo reacciones en cadena. A cientos de kilómetros, lograron tocar las ingles a los poderes fácticos de la vieja Europa. La conversación narraba así:

—¿Qué ha ocurrido? No comprendo por qué nos llevan ventaja.

—No se preocupe, esa pareja de investigadores no saben todavía dónde han metido las narices.

—Confío en ello. Cuento con su habilidad. Le ordeno una acción más contundente con la máxima prioridad. Active el protocolo mediante el «buzón múltiple» por si acontecieran eventualidades. Es hora de que actúe el ejecutor. Póngalo en contacto con «alma negra».

—Sí, señor. Me responsabilizo al completo. Déjelo en mis manos.

El ejecutor siempre llamaba desde un móvil con titular desconocido, tarjeta prepago desechable y no rastreable. Utilizaba un distorsionador de voz para no identificarlo si lo grababan.

—¿Alma negra?

—Sí, al aparato.

—Soy el ejecutor.

—Lo sé.

—Me urgía un trabajo de precisión. ¿Cuál sería su minuta?

—Por un susto significativo, diez mil euros. Por una embestida violenta de extrema gravedad, cincuenta mil euros. Y por un silencio total, cien mil euros. Si son más individuos, el cómputo global se negociaría.

(Pausa).

—Me parece correcto. Quisiera acordar la propuesta número dos.

—Magnífica elección. ¿Algún ritual en especial?

—Que sea foráneo. Se realizará este viernes. La persona señalada recibirá el mensaje a la perfección, palabra por palabra. El paquete con la información (fotografías, dirección, itinerario, rutina...) y el dinero pactado lo depositaré en la papelería «vigilada por si surgieran imprevistos» ubicada en la esquina de la Vía Julia con la calle Argullós, lado mar, enfrente de la salida del metro. Hoy, miércoles, a las 21:00. Distrito de Nou Barris de Barcelona. Como referencia, está muy cerca de la tienda de reformas integrales Rodes 56 y de la lampistería Rosi y Adela en la plaza Ángel Pestaña.

—Entendido. No habrá errores.

—Lo sé.

## Tercera audiencia

Como era lógico, los primeros vocablos de la jueza fueron para mostrar el respeto, consuelo y afecto a Elizabeth y David. Sentía mucho lo sucedido. Consideraba deleznable la barbarie de un malnacido contra un inocente y la clara pretensión de amedrentar a este tribunal con las dos agresiones. No cabía tanta maldad en un ser tan despreciable. Añadió que se haría justicia, se apresaría al malhechor y deseaba de todo corazón que Jaume se recuperase con celeridad...

Sin más dilación, reanudó el juicio oral con la intervención del capitán Paco Nieto, encargado de investigar el intento de asesinato que sufrió el señor Gautell y exponer el avance de las pesquisas. El mezquino episodio acaeció en el barrio de Sant Andreu, junto al bar La Tapadera (confluencia de las calles Doctor Santponç y Peronella).

—Comenzaré por las instantáneas sacadas en el escenario del brutal ataque.

Se vislumbraba la imagen del padre de David tumbado en el suelo, impregnado de sangre, con una vía abierta y el suero. De inmediato, Elizabeth, enérgica, reclamó la atención a la magistrada.

—Señoría, por favor, le ruego que no se proyecten más fotos del incidente, su hijo está desmoronado y creo que no vale la pena tanto dolor gratuito.

—Lo comprendo —contestó apesadumbrada—. Si la acusación particular no tiene impedimento, olvidaremos las imágenes y el que guste verlas, en mi despacho a puerta cerrada.

—Conforme, señoría. Comparto la tristeza y la aflicción con la abogada de la defensa.

—Señor Nieto, prosiga con la ilustración de sus averiguaciones.

—Con su permiso, lo resumiré de forma concisa. La Científica acudió al lugar de los hechos, recopiló los datos y muestras relevantes para el caso, además de preguntar a los vecinos, transeúntes, etc. Mientras mis colaboradores terminaban con el procedimiento, me dirigí al Hospital del Mar para hablar con el señor Gautell. Tuve suerte porque todavía los facultativos no le habían provocado el coma inducido. Estaba crítico y semiinconsciente, con algo de lucidez. Como buen fisonomista que es, me acerqué a su oído por si me facilitaba alguna pista para atrapar al culpable de tal salvajada. Con un susurro sumamente apagado, mencionó: «Acento sudamericano, complexión fuerte, alto, tez morena, con sudadera y capucha». Con el índice en sus labios me reprodujo la amenaza del agresor: «No continúe con el juicio, o se arrepentirá». Similar a la cita que le expresaron a Elizabeth.

Con la primera inspección ocular *in situ*, se barajaron varias vías de indagación. En las cámaras de vigilancia cercanas, se percibía la figura de un hombre, con vestimenta encubierta, elevada estatura, tal como explicó Jaume. Llevaba colocada la mascarilla y, por el momento, no ha sido identificado. Lo que es obvio es que fue un acto premeditado.

El sargento presentaba dos heridas distintas de arma blanca, una de notable tamaño, «puñal o machete de hoja ancha», causante de una cuchillada profunda, casi mortal, ascendente de abajo hacia arriba, hecha con minuciosidad y certera a escasos centímetros del corazón. Milimetrada, sin intención de acabar con su vida. No buscó perforar el abdomen, órgano sensible por el que se hubiera desangrado en pocos minutos. Por las características de la hendidura y el ángulo de penetración, se trata de un sujeto corpulento. Alrededor de 1,90 metros de altura, diestro y con sobrada experiencia en estos sangrientos menesteres.

A pesar de la dureza de la exposición, el responsable de la Fiscalía supo transportar (con gran maestría) al público asistente de la sala hasta el enclave del delito. Gesticulaba con sus manos a la par que acompañaba sus palabras como si se hallaran en la platea de un cine.

—El segundo corte, «navaja pequeña o cúter», representaba la señal de la cruz (invertida); la cual grabó en su frente, franja perpendicular más larga que la horizontal. Por de pronto, constatamos que no es el individuo que asaltó a la señora Elizabeth, son dos maleantes diferentes y no descartamos la posible participación de una secta religiosa radical. Falta bastante por rastrear.

»Eso sí, el supuesto criminal es un profesional a sueldo (sicario). Aseguraría al cien por cien que estamos delante de un esbirro contratado al efecto. Este tipo de bandas mafiosas suelen venir de Europa del Este o de América del Sur. Va y viene el mismo día para no dejar ninguna huella. Ida y vuelta en veinticuatro horas. Es lo que se denomina «vuelo caliente». Lo recogen con un vehículo robado o con la matrícula falsa. Realiza el trabajo estipulado, lo sacan fuera del país en el primer avión disponible y desaparece del mapa. Jamás regresa por el destino de origen. El patrón se modifica por completo. Podría atravesar los Pirineos o embarcarse en Portugal. Quién sabe.

»En el instante que supimos de la agresión, iniciamos el protocolo de búsqueda de sospechosos. Filtramos una lista de candidatos con los perfiles requeridos y mandamos fotografías a los aeropuertos, puertos, aduanas, etcétera. Instalamos controles en fronteras y contactamos con nuestros colegas de Europol e Interpol. Reconozco que aún no hemos obtenido resultados satisfactorios.

Una vez concluida la disertación del capitán, la magistrada ofreció el turno a ambos juristas.

—Letrados, ¿desean lanzar alguna consulta sobre el trágico intento de asesinato?

Se miraron a los ojos y con la negación en sus ademanes se zanjó el tema.

—Perfecto. Si están de acuerdo, continuaremos hoy con la última sesión del juicio oral. Miércoles, 22 de abril. Asistirán el padre Teófilo Pico y, por parte de la Fiscalía, el perito calígrafo.

Tras haber comparecido los seis testigos anteriores, fue emplazado para declarar el clérigo más longevo de Cataluña. Hizo la entrada en la audiencia de la Ciutat de la Justícia un varón de avanzada edad, espigado, en torno a los dos metros de alzada, delgado y con denso cabello grisáceo. Tenía dificultad para caminar. Se ayudaba con su inseparable amigo, un bastón regio de madera de roble, de buena calidad. En su faz no se distinguían apenas arrugas. Gozaba de una agradable apariencia, apacible y un semblante muy jovial con respecto a los años cumplidos. Al insigne devoto le adornaba en su arqueada espalda, una lozana chepa.

Al igual que la mayoría de sacerdotes, su aureola emanaba espiritualidad y sosiego, como si el tiempo se detuviera y te trasladara a otro período manso de la historia, donde no existiera el estrés. Pura magia difícil de relatar, vestida de paz y de tranquilidad...

El silencio se entrecortaba al escuchar de fondo el roce del taco de goma del báculo, ¡clac!, ¡clac!, ¡clac!, en cada paso dado hacia el estrado. Su indumentaria correspondía a la habitual en un monje benedictino. Portaba los hábitos negros, que consistían en una túnica, un escapulario largo que rozaba el suelo y un cordel de color blanco sucio (beis). Para ver utilizaba unas gruesas gafas oscuras de pasta, que coloquialmente reciben el apelativo de «culo de botella». Por cierto, iba cargado de la fragancia Varon Dandy, la cual impregnó el recinto, y a Elizabeth le evocó de nuevo a su estimado abuelo. Se reiteró el procedimiento del juramento y debido a su vejez solicitó un micrófono, cuestión ya prevista.

—¿Jura ante este tribunal y la Constitución que el testimonio que va a prestar será la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—Sí, lo juro.

—Siéntese, por favor. Enuncie su nombre y apellidos.

—Sí, señor. Con gusto. Me llamo Teófilo Pico.

—¿Nos interesaría saber su edad? Solo es por ubicarlo o no en unas fechas determinadas —inauguró la tanda de preguntas la jueza.

—Ah, fenomenal. —Cinco segundos. Quizá nueve—. No se enfaden conmigo, pero no la sé con seguridad. Como observarán, hace cuantiosas lustros que peino canas. Me explico. Según mis primeros tutores, no conocían la identidad de mis padres biológicos. Soy huérfano, no sé con exactitud ni el día ni el año en que vine al mundo —repetía desolado, sin encontrar una respuesta buscada con afán desde inicios del siglo xx—. Me abandonaron en las escaleras de un convento de monjas de clausura. Ellas me cuidaron durante una prolongada temporada, mientras sumaba aniversarios. Se portaron de maravilla y me dieron una formación y educación excepcional. Después, fui yendo de casas de acogida a otros hogares porque ya no querían responsabilizarse de un niño tan grande. En aquella época tan compleja, un chaval como yo estaba mal visto, repudiado. Era un estorbo, parecía un leproso, a nadie le importaba. Merced a Dios y a mis plegarias, mi suerte cambió. Por fin, el milagro que pedía a gritos se efectuó. Apareció en mi vida el mosén Elías. Me recogió del infierno y se convirtió en mi preceptor. Para mí fue el único padre que tuve, y a él le debo todo. Cuando tenía quince años, percibí «la llamada del Todopoderoso», e ingresé como monaguillo en la basílica de Santa María del Mar, en la cual mi mentor evangelizaba a los feligreses. Estuve a su lado hasta el día de su último suspiro. Igual me estoy enrollando demasiado, ¿eh?... Disculpen, son cosas de viejos. A lo que vamos. Acorde con los datos hipotéticos facilitados por el rector Elías, nací el 6 de junio de 1906. Que como se entendía en esas décadas, tanto en el servicio militar obligatorio, «la mili», como en la Guerra Civil, yo pertenecía a la quinta del seis (reemplazo anual). Por consiguiente, si no me equivoco, me aproximo a las ciento veinte primaveras, aunque creo que son excesivas. Me veo muy joven en el espejo, je, je, je.

—¡Bendita genética! Mi sincera enhorabuena por su espléndida semblanza —espetó con envidia sana (o no) la ilustre magistrada.

—Miles de agradecimientos, señoría. No me quejo. Achacoso pero en pie.

—¿Dónde reside usted en la actualidad?

—Vivo en un paraje bellísimo de la provincia de Barcelona, en la abadía de Montserrat.

—Indíquenos cuáles son sus ocupaciones en el monasterio.

—Como habrán comprobado por mis atuendos, soy monje y llevo confinado más de sesenta años. Mis labores son las de un pastor eclesiástico y un siervo a las órdenes del Creador, *ora et labora*, la oración y el trabajo es nuestro quehacer diario, acompañado del rezo y la lectura de la Santa Biblia. Además, custodio y administro el inventario de la biblioteca del santuario.

—¿Sería capaz de contarnos por encima las actividades diarias que realizaba en Santa María del Mar el año 1926?

—Me cuesta mucho recordar lo que ocurrió antaño. Casi mejor, ¿prefiere que le describa algún ejemplo de lo que ejercitaba?

—Sí, excelente. Adelante —aprobó su señoría con muestras de interés.

—Allí comencé como sacristán al cargo de las principales tareas relacionadas con el sacramento de la eucaristía y la preparación de la misa. ¡Hum! Ah, acaba de venirme a la cabeza

que una jornada concreta a la semana la dedicaba para visitar a las familias más generosas de la parroquia, las cuales me entregaban sobres con las donaciones de los devotos y acudía a los recados que me encargaba mi tutor, tales como ayudar a sacar escombros de la casa de un miembro de la congregación, practicar de paleta «albañil» en una reforma, arreglar un escape de agua o el mantenimiento de la propia edificación...

—Ahora procederemos con la ronda de preguntas de los dos bufetes aquí reunidos —señalaba la jueza con su mano derecha—. La primera corresponderá a la parte de la defensa, la señora Díaz-Rossell.

Se levantó de la silla y mientras se dirigía hacia el estrado, miró de reojo a la tribuna y después al testigo (típico ritual).

—Con la venia de su señoría. Padre Teófilo. Ha sido designado hoy para declarar en el caso que nos compete y que trata de la muerte por accidente de tranvía del señor Antoni Gaudí i Cornet, acontecida el 7 de junio de 1926. Aunque nos refiramos a datas de un siglo atrás, le ruego, por favor, que haga memoria y un gran esfuerzo para situarnos en el contexto de la fecha de autos. ¿Tuvo usted la oportunidad de conocer al extraordinario constructor?

—La verdad es que sí. Aseguraría que lo vi de soslayo en dos o tres ocasiones, en las que Gaudí ni se percató. Cuando sucedió este fugaz encuentro tendría en torno a los dieciocho o diecinueve años y los escasos recuerdos se aparcaron en el olvido.

—¿Podría explayarse con mayor detalle, si le es posible? Se la reformularé de nuevo. ¿Sabía por aquella época quién ostentaba el título de genio del modernismo?

—Claro que sí. Había oído hablar de él y de su imponente obra, la Sagrada Familia. Funcionaba a la perfección el «boca a boca» y no se necesitaban los ordenadores ni el ciber... no sé qué. El señor Gaudí era un hombre cristiano, beato y de costumbres religiosas rígidas y cotidianas. Me refiero a que cada día hacía el mismo recorrido e idéntica hora. Asistía por la tarde a la iglesia de Sant Felip Neri para confesarse, redimir sus pecados y charlar con su buen amigo el mosén Agustí Mas i Folch (su director espiritual), con el que pasaba infinidad de momentos intercambiando opiniones hasta que asomaba el ocaso por la montaña del Tibidabo, y retornaba a su majestuoso templo en el cual pernoctaba.

—Dispense que lo interrumpa. Entonces, ¿usted coincidió con él en Sant Felip Neri o por los alrededores?

—No, no. Las dos veces que lo divisé estaba en mi iglesia, en Santa María del Mar con el padre Elías y, en tanto en cuanto, entraba en nuestra parroquia para saludarlo y dialogar un rato. Fue el exclusivo lugar donde tuve la fortuna de contemplar al arquitecto de Dios. A escondidas, y detrás de las cortinas de la capilla. Nos prohibieron mediar palabra o acercarnos al confesionario o importunarlo. El rector Elías lo manifestó de modo tajante: «No debéis molestar a don Antoni Gaudí, o sufriréis mi castigo».

—Padre Teófilo. Me surge una duda. ¿Por qué se refiere a los acontecimientos en plural?

—Ay. Excúseme. No le he comentado que, esporádicamente, venían monaguillos pertenecientes a otras diócesis para prestarnos cooperación en actos eclesíásticos; tales como bodas, bautizos, funerales, comuniones, etcétera. Siempre en mínimas circunstancias. De ahí el significado del pronombre personal «nosotros».

—Gracias por la matización. Por lo que nos ha reseñado, ¿usted jamás conversó con el máximo exponente del modernismo catalán?

—Exacto. Como he citado, mi singular contacto visual con el erudito maestro acaeció tras los doseles de una salita. La intrépida adolescencia. La curiosidad mató al gato... ¡Qué sé yo! Hace

un siglo del trance.

—Ha quedado aclarado su argumento. Para terminar con mi tanda, me gustaría saber si le es familiar el nombre de Fausto Expósito. Se lo menciono porque suponemos que este señor, el cual vivía al lado de su basílica, podía haberse presentado algún día a la participación en la liturgia.

—No, no me suena en absoluto. Debo remarcar que tampoco me acordaría de cientos de individuos vinculados con ese período.

—No se preocupe, no es un examen ni un interrogatorio. Intentamos montar el puzle completo con todas las piezas claves. Usted es una de ellas, la única sobreviviente de aquellas datas.

—Igual frecuentaba la vicaría solo para rezar, como otros feligreses y beatos. Difícil de evocar. Hablamos de cien años atrás... Aunque sí es probable que el mentado caballero tuviera una relación más estrecha con el sacerdote. Debido a mi juventud, me encontraba en un segundo plano. Mis tareas consistían en auxiliar a mi tutor en la cristianización de los creyentes. Siento no ser más explícito, mi edad y mi cerebro no están para aprobar una oposición. ¡Hum! Perdónenme.

—No debe disculparse por ello, padre Teófilo. No hay más preguntas que plantear. Su narración ha sido de enorme ayuda —le agradeció con una sonrisa fraternal la letrada mientras le acariciaba la mano al alejarse.

—Por parte de la acusación particular no tenemos más cuestiones al respecto —sentenció el abogado Vilardell.

Finalizó la exposición del monje benedictino, último testigo en declarar, de los siete convocados. A pesar de su longevidad, el clérigo demostró gozar de una magnífica memoria y despertó la admiración, la envidia sana e incredulidad de los asistentes al proceso, puesto que se habían topado con un anciano que rondaba los ciento veinte años y con una agilidad mental abrumadora. Por ende, su testimonio fue bien recibido y creíble en todo momento. Consiguió en un santiamén ganarse al auditorio por su talante afable, bonachón, extrovertido, lúcido y presto a colaborar. Transmitía una paz inconmensurable. Su gesticulación amenizaba la sala como un director de orquesta. La forma de expresarse encandiló al público, parecía un gobernante rodeado de sus fieles seguidores. Extrañaba observar como un párroco que poseía ese don de gentes no alcanzara durante su larga trayectoria un cargo más relevante dentro de la jerarquía canónica. Si se hubiera dedicado a la política, algún escaño habría logrado.

La jueza prosiguió con la orden del día y mandó comparecer al experto en caligrafía; pero un par de horas antes...

Elizabeth (avezada) llegó a la Ciutat de la Justícia con la suficiente antelación para charlar con la responsable de seguridad del acceso al juzgado, Consuelo Sepúlveda, amiga suya. Le solicitó un favor: fingir una breve caída del sistema informático. Cuando la jurista cruzara por delante del detector, ella debía apartar a las siete personas siguientes que iban por detrás de la letrada y hacerles escribir con bolígrafo su nombre, apellidos, dirección, DNI, fecha, y firmar en una planilla. Ella serviría de anzuelo. Contó también con el apoyo del compinche teniente coronel David Carpio. Para no inculpar a la policía de la entrada, se borraría cualquier rastro de las imágenes. Las cámaras de vigilancia se verían afectadas y dejarían de grabar los minutos donde apareciera la abogada urdiendo el maquiavélico plan. De esta guisa, quedaría en una simple anécdota y en un insignificante microcorte de la red telemática.

Con precisión japonesa, continuó la sesión definitiva del juicio oral.

Se mostraron, uno a uno, todas las pruebas y objetos que le encargaron examinar al técnico. Acudió ataviado con un traje azul marino de séptima temporada —no demasiado fastuoso— y una corbata a juego, poco llamativa. Portaba un maletín negro que depositó encima de la mesa, allí guardaba el expediente. Extrajo un dossier bastante extenso en el que figuraban las averiguaciones concernientes a la antigüedad del croquis de la calle Bailén en la confluencia con la Gran Vía de las Cortes Catalanas, en el que asomaba un tranvía por cada lado, datado el 6 de junio de 1926, además de las cartas amenazadoras y una instantánea de Gaudí con las palabras «POR MASÓN» transcritas en el reverso. Tras unos instantes, la magistrada encomendó al señor Francesc Serra, perito calígrafo, que ilustrara a la audiencia con la evaluación efectuada.

—Con la venia de su señoría. El material utilizado en el papel «pergamino» está confeccionado con fibras vegetales de antaño. La época en la que se redactaron los textos abarcaría un rango aproximado que iría de 1920 a 1927. Después de analizar exhaustivamente la documentación requerida, la cual ha sido cotejada con miles de casuísticas irrefutables, puedo certificar que los vocablos anotados en la fotografía del arquitecto y en las intimidaciones corresponderían a un varón con mucho carácter, inteligente e irascible. Tan pronto se convierte en un encantador seductor como se transforma en un prepotente egoísta. Autoritario, un líder al que no le gusta que le repliquen. Ególatra, carente de humildad y de sentimientos. Jamás se equivoca ni lo reconoce. Si se fija un objetivo, no cejará en su empeño hasta que lo obtenga, cueste lo que cueste. Los picos tan señalados de las consonantes, extremos arriba y abajo, así lo denotan. Para que me explique mejor, se asemejaría a la redacción ortográfica de un excéntrico dirigente gubernamental o empresario, sin citar apelativos.

Tocaba el turno a la letrada Díaz-Rossell en primera instancia.

—Señor Serra. Con el informe que ha elaborado, ¿sería capaz de asegurar que el perfil de ese hombre encajaría con el de un presunto homicida?

—No, en absoluto. Solo con el resultado de este análisis, no lograría corroborarlo. Necesitaría más escritura, test de personalidad, de psiquiatría... y nunca acertaría al cien por cien. No se trata de una ciencia exacta. Pero lo que sí es evidente es que este individuo podría ser el inductor perfecto de un complot hartamente complejo, lícito o no.

La acusación particular no hizo preguntas, consideró adecuada la descripción del grafólogo al no apuntar a nadie ni existir un mínimo indicio. Fue en aquel momento cuando la abogada se saltó el protocolo, interpellando a la jueza.

—Con la aquiescencia de su señoría, si usted lo estima oportuno, me gustaría aportar un pequeño ejercicio —exhibió el impreso que rubricaron al acceder al tribunal— para entender con mayor detalle el trabajo del experto.

—Protesto, señoría —recriminó cabreado Vilardell a la defensa—. Ese tejemaneje no está incorporado en el atestado ni tan siquiera se ha conseguido con el beneplácito de los implicados. Es ilegal, una maniobra cutre y traicionera... ¡y qué casualidad!, consto en el susodicho pliego.

—Protesta denegada. Por favor, acérquense ambos juristas al estrado.

—Hoy acabaremos con las declaraciones del sumario. No permitiré más artimañas sacadas de la manga. Va por usted, señora Elizabeth. No se lo consentiré. No obstante, creo que es de relevancia saber de qué va el estudio sobre la grafía de los presentes y tampoco estaría mal cultivarse en una asignatura tan interesante y novedosa.

—Señoría, con la venia. Yo no quiero que analicen mi letra ni que sepan si soy de una forma o de otra. No estoy en esta magistratura para que se me juzgue —refunfuñó como si la noche

anterior se hubiera zampado varias docenas de pimientos de Padrón, unos pican y otros no.

—Letrado. Observo que la abogada también se ha incluido en el folio con sus datos, de la misma manera que usted.

—Vale. Si ella lo prefiere, a mí me la trae al paio, no me importa.

A su señoría no le entusiasmó la actitud del comentario. Sus ojos negros se engrandecieron como dos farolas a medianoche. Elevó el tono de su voz como reprimenda...

—Entonces, ¿intenta ocultar algo turbio de su pasado, o es que le da pánico que desnuden su identidad delante del auditorio?

—No, señoría, no tengo nada que encubrir.

—De acuerdo. Zanjado el dilema. Seguimos con la vista.

Volvieron a sus posiciones y Vilardell, «con el rabo entre las piernas», susurraba palabras ininteligibles. Sobraba la traducción. Concernía entregar al calígrafo la hoja manual del registro de las siete entradas para que las examinara.

—Señor Serra. ¿Tendría inconveniente en aleccionar a la audiencia con algún rasgo elocuente referente a los tres caballeros y a la dama que nos acompañan en este habitáculo (Elizabeth, Vilardell, David Carpio y Teófilo Pico) para comprender mejor sus enseñanzas? Puede usted comenzar por dondequiera y cualesquiera.

—Sí, señoría; con sumo agrado procederé enseguida, pese a que no lo esperaba. Por ventura, siempre voy escoltado de mi lupa, transportador para la medición de ángulos, compás, cartabón, reglas y resto de utensilios indispensables en mi quehacer. Debido al escaso tiempo concedido, déjeme unos cuarenta minutos para esbozar un esquema rápido y simplificado.

La magistrada aprovechó para realizar un sucinto descanso que contentó a los asistentes, tomar un café y estirar los músculos. Transcurrida la pausa, el perito se dirigió a la tribuna para indicarle que empezaría con la abogada. Así lo narró.

—La señora Díaz-Rossell es una incansable trabajadora, muy inteligente, equilibrada, transparente, con la verdad como estandarte y amante de la organización. Goza de un temperamento afable y es extrovertida. Aguerrida, no se amedrenta. Si la van a buscar, la hallarán. Empática y cercana a la gente. Familiar, arropada por los suyos, le gusta querer y que la quieran. Leal en sus ideas y principios. Fiel en sus relaciones, no soporta las mentiras. Su firma muestra pinceladas redondeadas, lo que manifiesta una magna sinceridad. Alguien en quien confiar, por la que poner la mano en el fuego. En resumen: una buena persona.

A continuación, prosiguió con los atributos más significativos del abogado de la acusación particular.

—El perfil del letrado Vilardell revela a un inagotable emprendedor, honrado e instruido. Sólido en sus convicciones. Introvertido, con fuerte carácter, pero no tan visceral como el que escribió las cartas anónimas e intimidatorias en 1926. Conoce sus limitaciones y asume los errores. En su signatura no emergen las agujas remarcadas, son bastante elípticas. En síntesis: un varón fiable y de buenos sentimientos, similar al desarrollado por la letrada Elizabeth.

El teniente coronel jubilado David Carpio se ofreció voluntario para el siguiente análisis. El estudio fue cristalino, emanaba absoluta credibilidad.

—Lo sintetizo al máximo. Se trata de un profesional intachable, disciplinado, responsable y noble hasta la extenuación. No hay lugar a dudas, su testimonio es totalmente diáfano. Por cierto, a colación del agente que auxilió a Antoni Gaudí, Ramón Pérez Vázquez, y con la autorización de su señoría, me gustaría añadir una prueba de mi propia cosecha para asimilar con mayor claridad la idiosincrasia de la grafología.

—Adelante —asintió la jueza con grata curiosidad.

—He conseguido, merced a la colaboración de la Dirección General de la Guardia Civil, la auténtica rúbrica del ilustre samaritano.

La mostró en la pantalla con el proyector de la sala.

Firma del agente Ramón Pérez Vázquez

Fuente: cedida por el archivo histórico de la Guardia Civil en Madrid

—No me extenderé más. Creo que sobran los comentarios. Letra cilíndrica, legible, nítida... Un hombre de ley.

Tras escuetos segundos, el perito solicitó aproximarse a la tribuna, hecho que aprobó la judicatura, aunque debían sumarse los dos juristas, puesto que se debatía un tema concerniente al resultado de la investigación.

—Señor Serra. ¿Qué es eso tan misterioso que desea contarnos en privado? —se percibió en su rostro un atisbo de perplejidad.

—Con la venia, señoría. Verá, he verificado reiteradas veces la caligrafía del padre Teófilo, «el cuarto testigo de la planilla», y mi sorpresa ha sido atónita. La verdad es que no doy fe, me parece inverosímil.

—Sea más concreto. ¿Ha descubierto algún rasgo extraño?

—Me temo que sí. Los trazos de la escritura del longevo capellán coinciden al 99 % con los del individuo que elaboró las amenazas de muerte al arquitecto Gaudí. Además, su firma es ilegible, con muchas crestas afiladas, y análoga a la de las intimidaciones, salvo una variación lógica por los años corridos. Sin embargo, en el boceto del atropello del 6 de junio de 1926, al existir un escaso literal en mayúsculas (el nombre de dos calles, una plaza, el mar Mediterráneo, junto con los seis dígitos de la fecha); solo puedo confirmar un 40 % o un 50 % de similitud, como el de multitud de habitantes, por lo que precisaría un examen más exhaustivo.

—¿Quiere usted afirmar que el supuesto inductor del homicidio (si lo hubo) se encuentra ahora mismo sentado en este juzgado?

—En toda mi extensa trayectoria, no había visto nunca una sincronía tan rigurosa. El patrón es idéntico y el dictamen rotundo. El autor de esas misivas, que no el posible agresor, fue el monje Teófilo Pico.

La magistrada, rodeada de sus letrados, se quedó impresionada con las declaraciones del técnico, circunstancia que se contagió con el revuelo en la sala. El cuchicheo iba *in crescendo*. Tuvo que restablecer el orden.

—Señores, les ruego que bajen la voz, por favor... ¡Chisss! ¡Chisss! ¡Chisss! ¡Cállense! Si no dejan de murmurar, me obligarán a desalojarlos.

Para calmar los ánimos de los asistentes, comenzó a tocar la campanilla, «el mazo es de origen anglosajón y es más popular gracias al cine y a la televisión». ¡Tilín! ¡Tilín! ¡Tilín!, hasta que retornó la normalidad, poco a poco. Después de unos incómodos instantes, el silencio envolvió con una sábana gigantesca a la estancia y su señoría, enfurecida como una loba protegiendo a sus cachorros, se dirigió al clérigo con la mirada incrustada en su retina.

—Padre Teófilo. ¿Tendría alguna objeción en subir otra vez al estrado? Le recuerdo que sigue bajo juramento.

—No, señoría, ningún impedimento al respecto; todo lo contrario, es un honor para mí.

La jueza hizo públicas las conclusiones del calígrafo relativas a la exactitud con la signatura de las coacciones realizadas al maestro, las cuales se hallaron en el baúl de la mansión modernista de la avenida del Tibidabo. De inmediato, pidió que se le acercaran las evidencias para que ratificara (o no) su propia grafía.

—Señor Pico. ¿Podría corroborar ante la audiencia que esos textos los transcribió usted alrededor de 1926?

—Permítame un momento para que los revise en profundidad, ya que mi visión es delicada —argumentaba mientras se ajustaba las gafas de pasta de cuantiosas dioptrías.

Observó con minuciosidad los folios. Transcurrido un breve minuto, respondió.

—Señoría, he de admitir que la estupefacción es mía. Benditos sean los santos. Increíble. Creo que se asemejan en demasía; es más, estoy seguro de que fui yo quien los redactó. Eso sí, el croquis no es mío.

De nuevo, el cotilleo se adueñó del hemiciclo. Solo se oía: «¡Bisbís! ¡Bisbís! ¡Bisbís!» La magistrada empezó a cabrearse...

—Señoras y caballeros, no quiero enfadarme, que llevamos un día movidito.

Insistió con el címbalo. ¡Tilín! ¡Tilín! ¡Tilín!, y el ruido aminoró al ritmo que el sosiego invadió, por completo, el aposento.

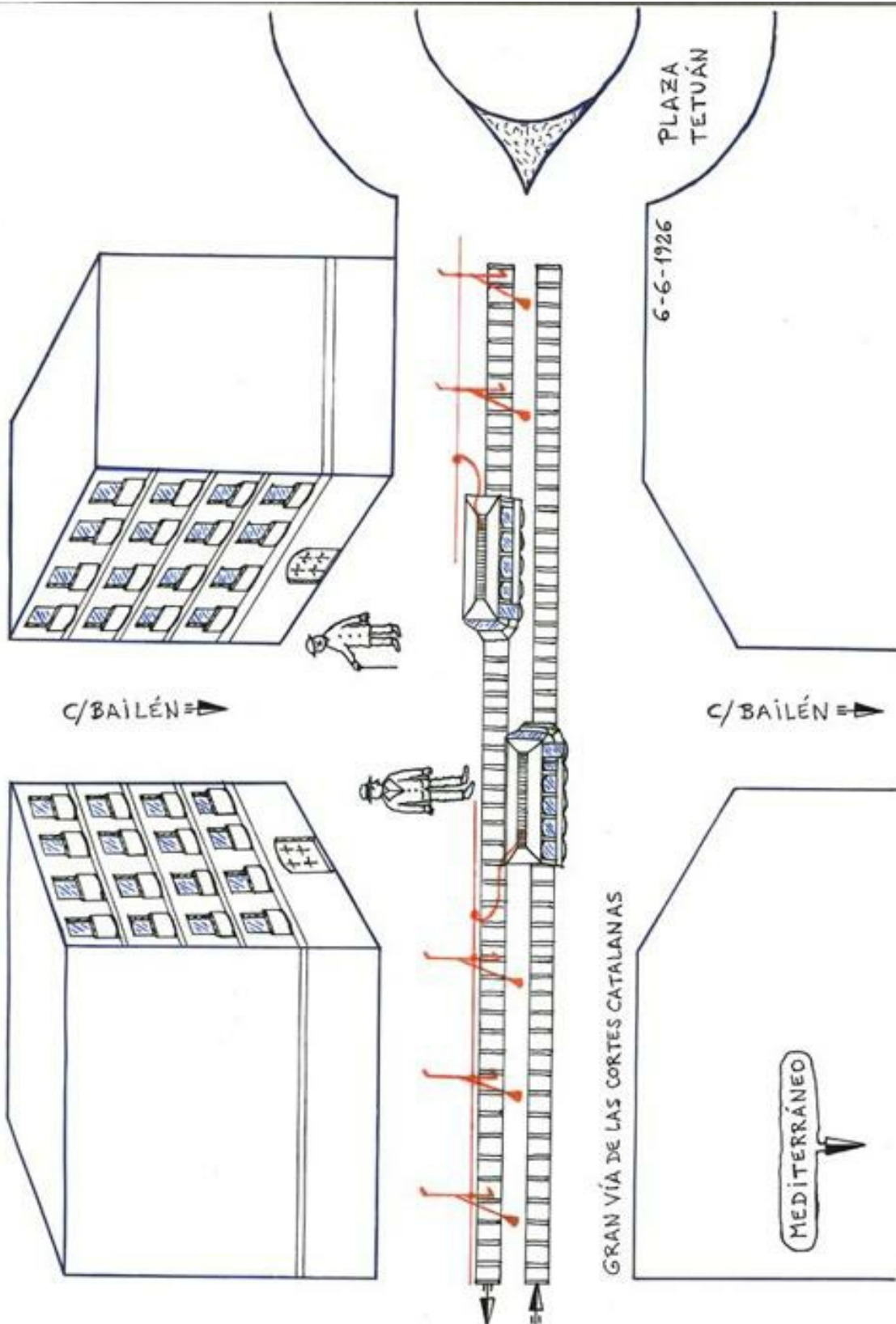
—Discúlpeme. A consecuencia del bullicio, debo repetirle la pregunta. ¿Noveló usted esos manuscritos?

—Sí, señoría, son de mi puño y letra. No tengo nada que ocultar, al revés, orgulloso de haberlos plasmado al servicio de Dios cuando me lo requirieron en mi juventud. No soy un asesino ni un demonio, como se imaginarán ustedes. Por ello, si me dejan, voy a intentar explicarme para que se interprete mejor, ¿eh? Pónganse en mi situación. Retrocedamos en el tiempo un siglo atrás... A pesar de gozar de una saludable memoria, las imágenes en mi mente sobre aquella época se divisan con dificultad. Lo que sí rememoro con solidez es ver al padre Elías (rector de la basílica de Santa María del Mar y mi mentor) cómo me dictaba las cartas. Él apenas sabía leer ni escribir, no le gustaba que se intuyera su secreto, se avergonzaba. Así que

decidió que fuera su mano derecha, su leal escribano, además de monaguillo. Me encomendaba contestar la documentación adjunta del arzobispado de Barcelona, preparar los salmos, carteles de acontecimientos, las órdenes del día, la contabilidad de la congregación, la...

La jueza veía que prolongaba en exceso su monólogo y actuó de súbito. De un tajo le retiró la palabra.





—¿A usted no se le ocurrió cuestionarle al párroco el motivo de esas frases desafiantes? «No continúe con su obra, o morirá». «No se trata de una advertencia, es una amenaza real de muerte». «Como hizo caso omiso a nuestras amonestaciones, se arrepentirá». «La mano de Dios es firme, se lamentará». «Se agotó su tiempo, pagará con su vida» —las leyó con voz potente y de sopetón.

—Sí, de los apercebimientos me acuerdo muy bien. A mí me produjo asombro, también me chocaba. Le consulté al sacerdote, el cual me aclaró que iban dirigidos a los feligreses descarriados a los que pretendía darles una lección delante del público reunido (exponerlos en los sermones). Su justificación me pareció acertada. Yo disfrutaba de mis dieciocho o diecinueve años. No tenía por qué dudar de mi segundo padre, de mi referente a seguir. Lo idolatraba... Si nos trasladáramos a ese período, anterior a la Guerra Civil, la realidad es que se pasaba bastante hambre. La crisis política, económica y social estaba en un callejón sin salida. Alfonso XIII no opuso resistencia y, en 1923, Miguel Primo de Rivera dio un golpe de Estado e instauró la dictadura. La prensa lo aceptó de una forma favorable, al igual que la Iglesia católica y la burguesía catalana.

»En los años venideros, la lucha de clases, la relevante conciencia de los obreros y campesinos con el consiguiente incremento de su capacidad de movilización agudizaron los conflictos. Las posiciones de patronos y trabajadores se vieron más enfrentadas todavía. Ante las demandas del proletariado, la acción del Gobierno fue escasa e insuficiente; los problemas monetarios aumentaron, el paro y los precios crecieron al alza...

—Padre Pico, siento interrumpir su ilustrativa narración de cómo se vivía en la sociedad de 1926. Debemos avanzar en lo que atañe solo a las supuestas intimidaciones.

—Mis disculpas, señoría. Hacía años que nadie me escuchaba con absoluta atención y me he ido por la tangente. Con su permiso, retomo mi última cita. ¡Hum!... Como resultado de la mala gestión de la Administración, los ciudadanos empobrecían a gran velocidad. Existían muchos fieles sin faena. No podían comer ni llevar alimentos a sus hogares. Me comentó el clérigo que le habían robado la colecta del cepillo en demasiadas ocasiones, el cáliz de plata cuatro veces, junto con la bandeja y la copa de la hostia donde se celebraba el sacramento de la eucaristía. Por lo que optó por comprar un vaso sagrado de bisutería (más barato) y guardar el original a buen recaudo.

»Para no dejarlos en evidencia en la misa de los domingos, me solicitó que caligrafiara las reprimendas y las introdujera por debajo de la puerta de sus moradas. La mayoría promovidas por los hurtos que he aludido, otras tantas por discusiones entre la linde de las parcelas o por efectuar reformas sin licencia, incluso por trueques o mercadeo poco lícitos. Lo positivo es que al final se solucionaban. Si recibían un texto de este tipo, conocían al momento la identificación del remitente. Lo comprendían a la perfección. Tantos escritos fueron los que transcribí que mi cabecita ya no puede evocar más. Aunque he de remarcar que las más ofensivas y agresivas, «escarmiento, ultimátum o paliza», las portaba él mismo a su destinatario, tal como las que usted acaba de referir del señor Antoni Gaudí; y de las que nunca supe ni me interesé.

»Ellos entendían el mensaje a la primera y desaparecían las sustracciones de la basílica. Si necesitaban adquirir comestibles o dinero, hablaban con el padre Elías y se encargaba de proporcionárselo. Por el contrario, si mencionamos su facción negativa, ¡tela marinera! Poseía un carácter iracundo (difícil de aguantar) y solía generar enemigos. En el círculo de las sotanas, se sabía que atesoraba animadversión hacia la máxima autoridad de la iglesia de Sant Felip Neri, el

presbítero Agustí Mas i Folch. Provenía de antaño, por la diferencia de criterios y opiniones opuestas con respecto al canto gregoriano. La relación empeoró cuando el obispo de Barcelona, cardenal Casañas, nombró al padre Agustí miembro de la comisión de música sagrada de la diócesis. En mi modesto parecer, Elías envidiaba a Mas no solo por divulgar el canto llano, sino también por ser el director espiritual y amigo íntimo de don Antonio Gaudí. No soportaba que él fuese el erudito maestro y Elías su discípulo. Para más inri, el papa San Pío X restauró al gregoriano como el oficial de la Iglesia latina, y como distinción a su docta moralista, consiguió que en Sant Felip Neri participaran los devotos en el canto litúrgico, siendo la pionera de Cataluña...

La jueza estaba absorta frente a su locuacidad. Sentía curiosidad. Permitió que se explayara y terminara su discurso.

—Perdonen. Me he ido por las ramas. Para rematar, con la condescendencia de su señoría, me gustaría formularles una consulta. —Tres segundos de incertidumbre. Quizá siete—. ¿Cómo es posible que ninguno de ustedes me haya preguntado por qué iban firmadas las cartas?

—Se lo especifico. Estos documentos, recién obtenidos del archivo histórico de Madrid, se incautaron en 1926 en la vivienda de Fausto Expósito. La Fiscalía los examinó y no les dio importancia al ser una rúbrica ilegible, anónima y no poder contrastarla hasta el día de hoy, que gracias a su sinceridad ha sido confirmada —respondió complacida la magistrada.

—Muy amable por su parte. No sé si me he explicado lo suficiente. En esos años, el cupo de analfabetos simbolizaba un alto porcentaje. Tuve la oportunidad de recibir una buena educación merced a las monjas, a las casas de acogida, «familias adineradas» y a creyentes servidores de nuestro Señor. Imagino que por esa razón, mi instructor me lo sugirió. Me argumentaba que a algunos feligreses les satisfacía ver los párrafos signados (ininteligibles y con muchas piquetas) para que supieran que las regañinas procedían de la Iglesia católica, de la pluma de Dios. Así se arrepentían de sus pecados y devolvían lo hurtado. Con tal de ayudar al tutor Elías, encantado, me consideraba útil. Por cierto, me ha venido a la cabeza la sugerencia de que probablemente el padre Cebrián pudiera hallar en los ficheros del arzobispado mis escritos que les he detallado.

—No es preciso, lo zanjamos aquí. Debo continuar con los temas pendientes del acta. ¿Vio usted alguna vez al rector Elías reunido o de charla con gente no habitual del barrio o que jamás estuvo en la basílica de Santa María del Mar? —disparó rauda la jueza con pólvora ardiente.

—No lo recuerdo. Lo que sí ratifico es que los parroquianos cotidianos de la zona eran viejos conocidos, religiosos, vecinos, beatos... Si se refiere a individuos raros o cosa similar, no observé nada extraño.

—¿Sabe si viajaba a menudo? Lo desglosaré mejor. Por sus labores eclesiásticas o por otros menesteres, ¿acostumbraba a cruzar la frontera?

—Déjeme pensar... Ah, sí. Comentaba que durante una década vivió en Italia. Realizaba tareas de monaguillo, como yo. Allí pasó su juventud. Aprovechó para aprender el italiano, no a escribirlo. En varias ocasiones me llevó a la archidiócesis (aledaña a la catedral, siete minutos a pie) para llamar a Roma a algún compañero prior y lo oía conversar con la operadora de Telefónica, «las chicas del cable», las cuales enchufaban la conferencia internacional y, al rato, cambiaba de idioma. Huelga recalcar que me fascinaba estar a su lado. Figúrense a un zagal que abría los ojos al mundo y se empapaba de la experiencia de su benefactor.

## Pico y pala

Después de escuchar el elocuente testimonio del monje benedictino, ambos despachos de abogados declinaron su turno al advertir que lo revelado superaba sus expectativas. La magistrada concluyó el juicio oral, agradeció la participación de los asistentes al tribunal y la presencia de los medios de comunicación. Con todas las nuevas averiguaciones, indicios y declaraciones, tenía sobrada información para deliberar. Quería llegar al final del enigma, esclarecer si hubo (o no) intento de homicidio o qué sucedió en realidad el 7 de junio de 1926; aunque no existieran sospechosos supervivientes y hubiera prescrito el delito. Dos agresiones premeditadas, «una de ellas brutal», no iban a quedar impunes. El único que podía resolver el misterio era el propio Gaudí. Para ello, bastaría exhumarlo y practicarle una segunda autopsia. Un cadáver siempre habla; y seguro que desearía que le hicieran justicia. La jueza se dirigió al público de la sala seleccionado y lanzó el sucesivo recordatorio.

—Señorías, permítanme una pequeña aclaración. Ruego a todos los presentes que estén atentos al móvil y no alejados del juzgado, por si esta tarde tuviera un veredicto definitivo. Por ende, si antes del ocaso, no han recibido un mensaje, márchense a sus domicilios, duerman bien y mañana nos emplazaríamos a las doce del mediodía.

Tocaba debatir con la Fiscalía, encabezada por el fiscal y el capitán Nieto. Por parte de la congregación, el padre Cebrián, y se conectará por videoconferencia la Asociación Catalana de Médicos Forenses (ACMF) para asesorar la viabilidad de ejecutar una prueba de tal magnitud. Con anterioridad, ya habían mantenido entrevistas acerca de este asunto.

La convocatoria se alargó demasiado porque emergieron diferentes puntos de opinión, debates confrontados, además de numerosas llamadas, tanto de España como de Italia; lo que les obligó a negociar un acuerdo común con cada una de las entidades. Resumen:

En primer lugar, la jerarquía católica, representada por el arzobispo de Barcelona (se expresó por teléfono) no estaba conforme en un principio, era muy reticente a desenterrar el cuerpo de Antoni Gaudí, pues implicaba mancillar y molestar el reposo eterno de uno de los feligreses más célebres del planeta. El administrador y abogado padre Cebrián narró la visita que hizo acompañado del presidente de la ACMF para que viera la cripta del genio modernista, dentro de la capilla de Nuestra Señora del Carmen, en pleno corazón de la Sagrada Familia. Tras una sucinta exploración, el doctor afirmó que no supondría un gran problema la extracción del difunto y la toma de las mínimas muestras indispensables. Contemplaría abrir y sellar el sepulcro en tres días, con un presupuesto ajustado y asequible.



Capilla de Nuestra Señora del Carmen de la Sagrada Familia  
[https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Capilla\\_de\\_Nuestra\\_Se%C3%B1ora\\_del\\_Carmen.jpg](https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Capilla_de_Nuestra_Se%C3%B1ora_del_Carmen.jpg)



Panteón de Antoni Gaudí – Autor: Fèlix Xunclà i Tubert  
<https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=8526377>

La atmósfera se caldeaba, los sonidos huyeron, el tiempo se agotaba y la magistrada se impacientaba. Debían decidir si admitían o no la propuesta... *A posteriori* de un tenso e interminable silencio, su eminencia aceptó de mal talante la gestión y delegó la última palabra en Roma. Desde el Vaticano, «conocían de sobra la temática», consiguieron, con esfuerzo superlativo, dialogar con el secretario particular del cardenal, el cual ostentaba el título de apoderado del patrimonio de la cristiandad. Al no tratarse de una persona santificada ni beatificada, sino de un devoto muy reputado, dilucidaron que no se inmiscuirían en las normas y leyes imperantes de un país hermano, pero sí requerirían la resolución aprobada por un mandato judicial. Como condiciones sugirieron la rapidez en la recogida de las evidencias y en su análisis, no filtrar detalles a la prensa y que la tumba permaneciera igual que en su estreno, sin ningún tipo de desperfecto. Cabe reseñar que el clérigo Cebrián departió con el director de las obras del templo expiatorio. Le describió cómo se realizaría la operación de apertura y el consecutivo cierre. No puso impedimentos, puesto que un desembolso tan reducido no entrañaba un conflicto, lo cubriría el vigente proyecto de la culminación de la majestuosa creación de Gaudí.

En segundo lugar, los peritos y expertos en medicina legal (a las órdenes del presidente de la ACMF) ratificaron la efectividad de la disección, aunque los restos se momificaran en 1926. En el mausoleo, habilitarían una especie de carpa, se analizarían suficientes punciones y porciones de tejidos, órganos, piel, carne, cabello, huesos largos, etcétera, que deberían ser concluyentes al

99 %. La veracidad de lo que aconteció en aquel fatídico atropello solo se sabría si aparecieran pistas novedosas. Tal como se pactó, se cumplirá con discreción y urgencia y en el período establecido se obtendrá el exhaustivo informe. La estimación de los gastos rondará entre los veinticinco y treinta mil euros, una cifra asumible según el criterio de la magistrada.

Los minutos transcurrieron deprisa, el crepúsculo se adueñó de la oscuridad de la noche y los intervinientes vibraron con la recepción del SMS para la cita de la jornada siguiente. No pudieron apenas descansar. El alba facilitó el paso a la soleada mañana, lástima que la alarma del despertador sonara tan temprano. En las inmediaciones de la audiencia, los periodistas y reporteros formaban una minibarricada, «parapetados», de dos hileras, ansiosos por escuchar la deliberación. La jueza no quería extenderse en demasía. Puntual como un reloj suizo, comenzó la sesión. La respuesta al bufete Cincasas relataba de este modo:

En contestación a su reiterada denuncia interpuesta en el juzgado de instrucción de la Ciutat de la Justícia de Barcelona, en la cual aportaban mayor documentación relevante sobre el fallecimiento del señor Gaudí el día 7 de junio de 1926, y después de efectuar un juicio oral con la declaración de siete testigos, esta judicatura ha dispuesto y admitido el levantamiento del cadáver, así como la autopsia *in situ* (extracción única de muestras imprescindibles...) para examinar y esclarecer las causas de su muerte.

Las razones han estado clasificadas de interés general, descritas dentro del marco de la restauración de un apunte que pudo modificar la historia. Debido a las dos recientes agresiones (inexplicables) y al nuevo giro sucedido durante el proceso, este tribunal considera inapelable profundizar más en la investigación del caso. Los delitos de antaño han prescrito; los de la actualidad, no.

Por todo ello, se autoriza la exhumación de don Antoni Gaudí i Cornet. Esta labor la ejecutará un grupo de forenses (patólogos anatómicos y especialistas en criminalística) de renombre y con sobrada experiencia. La supervisión correrá a cargo de la Fiscalía y los costes de los trabajos irán al presupuesto de la Administración.

El plazo máximo no excedería de cinco o seis semanas, motivado por las presiones del Tribunal Superior de Justicia de Cataluña y de los dirigentes políticos. O sea, el tiempo preciso para el acopio y el estudio minucioso con el análisis pormenorizado de todas las pruebas; volver a sellar la sepultura y dejarlo impoluto. La sentencia final, si no existieran adversidades, se desarrollaría el 6 de junio a las doce del mediodía.

Los medios de comunicación escritos y digitales afloraron con titulares impactantes, como:

*¿Dos entierros para el creador de la Sagrada Familia?*

*¿Quieren profanar los rojos el panteón del arquitecto de Dios?*

*¿Conspiración judeomasónica contra la Iglesia católica?*

Un mes antes de los resultados...

Inicios de un mayo caluroso. La primavera luchaba por alargar su bonanza, a la vez que el verano deseaba acariciar con sus agradables temperaturas la tez de los dos enamorados. La hora de la verdad se acercaba. Sin duda, certificará lo que acaeció aquel trágico 7 de junio de 1926 y demostrará si fue (o no) un asesinato perfecto que pasó desapercibido. Por ello, la pareja de tortolitos no cejó en su empeño de arribar al meollo del enigma y clamar justicia.

Entretanto, Elizabeth continuaba su tarea con el papeleo pendiente a marcha más ralentizada porque debía cuidar su embarazo de seis meses. David atendía a su padre, Jaume, el cual seguía grave, «pronóstico reservado», en el Hospital del Mar, donde necesitaba reponerse de las crueles heridas sufridas a escasos metros de su casa. Por fortuna, no peligraba su vida, aunque la mejoría sería lenta.

Los dos acaramelados buscaban siempre un hueco para visitar a Anna Picornell (la supuesta propietaria de la reputada agenda) y la paseaban por la Vía Julia, situada en Nou Barris, un distrito humilde colindante con Sant Andreu de Palomar. Salían con su silla de ruedas de la residencia pública El Molí, aprovechaban para charlar con ella, tomar un café con leche en una terraza de la zona e intentaban recuperar «de forma afectuosa» algún recuerdo de su memoria. Se la vislumbraba muy feliz, como cuando de joven galopaba con su corcel blanco por las verdes praderas de Asturias, la tierra de sus abuelos maternos.

A consecuencia de su deterioro cognitivo, le era más fácil rememorar sucesos antiguos que evocar lo que desayunó esta mañana. Le fascinaba fisgonear en los mercadillos y entretenerse en los tenderetes de zapatos y ropa. Solían asistir los miércoles al de la Trinitat Nova, «al término de la Vía Julia», para saludar a Gemma y Rubens (colegas de David), los cuales poseían un puesto de vendedor ambulante desde hacía más de tres décadas, con sumo reconocimiento en el gremio.

Tras siete días del veredicto, la magistrada cumplió con su palabra y envió a ambos despachos de abogados, Cincasas y Mackenyo, los dos testamentos requeridos en el sumario, el de Joan Picornell Cabasés y el de Ramón Pérez Vázquez. Resumen de sus últimas voluntades:

En Barcelona, a 11 de enero de 1966, don Ramón Pérez Vázquez, en plenas facultades mentales y con la capacidad legal necesaria para otorgar el presente testamento, decreta bajo la siguiente cláusula:

PRIMERA.— Instituyo y nombro heredero universal a mi amigo el señor don **Joan Picornell Cabasés**.

De haberse observado las formalidades pertinentes, en un solo acto, extendido en este solo folio, yo, el Notario, doy fe.

El misterio de la identidad del varón conocido como Moncho se disipó al leer su legado. El apelativo cariñoso correspondía al agente de la Guardia Civil. Una vez fallecido este, el anticuario decidió perpetuar la misma diligencia y tramitarlo cuanto antes.

En Barcelona, a 9 de junio de 1966, don Joan Picornell Cabasés, en plenas facultades mentales y con la capacidad legal necesaria para otorgar el presente testamento, decreta bajo la siguiente cláusula:

PRIMERA.— Instituyo y nombro heredera universal a mi hija, la señora doña **Anna Picornell González**.

De haberse observado las formalidades pertinentes, en un solo acto, extendido en este solo folio, yo, el Notario, doy fe.

## El tercer testigo

Ramón Pérez Vázquez nació el 8 de mayo de 1901. Contaba con veinticuatro años al llegar destinado a Barcelona. No le gustaba trabajar en equipo, se aislaba de la gente. Por ello, no pretendía promocionar en la Benemérita. Repudiado y tildado de bicho raro, solitario, introvertido y maniático, nadie le rebatía su magnífica intuición detectivesca.

Lo veían como el típico empollón de clase (sabelotodo), del que se burlaban. Perspicaz, no dejaba cabos sin atar y perseguía el delito hasta el infinito, con bastante éxito. Se movía como un roedor en los pasadizos y sótanos de las bibliotecas. Pese a la carencia en aquella época de computadores y de internet, su mente hiperactiva viajaba a la velocidad del sonido. Durante su extensa trayectoria se encargó de recopilar los expedientes sin resolver por falta de pruebas o solo circunstanciales. Si le preguntaban por el motivo de guardarlos, Moncho contestaba que lo que ahora no se podía averiguar quizá, merced a la ciencia y al progreso, igual dentro de treinta, cincuenta o noventa años fuera posible que surgieran otras herramientas que ayudasen a descubrir lo que entonces sucedió.



Ramón Pérez Vázquez, de A Pobra do Caramiñal, A Coruña.

Caminaba por la Gran Vía cuando vio a Gaudí herido en el suelo. Paró a un taxista y lo trasladó al dispensario de la Ronda de San Pedro, n.º 37. (Archivo Histórico Guardia Civil) (Cedido por la escritora Ana María Férrin Jaraquemada)

Ramón no tuvo descendencia y murió a los sesenta y cinco años, al poco de jubilarse. Su legado hablaba de la ardua labor de compilación de tantísimos años en el Cuerpo. Los archivos permanecieron un período a disposición de sus superiores. Que, por cierto, no mostraron ninguna motivación en la prolongación de su obra. El señor Pérez Vázquez, «amante de la disciplina» garantizó las gestiones oportunas para que, en el momento de la lectura en la notaría, estuviera depositado el enorme cajón repleto de carpetas con los casos cerrados y los pendientes de descifrar, para ser entregada a su legítimo heredero, Joan Picornell Cabasés. Y como reliquia final, su célebre agenda, en perfecto estado de revista, inmaculada. En ella estaban desglosadas la totalidad de las investigaciones, enumeradas por orden cronológico (índice, título y fecha), donde remarcaba sus anotaciones e incógnitas.

El anticuario regentaba el negocio en la calle Banys Nous del barrio Gótico, muy reputado en el gremio de Barcelona. Allí se conocieron. Tanto Joan como Ramón se deleitaban con la filatelia y la numismática. Coincidían en aficiones y, enseguida, surgió la amistad. Cada domingo iban al mercado de Sant Antoni para comprar, curiosear o intercambiar sus tesoros (sellos, cromos, billetes...) en los puestos de coleccionistas y echar un vistazo por los alrededores. Anna gozaba con ellos yendo de excursión.

Lo más valioso que poseía se hallaba en la trastienda del subterráneo. Con el transcurso de los lustros, Picornell aconsejó a su hija que vendiera el inventario del establecimiento, pero que conservara las auténticas joyas de la corona, «algunos cuadros, esculturas, libros, monedas de oro, plata... y el exhaustivo trabajo de Moncho», custodiadas en el antiguo almacén de Sant Andreu perteneciente a su familia. Así lo prometió. Al menos una vez por semana se daba una vuelta para revisar las preciadas piezas. Sin embargo, los años no pasaban en balde. Anna se hizo mayor y la demencia senil apareció. Acabó internada en la estupenda residencia de Nou Barris.

Más adelante, en 1990, la salud de Joan empeoró de forma vertiginosa y, como lógico previsor, quiso transferir a Anna sus últimas voluntades. Tuvieron una dilatada charla en la que su padre le desgranó, paso a paso, todo su patrimonio y la relevancia vital y sentimental que tenía (en concreto) un estimado objeto. Le clarificó las instrucciones al respecto.

—¿Te acuerdas de mi amigo Ramón?

—Por supuesto, papá. Recuerdo con sumo cariño al señor Moncho. Sobre todo, los domingos y cuando venía a nuestra tienda.

—Cielo... —Cinco segundos de pausa—. Te habrás percatado de que mi cabecita no es la misma y que me cuesta horrores evocar quién soy y saber qué he comido este mediodía. El reloj de mi existencia se apaga.

—¿Por qué me cuentas eso si tú siempre has sido un luchador? ¡No es verdad! ¡No me lo creo! —sollozaba de rabia al no poder batirse en duelo contra el cruel señor Alzheimer, que envolvía a su amado padre con su capa maldita.

La abrazó con una exquisita ternura mientras la tranquilizaba. Jamás olvidará esos preciosos instantes por muy avanzada que se encontrara la enfermedad.

—Escúchame, hija. Le hice una promesa a Ramón y debo cumplirla. Me nombró beneficiario de su herencia, lo que conllevaba salvaguardar el global de sus indagaciones junto con su agenda. Él me la confirió, ahora te toca a ti. Eres la posterior en el linaje. Toda la documentación se encuentra en el interior del local de los abuelos. Por favor, Anna, presta atención. Apunta lo que te voy a detallar, lo memorizas, lo borras o lo que tú decidas. Es trascendental para mí.

—Vale. Qué pesado.

—La combinación de la apertura es el día del... —se lo susurró al oído para crear más emoción—. Sé que su secreto y confianza estará a buen recaudo contigo.

—No te preocupes, papá. Lo he entendido a la perfección. No te fallaré.

—Gracias, princesa. Solo me quedas tú. No me gustaría dejar ningún cabo suelto...

Joan Picornell nació en 1901 (igual que su amigo Moncho) y falleció a los ochenta y nueve años en la clínica de La Rotonda, «sección de patologías terminales», un pictórico edificio modernista situado en la confluencia de la avenida del Tibidabo con el paseo de Sant Gervasi. A partir de entonces, su hija se encargó del negocio de las antigüedades hasta que se jubiló a los sesenta y cinco años.

## Agenda

La pareja se encariñó de Anna porque se hallaba sola en el mundo, sin familia, sin que nadie se interesara por ella. De carácter afable y entrañable, la disfrutaban como si fuera su abuela, la cual se alegraba muchísimo al verlos. Solían pasear con ella por el barrio actual en el que residía. Le traían fruta del tiempo, la hacían reír y divertirse. Le relataban chismorreos de artistas, cantaban canciones de su época. En definitiva, la obsequiaban con una mejor calidad de vida.

Con el devenir de las semanas, los decepcionados jóvenes habían decidido tirar la toalla acerca de la búsqueda de la famosa agenda de Ramón Pérez Vázquez. Preferían regalarle horas de compañía y darle montones de mimitos. No querían perder el contacto. Además, Elizabeth presumía de sus seis meses y medio de embarazo con su hermosa barriguita de primeriza y Anna la acariciaba con suma delicadeza. La abogada llevaba un mes con reducción de jornada por gestación y el estado de relajación se reflejaba en su bello rostro. Los tres radiaban felicidad a raudales.

Por su parte, Vilardell intentaba copiarlos (sin coincidir con ellos), aunque en la universidad no aprobó las asignaturas de sutileza, empatía y amabilidad, por lo que la señora Picornell no deseaba salir con él, se ponía nerviosa, la asustaba. El letrado podría describirse como un «cara de acelga amargado» sin la menor noción de psicología, simpatía, afecto ni don de gentes. Desistió de frecuentarla.

Diez días antes de los resultados de la autopsia se produjo un hecho insólito. Esa mañana, el sol deslumbraba espectacular por el horizonte del Puerto Olímpico de Barcelona. Como grato ritual del paseo de Anna, le portaron chocolate con churros de la excelente churrería de Sant Andreu Vinti 9, regentada por Pili y Antonio Carbó; que a ella le fascinaban. Caminaban por la avenida de Río de Janeiro en dirección a Fabra i Puig. Parecía una nueva Anna, diferente a cualquier otro día. Tenía una gran lucidez, su discurso era más extenso e inteligible. De súbito, se le iluminó la faz con una amplia sonrisa y, a treinta metros de la entrada del cementerio donde estaba enterrado su querido padre, ocurrió lo inesperado. Comenzó a vociferar de forma potente:

—¡Aquí! ¡Aquí! —Marcaba con el dedo índice el camino por las callejuelas hacia el nicho—. A la derecha..., recto..., al final...

Les extrañó el ímpetu y la comprensible verborrea usada para llegar deprisa al sepulcro, puesto que lo habían visitado anteayer.

—¡Allí! ¡Allí! —Señalaba la tumba de la tercera fila por encima de sus cabezas.

Insistía con gestos en revisarlo. David, como no alcanzaba, agarró rauda la escalera aladaña (siempre hay una para acicalar y reemplazar los ramos) y la colocó a modo de triángulo. Subió veloz e inspeccionó el marco de acero inoxidable.

—¡Ahí! ¡Ahí! Lápida. Llave. Abuelos. Almacén. Moncho —lanzaba pistas la propietaria como una ametralladora.

Al principio no reaccionaron, no comprendían el mensaje de Anna... Chocaron sus miradas y, al unísono, estallaron: ¿la agendaaa?!

Evidentemente, no se encontraba allí. Quitó el polvo de la portezuela. Dentro se distinguían la fotografía de sus padres, las fechas de nacimiento y defunción, un ángel de alabastro blanco y un

jarrón con flores artificiales. El espacio interior recubierto y engalanado de mármol gris con manchas jaspeadas.

Sin más prolegómeno, sacó de la mariconera una ganzúa y un diminuto destornillador. Giró la cerradura a la izquierda, ¡clic!, un poco arriba, ¡clac! Fácil. Abierta en escasos instantes. La apartó con la mano y metió incluso las narices. Palpaba y rebuscaba, a pesar de no vislumbrar nada singular. Su intuición le animaba a continuar. Solo faltaban los dos laterales. Ojeó el primero, y limpio. El segundo también; pero, un momento...

Acercó todavía más las pupilas. Justo en la esquina (casi imperceptible) percibió una rugosidad muy bien mimetizada que le obligó a manosear la piedra. Y sí. Surtió efecto. Sobresalía el relieve de un minúsculo cuerpo que quedaba camuflado por la pintura «idéntica a la del mármol» y sellado con un producto químico utilizado para adherir piezas de metal (*Loctite* o similar). Cogió su multiusos y rascó alrededor. No se despegaba. Hizo palanca con la navaja hasta que saltó la tan anhelada llave que reposaba en ese escondite «organizado por el señor Picornell» desde hacía cuantiosos lustros.

—¡Bingo! —gritó entusiasmado David al mostrársela con satisfacción a su chica.

La solución del misterio se olisqueaba próxima. O eso pensaban ellos... Se fundieron en un efusivo y cauteloso abrazo para evitar no apretar demasiado a su deseado hijo.

—Creo que el almacén al que se refería Anna podría estar vinculado con alguna propiedad familiar que se nos haya escapado —sugirió la avispada letrada.

—Ay, gorriñillo. Qué lista eres. Te tendrías que haber llamado «Calixta» —halagó el galán.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! —se tronchaba de risa su amada.

Dejó la sepultura impoluta y examinó con detenimiento el objeto. De inmediato se percató de su antigüedad. Correspondía a una caja fuerte de seguridad de la década de los ochenta, lógico de un precavido y reconocido anticuario.

Tras conseguir la magnífica prueba, siguieron los indicios mediante una consulta sobre los activos inmobiliarios heredados por Anna. En la actualidad es una tarea sencilla acceder por medio de diversas páginas web (de dominio público o de pago) al Registro de la Propiedad de Barcelona. En sucintos minutos obtuvieron la respuesta. Por ventura, poseía a su nombre un local de treinta metros cuadrados, ubicado en la calle Joan Torras del distrito de Sant Andreu.

En un santiamén tramitaron las gestiones pertinentes con la Fiscalía, a través del capitán Paco Nieto, al que habían informado por teléfono del notable hallazgo, crucial en el curso de la investigación. Solicitaron una orden a la jueza y la autorización de acceso al mentado recinto, donde ansiaban que apareciera el tesoro. Anna no puso ninguna objeción; eso sí, a cambio de un colosal tazón de chocolate con churros.

Lunes, 1 de junio. A cinco días de los resultados de la autopsia, el guardia civil citó a los dos bufetes, Cincasas y Mackenyo (Elizabeth y Vilardell), acompañados del asesor David, en la puerta del establecimiento a las nueve de la mañana. Puntuales los interesados, se personó el cerrajero oficial del juzgado.

—Tengo la jornada complicada, así que vayamos al meollo del asunto y a dar fe de la entrada al almacén de la señora Picornell. He requerido a ambas partes, defensa y acusación particular, para que sean testigos del levantamiento del acta. Ah, y no volveré a repetirlo: no toquen nada. Proceda, por favor —instó al industrial.

Vació su maletín repleto de herramientas, taladrador, atornillador, martillo..., y actuó. No transcurrió ni un periquete cuando abrió el cerrojo y el candado. Se echó hacia un lado y el mando del operativo se encargó de alzar la persiana. ¡Cran! ¡Cran! ¡Cran! El primer recibimiento fue el fétido olor a nauseabundo que impregnó las fosas nasales de los invasores. El hedor era intenso e inaguantable, necesitaron unos instantes de aireación.

—¡Joder! Qué repugnante —bautizó Nieto la apertura de la estancia—. Acabemos cuanto antes porque este lugar no se ha ventilado desde hace bastantes años.

Como si de una conga de baile se tratara, «uno detrás del otro», seguían el compás del capitán con las narices bien tapadas. En el aposento se apiñaban multitud de reliquias —de precario importe económico pero de un enorme valor sentimental—: sillas, cuadros, sellos, monedas, una máquina de coser, un gramófono, un escritorio, lámparas, figuras, tapices, libros antiguos, telarañas por doquier, condensación de polvo... y abundante suciedad. Obvio, nadie lo adecentó a raíz de la demencia de Anna Picornell.

El responsable de la actuación observaba los adminículos mientras abría la senda hasta el fondo del rectángulo (llevaba los guantes de nitrilo y látex desechables para no contaminar posibles evidencias). Con la linterna encendida contemplaba «espacio» cada uno de los elementos por si aportaban relevancia al litigio. Un agente anotaba en una libreta la descripción de estos... Al cabo de pocos minutos, llegaron al rincón más alejado del perímetro. Alumbraron con mayor potencia. Junto a unos tablones de madera emergió impertérito el soñado artilugio, la imponente caja fuerte. Todos la miraron embobados, como si no hubieran visto jamás un regalo de Navidad colgado de un calcetín.

—Atrás, atrás —apartaba a los ojos curiosos.

Sin más preámbulo, el capitán probó con la llave de la heredera y, de golpe, realizó un movimiento certero hacia la izquierda de ciento ochenta grados. Acertó. Desbloqueó la cerradura. Solo faltaba adivinar la combinación de la susodicha maquinaria inexpugnable y para ello solicitó la ayuda de aquellos búhos expectantes.

—Por casualidad, ¿alguno de ustedes conoce el número secreto o pin? Solían tener ocho dígitos. Lo preguntaba para no pasar de manera directa a desquebrajarla.

—Imagino que sí. Lo más racional sería recabar en su hija, en la fecha del nacimiento —argumentó el enteradillo del joven detective.

—No es mala idea. ¿Y se la sabe de memoria?

—Sí, la recuerdo. Hice los deberes y fue el 29 de noviembre de 1940. Por consiguiente, 29111940 —respondió encantado David.

El funcionario introdujo la cifra inicial en la rueda del husillo que accionaba la leva..., y fracasó. No se le veía preocupado, puesto que existía el plan B pactado: la radial, el mazo y una palanca.

—Centrémonos. No nos pongamos nerviosos. Estos artefactos solo admitían tres intentos en su etapa dorada; después se bloqueaban.

—Creo que ya lo sé —sonrió la bella Elizabeth, como una actriz al publicitar una pasta de dientes—. El señor Picornell no usaría la data en que vino al mundo Anna, demasiado elemental. Pensaría en su gran amigo Ramón Pérez Vázquez y en el «caso estrella» que lo arrastró durante toda su vida. En su honor, escogería el día del sospechoso accidente que sufrió Gaudí, el 7 de junio de 1926, 07061926. Estoy convencida por completo.

—Bueno. No perdamos más tiempo. Si nos equivocamos en la segunda tentativa, nos olvidamos de jugar a la lotería y dejamos que el profesional con sus utensilios la reviente.

Hecho. Nieto cedió el reflector para que le iluminaran mejor y no cometiera otro error. Con sumo cuidado, repitió la jugada y marcó la numeración en el dial circular giratorio (uno a uno, sin precipitarse, hasta deslizar cada muesca)... ¡07061926! ¡Clac! «¡Bravo!», se murmuró con vigor entre los asistentes.

Aferró la pesada maneta metálica y la encaminó a su derecha. La abrió sin problemas. Se adueñó de nuevo del proyector de luz y enfocó directo al interior. Por fortuna, estaba limpio y disponía de dos compartimentos. En el de abajo, el más voluminoso, se apilaban un montón de carpetas con los expedientes recopilados (cerrados y pendientes de resolver) que resumían la laboriosa investigación que efectuó el guardia civil a lo largo de su dilatada trayectoria; y en el de arriba... ¡Eureka! Apareció inmaculada la tan deseada agenda de Ramón Pérez Vázquez, «protegida por el legado de Joan Picornell». Muy bien conservada, de color marrón, alta calidad, en perfecto estado de revista y encuadernación de cuero con lengüeta de cierre en forma de broche de imán. El capitán no dio tregua, la guardó en la bolsa de las evidencias para la Fiscalía y la precintó de sopetón.

—¿Podríamos ojearla un instante antes de requisarla? —propuso el machacón de David.

—No, ya les avisé de antemano. Se trata de una prueba de sobrada importancia para el sumario y su contenido será leído el 6 de junio, además de las conclusiones de la autopsia.

Como era de suponer, el astuto enamorado aprovechó el momento de sellarla para hacerle varias instantáneas, «sin *flash* y con disimulo»; las cuales envió a su tocayo el teniente coronel David Carpio, y así comprobar su autenticidad. Le contestó con un contundente: «Es esa, no tengo la menor duda». Por fin se desvelaría el enigmático memorándum delante del tribunal.

Tras el celebrado hallazgo, sin saber cómo, se filtró a las pocas horas. Lo que provocó una nueva conversación (la cuarta) desde el viejo continente. Narraba de este modo:

—¿La han encontrado?

—Me temo que sí.

—Vaya. Son valientes. La molesta parejita sigue adelante. Transmítale al ejecutor que no actúe, es una orden tajante. Que no mueva ficha ni usted tampoco. Quédese al margen. Aunque hayan descubierto el dietario, solo es un indicio circunstancial, no es determinante. Todo está prescrito.

—Entendido. No le fallaré, reverendísimo señor.

Cumplió la imposición y le transfirió el mensaje al elegido. Acató el mandato y se comprometió a ello...

## ACTO IV

## Genio y figura

Acreditado era el carácter insoportable y rabioso del creador del templo expiatorio. Gozaba de infinidad de amigos (Jacint Verdaguer, Joan Maragall, Josep Torras i Bages, Eugeni d'Ors, Domènec Sugranyes...), similar a la multitud de enemigos; como los beatos católicos radicales, las sectas religiosas extremistas y un largo etcétera. No toleraban que un masón fuese el arquitecto de Dios. La simbología se plasmaba con sutileza en todas las obras del genio modernista.

Ejemplos: los 33 escalones del parque Güell, la «X», el compás o las herramientas de un albañil (vocablo que define a los masones). El pelícano que iba situado en el pórtico del Nacimiento representaba al grado dieciocho de la orden de los francmasones, denominado «Rosacruz». El cuadrado mágico de la Sagrada Familia sumaba 33 por la totalidad de las esquinas, igual que los años de Cristo al morir, más un extenso listado de detalles.

No admitían que levantara la catedral de la cristiandad más alta del mundo, con una alzada de 172,5 metros, «la cúspide de la cruz correspondería a la torre principal de Jesucristo y estaría colocada una pizca más baja que la montaña de Montjuïc (173 metros), puesto que el maestro jamás rebasaría a la natura ni retaría al Todopoderoso. No sería respetuoso».

Gaudí asumió la ejecución a partir de 1883. En 1925 concluyó el campanario del apóstol San Bernabé en la fachada del Nacimiento; lo único que vio terminado antes de fallecer. Su idea estribaba en culminar deprisa el vértice más elevado para que su iglesia se divisara desde varios kilómetros a la redonda. Hoy se calificaría como «*marketing* publicitario».

Su propósito final, por el que dio la vida, era destinar tres hectáreas a su santuario (incluida la zona verde) para superar en superficie a la basílica de San Pedro, lo que equivaldría a un babilónico rectángulo formado por las calles paralelas Provenza y Mallorca hasta las confluencias con las perpendiculares de Sicilia y Lepanto.

Merced al Plan Cerdà (Ensanche de Barcelona), proyecto urbanístico que elaboró en 1860 el ingeniero de caminos, canales y puertos Ildefons Cerdà i Sunyer, dispuso de una oportunidad de oro al solicitar a la Administración constantes ampliaciones de recursos y dimensiones con tal de ocupar las tres manzanas de l'Eixample (un asentamiento romano impecable). Con esta quimera, conseguiría ganar los 23 000 m<sup>2</sup> de la catedral del Vaticano de Roma. Por desgracia, al fenecer, su sueño se evaporó.

## Tristeza

Se acercaba la fecha del dictamen de los resultados. Tanto Elizabeth como David anhelaban liquidar el caso de inmediato tras semanas infernales. Cada uno marchaba a lo suyo. Trataban de completar la última pieza del puzzle. La abogada movió ficha sin avisar. Telefoneó al monje benedictino y le sugirió charlar un rato. Le caía de fábula, le apreciaba y le recordaba a su estimado abuelo. Sin embargo, quería sonsacarle alguna pista olvidada o pillarle en un renuncio propio de la edad. Lo tenía bien calculado y prefirió no contarle nada a su chico.

—Un placer saludarla. ¿En qué puedo ayudarla?

—Disculpe las molestias. Me gustaría visitarlo en el monasterio de Montserrat para preguntarle diversas dudas referentes al juicio y cerrar las diligencias.

—Ningún problema, pero mejor en Barcelona. Debo realizar gestiones en el arzobispado y podríamos vernos por allí.

—Sí, sí, me parece estupendo.

—Perfecto, muchas gracias.

4 de junio, faltaban dos días. Quedaron al mediodía en el prestigioso café Zurich de Barcelona. La excusa fue para ponerle al corriente sobre el avance de las indagaciones de la Guardia Civil. El párroco, curioso por esencia, cayó en el órdago y acudió a la reunión. Ella llegó con un poco de retraso, adrede, motivado por su embarazo de casi siete meses y su andar más lento. Él, puntual, permanecía sentado en una de las mesas de la terraza. El establecimiento está ubicado en la plaza de Cataluña, un lugar emblemático de la Ciudad Condal, justo en el comienzo de Las Ramblas de las flores, avenida que desemboca en el puerto. Ruta transitada a diario por miles de turistas y autóctonos. Da igual que sea primavera, verano, otoño o invierno, siempre habrá un puesto de petunias, margaritas, rosas, tulipanes, claveles o amapolas, que engalane el policromado paisaje.

El vaivén del gentío era hipnotizador, lúdico, alegre, seductor, que engullía y hechizaba en su descenso sosegado hacia el rompeolas de fondo y el famoso monumento ofrendado al conquistador Cristóbal Colón, el cual señalaba con su dedo índice la travesía que hizo para arribar a América. Desde una panorámica cenital, La Rambla se vislumbraría como una columna vertebral en forma de serpiente que se deslizaría sinuosa hasta sumergirse en el mar Mediterráneo. El trayecto se convierte en una preciosa instantánea que provoca el deleite de los viandantes. Como colofón, miscelánea de pigmentaciones y olores que abrazan el singular espectáculo de las estatuas humanas, pintores, mimos, títeres, payasos, magos, bailarines, cantantes y artistas de todas las ramas concebibles.

En diciembre de 1935, el excepcional poeta Federico García Lorca le dedicó unos versos a tan placentero paseo:

La calle donde viven juntas a la vez las cuatro estaciones del año, la única calle de la tierra que yo desearía no se acabara nunca, rica en sonidos, abundante en brisas, hermosa de encuentros, antigua de sangre: La Rambla de Barcelona.



Las Ramblas de Barcelona y la estatua de Cristóbal Colón

<https://www.barcelona.cat/imatges/es/27/patrimoni-artistic/9102/vista-aerea-de-la-estatua-de-colon/>

Elizabeth tomó asiento con el consiguiente intercambio de saludos, cuestiones banales respecto a la meteorología y otras naderías insignificantes. La abogada advirtió la hora de la despedida porque había concertado una cita más tarde con una amiga en la Vía Layetana. Entretanto, bebieron un refresco y conversaron durante un buen lapso. El monje se interesó por su estado evidente, restaban dos días para cumplir los siete meses.

—Por cierto. Perdone que no me haya preocupado por su gestación. ¿Cómo va su salud y el control con su especialista?

—Fenomenal. Los parámetros están dentro de la normalidad. Gracias.

—¿Cuida bien del hijo?

—Claro que sí. Es un privilegio ser mamá primeriza. Las sensaciones que experimento son increíbles, extraordinarias. Es una relación pura de amor con tu bebé, un vínculo maravilloso. Es un milagro. Estoy radiante de felicidad —respondió por compromiso, aunque no le agradó el sarcasmo del clérigo.

—Me congratulo por los dos.

La entrevista parecía afable hasta que la letrada lanzó su punzante aguijón con alusiones a lo que ocultaba en realidad sobre el atropello de Gaudí. Estaba segura de que el sacerdote guardaba datos cruciales en su cerebro que ella desconocía.

—Permítame. Tengo una duda que me ronda por la cabeza. Si usted escribió las amenazas dirigidas al arquitecto, ¿cómo no imaginó que pudiera tratarse de un posible complot o atentado contra el maestro?

—Señora Díaz-Rossell, ya lo expliqué con detenimiento y bajo juramento en el juicio oral. ¿Insinúa que estuve involucrado en el incidente del tranvía? ¿Cómo se atreve a preguntarme semejante barbaridad? Soy un anciano con una memoria delicada, que no debería soportar tales calumnias —elevó el volumen del diálogo a medida que aumentaba su ira.

—Discúlpeme, no quería inculparlo. Solo pretendía atar los cabos sueltos de esa trama tan olvidada. No obstante, en dos días sabremos los resultados de la autopsia, el enigma y el (los) culpable (s) saldrán al descubierto, «primicia que no esperaba y que descolocó al religioso con

ese arriesgado farol». Me perderá de vista y no lo importunaré más. Sé con rotundidad que no participó en los acontecimientos. Por ello, le rogaría que me echara una mano. ¿Por casualidad intuía o recordaba algún supuesto cómplice de la conspiración? ¿Fausto Expósito, en particular, o quizás el padre Elías? Como comprenderá, es el único testigo superviviente de esa época.

El furor de las palabras se disparaba. La joven ansiaba sacarle información más relevante. La charla se volvió tensa y desagradable, la cual originó que los comensales emplazados alrededor se percataran y comenzaran a registrar la escena en audio y vídeo.

—Querida abogada, he de manifestarle que no me gusta nada la tendencia de este interrogatorio. Lo que usted ambiciona es meterme en una emboscada sin escapatoria. Si me hubiera dado cuenta de la encerrona, no estaría aquí. Se terminó esta ridícula pantomima. Hágame un favor. ¡Váyase a la mierda! ¡Pija engreída! —el tono de voz se acrecentaba a la par que se le enrojecían los ojos.

Los individuos que los rodeaban en las mesas adyacentes alucinaban al oír a un hombre de Dios con hábito benedictino alzar aquellos vocablos con una agresividad verbal tan exacerbada. De súbito, al tomar conciencia del apuro, se vio acorralado y forzado a huir. La miró de manera despectiva, se levantó rauda y apartó la silla con un ademán violento. Se encaminó hacia el subterráneo del ferrocarril de la plaza Cataluña, evaporándose entre las masas.

Elizabeth, desconcertada por el trance, salió escopeteada por Las Ramblas rumbo al mar. Prosiguió por su itinerario habitual, giró a la izquierda por la calle Canuda para conversar con su compañera en la esquina de Vía Layetana con Julià Portet; zona configurada por pasajes estrechos con intersecciones de ángulos variopintos.

El monje efectuó un rodeo más largo a modo de engaño para despistar. Emergió por otra boca del suburbano más lejana situada en la acera de El Corte Inglés. Descendió por la avenida de Puerta del Ángel dirección a la catedral y zigzagueó por las rúas de Condal y Amargós con una rapidez inhumana e inverosímil, «excesiva para su longevidad, incluso para cualquier persona». Su objetivo consistía en atrapar a la frágil paloma. Iba por libre, desbocado. Desobedeció la orden tajante de sus superiores (el arzobispo Vallefrió y el cardenal Malottia).

Se detuvo en un recoveco muy angosto, a escasa distancia de ella. Preparó el sitio apropiado para atemorizarla e hizo un reconocimiento exhaustivo. El pasadizo de la calle Montsió estaba solitario, sin peatones en los aledaños y no disponía de cámaras de vigilancia en funcionamiento, o tal vez desactivadas. La bella damisela percibió un olor fraternal, el cual no le alarmó en demasía. Seguía ensimismada y con las pupilas fijadas en el móvil. No advirtió que el malvado párroco la espiaba, tal como el león acecha a su presa. Mientras la jurista continuaba distraída, el padre Teófilo Pico dio una enorme zancada para impulsarse con un salto mortal desmesurado de más de cinco metros de longitud y un medio giro en el aire de ciento ochenta grados, pasando por encima de su cabeza. Se plantó desafiante delante de ella con las retinas ensangrentadas, igual que una gárgola surgida del maldito infierno. Justo en ese instante aprovechó el factor sorpresa para desenvainar su afilado estilete que tenía camuflado en el interior del bastón, «un sable *ninjatō* japonés de setenta y cinco centímetros de dimensión». La letrada se quedó aturdida, petrificada, no supo reaccionar.

—¡Te pillé! Por fin eres mía. Vas a morir. Quiero que la última imagen que veas en tu asquerosa vida sea mi rostro endemoniado al rajarte en canal como a una cerda y liberar al hijo bastardo que llevas en las entrañas.

Sin el menor atisbo de compasión, le asestó una puñalada en el vientre, en sentido ascendente, de abajo hacia arriba, de tierra a cielo. ¡Tunc, chas, tunc, chas!, sonaba el acero al rebanar la

carne. Acto seguido, le propinó una segunda estocada, pero en trayectoria perpendicular, de oeste a este. ¡Tunc, chas, tunc, chas!

La pobre Elizabeth profirió un chillido agudo desgarrador, de los que ponen los pelos como escarpías, idéntico a los que se escuchan en las películas de terror, de los que no dejan conciliar el sueño, de los que captan el acompañamiento de la muerte... El monje le había grabado la señal de la cruz, una persignación con una exactitud intachable; un corte minucioso, milimétrico, digno del mejor cirujano. Antes de marcharse a la velocidad del rayo, le santiguó con su sangre en la frente. La abogada solo pudo sacarle una fotografía de la parte inferior de la sotana; lástima, porque se apercibió y destrozó el teléfono a patadas.

Ese preciso momento coincidió con el arranque del vehículo de David, ¡bruum!, ¡bruum!, camino del monasterio de Montserrat, en busca de pruebas inculpadoras acerca del maléfico religioso; y totalmente ajeno al horripilante desenlace. El investigador notó un fuerte pinchazo en el pecho como si le atravesaran de lado a lado con una lanza. Se asustó bastante, creía que le daba un infarto. Pronto desapareció el malestar, le restó importancia y se dirigió al santuario.

La joven sintió un frío intenso y seco que la perforaba hasta lo más profundo de su ser. El grisáceo del asfalto se convirtió en un riachuelo carmesí que desembocaba en el alcantarillado. En cuestión de segundos, fue resbalándose sobre su propia sombra, ayudada de la pared que le sirvió de respaldo y el gélido pavimento hizo de colchón. Sentada y casi desvanecida, se hallaba en una pesadilla en la que jamás hubiera querido habitar. Su tez pálida como el hielo revelaba la angustia que padecía. Su dulce mirada se extinguía y su cuerpo la abandonaba. Solo le quedaba un ápice de aliento, un ínfimo halo de voz y la suficiente fuerza como para impregnarse con su sangre y dibujar en el enlosado una letra. En concreto, una *T* inacabada por la barra superior, o una *J*, según quien la leyera.

Debido al quejido dramático de dolor, las persianas comenzaron a subir. Los vecinos alertaron a los servicios de emergencia. Por suerte, apareció enseguida una pareja, que, de inmediato, la atendió. La chica sabía cómo actuar, examinó las brutales heridas ejecutadas por el villano. En un santiamén, las imágenes del aterrador escenario se viralizaron por un montón de transeúntes. Entretanto, la buena samaritana presionaba su abdomen para taponar las incisiones y evitar que se desangrara. Repetía una y otra vez: «Por favor, no se amontonen, déjenla respirar, soy enfermera».

Desde las ventanas contiguas lanzaban toallas, sábanas, mantas, cojines y cualquier prenda para aliviar la malograda situación de Elizabeth. Por fortuna, la comisaría de la Vía Layetana se encontraba a quinientos metros de distancia, lo que permitió la rauda llegada de varios agentes y el acordonamiento de la zona, junto con la presencia de la ambulancia. *Ipsa facto*, la dotación compuesta por un médico, un técnico y el conductor emprendió el protocolo establecido. Agradecieron la excelente labor de la sanitaria y la relevaron con las maniobras de recuperación. La letrada les susurró unas palabras antes de desmayarse.

—¡Dios mío! ¡Qué salvajada! ¿Qué monstruo ha sido capaz de perpetrar semejante atrocidad? (Silencio preocupante).

—Colegas. Vamos a rescatarlos de las tinieblas, se lo debemos a la madre y a su bebé — exclamó entristecido el doctor.

El latido del corazón de la futura mamá se apagaba. La perdían. Abrieron una vía y le inyectaron en vena una dosis de epinefrina de 1 mg. Esperaron un minuto y le pusieron otra ampolla. No respondía a la adrenalina. Se moría. Continuaron con la RCP (reanimación cardiopulmonar) para estabilizarla directos al Hospital del Mar (el más colindante), donde ya

tenían preparado el quirófano para extraer al neonato, «puesto que la cesárea la efectuó el criminal», e intentar salvar las dos vidas.

El subinspector de la Policía anotó la consonante pintada en la calzada y los vocablos que relató. Identificó a la víctima y contactó con Paco Nieto. Tras cuantiosos instantes, se oyó al otro lado de la línea...

—Al habla el capitán.

—Soy Sánchez de Layetana. Perdona la interrupción. Le informo que la señora Díaz Rossell ha sufrido una despiadada agresión en el barrio Gótico hace un cuarto de hora. Perseveró en transmitirle un mensaje específico para usted.

—¡Hostia bendita! ¡Joder! Qué infortunio. Pobre mujer... Hemos fallado. Tendríamos que haberla protegido —se castigaba por el trágico suceso.

—¿Cómo está ella y su hijo?

—Su estado no es nada halagüeño. Durante el traslado al hospital ha resistido un paro cardíaco. Lo siento mucho. Por cierto, el facultativo me notificó la última locución de Elizabeth: «Pura». Además, en el lugar del siniestro escribió en el suelo con su sangre, la mayúscula *T* sin terminar por la parte alta. Le envío la instantánea ahora mismo.

—Gracias, Sánchez. Creo que ya sé quién es el homicida. Sin la menor duda, la abogada quiso expresar «cura». Se refería al monje Teófilo Pico. ¡Qué pedazo de cabrón! Es un malnacido que nos ha engañado desde el primer momento. Ah, le mando a la unidad de la Científica. Es primordial que el sector no se contamine; si no, se perderán pistas claves para la resolución del caso y nuestro trabajo no habrá servido. ¿De acuerdo?

—Sí, jefe. Ya me encargo.

Al responsable de la Fiscalía nunca le cayó bien el religioso. Demasiado misterio acerca de su biografía. Sospechaba de él. No era trigo limpio. Consiguió dialogar con la jueza. Le puso al corriente del ataque abominable a la letrada e insistió con contundencia que el presunto culpable podía ser el clérigo. La magistrada se sintió muy afligida y lo escuchó con suma atención. Con la voz entrecortada, aguantó con un nudo en la garganta, aunque no pudo frenar las lágrimas de impotencia que le caían como una cascada por su rostro apesadumbrado.

El capitán lo había rastreado por todas las aplicaciones del sistema y no figuraba en ninguna, un completo fantasma. Ni el DNI, ni la tarjeta de la Seguridad Social ni el carné de conducir ni la partida de nacimiento... No existía. Ella le rebatía sobre el colectivo de cientos de frailes de clausura que se hallaban en idéntica situación. Gozaban de sus propias mutuas privadas para las visitas médicas. No realizaban trámites burocráticos. Estaban ausentes para la ley, e inculparlo por una letra confusa, en la cual ella veía una *J*, no lo consideraba suficiente para acusarlo. Tampoco aparecía registrado en las cámaras de vigilancia de los alrededores, por lo que no firmaría una orden de detención. Necesitaba más pruebas.

Las noticias viajaban a una velocidad indescriptible y el espeluznante propósito de asesinar a la jurista no pasó desapercibido en los medios de comunicación ni en la vieja Europa. Se produjo una conversación, «la quinta llamada». Narraba de este modo:

—Reverendísimo señor. El padre Pico nos ha desobedecido, la ira lo ha enloquecido, no conviene que nos relacionen con él, será mejor eliminarlo enseguida —advertía el arzobispo Vallefrío con bastante preocupación.

—¡Dios mío! ¡Maldito sea! ¡Vaffanculo! Pagaré por ello cuando arreglemos este berenjenal. Se ha convertido en un anciano inservible y peligroso. Precisamos un sustituto. Toca actuar y dar la oportunidad a los jóvenes ejecutores para que defiendan la obra del Omnipotente. Quiero que desaparezca de inmediato del país por una larga temporada. Eso sí, antes destruirá cualquier evidencia que nos incrimine y resguardará con su vida el tesoro del monasterio —decretó enfurecido el cardenal Malottia.

—Sí, eminentísimo. En la abadía de Montserrat hay un chaval entrenado que ha sido discípulo del monje Teófilo y el otro se está preparando en una parroquia de Barcelona. Ambos son huérfanos. Ah, el secreto continúa oculto para la mayoría de los mortales y la numeración que lo protege pasará al nuevo electo. Es el único lugar seguro donde esconder las reliquias sagradas.

## Arde Roma

El sacerdote Elías fue el mentor del monaguillo benedictino y lo más parecido a un progenitor, tal como hizo con sus anteriores sacristanes. Le confirió a su alumno, escribano y sucesor, los enigmas más tenebrosos de la Iglesia católica que jamás podrían trascender.

El rector de la basílica de Santa María del Mar dominaba la ciencia de la alquimia, las pócimas, rituales y brebajes. Le aleccionó todo lo aprendido en su dilatada carrera; los mejunjes para quitar la fiebre, para sanar, alucinar, envenenar y, en especial, «el elixir de la eterna juventud», muy codiciado desde la Edad Media.

El conocimiento de la tan deseada fórmula se transmitía a los religiosos elegidos, de boca a boca, o bien se redactaba con una pluma en un pergamino. Después, se procuraba borrar con la cantaridina (compuesto químico venenoso), producido por escarabajos de la familia Meloidae, con cuya reacción volvía invisible la letra manuscrita. Así lo custodiaron los clérigos durante siglos, dispuestos a morir por salvaguardar el misterio. Para descifrar el mensaje, bastaba aplicar la superficie con un pincel impregnado de zumo de uva o mosto.

Uno de los puntos relevantes del plan *Arde Roma*, dossier descubierto en el interior del baúl de la avenida del Tibidabo (escrito también con la tinta imperceptible), contemplaba el adiestramiento de los ejecutores, en el cual el cardenal Malottia y el obispo Vallefrío serían en la actualidad las máximas autoridades.

El objetivo inicial de las enseñanzas que Jesús predicaba a los apóstoles se había perdido. Con el devenir de los años, la casa del Creador se asemejaba más a un pandemonium de razas, tribus, etnias y multitud de sacrilegios.

Se debía recuperar la doctrina cristiana a base de cimientos y pilares sólidos; lo que implicaba mantener una congregación pura en el alma, en el espíritu, en la fe y en la manera de convivir: matrimonio de dos, exclusivamente mujer con hombre, sin ninguna extraña o enfermiza miscelánea. Prohibido el sexo. Solo se practicaría para procrear.

Bajo el amparo de la Iglesia no se cobijaría a masones, blasfemos, libertarios, progresistas, homosexuales, pervertidos, infectados, apestados... La exterminación de esa lacra inmundada se debatiría en las reuniones secretas que los líderes eclesiásticos convocaban cada lustro, «si los casos urgían, se adelantaban», en una ubicación diferente y desconocida para evitar posibles filtraciones.

Desde tiempos inmemoriales, se celebraban como norma general el día de 6 de junio. Al no haber apenas tecnología, la convocatoria se hacía a través del cruce del papelito en la mano.

A finales del siglo xx, con la aparición de las cámaras de seguridad, se buscaban encuentros en sitios con escasa vigilancia. El entorno escogido solía ser de difícil acceso (una masía abandonada, un caserío, cortijo, mansión, etc.), sin cobertura de internet ni localización por GPS. Los asistentes iban encubiertos, solo se visualizaba el rostro de los dirigentes de la época concerniente. Portaban el hábito negro de monje benedictino, la capucha holgada, mirada cabizbaja para impedir la identificación y el cinturón de cuerda de color blanco sucio (beis). A la entrada del recinto, se cacheaba a los participantes y se requisaba cualquier elemento sospechoso de traición (móviles, portátiles, dispositivos con pantalla táctil...). Al término de la ceremonia se limpiaba el escenario con suma cautela y se quemaban las pruebas.

### **Comienzo de la reunión del 6 de junio de 1925...**

Los antecesores canónigos del cardenal Malottia y del arzobispo Vallefrío fueron los anfitriones del evento. Estuvo invitado el prior Elías, encargado de facilitar la rutina y el recorrido habitual del genial proyectista, «un varón muy beato, disciplinado, previsible y puntual». Se trataba de perfilar el atropellamiento de Gaudí, si no renunciaba a la construcción de la Sagrada Familia, tal y como se le advirtió en cuantiosas ocasiones por medio de cartas amenazadoras. Tuvieron un año para planificar con minuciosidad el asesinato perfecto del arquitecto; o sea, trescientos sesenta y cinco días para orquestar toda la confabulación, de modo que pareciese un accidente fortuito, el cual pasó desapercibido para la historia contemporánea.

—Bienvenidos seáis. Antes de nada, quería saludar y agradecer la llegada de los hermanos recién incorporados a la orden. Es hora de que demostréis una enorme valía para formar parte de esta privilegiada cofradía y así alcanzaréis el reino de los cielos. Vuestros actos deben ir acompañados de la captación de devotos que estén preparados para dar la vida con el fin de lograr la evangelización de todos los infieles descarriados que se hayan desviado del camino marcado por las Sagradas Escrituras. No será fácil, costará crímenes y castigos. Por tanto, la labor que se nos encomienda es acabar con ese mal, tenemos que aniquilarlo de raíz. Actuamos en el oscurantismo para servir mejor al Todopoderoso, a los cristianos, a los puros. Utilizad la mano férrea y la fuerza del Omnipotente para impartir la justicia divina y vencer a esos malnacidos.

»Para este quinquenio, nuestro propósito es reconducir y no permitir que ciertos personajes famosos, como Pablo Picasso, maldigan y ensucien la obra del Señor con sus lujuriosos y repugnantes cuadros. Solo desean mofarse de Jesucristo y de la Santa Biblia. Por desgracia, existen otros ejemplos de deshonorados, tal es el caso de Antoni Gaudí, maestro del modernismo, y traidor en sus convicciones religiosas, abrazado a una logia masónica renegada de Dios. Él sigue empeñado en levantar el templo más colosal del catolicismo y superar a la basílica de San Pedro de Roma. Sin duda alguna, es imprescindible propinarle un escarmiento, un correctivo. La congregación no puede consentir que un francmasón edifique una catedral tan majestuosa como la Sagrada Familia...

En aquel preciso momento, se decidió que ocurriera justo un año después, el 6 de junio de 1926 (666), la fecha señalada en el croquis de la conspiración, la cual equivale al número del anticristo.

Como notable apunte histórico, cabe remarcar que hubo otra asamblea extraordinaria el 6 de junio de 1978, donde se acordó que si fallecía el papa Pablo VI (delicado de salud) y, por casualidad, salía elegido Juan Pablo I, «el papa risueño, Albino Luciani, demasiado reformista, solo ejerció 33 días de pontificado», sería envenenado de inmediato.

A sus 65 años, sucedió. El 29 de septiembre de 1978, hacia las 05:30 a. m., feneció en su aposento del Palacio Apostólico. El cuerpo sujetaba unos documentos catalogados como muy relevantes.

El comunicado oficial del Vaticano relató:

Esta mañana, 29-09-1978, el secretario particular del papa, John Magee, lo encontró en la cama, con la luz encendida, como si todavía leyese. El médico Renato Buzzonetti constató su muerte, causada por un infarto agudo de miocardio, acaecida alrededor de las 23:00 p. m. del día anterior.

Fue embalsamado excesivamente deprisa; sin extraerle sangre ni extirparle las vísceras, mediante inyección de líquidos antipútridos. Además, se ratificó que la leve sonrisa con la que

expiró no concordaba con el dolor previo producido por un paro cardíaco. Al cadáver de Luciani nunca se le realizó una autopsia.

Esta circunstancia también estaba redactada (con tinta invisible) en el manuscrito del baúl descubierto en el casoplón de la zona alta de Barcelona.

De vuelta a la escena del crimen, un equipo de la Policía Científica se personó en el emplazamiento de la agresión y comenzaron a preguntar por la comunidad. Bastantes testigos coincidieron en que vislumbraron una penumbra en forma de alas grandes, reflejada en el pavimento de la calle, similar a la de un cuervo gigantesco.

Una vecina declaró que se asomó por la ventana de su apartamento y vio a un caballero muy alto (enjuto) al lado de la chica, aunque lo más significativo era que la sombra proyectada en la calzada no correspondía con la del varón. De pronto, se convirtió en un bicharraco enorme que empezó a revolotear y se esfumó al instante, voló. Ella no mentía. Sabía que no la creerían. Los agentes pensaban que se trataría de un águila negra desorientada u otro rapaz.

Media hora más tarde se presentó el capitán en el hospital para interesarse por la damnificada.

—Soy Paco Nieto, representante de la Fiscalía —se identificó con la placa de la Guardia Civil.

—¿Cómo se encuentra la joven y su bebé?

—Su estado es crítico. Siguen en el quirófano. Hacemos lo indecible. Cuando acabe la intervención, le avisaré.

—Ah, una cosa, doctor. ¿Podría echar un vistazo a los objetos de la víctima para la investigación?

—Usted conoce a rajatabla el procedimiento. Es necesaria la autorización de un juez o que los reclame un familiar. No obstante, ahora me requieren en urgencias e igual tardo diez minutos. La señora Elizabeth ingresó en el box número diecisiete, el que no encaja bien el cierre de la puerta.

El oficial aprovechó la complicidad del médico y en un descuido, con el trasiego de los profesionales sanitarios, se coló y miró las pertenencias de la abogada. Le incautó una prenda manchada de sangre y el móvil. El resto de enseres no le importaban. Acto seguido, llamó a David para informarle del trágico suceso, sin éxito. Saltaba la locución de apagado o fuera de cobertura. No se imaginaba que iba camino de Montserrat en busca del asesino.

En el ínterin, ajeno a la horripilante situación de su prometida, el enamorado se aproximaba al enclave para obtener las huellas del monje, cuestión indispensable para su inculpación. Nunca se fio de él.

El paisaje era relajante, espectacular y muy sinuoso. Tras atravesar la localidad de Monistrol, enfiló el último tramo con multitud de curvas que culminaban en el templo.

El macizo se halla a sesenta kilómetros al noroeste de Barcelona y la cima más elevada, Sant Jeroni, está a 1236 metros sobre el nivel del mar. Por las entrañas de la montaña (hueca) fluctúan corrientes telúricas que provocan una manifestación de energía ionizada, la cual genera artificios mágicos en el exterior, sobre todo durante ciertas noches peculiares. De ahí la curiosidad de los ufólogos por los numerosos avistamientos que acontecen.

En la actualidad, residen en la abadía unos ochenta frailes. La cultura ocupa una parte fundamental del santuario (edificado en el año 1025), donde alberga una excepcional biblioteca con casi 300 000 volúmenes. Destaca la escolanía de niños cantores (considerada el conservatorio infantil más prestigioso de Europa), el museo diseñado por el arquitecto Puig i

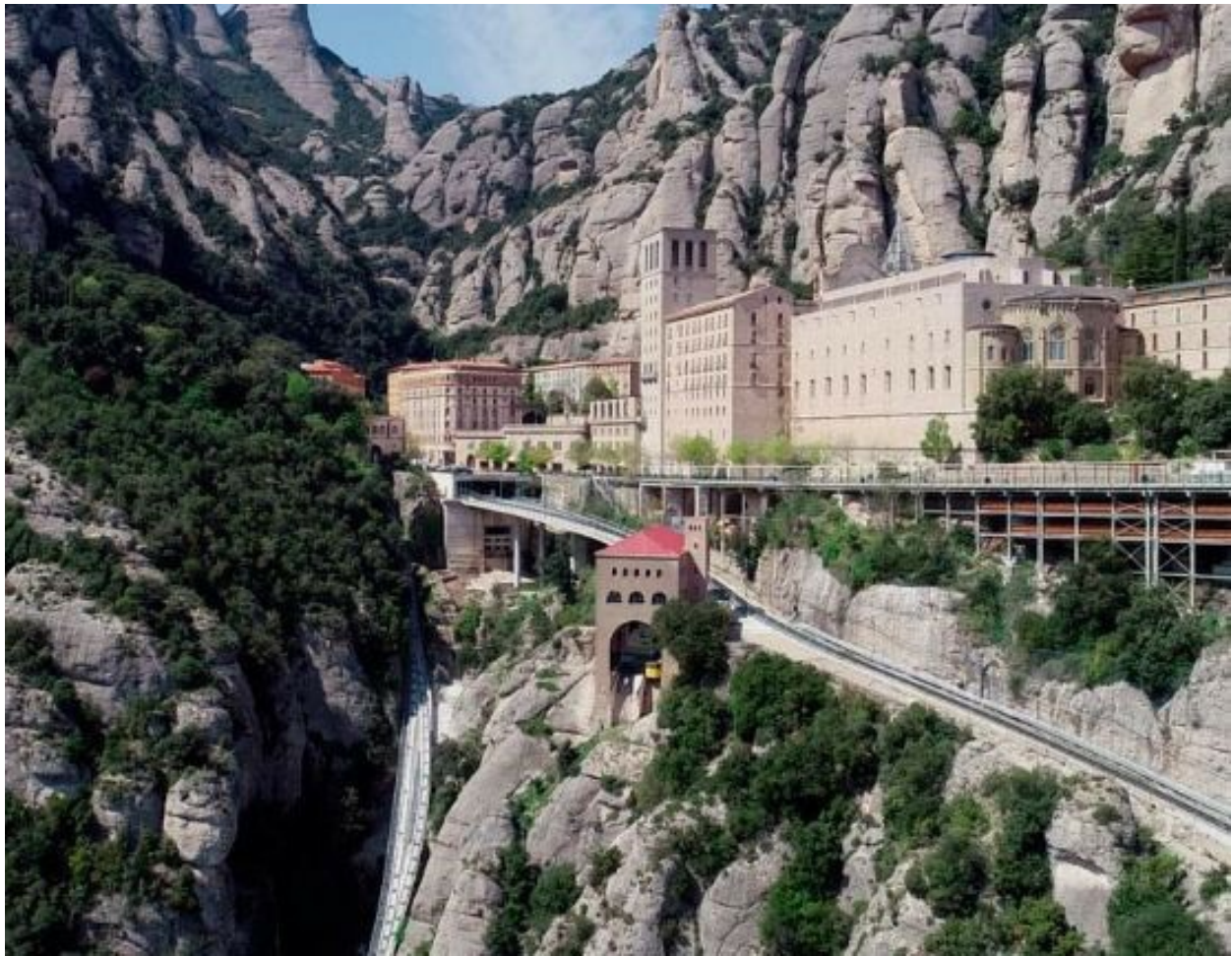
Cadafalch, en el que figuran valiosas obras de célebres artistas como el Greco, Caravaggio, Rusiñol, Tàpies, Picasso, Dalí, Monet... y un notorio tesoro del mundo ancestral ataviado con materiales arqueológicos provenientes del Oriente Próximo (antigua Persia, Mesopotamia, Egipto, Tierra Santa, etcétera).



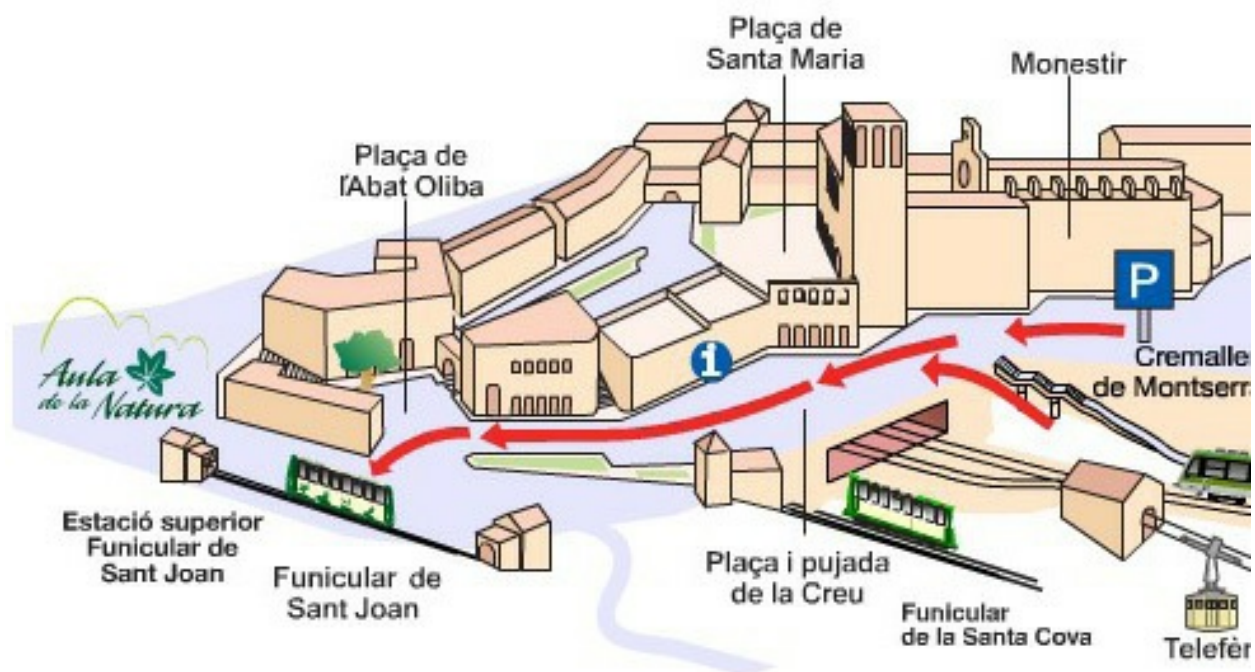
Monasterio de Santa María de Montserrat

Fotografía cedida por el autor: Miquel Pons Bassas

<https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=21488232>



Conjunto del santuario de Montserrat  
<https://muntanyamontserrat.gencat.cat/ca/inici/>



Plano de situación de la abadía de Montserrat

<https://www.cremallerademontserrat.cat/es/montserrat/el-santuario/>



Plaza de Santa María de Montserrat

[https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Montserrat\\_monasterio.JPG](https://es.wikipedia.org/wiki/Archivo:Montserrat_monasterio.JPG)

En una hora aproximada estacionó el vehículo en el *parking* público. Se dirigió raudo al monasterio a través de la plaza de Santa María, vestido y camuflado con una gorra y sudadera negra. Ayudado por el plano del complejo, libró varios obstáculos y se infiltró hasta el claustro privado de los religiosos, no permitido a los turistas. A lo lejos, creyó vislumbrar al párroco en una esquina del cuadrilátero. Se acercó con cautela para verificarlo. Y sí, no cabía error posible. Se trataba del clérigo más longevo de la Iglesia católica en Cataluña. Su sorpresa fue mayúscula. Se quedó embobado, mudo, asombrado por su agilidad y demostración de vigor.

Resultaba chocante que el padre Teófilo llegara antes que David y se lo encontrara en plena tabla de ejercicios. Y más extraño todavía saber qué medio de transporte utilizó.

¿Pudo coger un coche y subir a una velocidad inconcebible?

¿O quizá lo esperaba un experimentado piloto de carreras con su moto de gran cilindrada?

El investigador tuvo que frotarse los ojos para eliminar su increíble alucinación. No daba crédito. Observaba algo inverosímil, un cura turbio, siniestro, en un aislado rincón del convento efectuando infinidad de flexiones, abdominales, sentadillas y estiramientos, como un lozano chaval en un férreo entrenamiento. Su destreza y edad no concordaban. Además, para rematar la paranoia, no necesitaba gafas ni tampoco portaba su afilado bastón. Y para colmo de los colmos, le había desaparecido de repente la joroba que lucía en el juzgado. Iba más tieso y erguido que el

sombrero de un soldado de la Guardia Real en el Palacio de Buckingham. Goliat superaba los dos metros de estatura.

Aquellas imágenes debían immortalizarse. Con su móvil comenzó a disparar fotos y grabarlas en vídeo. Filmó suficientes registros que le proporcionarían una magnífica compilación de instantáneas y una incuestionable evidencia. De súbito, vibró el teléfono —por fortuna, lo puso en silencio— con un ligero temblequeo: ¡run, run!, ¡run, run!, ¡run, run! Se asustó el detective, casi lo pillan.

—¿Sí, capitán? —contestó con voz flojita.

—¡Venga aquí de inmediato! Ha ocu... —se cortó la comunicación por mala señal del repetidor.

David no entendió la frase y, al no ser consciente de la fatalidad de su amada, continuó en su empeño de conseguir la impronta del sacerdote. Accedió por el recinto donde pernoctaban los monjes, el cual ya conocía cuando le guio el administrador de la archidiócesis.

Toc, toc, toc, golpeó con el pesado picaporte de bronce que engalanaba el inmenso portón de madera.

—¿Quién se persona en este santo lugar de oración? —respondió un hermano con tono sosegado mientras destapaba una diminuta ventanita para ojear al viajero.

—Soy David Gautell, un allegado del padre Teófilo, al que me gustaría ver. Hace unos meses vine con el párroco Cebrián; y conversamos con él.

—Ah, sí, sí. Creo recordarlo.

Chiiir... Chiiir... Chiiir... Chirriaban las bisagras oxidadas al abrir lentamente la cancela, a la par que le acomodaba en un reducido vestíbulo.

—Un momento, voy a avisarlo —indicó el varón de la orden religiosa.

El joven sabía que tardaría dos o tres minutos de cortesía (por la gimnasia), que aprovechó para escudriñar por las celdas cercanas. Acto seguido, se escucharon unos pasos que se aproximaban y el roce del taco de goma de su gayata: clac, clac, clac; aunque vista la exhibición de fuerza, le sobraba el apoyo. La ropa de deportista se enmascaró por el atuendo cotidiano de un ermitaño benedictino. Por ende, reapareció de improviso la cojera, la chepa y las lentes de pasta de cuantiosas dioptrías.

—¿A qué debo tan placentera visita, señor Gautell? —sonreía al indagador con sarcasmo.

—La verdad es que tenía que realizar unas gestiones en Olesa de Montserrat y pensé en saludarlo y charlar un rato, si no le suponía una molestia.

—Al contrario, hombre, ningún problema. Acompañeme, por favor, a la salita que usamos para recibir a la familia, amigos e ilustres convidados, en la cual ya se ha sentado.

—Muy amable, padre. Usted primero, le sigo. Ah, por cierto, quería comentarle que los resultados de la autopsia del maestro Gaudí se harán públicos en cuarenta y ocho horas (6 de junio), por lo que hemos sido citados a las doce del mediodía en la Ciutat de la Justícia. Si usted deseara asistir, no se preocupe, que yo me encargaría del traslado.

—Se lo agradezco de corazón. Estoy mayor y lo que allí se explique no me compete. Yo solo fui un mero testimonio de aquella época.

Recorrieron juntos un extenso pasillo angosto que obligaba a girar a la derecha, directo hasta la cantina. El olor cargado de humedad atrapaba la estancia. David, como espléndido sabueso, se fijaba en cada uno de los detalles que alcanzaba su visión, insignificantes para muchos, relevantes para pocos. El clérigo lo miraba de reojo intuyendo que el futuro papá no estaba al tanto de lo sucedido. Desinformado y sin cobertura, «el más ignorante de los mortales», paseaba

tan tranquilo al lado del probable asesino de su prometida. Llegaron a la sala y se situaron frente a frente, como en un duelo para batirse con armas. La habitación dibujaba un rectángulo, con una superficie de treinta metros cuadrados y una alzada de cinco metros. Sombria, austera, con escasa ventilación y una única ventana que casi rozaba el techo, lo que la hacía más apesadumbrada. La iluminación era ínfima, compuesta por una vetusta lámpara estilo araña de hierro forjado con ocho candelabros y un sinfín de cristales —engorrosos de limpiar—, que colgaba del centro del aposento. Cuatro mesas, dieciséis sillas, una barra larga de caoba para colocar las botellas en fila (similar al lejano Oeste), al igual que los vasos de vidrio (en forma de tronco de cono, como los que se utilizan para los chupitos); además de un crucifijo que decoraba una de las paredes. Todo el mobiliario fabricado con madera antigua.

—Ay, perdone, no le he ofrecido nada para beber. ¿Quiere probar algo en especial?

—Ahora que lo menciona, repetiría el digestivo con el que nos agasajó cuando nos presentaron. El que producían ustedes mismos.

—Ah, sí, claro. ¡Ratafía!

—Exacto, de exquisito sabor. Gracias.

Le sirvió el licor dulce, «típico de Cataluña, elaborado con la maceración de la nuez verde, cáscara de limón, guindas, clavel rojo, menta y especias como la canela, y mezclado en un alcohol de base», mientras se interesaba por el embarazo de su mujer. David le respondió que los controles salían correctos, que presumía de su hermosa barriguita y que más tarde la vería.

—A su salud. De un trago —invitó al párroco Teófilo, que aceptó sin rechistar.

Los dos se bebieron de sopetón el aguardiente y hablaron de cuestiones triviales referentes a la historia de la abadía; pero el tiempo se agotaba. El enamorado requería otro lingotazo más para finiquitar su plan. Se trataba de ejecutar el juego del «trilero» a la perfección, sin que se percatara del engaño. No podía fallar. Sacó su último as de la manga. Tras una breve elucubración, se le encendió la bombilla y le lanzó un...

—¿Qué le parece si brindamos por mi anhelado y querido retoño?

—Encantado, será un honor para mí —con malvada ironía fingió alegrarse el demonio burlón.

Sin inmutarse ni un pelo, se levantó ayudado de su bastón, dio la espalda a David y se dirigió despacio hacia el mostrador para coger el recipiente. En ese preciso momento, aprovechó la distracción para agarrar el cuenco del monje con un guante de plástico; meterlo en un periquete en la mariconera que llevaba anudada a la cintura y hacer el trueque con otro vaso idéntico, el cual sustrajo la vez anterior. ¡Suspiró!... Acababa de conseguir las huellas dactilares «sin contaminar» del criminal. Después de chocar las copas y bebérselo de un golpe, puso la excusa de recoger la documentación de la gestoría de Olesa y se despidió presuroso del malévolo anfitrión. El indeseable no olvidó mandarle saludos de su parte para Elizabeth.

Paco Nieto seguía sin contactar con el joven por falta de cobertura en la montaña. Arrancó el vehículo aparcado en el estacionamiento de Montserrat y empezó a bajar de altura con respecto al nivel del mar, lo que originó que saltaran infinidad de mensajes del responsable de la Fiscalía: ¡tic, tic!, ¡tic, tic!, ¡tic, tic! Al final, sonó el impaciente móvil y se detuvo en el arcén para contestar la llamada.

—Capitán, ¿qué sucede? ¿Por qué tan...?

—Deje las preguntas para luego. Necesito que venga deprisa, es urgente. Lo espero en el cuartel de la Travesera de Gracia —le interrumpió tajante y serio el guardia civil.

Prefirió no contarle nada para evitar que condujera en malas condiciones.

—Vale, de acuerdo.

Empleó la parada para enviarle las instantáneas y los vídeos, los cuales reenvió enseguida a la jueza para que tuviera constancia. Alarmado por el tono de su voz, se personó muy veloz. El oficial lo aguardaba en la garita, su faz no presagiaba gratas novedades. Sin apenas conversar, lo acomodó en su despacho para buscar intimidad.

## Muerte y vida

—Señor Gautell, ha ocurrido una tragedia horrible. Por desgracia, la señora Díaz-Rossell se encuentra en el Hospital del Mar a raíz de haber sufrido una brutal agresión. Su estado es de máxima gravedad. —Se acercó el consternado jefe y lo arropó con un emotivo abrazo fraternal.

—¿Qué?! ¿Cómo?! Seguro que es un error... No me lo creo... Había quedado para charlar con una amiga en la Vía Layetana. —Tres inhalaciones de aire. Segundos de perplejidad...—. ¡Ya sé quién lo ha hecho! Ese hijo de perra, el cabrón del cura maléfico. Nos ha mentido a todos. No es humano, es el diablo. ¡Joder! Voy a degollar a ese bicho abominable. Mírelo usted en el móvil cómo alardeaba de su genética. Tengo las pruebas, las improntas del miserable. Por favor, se lo ruego, remítalas al laboratorio de la Científica. Hágalo por Elizabeth y por mi ni...

—No se preocupe, ya me encargo del asunto. Ahora deposite aquí las llaves del coche y súbase en el mío.

Al cabo de un par de minutos, el investigador comenzó a ser consciente de la catástrofe y entró en *shock*, se desmoronó. Un episodio de ansiedad lo envolvió. Sollozaba sin tregua como un recién nacido abandonado en el último vagón de un tren de mercancías. La respiración entrecortada (hiperventilaba) le provocó un síncope que casi se desmaya. Nadie está preparado para un acontecimiento tan deleznable. El capitán intentó consolarlo y se limitó a acompañarlo en ese fatídico trance mientras transcurría el trayecto hasta el centro sanitario. Una vez dentro lo encaminó a la salita, donde lo atendió el doctor Guzmán. Le facilitó un ansiolítico.

—Como ya le habrá informado el mando de la Fiscalía, su mujer ha padecido un severo ataque. Debido a ello, perdió excesiva sangre, por lo que se le han realizado varias transfusiones. Presentaba dos enormes cortes, uno en dirección horizontal, de izquierda a derecha, que es el más profundo. Y el otro, no tan incisivo, en sentido perpendicular ascendente, de abajo hacia arriba. Se asemejaría al símbolo de un crucifijo, una cruz invertida. Las cuchilladas se efectuaron con un arma blanca de hoja estrecha (superafilada) de unos dos centímetros, comparable a la de un machete o un sable. Según mi experiencia, el asaltante sabía lo que hacía (médico, cirujano o militar curtido en mil batallas); dejó su firma. Perdone que sea tan explícito... Eso sí, no quiso matarla en el acto. Mi intuición es que le importaba más proteger la vida del bebé que no tanto la de la madre, aunque la valoración definitiva la determinará la Policía Judicial de la Guardia Civil.

—¿Podría verla un momento? —suplicó David con el rostro abatido e impregnado de lágrimas.

—Todavía sigue en el quirófano. Cuando sus constantes vitales se estabilicen, entrará usted.

—¿Se salvará, verdad?

—Es pronto para saberlo. Su pronóstico es reservado, muy grave. En cuanto se recupere un poco, la pasaremos a la unidad de cuidados intensivos. Allí estará más confortable.

Le remarcó que, si necesitaba dialogar con él, se dirigiera al mostrador de enfrente. El oficial prosiguió con las pesquisas. Confirmó la recepción de las imágenes del monje y le prometió que lo atraparía. Se marchó con un respetuoso medio abrazo. El joven llamó de inmediato a sus suegros y a su amigo Jordi Segarra. Llegaron raudos, en un santiamén se personaron en el Hospital del Mar. Increíbles y destrozados por la noticia, hicieron una piña para sobrellevar el desafortunado percance. Solo deseaban despertar de aquella terrorífica pesadilla y que este 4 de

junio no hubiera existido en el calendario. Las caras desencajadas y los llantos desconsolados no cesaban. Ninguna frase servía para calmar tanto lamento y dolor. Menos aún entendían el relato tan macabro que especificó el facultativo acerca del criminal.

¿Qué o quién sería capaz de perpetrar semejante atrocidad a una chica tan bondadosa como Elizabeth? Sin lugar a dudas, se trataba de un monstruo repugnante.

Las horas se alargaban, no discurría el tiempo, los ojos de los familiares se incrustaban en la minúscula antesala que accedía a la UCI. Solo ansiaban percibir una voz que les obsequiara un atisbo de esperanza. La noche cumplió con su función y empujó al amanecer de un soleado 5 de junio.

Cabizbajo, angustiado y demacrado, deambulaba David por los pasillos como un fantasma prisionero en la mazmorra de su castillo. Sin dormir, aspecto desmejorado, pálido, sin ingerir nada saludable, se nutría solo con los cafés y tentempiés de la máquina expendedora de la planta superior. A las nueve de la mañana apareció en escena el doctor de guardia. Su semblante no denotaba complacientes novedades. Reiteró que su estado era crítico, su pulso demasiado débil, mientras que el avezado equipo estaba esforzándose al límite por rescatarla del pozo donde cayó hundida. Pero quedaba pendiente el problema del neonato. Los especialistas dirimían si efectuar o no la cesárea al niño de solo siete meses de gestación.

—Señor Gautell, siento ser tan directo. Como pareja de hecho de la señora Díaz-Rossell, si acaeciera decidir qué vida debería prevalecer, ¿cuál elegiría, la de su mujer o la de su hijo? —sentenció el médico con tono afligido.

Con anterioridad, ya lo había consultado con los padres de Elizabeth, desgarrados por el tormento y aniquilados por la impotencia. Ellos declinaron la balanza en beneficio de su hija, que coincidió con la opinión de David.

—Ella lo es todo para mí. Somos jóvenes. Siempre lo podremos conseguir más adelante —argumentó sin apenas fuerzas para verbalizar.

—De acuerdo. Prefería informarle. Por ende, quería reseñar que su bebé al haber sufrido una incisión de carácter moderado, de escasa hondura, no nos preocupa su salud en exceso. Su madre es la que pelagra. En el instante que evolucione lo suficiente para obtener la garantía de extraerlo con éxito, le provocaríamos el parto. Las próximas cuarenta y ocho horas son cruciales para emprender la mejor solución.

Justo al ausentarse el sanitario, el suegro del investigador se acercó y le hizo una señal con el índice para apartarse del grupo de allegados.

—Me gustaría hablar contigo —le invitó a salir con ademán beligerante.

—Sí, claro. —Recorrieron juntos el corredor sin mediar palabra.

—¿Te ha comentado algún cambio?

—No, por desdicha, continúa invariable. Las posibilidades de sobrevivir son reducidas.

Tras un minuto en silencio los dos, el padre de la abogada (repleto de cólera) no aguantó más y estalló en improperios contra su yerno.

—Mira que se lo advertí a mi princesa. Nunca me he fiado de ti. Eres un irresponsable, un fracasado, un pobre imbécil... Casi has matado a mi niña. Como fallezca, ¡te reviento con mis propias manos! —Sus pupilas enrojecidas de rabia le amenazaban con un puñetazo si un mal gesto intuyera—. Te arrimaste a ella por interés, por ser un vividor y un vago. Porque no te agrada trabajar y por no tener inquietudes ni proyectos de futuro. A mí me la sopla lo que hagas con tu ridícula vida. ¡Ojalá fueses tú el que estuviera ahí intubado!

—Creo que este no es el sitio adecuado para reproches ni tampoco para que yo le conteste de

una forma inapropiada. Su hija es una persona excepcional y daría mi existencia por la suya sin rechistar. Entiendo su pesar, pero también intente ponerse en mi situación. Me hallo en un tris de perder a los dos seres que más amo en este mundo. —Se giró de espalda sin esperar respuesta y lo dejó solo mientras se dirigía hacia la calle para respirar un ápice de aire fresco.

A las siete de la tarde se asomó de nuevo su amigo Jordi para charlar, desconectar y disfrutar con él de una comida decente. No le apetecía, solo tomó un café y una tapa. Lo acompañó durante dos horas, que le supieron a gloria bendita. Necesitaba el afecto y los abrazos entrañables de su estimado colega.

—Ah, antes de largarme, júrame que subirás y te cargarás al jodido cura de los cojones. Lo torturas primero, le pegas dos tiros en el pecho, le arrancas la puta cabeza y la quemas. Después, se la echas de comer a los gorrinos. Eso sí, llévate guantes, no olvides borrar las pistas y procura que parezca un accidente. —Al menos logró esbozarle una tímida sonrisa.

El resto de la jornada transcurrió sin variaciones. Para más inri, el último parte médico referente al diagnóstico de Elizabeth se mantenía igual. Seguía en coma inducido, con escasas probabilidades de restablecimiento y las constantes vitales caminando por el filo de una navaja... De repente, a las diez de la noche, sonó el teléfono, ¡run!, ¡run!, ¡run!, en modo vibrador, con el aviso de una llamada entrante de Paco Nieto.

—Por favor, bríndeme buenas noticias, capitán. ¿Son concluyentes las improntas dactilares? —lanzó de sopetón el apenado detective.

—Cálmese, señor Gautell. Verá. —Pausa alarmante—. Me juego mis galones. Sí, sí concuerdan, tanto en la jeringuilla como en la fotografía de Gaudí, aunque no son lícitas hasta que la jueza lo autorice. Me explico. Son similares. Sin embargo, no son exactas al cien por cien. Entre ambas huellas hay una diferencia de un siglo, cuestión extraña y compleja para defender delante de un tribunal. Según mi criterio, Teófilo Pico estuvo presente en el supuesto homicidio o fue cómplice. Por cierto, el vídeo esclarecedor acerca de las facultades descomunales del atlético monje no constituye un delito, así lo ha decretado la magistrada. Ahora le aconsejo que no realice ninguna tontería, no me obligue a que lo arreste. Descanse un rato. Seguro que le sentará genial, y quedamos en la Ciutat de la Justícia a las once de la mañana. Desayunaremos en un bar donde hacen unos bocadillos que quitan el hipo.

## ACTO V

## Goliat contra David

La luz gris que precede al alba esbozó en el cielo el resplandeciente amanecer de la expectante jornada del 6 de junio. El investigador hizo caso omiso a las indicaciones del guardia civil, no soportaba quedarse inmóvil mientras aguardaba los resultados de la autopsia, solo buscaba venganza. Las manecillas del reloj no avanzaban, necesitaba un chute de adrenalina. Marcaban las seis y treinta minutos de la mañana, cuando David arrancó su vehículo y se enfiló en dirección a la abadía de Montserrat. Hábil conductor, recortó las curvas al máximo (con un cincel), dejándolas casi sin su figura sinuosa, culminadas por una carrera de récord que no arribó a una hora. Las campanas repicaban las siete y media en el momento en que se personaba en la entrada de las estancias privadas de los monjes benedictinos.

Toc, toc, toc, atizó con el mazacote del aldabón (aleación de cobre y estaño) que colgaba de la vetusta puerta de madera. Alguien ojeó por la ventanita. La paciencia no era una de sus cualidades, por lo que repitió la jugada y volvió a golpear el portón. El religioso lo esperaba, aunque tardó más de lo habitual en salir a recibirlo —a propósito, para demostrarle quién es el que manda—. Todavía no se habían cumplido las ocho. El sol acariciaba de forma tenue los picos de la serranía, los cuales perfilaban hermosas sombras encima del quebrado relieve, como si un pintor dibujara sin prisas el infinito del horizonte.

Un ineludible «Buenos días y acompáñeme, por favor» fue el único saludo del clérigo. Con un simple vistazo a los ojos rabiosos del joven, percibió el dolor del dramático estado en el que se encontraban su prometida y su bebé, y la ira con la que venía a liquidarlo. Le invitó a dar un garbeo por los alrededores del templo y le propuso realizar una caminata, muy renombrada en la zona.

—Permítame que le muestre un paraje tan embriagador que jamás olvidará. Es una estampa fastuosa que significa mucho para mí. A aquel que consigue subirlo le atrapa de tal manera que le obliga a regresar decenas de veces más. Es mágico.

—Pues nada, conozcámoslo —contestó por educación.

—Llegaremos al mirador de San Miguel, que es el final de la travesía. En la cristiandad, el símbolo de la cruz representaba la victoria de Cristo sobre la muerte y el pecado, y, gracias al Dios reencarnado, rescató a la humanidad de la condenación eterna. Le menciono esta fracción de la Biblia porque en la cúspide de la montaña que visitaremos (la ermita de idéntico nombre), allá por el Medioevo solían pernoctar los peregrinos y creyentes al partir hacia el Camino de Santiago. Era un enclave de paso, de reunión. Un lugar sagrado, de fe, paz, culto y oración. Asimismo, de redención y arrepentimiento. Allí, los feligreses rezaban y el Creador escuchaba todas sus peticiones y alabanzas.



Cruz de San Miguel, derecha. Fuente: Patronat de la Muntanya de Montserrat  
<https://muntanyamontserrat.gencat.cat/ca/detalls/Article/Cami-de-les-Ermites>

Aplazaron la charla y prosiguieron en silencio y meditación. Se trata de uno de los senderos más fáciles de encumbrar. Tiene un desnivel de cien metros, que cuentan desde el propio claustro del monasterio. Goza de unas magníficas perspectivas, que abarcan los Pirineos y terminan en el delta del río Llobregat, además de las espléndidas instantáneas del complejo del santuario. Antes de alcanzar la citada capilla, se vislumbra el desvío que acaba en la cruz de San Miguel (situada a 820 metros de altitud). Forjada en hierro, fiel a la madre tierra, servía de centinela de las colinas puntiagudas que delineaban la majestuosa cordillera.

El itinerario total es de 2,5 km, entre ida y vuelta. La duración es de cuarenta minutos aproximados, veintidós solo de ascenso y la bajada es más rápida. En el trayecto, emergen unas paredes que gotean agua continuamente, la cual se filtra por los peñascos calcáreos. De ahí proviene su apelativo tan peculiar de «monte serrado». Es un paseo poco escabroso que no ofrece apenas dificultad, donde se disfruta de sobradas panorámicas espectaculares durante el recorrido, engalanado con la sublime naturaleza y todo tipo de vegetación. Sus cumbres como dientes descienden como una «tirolina» imaginaria que te sumerge en un plácido vuelo hasta el nivel del mar y, en los días más nítidos, se puede visualizar la isla de Mallorca.



Perfil de los picos de Montserrat

<https://www.viator.com/es-AR/Barcelona-attractions/Montserrat/d562-a835>

—¿Qué le parece el paisaje de la excursión con el deslumbrante sol de fondo? —intentaba ser educado el fraile.

—Muy bello —respondió el investigador con un tono que manifestaba cero interés por la conversación.

El cura trepaba apoyado con su gayata, aunque era evidente que no lo precisaba, ni las gafas ni la chepa falsa ni el conjunto completo de camuflaje. Para más recochineo, le insinuaba a David que de zagal esta travesía la había subido a toda velocidad y el detective, en su voz interior, maldecía: «Y un copón bendito. Ahora también la harías, demonio malparido».

Cumplieron con el lapso estipulado y en veintitrés minutos llegaron a la cima, que culminaba en una larga pasarela de unos tres metros de anchura y arbustos a los lados. La calzada pavimentada al «estilo romano» fue construida con piedra seca, la cual aportaba el diseño a una roca tan singular como es el conglomerado montserratin, típico de la zona. Al final del tramo se distinguía la cruz de San Miguel. La única salida desembocaba en un acantilado de más de veinte metros de caída libre en el que se ubicaba el primer escalón (la torre).



Mirador de San Miguel de Montserrat

[https://totmontserrat.cat/ngg\\_tag/torre-de-sant-miquel/](https://totmontserrat.cat/ngg_tag/torre-de-sant-miquel/)

Desde ese instante, la bonanza relajada de la andadura se convirtió en tensa y comenzaron las preguntas hostiles o incómodas. El joven disparó con fuego e increpó al monje para ver si conseguía una declaración de sus crímenes.

—Venga, padre. Dejémonos de chorradas. Usted conoce a la perfección lo que sucedió el día del accidente premeditado de Gaudí y que no contó en el juzgado, bajo juramento. Estoy convencido de que se codeaba con Fausto Expósito y sus tropelías.

El párroco, estirado como un témpano de hielo, permanecía a la defensiva.

—¿Usted me va a soltar clases sobre el perjurio? ¿Es eso lo que desea averiguar? ¿No me amenazará por otras razones?

—Yo solo quiero la verdad. Si es un auténtico hombre de Dios, que lo dudo, no debería mentir.

—Ay, perdone mi olvido, todavía no me he interesado acerca del estado de salud de su prometida y del niño —sonreía el villano con actitud burlesca.

—¿Está de cachondeo, pedazo de cabrón? —emitió un grito encolerizado cuyo eco retumbó por todo el macizo—. Sabe de sobra qué les ha ocurrido. Usted ha ejecutado sin piedad a los dos seres maravillosos que más amaba. Me ha jodido la vida. ¡Malnacido! Le falta valentía para confesar el cruel asesinato. Le juro que lo pagará. En cuestión de horas lo detendrán y se pudrirá en la cárcel junto con su alma maldita.

El clérigo no aguantaba más. Su paciencia rebosó el vaso y su ira se adueñó del protagonismo de la escena. Se le hincharon las ingles.

—¡Usted no tiene ni puta idea! Es un soplapollas que se cree Sherlock Holmes y solo es un capullo ignorante. Acabaré contigo del mismo modo que lo hice con tu preciosa mujer. ¡Mequetrefe! Adelante, arrímate hacia mí y pelea como un aguerrido hidalgo —lo incitó al combate mientras David recopilaba el audio en su fiel grabadora.

El tuteo y el tono iban *in crescendo*. El ambiente echaba chispas. Estorbaban las palabras. Los contendientes se situaron en su correspondiente esquina del hipotético cuadrilátero. La invisible campana del inicio resonó en el *ring* de la diminuta llanura empedrada. Ambos adversarios calibraron sus fuerzas con la mirada.

«Muérdete el orgullo y la venganza, cuenta hasta diez y lárgate cagando leches, la caballería aparecerá más tarde», reflexionaba su mente recóndita. Tenía que decidir si guerrear o esperar a la justicia. Sin pensarlo dos veces, cometió el error de darle la espalda para alejarse. De inmediato, se escuchó el suave roce del hierro al desenvainar su arma encubierta dentro del bastón (aunque en las películas suena como un cuchillo al afilarse, en la realidad las vainas son de cuero, madera y latón, «que pesan menos», y al sacar la espada provoca un lento suspiro).

Detrás quedaba el diablo al servicio del mal, cuya respiración se oía muy acelerada. Si aceptaba el reto, se adentraría en un camino de no retorno contra el mensajero del infierno. Solo podía ganar uno y seguir vivo; o quizá ninguno. Por desgracia, se giró y asumió el duelo. Restaba desvelar el nombre de los aparejos con los que se batirían. Sus ojos se clavaron en la heráldica de Teófilo Pico, un sable japonés *ninjatō* de 75 cm de hoja punzante, con la empuñadura de acero templado recubierta de piel.



Espada *ninja* (*ninjatō*)

<https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Ninto.png>

David, acongojado porque no imaginaba semejante tamaño, exhibió el machete modelo 1859 (yelmo) de la Guardia Civil, regalo de su padre (perteneciente a la tercera generación), que

apenas alcanzaba los 42 cm de extensión. «Menuda diferencia fálica, estoy muerto», meditó con desmesurado pánico. La respuesta del malvado fue rauda.



Machete modelo 1859 (yelmo) de la Guardia Civil

Instantánea cedida por Santiago García Sánchez

<https://benemeritaaldia.es/armas-blancas-machete-modelo-1859-yelmo/>

—¿Te querías ir sin despedir, canijo ilustrado? ¿No preferirías probar el frío de mi blasón en tus entrañas, como ya degustó tu familia?

—Eso habrá que verlo, ¡hijo de perra!

—¿Dónde te ha comprado tu puto progenitor ese ridículo juguete?

—Menos palabras y demuestra tu coraje. ¡Voy a rajarte como a un cerdo!

El monje era un varón muy espigado, enjuto, de extremidades largas. Erguido superaba los 2 metros de estatura. Su punto fuerte sería la pugna por arriba, debido a su enorme constitución. Su defensa terminaría debilitada si se le agrediese por debajo para que los flancos se volvieran vulnerables. David, fibroso, siempre se había mantenido en forma. Medía 1,85 metros. Su flaqueza residía en su puñal más minúsculo. En el cuerpo a cuerpo sabía desenvolverse, cansar al contrincante y atizar por los costados.

Sin mayor preámbulo, Goliat reveló enseguida su destreza en la lucha. Se situó en posición de ataque, que consistía en extender el tronco en un ángulo de 45 grados, con el pie izquierdo delante del derecho. Esta colocación proporcionaba una sólida base de apoyo —difícil de derribar—, desde la cual podía atacar y contrarrestar los desplazamientos del oponente. ¡La suerte estaba echada!



Cruz y mirador de San Miguel. Al fondo, el santuario de Montserrat  
[https://viajes.nationalgeographic.com.es/a/montserrat-para-principiantes\\_14121/4](https://viajes.nationalgeographic.com.es/a/montserrat-para-principiantes_14121/4)

El párroco comenzó a realizar movimientos rapidísimos con las piernas y los brazos —algo inverosímil para sus ciento veinte años de edad—. Parecía un maestro de esgrima. Entretanto, David (alucinado), expectante por aquella coreografía de salsa latina. Bailaba a su alrededor con el propósito de atraparlo en el círculo de la muerte. Se cambiaba el estoque de mano en mano como si se tratara de un malabarista de circo, mientras se reía de manera socarrona. La increíble agilidad del clérigo y su desmedida envergadura hacían muy pequeño al frágil enamorado; además de la inferioridad con respecto al arma que portaba (30 cm más corta). Desenfundados y presentados los aceros, la sangre reclamaba al viento su minuto de gloria en el escenario. El eclesiástico jugaba a la caza del gato y el ratón para lograr penetrar el metal en el torso del rival.

¡Quien consiguiera tocar carne con el índice y el pulgar saldría victorioso!

El religioso disputó un lance frontal para marcar y el muchacho (experto en artes marciales que aprendió durante tres años en la Guardia Civil) lo esquivó sin ningún problema. La estrategia de Gautell se basaba en adelantarse a la ofensiva del adversario, observar sus puntos débiles o repetitivos; y después ir al contrataque. Pisada atrás y restablecer su asentamiento. Teófilo manifestaba tener prisa. Volvió a la carga con suma determinación y lanzó una punzada lateral derecha a la cintura y vuelta al otro costado con un revés de izquierda. Chocaron las espadas por primera vez, y con ellas sus sonidos (igual que un par de cucharones de cocina al colisionar sus mangos). David se libró por los pelos de Goliat. Lo rebasaba en ligereza, no se detenía ni un periquete. Sabía que si se alargaba en exceso, tendría mayores garantías de éxito el luchador que efectuase más arremetidas. Por ello, buscaba un error y llevar al gigante a la zona donde fuese más endeble.

El afán de ajusticiar se evidenciaba en las retinas enfurecidas de los competidores. Los aceros siguieron la batalla con el pertinente rechinar en cada choque, ¡chis, chas!, uno tras otro, ¡chis, chas! Al centro, de frente y a media altura por los flancos, nunca por abajo, puesto que no le interesaba al devoto, al ser su parte desprotegida. El sacerdote sacudía con más vigor y el joven sufría el agotamiento en cada embestida, el tiempo apostaba en su contra. De repente, ese diablo vestido de monje ejecutó un giro vertiginoso con tirabuzón, «elevándose por encima de su

cabeza» con la intención de atravesarlo al plantarse en el suelo por detrás de él. Por fortuna, gracias a la elasticidad del detective pudo atenuar el brutal impacto, aunque no lo suficiente. Resbaló el tremendo filo endiabrado por la hoja menuda hasta que lo alcanzó con un tajo severo en el hombro izquierdo. ¡Tunc, chas!, se escuchó el hierro al dar en piel, el cual le originó un dolor espantoso y una herida sangrante.

Al sentirse acorralado el instinto de supervivencia se acrecentó. Necesitaba reaccionar con urgencia y tomar oxígeno. Dio un paso en retaguardia, se salió de la estrecha calzada y aferró un puñado de tierra del margen de la pasarela. Se la echó a las pupilas para frenar el ataque y ganar unos segundos a fin de recuperarse y escapar de aquel atolladero con vida. En el ínterin que se frotaba con el antebrazo para limpiarse, clavó una estocada con su machete en el abdomen; pero merced a los extraordinarios reflejos de que disponía el anciano, fracasó y tropezó de nuevo con su firme blasón. Resultaba imposible pillarle en un despiste.

La pelea se prolongaba en demasía. La potencia disminuía en David. No soportaba la chulería y celeridad del viejo, así que extrajo de la chistera una jugada de farol, su único as bajo la manga. El ambidiestro investigador visionó en un santiamén la celada gestada, «en ajedrez equivale a la tentativa en la que el enemigo cae en una encerrona sin percatarse». De súbito, amagó una acometida en el lado zurdo del clérigo y, antes de toparse, proyectó velozmente una punchada por el otro costado, con lo que logró desequilibrarlo a causa de su elevado tamaño y también que descuidara su mano atacante. El padre se enredó en la trampa, se la comió. Llegó el momento deseado. Era la última oportunidad. Con la izquierda, apuró las milésimas para girar, retorcer e inmovilizar al máximo su muñeca derecha, sobre la que aplicó una llave denominada *armbar* (luxación de agarre utilizada en defensa personal); lo que le provocó un martirio horripilante.

—¡Cabrón miserable! Suelta ese puto sable o te resquebrajo el cráneo a puñaladas —despotricaba de cólera el ex guardia civil al aprisionarlo.

—No blasfemes, hijo mío, al Creador no le agrada ese tipo de lenguaje —ironizaba el fraile con su estilo guasón.

—El dios que tú veneras no es mi dios. Eres un malnacido demonio. Te voy a rebanar como un gorrino en Navidad.

Faltaba la guinda del pastel. Apretó con todas sus fuerzas hasta que le obligó a soltar de inmediato la dantesca tizona. Al tener sujeto a Teófilo Pico por un extremo, aprovechó la situación para colocar la otra mano entre sus piernas y levantarlo un metro dealzada, justo la medida de la baranda de seguridad que requería sortear. Desarmado, indefenso y apresado con sus brazos, se abalanzó directo hacia el abismo, ubicado en el mirador de la cruz de San Miguel. La meta se hallaba a escasas zancadas. Su corazón se aceleró al límite debido a la ira acumulada y a la inyección de adrenalina. Apoyó su pecho contra el cuerpo derrotado del asesino «en volandas». Cogió velocidad con una energía descomunal que ni él mismo conocía, y sin dudarle ni un instante, lo volteó y arrojó al acantilado de más de 20 metros de caída al vacío. La hazaña triunfó.



Baranda de protección del mirador de la cruz de San Miguel de Montserrat  
<https://patrimonicultural.diba.cat/element/creu-de-sant-miquel>

Mientras se despeñaba el monje, gritaba: «¡Jamás me olvidarás!». A continuación se produjo un estruendo similar a un sonido sordo, el cual se percibió apagado desde arriba. Un distante *tump*. La cabeza crujió como una sandía madura. Y, por fin, enmudeció.

El ganador se asomó al borde de la cumbre para verificar su muerte. Vio al criminal estampado encima de las rocas, inerte, completamente destrozado. Todos los huesos quedaron deshechos, la columna vertebral deformada... como si le hubiera atropellado un tráiler. David venció a Goliat, y le despidió con un: «¡Muerto el perro, se acabó la rabia!».

En la cima del escenario de la contienda, el longevo benedictino abandonó por imposición a su fiel bastón; además de la vaina que lo camuflaba. El joven lo recogió con sumo cuidado para poder imputarlo cuando encontrasen el cadáver despedazado. Estaba seguro de que en ambas piezas aparecería el ADN de su amada. Como buen sabueso y precavido, rompió varias ramas de los matorrales y barrió las huellas del calzado que lo relacionarían. En especial, la bifurcación del empedrado con el sendero de tierra, donde las pisadas se vislumbraban mejor.

Las campanas de la abadía tocaban las nueve de la mañana. Tenía apremio, y todavía necesitaba terminar de escobar, bajar el camino, acceder al estacionamiento y regresar a la Ciutat de la Justícia de Barcelona a las 11:00. Trataba de evitar que no sospechara el capitán. El detective, previsor, portaba ropa informal de repuesto, unos tejanos y dos camisetas. Al comprobar que se había manchado de sangre, se cambió para que no le preguntara. Subió al coche, limpió y desinfectó el corte con alcohol que guardaba en el botiquín de la guantera y lo cubrió con un doble apósito. No obstante, precisaría algún punto de sutura. Puso la primera y

salió raudo para que no lo atraparan, aunque sí hubo testigos de su visita en la entrada del claustro. A la par que conducía, su mente no cesaba de buscar una coartada creíble.

Durante el trayecto, advirtió un fuerte topetazo en la luna trasera, pero no observó nada extraño. Lo único que divisó fue una gigantesca sombra negra, alargada, que le adelantaba y se perdía por el arcén de la carretera. Pensó que sería un cuervo enorme o un águila perdicera, las cuales anidaban en los riscos verticales de Montserrat; y prosiguió la marcha sin darle relevancia. Compareció una pizca antes de las once, tal como se comprometió con el oficial y aparcó al lado de la patrulla de la Guardia Civil.

Se saludaron y desayunaron por la zona. Como era obvio, hablaron del alarmante estado de Elizabeth y el de su bebé. El último parte médico tampoco auguraba noticias halagüeñas. David (ausente y nervioso) solo temía la llamada que alertara a Paco Nieto del fenecimiento del padre Teófilo. Por suerte, el móvil no sonó. Concluyeron el tentempié y se dirigieron a la audiencia. Al pasar cerca de su vehículo, el aguerrido joven le hizo una señal para que se detuviera porque quería enseñarle algo.

—¿Qué ocurre ahora? Llegamos tarde y no me gustaría recibir otra bronca por su culpa.

—No se preocupe, es un momento.

Abrió la puerta del maletero y le mostró el arma del párroco.

—¿Qué me ha traído? Sabe que no me agradan las sorpresas.

—No, señor. Hace un par de días obtuve las improntas del monje en la cantina del monasterio. Con la excusa de ir al baño, aproveché para fisgonear en su celda y quitarle su leal escudero —mintió—. Estoy convencido de que fue el sable que utilizó... —Su voz se silenció sollozando lágrimas de tristeza y abatimiento por no haber podido salvar a su mujer.

El responsable de la Fiscalía se quedó anonadado cuando deslizó el acero al salir de la vaina y emergió aquella tremenda espada con incuestionables restos de fluidos.

—Confíe en mí, capitán. Échele una ojeada, se lo ruego.

—De acuerdo, le brindaré otra oportunidad. Se lo debo a la señora Díaz-Rossell. Le prometo que llevaré las evidencias al laboratorio de la Policía Judicial después de reunirnos con la magistrada.

Aplazaron la conversación y se adentraron en el juzgado. Despuntaba el mediodía.

6 de junio de 2026

Tras todas las vicisitudes sucedidas hasta el dictamen del juicio, las manecillas de los relojes marcaron, por fin, las 12:00 del 6 de junio de 2026 (666). Se respiraba mucha tensión por conocer el desenlace. La influencia de la Administración agilizó las gestiones. Si las investigaciones efectuadas desvelaran hechos destacables o extraordinarios, sería la ocasión perfecta para anunciarlo justo antes de la culminación de la Sagrada Familia, coincidiendo con el centenario del trágico fallecimiento de su creador Antoni Gaudí, el 10 de junio de 1926. Al menos, la torre principal de Jesucristo, la más elevada del mundo cristiano con 172,5 metros. De ahí, la premura por reservar la sala del tribunal de la Ciutat de la Justícia un sábado, algo absolutamente inusual.

La jueza, siempre puntual, resumió el orden del acta que se desarrollaría en el transcurso de la jornada. En el estrado figuraba el dossier de la autopsia transcrito por los expertos forenses con el resultado de las indagaciones y se revelaría el contenido de la tan célebre agenda del guardia civil Ramón Pérez Vázquez, precintada a cal y canto y recién descubierta en el almacén de la señora Anna Picornell.

Su señoría hizo un parón para recordar la violenta agresión sufrida por la letrada Elizabeth, y la apertura de un nuevo sumario para esclarecer los deleznable sucesos. Le encomendó el caso a Paco Nieto. No estaba dispuesta a consentir que los dos despiadados ataques pasaran impunes ante la ley. Indignada, especificó que ya no importaba tanto resolver el supuesto homicidio del insigne arquitecto un siglo atrás, sino de capturar al autor de los intentos de asesinato de la señora Díaz-Rossell y del señor Gautell.

Debido a la fatídica ausencia de la abogada, le sustituyó en la vista su compañero del bufete Cincasas Oriol Yuste, muy afligido por la circunstancia. Y como cabía esperar, hubo una excesiva repercusión mediática. Las tintas y las rotativas de los periódicos se hicieron eco y lo plasmaron en las portadas.

*¿Por qué pretendían asesinar a la defensora de Gaudí?*

*¿Existió alguna confabulación contra el ilustre constructor?*

*¿Está maldita la Sagrada Familia?*

*¿La muerte del maestro pudo ser provocada?*

Como recopilatorio, se detalló la primera disección realizada en 1926, en la cual el fallecimiento fue por múltiples traumatismos ocasionados por el brutal impacto con el tranvía. Según publicó el ABC, el 11 de junio de 1926 a las seis de la tarde, los doctores Bravo Moreno y Trías practicaron la autopsia y redactaron el siguiente comunicado:

Ha muerto el señor Gaudí por trastornos mecánicos en la capacidad de funcionamiento del cerebro y la médula, por presión de un derrame en la cavidad donde se encuentran. Y del corazón, a consecuencia de quedar impedidos sus movimientos por encontrarse anegado en la sangre vertida en el pericardio..., si bien este señor ha sobrevivido más de 60 horas a lesiones tan considerables, en este espacio de tiempo su vida ha estado limitada, en realidad, a las acciones puramente orgánicas.

Cedido por Ana María Ferrín Jaraquemada, en su libro *Gaudí. De piedra y fuego* (Jaraquemada Editores, Barcelona, 2001).

Por ende, repasaron el protocolo que se efectuó en la momificación del genio modernista:

El proceso comenzó en la capilla de la Virgen del Carmen, donde el doctor Basas embalsamó el cadáver por el procedimiento *Aeternitas*, invención del químico badalonés Joan Vila Francisca, que consistía en sellar la caja interior de zinc del ataúd extrayendo el aire para en su lugar inyectar un gas que conservaba al difunto en un estado similar al del día del óbito. De esta forma tan singular quedó enterrado Gaudí en un sarcófago que se instaló dentro de la cripta de la Sagrada Familia.

En este método de antaño, se quitaba la sangre y se le inculaba una solución compuesta por alcohol, formaldehído y metanol. El propósito era eliminar las células restantes y evitar la proliferación de bacterias para frenar la putrefacción y mantener al finado con un aspecto impecable; tal como se demostró en 1939 al corroborar que el semblante del cuerpo estaba intacto. El motivo de la comprobación fue porque se profanó su tumba en 1937, y se pudo observar por medio del cristal superior del féretro.

### *Resultados de la segunda autopsia*

Acto seguido, los dos versados forenses (patólogos anatómicos y especialistas en criminalística), con más de treinta años de experiencia, se encargaron de ilustrar a los asistentes. La segunda disección aportaba datos relevantes que otrora no se detectaron al no estar tan avanzada la tecnología. Los peritos recogieron *in situ* numerosas porciones de piel, grasa, carne, uña, cabello, huesos largos (proporcionan mayor conocimiento); además de punciones en órganos vitales (cráneo, cerebro, hígado, riñón, pulmón...) para asegurar un resultado concluyente del 99,99 % y dilucidar la verdadera causa de su muerte. Los patólogos examinaron con innovadores microscopios quirúrgicos el epitelio, «epidermis más capa externa de las mucosas», y fluidos corporales, con los que llevaron a cabo distintos ensayos en el laboratorio referentes a componentes tóxicos. Después de semanas de arduo trabajo, el exhaustivo informe describía de esta manera:

Como norma general, los anestésicos se acumulan en la grasa subcutánea y abdominal; mucho más fáciles de rastrear. A través de la sangre, son transportados por todas las partes del organismo, y sus residuos suelen alojarse en el hígado y los riñones, los cuales se unen mediante una estructura covalente a macromoléculas celulares.

El análisis toxicológico se realizó en los mentados órganos, usando un cromatógrafo de gases acoplado a un espectrómetro de masas (técnica estandarizada que separa, identifica y cuantifica las diversas sustancias volátiles que están presentes en las partículas).

Una vez analizada la totalidad de las muestras, se localizaron restos de éter y cloroformo (al 50 %, mezcla precisa) en los tejidos adiposos y vísceras; lo bastante significativo como para determinar que su fenecimiento no fue casual (originado por el atropello), sino que intervino la mano del hombre, el cual atesoraba sobrado intelecto en medicina y anatomía humana. Si se hubiera utilizado arsénico, las evidencias claras del envenenamiento se mostrarían en los cabellos.

La cantidad inoculada no contemplaba una dosis letal, puesto que unos 250 ml serían suficientes para aniquilarlo casi al instante, por lo que se descartó este objetivo. La medida administrada no superaba los 50 ml, verificada por el tamaño de la jeringuilla y por la complexión del señor Antoni Gaudí i Cornet, que pesaba aproximadamente 70 kilogramos. O sea, una cuantía incapaz de matarlo.

Cotejado el estudio pericial en colaboración con la propia investigación de la Fiscalía, ambos coinciden en que el intento de homicidio estaba premeditado hasta el mínimo detalle. El autor dominaba con exactitud el efecto de los sedantes, como son el éter y el cloroformo. Por consiguiente, el sospechoso solo pretendía dejarlo semiinconsciente varios segundos, sufrir un leve desvanecimiento con pérdida del equilibrio y hacerle parecer que iba ebrio, dando bandazos «según testimonios presenciales de la época», lo que le

provocó abalanzarse sobre el tranvía que venía en el otro sentido. Se trataba de orquestar un asesinato perfecto (camuflado por un accidente); quizá de los primeros del siglo xx.

Cabría reseñar que la mezcolanza paralizante empleada, si era inhalada por la nariz y boca con un pañuelo empapado (o semejante), el rastro se volatilizaría y desaparecería enseguida, difícil de detectar. Asimismo, la reacción tardaría al menos tres o cinco minutos para que el erudito arquitecto se desplomara, demasiado para sus viles intenciones. En aquel período, los delinquentes ya sabían que, por medio de una inyección, el líquido alcanzaría más deprisa al cerebro y el mareo yacería inminente.

El enigma se resolvería si se contrastaran las huellas con algún villano de esa década. Las quinielas apuntaban con una altísima probabilidad a Fausto Expósito como principal artífice (sin descendencia) y al padre Elías (sin hijos ni hermanos), como cómplice. El problema radicaba en que los dos se enterraron en fosas comunes, imposibles de exhumar. Y faltaba el más maligno de los tres, el joven sacristán de la basílica de Santa María del Mar.

De inmediato, la jueza se dirigió a los convocados con voz férrea.

—Estimados colegas, el giro que ha revelado la autopsia cambia de modo radical la historia de este país, tal y como hoy la evocamos. Los presuntos culpables ya no están entre nosotros. No me gustaría cerrar el litigio por no disponer de nadie a quien inculpar, por ahora... Las pruebas perduran en el tiempo. Nunca mienten. Solo es necesario desenterrarlas, acreditarlas y lograr que hablen por sí solas. Sé que hay una vía abierta de indagación y confío en sus avances.

Sin mencionarlo, hizo alusión directa a la participación en la tentativa de homicidio del despiadado monje.

A continuación, se leyeron las últimas voluntades del «tercer testigo» del trágico percance del creador de la Sagrada Familia. Por fin se desvelaría el secreto de la famosa agenda del agente de la Guardia Civil, la cual encabezó con los dos atestados que enunció *a priori*.

# Aleluya

## *Primer atestado*

Yo, Ramón Pérez Vázquez, destinado en el cuartel de Travesera de Gracia de Barcelona, manifiesto que el día 7 de junio de 1926 auxilié a un varón que acababa de ser arrollado por un tranvía de la línea 30, en el cruce de la Gran Vía de las Cortes Catalanas con la calle Bailén. Observé un gentío que intentaba parar un taxi, sin éxito alguno. Impuse mi autoridad. Enseñé mi placa, pues disfrutaba de una libranza y vestía de paisano, para detener al primer taxista que asomara por la escena. Lo acompañé «semidesvanecido» al dispensario aledaño de la ronda de San Pedro, número 37, en el que no pudieron ayudarlo al apreciar la gravedad de sus heridas. Proseguimos hacia el hospital de la Santa Creu y no me marché hasta que lo atendieron los sanitarios. Me consultaron si sabía su nombre y contesté que no. Revisé sus bolsillos y no llevaba documentación, solo unos imperdibles, un moquero, un rosario, pasas y nueces.

## *Segundo atestado*

Dos jornadas después, 9 de junio, rehíce mi escrito en virtud de que poseía más referencias, las cuales desconocía con anterioridad. Resulta que el siniestrado era el ilustre arquitecto Antoni Gaudí, al que ninguno de los presentes reconoció. Debo remarcar que portaba un traje muy desgastado y raído, un hombre con un aspecto desaliñado. La mayoría de los viandantes dictaminaron que se asemejaba a un mendigo y confirmaron que caminaba bebido, pegando tumbos de un flanco a otro. Obviamente, no fui capaz de autentificarlo, puesto que llegué un poco más tarde. **Lo que sí corroboro es que su aliento no olía a alcohol. Así lo hago constar.**

## *Agenda*

Pasado un mes, el 7 de julio, hubo un aviso de los vecinos originado por un intenso olor a podrido en el apartamento de Fausto Expósito, en el que apareció muerto. Lo recordé al instante porque fue uno de los testigos del fatal accidente y a mí me tocó redactar el acta para el levantamiento del cadáver. Falleció de sífilis. Había perpetrado diversos atracos a mano armada en pequeños establecimientos. Se trataba de un malhechor que se podía contratar para cualquier tipo de encargo sucio: robo, paliza, ultimátum, secuestro, adopciones irregulares, etcétera. Por sus fechorías, entraba y salía de prisión a menudo. En ocasiones, los inspectores lo utilizaban como informador, a cambio de reducción de condenas. Como tenía numerosas causas pendientes por esclarecer, se registró su vivienda y se incautaron seis evidencias: abundante dinero, una palanca, una jeringuilla usada, una fotografía de Gaudí con las palabras «POR MASÓN» transcritas en el reverso, cartas anónimas con amenazas de muerte y un croquis de la Gran Vía de las Cortes Catalanas en la confluencia con la calle Bailén, donde se advertía un tranvía por cada lado con la fecha del 6 de junio de 1926.

Mis compañeros del acuartelamiento y yo conocíamos a la perfección los tejemanejes que efectuaba Fausto por mi zona asignada, la del barrio del Raval. La fama de jugador, borracho y putero le precedía. Costaba mucho verlo sobrio a partir de las horas vespertinas. No me sorprendió nada que feneciera de una enfermedad venérea.

Según lo acontecido, no me cuadraban un par de cuestiones de los atestados:

- 1) Primera. La casualidad de encontrarnos en el fatídico lugar, justo antes de que yo llegase, por lo que intuía que vislumbró la secuencia entera del atropello. Lo vi de refilón cuando se alejaba, aunque me dio la sensación de ser más alto.
- 2) Segunda. Hallar en su domicilio cuantioso efectivo y una jeringa, extraña herramienta para alguien que apenas sabía leer y escribir. Entonces me pregunté: ¿para qué quería ese artefacto Expósito en su morada y de dónde procedía tanto metálico?

Le di vueltas y vueltas, indagué por aquí y por allá, y nadie me aportó ni una mínima pista. Lo único que saqué en claro es que solían divisarlo alrededor de la iglesia de Santa María del Mar, donde coincidía con un joven monaguillo «muy espigado, dos metros de altura, enjuto, moreno, y **bizco**», con el que mantenía largas conversaciones y paseaban por el sector. Incluso, alguna vez había visto al chaval ir al bar de Manel (frecuentado por Fausto) y entregarle una bolsa abultada o un paquete con pintas sombrías. ¿Posibles billetes y monedas para el pago de determinados trabajos turbios? Lo cierto es que sustentaban una relación hartamente misteriosa. ¿Un clérigo junto a un maleante ateo? Jamás supe en realidad qué tramaba la pareja.

Al final, mis contactos con las altas esferas, me ratificaron que aquel novicio huérfano de unos dieciocho o veinte años se llamaba Teófilo —creo que Pico de apellido—; y que el padre Elías, responsable de la parroquia, ejercía de tutor. Cuando nos cruzábamos por el distrito, el chico esquivaba mi mirada. Parecía un santurrón, pero me enteré de que daba zurras a los descarriados y a los que no querían pagar el diezmo, «tributo del diez por ciento de sus ganancias», para la congregación católica. En sobradas circunstancias lo vi saliendo de la casa de algún feligrés con un maletín para trasladarlo directo a la basílica. Otras veces se subía con un niño de corta edad en coches de ricachones y se esfumaba. En mi opinión, debía ser el contable de los asuntos fraudulentos del rector Elías, al mismo tiempo que secretario y guardaespaldas. Nunca pude acreditarlo y ningún colega me respaldó. La Iglesia católica ha sido siempre intocable y poderosa. Se lo comenté a mis jefes y no me hicieron caso; que me olvidara del tema. La mayoría de mis superiores eran beatos y el párroco les organizaba gratis las bodas, bautizos y comuniones, y hacían la vista gorda.

En resumidas cuentas, estoy convencido de que Fausto Expósito, el 7 de junio de 1926, estuvo implicado en el atropello del señor Antoni Gaudí porque se encontraba presente en el escenario; y no por azar. También considero más que probable que el sacristán Teófilo Pico actuó como cómplice. Así me reafirmo. Sé que a día de hoy no puedo constatarlo. Solo espero y deseo que en las próximas décadas las nuevas tecnologías criminalísticas lo certifiquen.

El legado del guardia civil se escuchó con suma atención en la sala de la Ciutat de la Justícia. Acto seguido, la magistrada se dirigió al público asistente.

—A tenor de todo lo expuesto, queda demostrado que el trágico desenlace del señor Antoni Gaudí i Cornet no fue accidental, sino que intervino la mano del hombre. Por tanto, se abre el turno de preguntas y cedo la palabra al letrado Vilardell del bufete Mackenyo para conocer su criterio sobre el vídeo que le envié anteayer, el cual grabó el señor Gautell.

—Diáfano. Las imágenes por sí solas no constituyen un delito.

—Es correcto. Pero ¿no me negará que esas facultades de su cliente no son habituales para su longevidad?

—No lo son. Admito que es un personaje singular, aunque eso no significa que sea culpable de nada.

—Para mí no existen dudas. Dispongo de un único sospechoso.

La jueza devolvió la pelota al terreno de la defensa.

—Capitán. Necesito que me ponga al corriente con respecto al avance de sus investigaciones.

—Sí, señoría. Hace dos días, el asesor del gabinete Cincasas, el señor David, obtuvo las huellas del monje de un vaso que sustrajo en el monasterio de Montserrat. No pude resistirme e incurrí en una equivocación. Discúlpeme. Las llevé a la Científica para que las registraran y compararan con las de la jeringuilla y la fotografía del insigne arquitecto. Se lo debía a la señora Elizabeth, a su hijo, y al señor Jaume...

—Protesto, señoría. Esas pruebas no se han conseguido de forma lícita —interrumpió enojado el abogado de la acusación particular.

—Aceptada. No obstante, los indicios que lo soportan son numerosos y es hora de atar cabos. Señor Nieto, le recrimino por su falta de profesionalidad. Me ha decepcionado mucho. Confiaba en usted. Por esta razón, le anuncio que tendremos una reunión *a posteriori* con el fiscal para

decidir su actuación y su futuro antes de abrirle un expediente disciplinario. Mientras, adelánteme los resultados. —Lo fusiló con una mirada penetrante e indignada.

—Por supuesto, señoría. Con su permiso leeré el resumen de las conclusiones: «Analizadas las muestras portadas por el responsable de la Fiscalía, observamos que en los tres objetos examinados, el surco y la profundidad de la impronta no son exactamente los mismos. La explicación radica en las diversas etapas de su extensa vida. Entre la huella dactilar de la jeringa y la instantánea hay una diferencia con relación a la del vaso de un siglo aproximado. Por consiguiente, certificamos que las concordancias son del 99 %, ubicadas en superficies distintas y etiquetadas con el nombre de Teófilo Pico».

—Bien. Al menos hemos encontrado una base sólida en la que...

—Protesto, señoría —le cortó de súbito Vilardell.

—Denegada. Y no insista más. Las evidencias extraoficiales son incuestionables, aunque estamos obligados a cumplir con lo establecido por la ley. Por ello, voy a citarlo mediante una orden para interrogarlo y tomar sus improntas de modo legítimo en sede judicial...

—Perdóneme de nuevo, señoría. No se enfade conmigo. Es de máxima urgencia —le suplicó el mando de la Guardia Civil.

—¿Qué mosca le ha picado ahora?

—Acabo de recibir la información del laboratorio de criminalística referente a la tarjeta de memoria del móvil aplastado de la señora Elizabeth, siguiendo el procedimiento vigente. Aquí tiene la última llamada que efectuó y a quién. Ni se lo imagina. Además, la víctima pudo capturar una imagen de su agresor, donde se veía de medio cuerpo hacia abajo, con el hábito benedictino y su peculiar bastón que lo apoyaba. Mírela usted, por favor.

Le entregó el teléfono a la magistrada.

—¡Santo Dios! Por fin tenemos la prueba definitiva para inculparlo. Ese monje es un mentiroso deleznable, se ha reído en nuestra cara desde el principio y nos ha engañado como a bobos. No malgastemos más tiempo. Tráigamelo de inmediato, detenido e imputado por el intento de asesinato de la señora Díaz-Rossell y por la supuesta participación en el intento de homicidio que provocó la muerte del señor Antoni Gaudí. Se cierra la sesión del juicio oral, «visto para sentencia».

—A sus órdenes, señoría.

Paco Nieto prefirió no enseñarle a la jueza la presumible arma con la que ejecutó a Elizabeth para no comprometer a David ni tampoco contaminar una evidencia tan trascendental. Le ofreció acompañarlo en el operativo porque sabía que lo seguiría (sí o sí) hasta el monasterio y así evitaría que cometiera alguna barbaridad.

## Juicio Final

Cogieron dos patrullas y salieron raudos dirección a Montserrat. En una viajaban dos agentes para custodiarlo al regreso y en la otra iba el capitán y el investigador del despacho Cincasas. El joven, atemorizado, no quería subir. Intuía que lo pillarían. Su secreto pronto se desvelaría. Todo el trayecto permaneció callado (como en el juzgado) pensando que ya no disfrutaría más de su familia, que iría de bruces a la cárcel, que se extralimitó al tirar al clérigo por el peñasco. Estaba hundido, arrepentido.

Llegaron a la puerta del claustro privado y golpearon la aldaba con contundencia. Entreabrieron la cancela para preguntar y les indicaron que el padre Teófilo saldría en unos instantes. No transcurrió ni un minuto cuando apareció en escena como el mejor de los ilusionistas, ataviado con su sagrada indumentaria impoluta, sus gafas de culo de botella, su prominente chepa, sin heridas ni marcas padecidas por la caída desde el mirador de la cruz de San Miguel. Y, como siempre, ayudado de su fiel escudero, el sable camuflado dentro del garrote. David no se lo podía creer. Se quedó de piedra, alucinado, como si hubiera vislumbrado un extraterrestre en pantalón bermudas. El corazón le dio un vuelco. Se le escapó por lo bajini un «¡Qué cabrón, sigue vivo el demonio!»; aunque, por suerte, el conductor no lo advirtió, solo una breve reseña del oficial.

—¿Mencionaba algo?

—No, no, cosas mías, estoy una pizca nervioso.

—Pues tranquilícese, no debe hacer nada. Vaya hacia al coche y no se mueva. Es una orden, déjenos trabajar a nosotros.

—Sí, señor. Sin embargo, no se fíe en absoluto de ese falso cura. Tenga cuidado, es extremadamente peligroso.

—Usted está bastante extraño hoy.

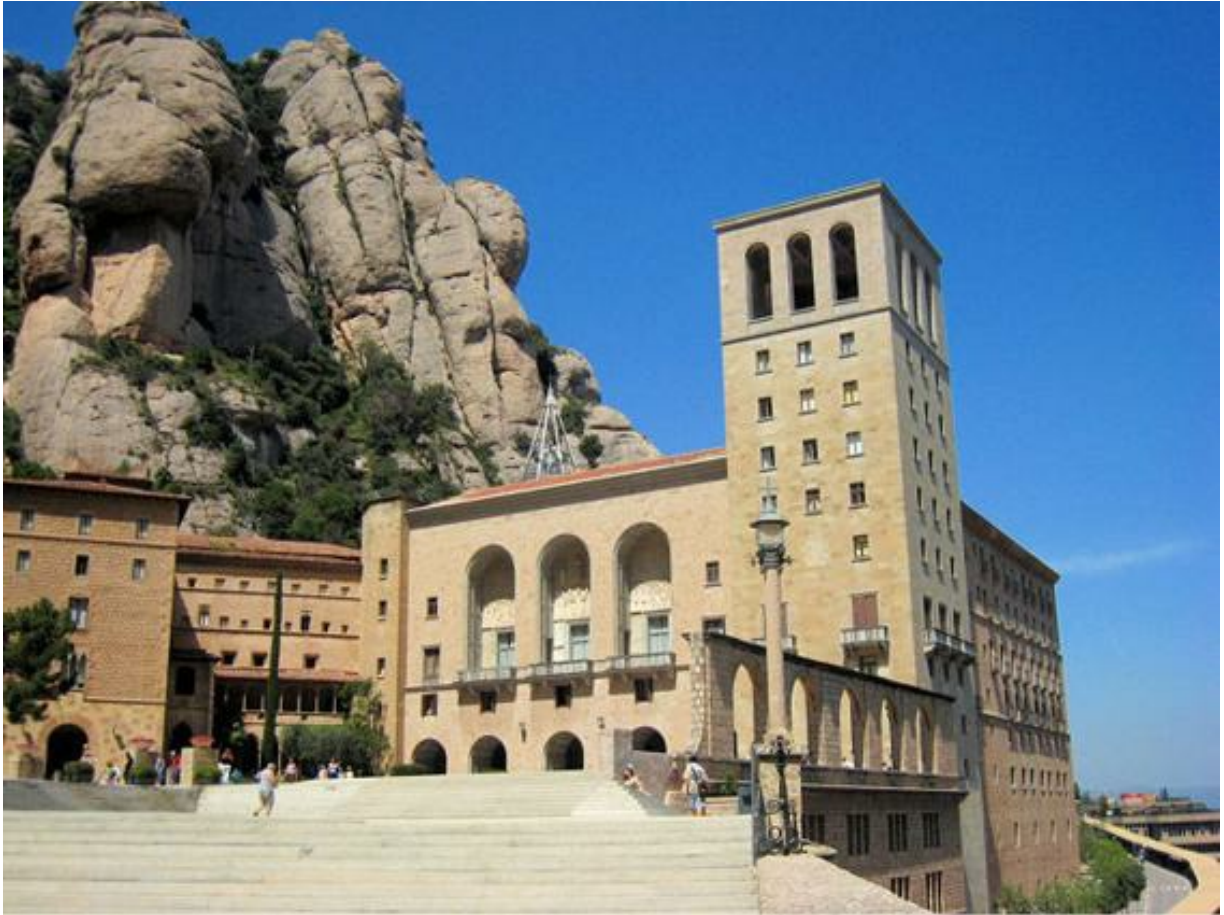
—Hágame caso, se lo ruego. No es lo que parece, es el diablo enmascarado.

—¿Seguro que no se ha bebido un par de copas con misterio antes de desayunar?

—Ojalá. Lo único que anhelo es que ese monstruo desaparezca de la faz de la tierra.

—¡Hum!..., lo entiendo a la perfección —remarcó con rostro de complicidad.

El capitán se agrupó con los dos guardias civiles y se acercó al acusado mientras le mostraba el mandato firmado por la magistrada con la pretensión de leerle sus derechos. El padre Teófilo lo frenó enseguida y le solicitó alejarse de la zona de reclusión de los monjes benedictinos para no importunarlos. Caminaron escasos metros sin salirse de la misma plaza de Santa María, cerca de las dos patrullas aparcadas.



Plaza de Santa María de Montserrat

<https://megaconstrucciones.net/?construccion=monasterio-montserrat>



Plaza de Santa María. Vista aérea del conjunto del monasterio de Montserrat

<https://www.montserratvisita.com/es/propuestas-de-visita/visita-al-santuario>

La tensión en el ambiente se podía cortar con un cuchillo. El mutismo se convirtió en un invitado incómodo y se hizo eterno. A una señal del responsable de la Fiscalía actuaron los efectivos.

—Agente, ¡póngale las esposas!

—A la orden.

Cuando estaba a punto de cogerle el brazo izquierdo, el religioso lo apartó de un fuerte empujón.

—¿Qué hace?

—Proceder a su detención como imputado en el intento de asesinato de la señora Díaz-Rossell y por la supuesta participación en el intento de homicidio que ocasionó el fallecimiento del señor Antoni Gaudí el 7 de junio de 1926.

—¿Qué pruebas poseen en mi contra? —contestó con una actitud desafiante.

—Las suficientes. En comisaría debatiremos ese tema.

—¿Por qué les acompaña ese repelente y miserable detective de pacotilla?

—Eso no le incumbe. Se viene con nosotros y se calla.

A continuación, Paco Nieto le enunció los derechos con la lista de las garantías que le asistían.

—Tiene usted derecho a un abogado de su elección; si no puede disponer de uno, la Administración se lo proporcionará gratuitamente.

»Tiene derecho a declarar o guardar silencio.

»En caso de decidir declarar, tiene derecho a no inculparse.

»Usted es considerado inocente, hasta que se le demuestre lo contrario.

»Tiene derecho a que se le ponga en contacto con un familiar o persona que desee, a conocer el hecho de su detención y el lugar de custodia en el que se halle en cada momento.

»Ahora, por favor, señor Pico, manténgase quieto para colocarles los grilletes.

En un principio colaboró y enseñó sus muñecas con gesto de buena voluntad o rendición. El agente se aproximó y, sin esperárselo, el monje dio un salto mortal hacia atrás con una rotación completa en el aire, digna del mejor saltador olímpico de la historia. Había ganado metros de distancia para prepararse. Entonces se escuchó una sucinta fricción al deslizar el acero y desenvainar su letal sable. De súbito, desplegó su estrategia de combate y se situó en posición de ataque para demostrar su supremacía.

A la vez, los tres defensores de la ley desenfundaron sus pistolas semiautomáticas reglamentarias. David no intervino, el asombro le atrapó en sus redes al ver a un resucitado, a un muerto viviente balancearse de aquella manera tan vertiginosa.

El capitán le gritó con rabia:

—¡Baje ese arma! ¡Se lo ordeno! ¡No se lo pienso repetir! ¡Tírela al suelo! ¡No me obligue a disparar!

—Le faltan agallas. ¡Atrévase a quitármela!

De improviso, el sol enrojeció de un modo insólito. Las nubes comenzaron a galopar sobre cúmulos remolcados por negros caballos que se difuminaban en la lejanía, lo que provocó la creación de infinitos látigos pirotécnicos dispersados en multitud de rumbos diferentes. La temperatura descendió varios grados en un periquete, una descomunal tormenta eléctrica se acababa de producir en torno a ellos. Empezaron a sonar los desgarradores ruidos generados por el choque entre los nimbos y los torbellinos de viento. Era inverosímil creer lo que se divisaba desde la plaza de Santa María. En escasos minutos el escenario se transformó en un paisaje siniestro, el cual no auguraba nada benévolo. Tal vez presenciaban (sin ser conscientes) el presagio del fin del mundo.

Justo cuando las campanas repicaban las tres de la tarde, el cielo se oscureció de golpe, rotulando un grisáceo tenebroso, a la par que se activaba el alumbrado del santuario como único candil. El día amaneció despejado, sin la mínima previsión de precipitación, nadie lo hubiera vaticinado. El villano se puso a agitar sus alargados brazos acompasado por su escudero bastón. Daba la sensación de que el clérigo orquestaba aquel temporal diabólico. Surgían de su maléfica chistera decenas de truenos chirriantes que dañaban los oídos. ¡Crack, crash, crack! ¡Crack, crash, crack! Cientos de relámpagos se cruzaban entre sí y cegaban a las retinas como *flashes*

consecutivos de una máquina de fotografiar. Y, como colofón, una infinidad de rayos zigzagueantes, «envueltos en millones de voltios encabritados», desataban la hecatombe del infierno, la ira de Satanás.



Recreación de la sublime tormenta eléctrica en Montserrat  
<https://www.tiempo.com/ram/71922/rayos-que-no-truenan/>

Frente a ellos se había formado la borrasca más aterradora que jamás vieron sus incrédulas miradas. ¡Brummm! ¡Brummm! ¡Brummm!... Rachas de ciclón que superaban los 150 km por hora hicieron su aparición. ¡Fuuuuu! ¡Fuuuuu! ¡Fuuuuu!... No podían tenerse en pie. Los guardias civiles se parapetaron aferrados a la patrulla. La furia del tornado barría todo por donde avanzaba. La grandeza de su poder y virulencia hacían empequeñecer a los insignificantes humanos. La línea perfilada del horizonte se alió con la del firmamento para engalanarla con sus respectivos destellos y acondicionar el campo de batalla.

Mientras los presentes visualizaban el inusual espectáculo, el malhechor pasó de los fuegos artificiales y se dedicó a lo suyo, a querer matar. Así que se dispuso a dar giros como un samurái, blandiendo su espada, de derecha a izquierda; y viceversa. Parecía una bailarina de porcelana recién fugada de su caja de música. Delante de él permanecían los agentes de la ley inmovilizados. Debían sujetarse a las empuñaduras de las puertas del vehículo para no salir arrastrados por el huracán. El malvado mostraba su ventaja al manejar la tempestad a su antojo. Con sus interminables brazos seguía la endemoniada partitura como si fuese el director de la Filarmónica de Berlín. Las ráfagas de la ventisca le llegaban por su espalda, pero ni le rozaban ni le despeinaban, no le afectaban en absoluto. El débil cuarteto no poseía ninguna opción para enfrentarse en una contienda contra el maligno.

Con el índice diestro dibujó una esfera en el aire que originó la formación inminente de un feroz tifón alrededor de los cuatro prisioneros. Cambió de mano el sable y con el índice de su palma izquierda realizó idéntico desplazamiento con otro remolino (en sentido opuesto) para que

se fusionara al primero, con el consecuente cerco a los rehenes. En un santiamén, creó un círculo en la base y construyó una jaula endiablada, «similar a la carpa de un circo», donde someter a los indefensos y aterrorizados cautivos. Era imposible escapar de aquella cárcel. Sus mandíbulas estaban desencajadas y dejaban entrever la dentadura, tal como un motorista sin casco a máxima velocidad. Se habían convertido en estatuas de piedra. Jugaba con ellos al gato y al ratón. El hechicero los tambaleaba al compás de su varita mágica. Los retuvo un par de minutos más para disfrutar de su sufrimiento y admirar el horror reflejado en sus rostros. Pasado el tiempo de regodeo, detuvo el estruendo al instante. La ventolera y los ciclones desaparecieron, el silencio sepulcral se adueñó de la escena.

El monje Teófilo Pico gozaba de dos enormes cualidades: la experiencia adquirida en el transcurso de su extensa biografía y la custodia de los secretos más inconfesables de la Iglesia católica.

Frenó el fragor del vendaval para que le escucharan a la perfección antes de comenzar el juicio final entre «ángeles y demonio». Quería salvaguardar (difundir) su legado eterno mediante un discurso que llevaba muchísimas décadas deseando hacerlo público.

—Durante más de tres siglos he servido con honor al bien (a la cristiandad) o al mal (anticristo); a tenor de lo que preferáis. Estoy orgulloso de mis hechos, pero cada vez me encuentro más cansado. Es hora de jubilarme, del relevo, soy muy mayor. Por eso, hoy aprenderéis una lección que nunca olvidaréis.

De repente, advirtieron que podían moverse. En un plis plas, regresó la luz natural al monasterio. Concluyó su presidio. No obstante, la influencia del aro satánico los mantenía acorralados. En el *impasse*, David, siempre precavido, aprovechó para grabar el audio y las imágenes con su móvil. El religioso decidió desahogarse y sacar por completo la artillería.

—¡Estúpidos! Inútiles. No sabéis nada. Tantos investigadores reunidos y no habéis descubierto ni un ápice de la verdad. Ni tan siquiera acertasteis el día de la confabulación. En el croquis aparecía correctamente señalada la fecha del suceso, el día 6 de junio de 1926, en síntesis, el 6 del 6 del 6 (666, el número del diablo). Yo mismo le entregué al encargado de perpetrarlo el boceto junto con el maletín repleto de dinero, las instrucciones precisas, una fotografía de Gaudí con las palabras «POR MASÓN» escritas en el reverso y la jeringa con la mezcla de éter y cloroformo al 50 %. Según mi tutor, el arsénico no hubiera sido efectivo, puesto que quedarían evidencias claras de envenenamiento de color gris azulado en las encías.

El día siete fue un fatídico error para la historia porque el asqueroso Fausto Expósito estuvo toda la noche anterior de golfería con prostitutas y borracho como una cuba. Me acerqué a su casa cuando oscureció para comprobar si el trabajo se había efectuado; y el canalla estaba tumbado. Demasiado ebrio, olía a alcohol barato, apestaba a sobaco podrido y roncaba como un buque de guerra. Como no se aguantaba de pie ni disponía de plenas facultades para la tarea encomendada, tuve que reaccionar y modificar los planes. Todo el complot se retrasó un día. A la tarde siguiente seguí de cerca el paseo cotidiano de Gaudí desde la Sagrada Familia. En el bolsillo de la chaqueta portaba la jeringuilla que cogí de la vivienda de Fausto. Esperé al genio modernista en el chaflán de la Gran Vía de las Cortes Catalanas con la calle Bailén, por la cual descendía dirección hacia el mar Mediterráneo. Al cruzarme con él, busqué el encontronazo cara a cara. Utilicé mi mano derecha para ponerle la inyección en su brazo diestro, donde se apoyaba con el bastón. Ni se percató del pinchazo, venía distraído. Él continuó su rumbo sin inmutarse, yo recorrí varios metros en sentido contrario y me di la vuelta para observar. El sedante hizo

efecto enseguida. Entonces, contemplé cómo serpenteaba, hacía eses y acabó atropellado por el tranvía.

La estrategia funcionó, tal como la programó en su día mi mentor el padre Elías. Me interesaba figurar como espectador para despistar y falsear la realidad. Por ello, simulé ser Expósito. Me vestí con su ropa. En su apartamento hallé bastante material de camuflaje y disfraces que usaba en los atracos. Debía caracterizarme de acuerdo con su fisonomía actual. Conseguí aparentar más edad con una barba y bigote postizos, a juego con el sombrero de paja que siempre lucía. Gané corpulencia con un jersey grueso debajo, y para que no se me bajaran los pantalones, me apreté el cinturón a tope. Con respecto a la diferencia de estatura, Fausto medía 1,85 m, nadie notó el cambio al ir un poco agachado. Permanecí allí hasta que se aproximó un joven policía (novato) y tomó declaración a los testigos presenciales. Le facilité mis datos, o sea, los de Fausto Expósito. Además, le comenté que Gaudí era un indigente que caminaba achispado, dando bandazos, al cual conocía de vista y que solía dormir en el portal de una finca de la calle Bailén. Aguardé lo justo para que no sospechara. Por suerte, no recordó mi nombre «fichado» y me esfumé cuando llegó un guardia civil (habitual del barrio) que mostró su autoridad con contundencia para detener a un taxista y trasladarlo al hospital. Él solo me vio de refilón, cuestión que empleé para escabullirme entre el gentío y despertar al borracho con un cubo de agua que le planté en su cabeza de chorlito. Una vez despejado de la cogorza, le expliqué paso por paso lo que había acontecido, para que no metiera la pata porque seguro que le interrogarían un día de estos. Si algo fallaba en la conspiración, no cobraría y recibiría un escarmiento de los que alardeaba mi maestro. Debido a su currículum, salía en todas las quinielas, pero como no hubo indicios de delito y el resto de testimonios corroboraron el falso relato, se zanjó el asunto como un accidente fortuito, no como un asesinato premeditado —confesó con determinación el monje benedictino.

En la platea del improvisado teatro solo se divisaban cuatro individuos perplejos con las retinas colosales como búhos sin poder liberarse del monólogo del criminal.

—¡Qué pardillos sois! Tampoco supisteis quién atacó a Elizabeth en la puerta de su domicilio. Tenía controlados sus horarios, me escondí en el rellano del piso de arriba, después de aflojar la bombilla del techo. Iba enmascarado con la capucha y el pasamontañas que me cubría el rostro. Cuando hizo el gesto de buscar la llave a oscuras, bajé deprisa y le di un buen empujón escaleras abajo. La miré a los ojos. Con el dedo índice le advertí que se olvidara del juicio, que se preocupara del bebé, y le persigné el símbolo de la cruz en la frente.

La charla se alargaba...

—Por cierto, resulta que la puñalada sufrida por el padre del mentecato que está ahí con cara de pánfilo, la organicé yo, aunque no agredí al señor Jaume. Contraté la labor a un sicario que vino desde América del Sur, «ida y vuelta el mismo día». Por fortuna para él, sentí lástima por su familia. Solo mandé que le diera un tremendo susto; una cuchillada en órganos no vitales, para escarmentar al futuro papá.

El siniestro carcelero se dirigió con firmeza a David.

—Detective inepto. ¿Te has preguntado en alguna ocasión si ese hijo es tuyo? Te aconsejaría que te hicieras el test de paternidad. Tu prometida es preciosa, rebosa sensualidad por cada uno de los poros de su tersa piel y, quizás, alguno de sus sueños eróticos se convirtió en realidad, con la ayuda de tranquilizantes. Lo siento mucho por ella. Debía proteger a mi especie y no tuve más remedio que sacrificar a Elizabeth y salvar al sietemesino.

El investigador no aguantó más, deseaba estrangular a aquella bestia despiadada. Salió enfurecido a por el satánico y se golpeó contra la celda difuminada, lo que provocó que rebotara

con brusquedad y cayera de espaldas en el pavimento. Teófilo ni se inquietó, prosiguió con el decálogo.

—Por si no lo habéis adivinado todavía, yo soy un ángel caído, un *Nefilim*, «ser engendrado por un gigantesco demonio y una mujer humana». Fui expulsado del cielo por el Omnipotente y mis alas sobrevivirán mientras exista la continuidad de mi descendencia. He sido el ejecutor, una pieza fundamental, un engranaje clave para el sostenimiento de la cristiandad. He actuado en la sombra, un soldado con total disposición en los ministerios al servicio de la esencial, pura y supremacista Iglesia católica, imprescindible para mantener el equilibrio de mi raza y solucionar los problemas que no ha sabido enmendar el hombre ni la Justicia.

»¿Os acordáis del fallecimiento repentino del papa Juan Pablo I ocurrido en la Ciudad del Vaticano el 28 de septiembre de 1978, y que solo duró 33 días en el pontificado, tras su sucesor Pablo VI? ¿Fue un deceso natural o forzado? Indagad. He viajado por todo el mundo con el objetivo de apuntalar los cimientos de nuestra sagrada hermandad. Y en cuanto os elimine, volaré hacia Italia para cumplir otra nueva misión referente a un argentino progresista, austero, que apoya y bendice la unión civil entre parejas homosexuales... Por último, acabaré el sermón con la confidencia de que el baúl que encontrasteis en la mansión de la avenida del Tibidado es de mi propiedad. Allí guardaba mis secretos, reliquias y fetiches; tales como la calavera de mi tutor el padre Elías, al cual decapité porque se transformó en un viejo inútil, en un lastre para mí. Además de las pruebas que empleaba en los trabajos mandados por la cúpula de Roma. Por ejemplo, las amenazas que no respetó el que se creía el arquitecto de Dios y los dos croquis que dibujé del lugar exacto donde se atentaría a la figura de Gaudí; uno para Fausto Expósito y el otro para mí.

## Ángeles y demonio

El actor los retenía en el círculo sin escapatoria posible, pendientes del ataque de aquel monstruo. Reanudó el ritual anterior y con su mano diestra detuvo el torbellino. La placentera calma se adueñó de la escena. De inmediato, apercibieron que la mazmorra había desaparecido al igual que las inclemencias meteorológicas. El campo de batalla se organizó en un santiamén. Dos agentes por las bandas, el capitán en el centro, un poco retrasado con respecto a los primeros, y el monje enfrente de ellos. La situación de los contrincantes formaba un rombo visto desde las cumbres de los picos de Montserrat. David permaneció en la retaguardia, junto a la patrulla estacionada en la plaza de Santa María, tal como le ordenó el jefe. Eso sí, aprovechó la distracción para grabar el vídeo del combate.

Sin dilación, el religioso se fue directo a por el guardia civil más cercano y le lanzó un amago de corte intimidatorio. El funcionario no dudó ni un instante y descargó un tiro de advertencia, ¡pam!, con su arma reglamentaria, modelo «Ramón» (fabricante israelí EMTAN), muy similar a la pistola semiautomática «Glock», de calibre 9 mm Parabellum. No lo amedrentó en absoluto. Se dispuso a dar vueltas como un trompo mientras los rodeaba y giraba de un lado al otro sin que apenas pudieran seguirle con la mirada. Su agilidad descomunal superaba los límites del ser humano. Bailaba al son de la muerte cuyo ritmo lo marcaba su afilado sable. No sabían cómo capturarlo ni tampoco averiguar sus puntos débiles. Se conformaban con esquivar sus lances y no resultar heridos. El cerco se estrechaba cada vez más. El enemigo tenía pincelado en la mente su próximo movimiento. Debían mover ficha.

De súbito, el villano cogió impulso y efectuó por la derecha una monumental pirueta de acróbata, que sorprendió al propio agente cuando aterrizó justo detrás de él. Intentó zafarse de su agresor, pero no le dio tiempo y se tropezó de lleno con la espada que mutilaba sus entrañas. Solo apreció un ligero aire gélido que circuló hasta llegar al estómago. No suficiente con la hendidura, se ensañó con el moribundo y le abrió en canal desde abajo hacia arriba. ¡Tunc, chas! ¡Tunc, chas!, susurraba el acero al rebanar la carne.

Nieto no titubeó y le disparó certero al hombro: ¡pam! Teófilo ni se enteró. Al revés, se reía: «¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!», e incitaba con el brazo para que repitiera. Continuó con su danza macabra y se dirigió al otro componente del operativo emplazado a escasos metros. Impresionado por la rapidez de sus zancadas, le pegó dos tiros más con tan mala suerte que no atinó.

Sin necesidad de tomar carrerilla, el malévolo se abalanzó por la izquierda con otro salto mortal hacia adelante que pasó por encima de su cabeza y lo pilló desprevenido. De improviso y de espaldas a su presa, realizó un giro brusco de 180 grados sobre sí mismo, de tal manera que se colocó frente al guardia civil, sin probabilidad de reacción. Huelga mencionar que no tuvo ninguna oportunidad de defenderse. En una milésima de segundo le propinó un tajo profundo en el costado, rajándolo de extremo a extremo. ¡Tunc, chas! ¡Tunc, chas!, se escuchó de nuevo aquel horrible sonido del filo del metal al desgarrarlo por dentro. El monje lo había atravesado con el sable impregnado de vísceras de su compañero como si fuera una res de ganado vacuno en el matadero. No sintió nada, solo pudo vislumbrar su abdomen y los intestinos cómo asomaban, a la par que doblaba las rodillas hasta caer (agonizante) de bruces en el suelo de la explanada.

Enseguida, hizo acto de presencia la sangre de color brillante recién oxigenada. Borboteaba como un manantial que no cesaba de teñir de rojo oscuro el enlosado grisáceo de la plaza de Santa María, el cual se convirtió en sucintos momentos en un torrente viscoso y coagulado. El servidor de la ley se desangraba con premura, comenzó a convulsionar y trató de taponar la espeluznante incisión, sin éxito. Los cuerpos inertes de los dos agentes yacían en esa escalofriante planicie. Una masacre aterradora. Los dos murieron casi al unísono y no tuvieron tan siquiera ocasión de emitir un último suspiro.

Nieto estaba desenchajado, acompañado de sus dos colegas fallecidos. No era consciente de lo que veía, no se creía lo acontecido. Sus ojos le engañaban. Parpadeaba de forma repetitiva para despertar de aquella tétrica pesadilla, la realidad sobrepasaba a la ficción. Necesitaba protegerse porque el asesino se acercaba, iba a por él, sin prisas. A tres metros de distancia, el capitán descargó su arma de fuego reiteradas veces; lo alcanzó en una pierna, en el antebrazo, en el torso. ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!, y el malhechor seguía vivo, con su repertorio burlesco. Se plantó delante de sus narices y con prepotencia le alentó con excesiva furia:

—¡Mátame, si eres capaz! Lamentarás haberte cruzado en mi camino.

Su sarcasmo y su risa falsa no paraban: «¡Je, je, je!, ¡ja, ja, ja!, ¡je, je, je!»». Harto de soportar al repugnante criminal, le pegó otro tiro en pleno corazón. ¡Pam! Por desgracia, tampoco sirvió. El mando de la Guardia Civil vació el cargador a la desesperada. El clérigo lo tenía acorralado contra las cuerdas cuando embistió por arriba y le atizó un hachazo en el músculo del brazo izquierdo. ¡Tunc, chas!, que le rasgó y descolgó un trozo del bíceps. Sin pestañear, se cambió velozmente la catana de lado y le asestó otro corte intencionado en la mano derecha. ¡Tunc, chas!, el cual le obligó a soltar la pistola. Indefenso y mutilado, le había seccionado e inmovilizado los tendones flexores. Sus gritos de dolor «horripilantes» retumbaron por toda la abadía. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!, semejante al que sufriría si le arrancaran las uñas con unos alicates (una a una, sin anestesia).

Sometido, cabizbajo, en posición forzosa de rendición, quedó a merced del demonio, en el lugar idóneo para estamparle la estocada definitiva. Levantó su tizona para trincharlo como a un gorrino en Segovia; pero justo en ese ínterin, David (cobijado en el coche patrulla) resurgió para auxiliar al desvalido capitán. No podía permitir que se volviera a escapar. Encolerizado, se aproximó con un semblante enérgico. Portaba el sable que le requisó en la cruz de San Miguel, con el que apuñaló a Elizabeth y a su hijo. Lo miró con desprecio y, con un inmenso odio contenido, le increpó a la cara:

—¡Alto, malnacido! Aquí y ahora se extinguirá tu deleznable existencia. ¡Te voy a matar de nuevo!

—Sí, como esta mañana en la cima. Pensaba que te escondías preso del pánico, como una niña llorona y, por lo que percibo, veo que todavía tienes agallas. ¿Estás seguro de que sabes manejar esa exquisita pieza de coleccionista que me robaste? Ah, por cierto, disfruté un montón cuando ejecuté a tu hermosa mujer, de lo que no me arrepiento; y liberé a tu supuesto vástago. Te pudrirás en el infierno y yo seré tu puto guardián el resto de tus miserables días.

Debía reaccionar deprisa e ignorar las infamias del anticristo. No sería tarea fácil exterminar al malvado cura. Solo lo conseguiría con un milagro, no cabía otra solución. Nunca perdió la esperanza. La bombilla se le iluminó y el designio afloró. A pesar de no ser creyente, el joven requería con urgencia una ayuda divina mediante el reencuentro de su recóndita fe. En un santiamén, decidió implorarse al Omnipotente del singular modo que conocía, rezando con voz potente a la morada de los ángeles.

—¡Bendito sea Dios! ¡Todopoderoso! Perdóname, te lo suplico. La vida de mis seres queridos (mi esposa y mi bebé) y la mía propia dependen de ti; ellos son lo más importante para mí. No busco venganza, solo quiero justicia. Estoy hundido. Carezco de vigor para eliminar a este monstruo. Solo no puedo luchar contra Satanás. Por favor, te lo ruego, concédeme la fortaleza necesaria para aniquilarlo...

De súbito, aquel escenario se engalanó con un majestuoso sol deslumbrante, en el cual los personajes se convirtieron en estatuas inamovibles. El tiempo se detuvo, al igual que el viento. Los ruidos huyeron, como los pájaros. Silencio total repleto de una plácida calma. David era el único apto para moverse, sus extremidades le obedecían de una manera vertiginosa. Giró una vuelta entera sobre sí mismo para observar la magnitud del indescriptible espectáculo que le rodeaba. Próximo a él se encontraba el sumiso capitán, que permanecía estático con las rodillas flexionadas hacia abajo, además de los dos agentes abatidos, encharcados y teñidos de sangre. El monje, mudo, con la boca abierta desde la última ofensa. Su cuerpo continuaba rígido con el sable alzado. Esa instantánea surrealista parecía una alucinación donde tenía que descifrar su papel de protagonista. Se dirigió con varias frases a los interlocutores, pero no recibió contestación alguna en ese inquietante panorama.

Después de una breve y tensa pausa, la bóveda del cielo se abrió en canal, dejando una separación en ambos márgenes, comparable al prodigio que hizo Moisés y su báculo con las aguas del mar Rojo. En un tris, una peculiar nube incandescente emergió con un rayo fulminante escoltado por un ensordecedor trueno. ¡Crack, crash, crack!, que impactó en el hierro de David. La aparición de la lava angelical, «acompañada de millones de voltios», salpicó el ambiente. Al instante se percató de la fuerza descomunal que le había brindado el Supremo. Sus plegarias llegaron a buen puerto. Solo disponía de un as en la manga para efectuar una jugada maestra en la montaña mágica. Tocaba actuar. La intervención de origen celestial cesó y el maléfico clérigo comenzó a despertarse del letargo. Estaba solo ante el peligro. Fue entonces cuando el joven, sin un plan preconcebido, probó y dio un impulso (a pies juntillas) de sobrados metros con una facilidad asombrosa. Envalentonado, se situó a escasa distancia, al acecho del religioso, el cual lo examinaba de reojo, «rabioso por estar casi inmovilizado»; y no al cien por cien de sus facultades.

Sin mayor preámbulo, cogió oxígeno para realizar un salto mortal de 360 grados hacia adelante —lo aprendió en el combate de la cruz de San Miguel—. Se plantó cerca de un flanco y volvió a propulsarse con otra voltereta de medio lado (rotación del torso) para colocarse justo por detrás de él. Aprovechó al tenerlo con los brazos en el aire para culminar la lucha del bien sobre el mal; y vencer al diablo. Levantó el acero electrificado por el rayo de luz del edén y lo elevó al máximo en dirección al firmamento. Presentó sus respetos a su aliada, la Divina Providencia y, de repente, descendió la espada enrojecida con toda su ira reprimida para ejecutar el definitivo golpe magistral, chocando con virulencia contra la nuca. ¡Tunc, chas!, le cercenó el cuello de un solo tajo. Cayó al suelo con el sonido de un endeble ¡chof!, parecido al de una calabaza madura. Rodó la cabeza del demonio, «separada por completo del tronco», y salió despedida un par de zancadas de longitud. Decapitado el monje benedictino, seguía con sus improperios. Empezó a chillar el desamparado cráneo con una voz grave de ultratumba, semejante a la de las atracciones del «túnel del terror»:

—¡Bastardo! Te juro que te arrepentirás.

Un río de sangre manaba por la garganta del degollado. Burbujeaba ante la perpleja mirada de su verdugo, cuyo primer ímpetu fue celebrar con fervor la victoria. Pero, por infortunio, advirtió

que el villano tuvo aún una ocasión de oro que empleó para arrojarle el arma larga y afilada, de tal forma que penetró en su pecho, a pocos centímetros del corazón. Una herida severa que le perforó una sección del pulmón.

Entretanto, Teófilo Pico se mantuvo erguido sin la testa y, lo peor de todo, su lengua bífida continuaba con el infame discurso, muy ralentizado:

—Te lo repito de nuevo. Dis... fru... té ma... tan... do a tu mu... jer y sal... vé a tu su... pues... to hi... jo...

El investigador no soportaba más aquella perniciosa humillación. Las energías disminuían, sabía que pronto se desmayaría. No debía consentir que esa bestia inhumana surgida de las tinieblas ganara. Ya había causado excesivos crímenes. David ofreció su último aliento a cambio de arrasar al malévolo para devolverlo al siniestro inframundo. Apenas tenía movilidad en sus piernas. Exhausto, se dirigió hacia el repelente pedazo de carne parlante. Agarró su acero con la mano derecha y le asestó el concluyente hachazo. Le cortó la cabeza en perpendicular (como un melón en un mercadillo de verano), partiendo su cerebro en dos mitades. Después, con una furia desmedida, se lo incrustó en ángulo recto, lo cuarteó. Le grabó la señal de la cruz y lo rebanó en trozos minúsculos, triturados, hasta convertirlos en picadillo, en miles de trizas. Quería darle un escarmiento, denigrarlo, que no quedara rastro de su horrenda faz.

El clérigo balbuceó algún susurro indescifrable y lentamente su mezquino alegato enmudeció. Exhaló su póstumo suspiro y calló para siempre, machacado y derrotado por su propio sable. En ese preciso momento, el cuerpo guillotinado que permanecía tieso se desplomó y sus restos biológicos se esparcieron por la explanada del santuario. David venció a Goliat por segunda vez.

Lo que presenciaron allí fue sublime, no correspondía a este planeta, se asemejaba a un universo paralelo, muy complejo de explicar. Por suerte, el aguerrido triunfador recopiló casi todas las escenas en audio y vídeo.

Aunque los dos únicos sobrevivientes estaban malheridos, el rostro del joven mostraba cierta euforia con el resultado de la contienda. Acto seguido, se animó a recoger muestras de la sesera del maligno, le amputó el dedo índice con el que manejaba la tempestad a su capricho y los custodió como pruebas, en previsión de novedosos advenimientos en un futuro lejano. Para rematar la faena (con escasas o nulas fuerzas) le consultó al capitán.

—Señor Nieto. Por casualidad, ¿usted no tendrá un encendedor?

—Sí, claro —vocalizó con un sutil lamento.

—Pásemelo, por favor.

Agotado por las lesiones de la refriega, se lo lanzó como pudo.

—No sé si indagar acerca de..., pero ¿qué es lo que quiere hacer?

—¿Ha cocinado en alguna ocasión sesos revueltos al brandi?

—¡Para qué coño pregunto!

—No importa, yo sí. Como no me gusta el coñac, sacaré de la mariconera mi leal petaca de güisqui escocés, lo rociaré por la corteza cerebral y con su mechero le pegaré la llamarada definitiva. El fuego purificará y destruirá al mal.

¡Flum!

Mientras ardían los desechos del diablo, el extenuado héroe necesitaba desahogarse y lo despidió con un mitigado hilo de voz.

—Vuelve al infierno, el lugar del que jamás debiste salir.

Ahora sí, la batalla satánica llegó a su final. Consiguieron exterminar al macabro demonio. La calma regresó al monasterio, al igual que el buen tiempo. El rayo mágico que enarbolaba la

espada de David ascendió galopante a modo de tornado hacia el cielo, «su socio divino», cumpliendo su misión a la perfección. El sol reverberaba en el majestuoso horizonte, brillaba incluso más que cualquier día superazulado. Se vislumbraba el imponente macizo de Montserrat, con las sombras que dibujaban las onduladas lomas sobre los picos cincelados por la sempiterna arquitecta, «la madre naturaleza».

El responsable de la Fiscalía, manchado de rojo, intentaba taponar los cortes padecidos, sin demasiado éxito. Al ojear la cantidad de sangre derramada, imaginó que se habría desvanecido durante algún instante. No acertaba a verbalizar las palabras. Solo se le escapó un débil murmullo.

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Nada, no se preocupe, todo ha terminado. Los refuerzos acudirán prestos y saldremos de esta espantosa pesadilla.

—Antes de que pierda la consciencia. —Pausa para tragar saliva—. Gracias por salvarme la vida, le estaré eternamente agradecido —elogió el oficial al mando al valeroso detective.

—No las merezco. Ha sido un honor para mí.

Pese a rondar el borde de la muerte, los dos valientes no pudieron contener las lágrimas de tantas emociones, de rabia acumulada, de sentimientos encontrados... Se desmoronaron. Tras unos segundos de relajación, los hombretones guardaron la compostura y continuaron con la conversación.

—Juraría haber visto unas luces extrañas (color carmesí) ahí arriba que se desplazaban raudas de un lado a otro y sonidos... —remarcó alucinado Paco Nieto con un murmullo casi imperceptible.

—Tranquilícese, serán fruto de sus delirios, derivados del fragor del combate. Voy a llamar al 112, que nos socorrerán enseguida. Ah, no se enfade conmigo si le menciono que tiene el brazo y la mano colgando, abierta por la mitad.

—¡Qué cabrón! ¡Ja, ja, ja!... Anda que usted. Si mis pupilas no me engañan, lleva de alcayata un enorme sable clavado en el pecho. Parece un *souvenir* de la abadía.

—¡Je, je, je!... No sea malo, que al reír me duele una barbaridad y como me asfixie, lo denunciaré —bromeaba el intrépido protagonista.

—Perdóneme, capullo. No era mi intención. ¡Ja, ja, ja!...

—Qué jodido. ¡Je, je, je!...

Los dos colegas siguieron con la carcajada floja (apenas se escuchaba) hasta que se desmayaron al unísono. Sentados en el suelo y apoyados en el coche patrulla fueron auxiliados por los asistentes de aquel insólito suceso. Merced a la rápida actuación de los transeúntes, «sorprendidos por los disparos y el espectáculo celestial», atendieron con notoriedad a los maltrechos. De hecho, habían avisado con anterioridad a las fuerzas de seguridad y al cuadro médico. También captaron las imágenes de la contienda, desde multitud de perspectivas.

Los sanitarios se personaron en un periquete y estabilizaron a los dos heridos. Al acceder a la plaza de Santa María se hallaron con una aterradora instantánea que se impregnó en sus retinas. La Policía Judicial acordonó la zona, a la espera del juez de instrucción para el levantamiento del cadáver de los dos desafortunados agentes ejecutados. En el *impasse*, la UCO (Unidad Central Operativa de la Guardia Civil), encargada de la investigación, cogió del regazo del joven el saco con las evidencias claves para el sumario: cachos del cerebro, ADN, el dedo y el bastón afilado del criminal Teófilo Pico.

Trasladaron de urgencia a ambos al Hospital del Mar, cada uno en una ambulancia

medicalizada (UCI móvil), donde seguían ingresados Elizabeth y su hijo. La angustiante noticia es que persistían en su gravedad, aunque ella en peor situación. Lo primordial era estar juntos los tres, rodeados de amor y cariño. La parte positiva fue que el sargento Jaume Gautell acababa de recibir el alta recientemente para hacer la convalecencia en su domicilio.

Los días transcurrieron con serenidad y los avezados guerreros se reponían a buen ritmo. El tiempo jugaba a su favor. Al capitán le intervinieron en varias ocasiones para impedir la amputación del brazo y de la mano; a partir de injertos implantados de tejido vivo de su propio cuerpo, con el propósito de reconstruir los dos miembros. Solo ansiaba volver al servicio lo más pronto posible. En menos de un mes se reincorporó a su trabajo en tareas de despacho.

En el caso de David, se libró por los pelos. Tuvieron que practicarle diversas transfusiones de sangre, unido a su inseparable botella de oxígeno. La suerte hizo que la trayectoria de la hendidura de la espada no llegara directa al corazón; eso sí, rozó alguna costilla y lesionó un pulmón. Al cabo de un sucinto período y con las constantes restablecidas, pudieron operarle; con el objeto de suturar y reparar las paredes de las cavidades y los vasos sanguíneos dañados, además de coser la incisión del hombro izquierdo.

Después de los cuidados posoperatorios, obtuvo el permiso del doctor para pasear por los pasillos del centro. Encantado con la primicia, aprovechó para ver a su estimada y a su querido retoño. Antes incluso de las horas de visita, David permanecía inmóvil alrededor de la puerta de entrada a la UCI para encontrarse con su chica, hablarle al oído y narrarle historias divertidas, deseando que regresara su preciosa sonrisa. El informe de la evolución no sonaba nada halagüeño, la abogada continuaba en coma inducido y «muerte cerebral»; conectada al denominado soporte vital, el cual corresponde al tratamiento de emergencia que mantiene en vida al paciente (sin actividad neuronal), puesto que sus órganos por sí solos no funcionaban. Por otro lado, el bebé fue extraído del vientre de la madre y se hallaba monitorizado en la sala de neonatos, aislado en una urna de cristal «incubadora», debilitado y en menor riesgo. El equipo médico le aconsejó a David que, si no mejoraba ella, debía prepararse para el nefasto escenario y decidir sobre el dilema moral de dejarla marchar o mantenerla enganchada a una máquina. Por desgracia, el funesto día del 6 de diciembre de 2026 llegó, después de seis meses de la brutal agresión. Hubo que desconectarla, puesto que seguían sus órganos en mal funcionamiento y sin ningún atisbo de esperanza. A la hora señalada, se procedió según el protocolo dictaminado. A los pocos minutos, comenzaron a fallar los pulmones y su corazón se detuvo. La angelical Elizabeth falleció...

El dolor y la tristeza invadieron el rostro de David. Destrozado, partido en dos mitades por la granada del horror, sollozaba como un niño sin el abrigo de sus padres. Tanto sufrimiento era difícil de aceptar y de expresar. Su proyecto de vida se desmoronó, nada tenía sentido. Las ilusiones se habían esfumado junto a su amada. Por fortuna, podría disfrutar al ver crecer con salud a su hijo; lo único que le proporcionaba alegrías y ganas de seguir existiendo.

En el ínterin, antes del fatídico suceso, para evitar que el joven detective no estuviera solo en ese terrible trance, el bondadoso Paco Nieto se acercaba a menudo para animarlo y ponerle al corriente acerca de las pesquisas que manejaba la Fiscalía; por orden explícita de la jueza (muy afligida). Se efectuó un registro en profundidad de la celda habitada por el monje desde hacía sesenta años. Se desveló cuantiosa documentación y abundantes recortes viejos de periódicos, revistas que describían episodios variopintos referentes a extraños percances, agresiones,

crímenes sin solventar, asesinos en serie. Libros antiquísimos de alquimia, medicina, química, física, anatomía... Pócimas de conjuros de venenos. Supuestas fórmulas para crear el elixir de la eterna juventud (la anhelada inmortalidad; una receta benedictina del siglo XIII que se utilizó a finales del XVII para curar a los enfermos de la peste, la cual provenía de una centena de hierbas aromáticas recogidas en las laderas del Monte Morrone en los Apeninos Abruceses); así como la resurrección de los muertos, brebajes milagrosos, mejunjes endiablados, etcétera.

También corroboró que el ejecutor viajó la semana del 28 de septiembre de 1978 a Roma, «coincidió con la defunción del papa Juan Pablo I», pero no pudo averiguar dónde pernoctó esos días. Tal vez se hospedó en la Ciudad del Vaticano, en una parroquia o en casa de algún amigo sacerdote.

En paralelo, se abrió una nueva investigación, en colaboración con la Europol, en la que se señalaba a los dos altos cargos eclesiásticos, el cardenal Malottia y el obispo Vallefrío, como inductores de las salvajes agresiones a Jaume Gautell y a Elizabeth Díaz-Rossell; aunque tal como aclara el sabio refrán: «Con la Iglesia hemos topado». Con la absolución de toda culpa (eliminaron las pruebas), se cerró uno de los capítulos más oscuros que profesaba esta secta dentro de la congregación católica.

### *Biblioteca secreta de Montserrat*

En una de esas citas del capitán con David...

—Señor Gautell. Mis hombres me comentan que han terminado con la inspección de la biblioteca de la abadía de Montserrat, palmo a palmo, y no han advertido nada sospechoso. Los tengo en línea con el altavoz. ¿Se le ocurre algo más que indagar?

—Un momento. —Cinco segundos. Quizá nueve—. Pues sí. Debemos pensar en una conspiración de tiempos remotos. Estoy convencido de que hay un enigma escondido, fácil de resguardar y complicado de localizar. Como Teófilo Pico gestionaba la actualización del inventario, sería interesante buscar en la base de datos del ordenador títulos que contengan el dígito seis. Incluso, afinaría más y probaría con el 6 del 6 del 26, o sea, la fecha del croquis del atropellamiento de Gaudí.

De inmediato, el informático de la Guardia Civil se puso a teclear a la velocidad del rayo y detectó un archivo que cumplía los requisitos, el VIVIVI, el 666 en números romanos. Estaba justo arriba, pegado al semicírculo de la cubierta, en la última estantería, con lo cual era imposible de visualizar desde abajo. Muy bien guarnecido.



Biblioteca de Montserrat

<https://www.montserratvisita.com/es/cultura/biblioteca-de-montserrat>

Subió un agente y observó que no se trataba de un auténtico libro, solo un atrezo. Palpó el lomo, borde superior y frontal, y al intentar sacarlo de su ubicación emergió una palanca que accionaba ciertos engranajes encargados de revelar una puerta camuflada, por la que se accedía a una rampa del pasadizo secreto que desembocaba en una gigantesca cúpula. La cueva, «con una única entrada y salida transitable», tenía unas dimensiones de unos veinticinco metros de diámetro por diez de altura, similar a un cuarto del terreno de juego de un campo de fútbol.

Los efectivos se introdujeron en ella e iban relatando los hechos vía teléfono por satélite (motivado por la escasa cobertura). La sensación inicial que les recorrió por la piel al ver esa enorme bóveda fue la inaccesibilidad de aquella gruta esculpida por la madre naturaleza; invisible para el ojo humano que caminase por los alrededores del santuario de Montserrat. Al echar un vistazo del recinto, descubrieron un tesoro cultural de un valor incalculable; joyas de oro y plata, cientos de hermosas esculturas, dos hipotéticas Túnica Sagradas, un presunto Santo Grial, grabados, palimpsestos, consagradas Biblias escritas en latín antiguo, lienzos. Obras de arte muy reconocidas y dadas por extraviadas (o robadas); realizadas por ilustres pintores de su época, como Modigliani, Tintoretto, Miguel Ángel Buonarroti, Tiziano, Rafael, Leonardo da Vinci y un extenso etcétera. En síntesis: una espléndida labor policial.

Varios meses más adelante, los medios de comunicación se hicieron eco de la condecoración otorgada a David, por la gran hazaña demostrada en el monasterio y por salvar la vida al capitán Paco Nieto. Se le ofreció el reingreso a la Guardia Civil con los galones de sargento; pero lo declinó.

## Renacido

Como colofón de la crónica narrada, la quimera de Gaudí se convirtió en realidad. La majestuosa basílica de la Sagrada Familia culminó casi en su totalidad el 10 de junio de 2026, cien años después de la muerte de su creador, con la inauguración de la torre principal de Jesucristo, el techo más elevado del conjunto de las catedrales católicas, a 172,5 metros de alzada. El resto de la faraónica obra se iluminaría cada noche a través de un descomunal holograma tridimensional.



Recreación de la Sagrada Familia finalizada en 2026

<https://www.elperiodico.com/es/barcelona/20130925/un-video-muestra-la-sagrada-familia-acabada-2690476>

Todo empezó con el cofre hallado en la reforma de la mansión modernista de la avenida del Tibidabo de Barcelona en el que aparecieron las pruebas inculpatorias donde se manifestaba la clara intención de perpetrar un homicidio (cartas anónimas con severas amenazas, una fotografía del insigne arquitecto con el reverso escrito «POR MASÓN», una jeringuilla usada y un dibujo exhaustivo del accidente provocado en la confluencia de la Gran Vía de las Cortes Catalanas con Bailén, datado el 6-6-1926). Merced a la brillante actuación del disciplinado funcionario Ramón Pérez Vázquez, «el tercer testigo», se desenmascaró la trama y se resolvió el enigma de un asesinato perfecto, orquestado desde Roma.

Ahora debo presentarme, me llamo Antonio. Hoy es una fecha muy importante para mí, 6 de junio de 2056 (6-6-6). Lo que acaban de leer es la última página del libro que escribieron mis padres a lo largo de los primeros nueve meses de su bella historia de amor (el embarazo) y que los más veteranos evocarán por la impresionante repercusión mediática que tuvo aquella tarde

hace treinta años exactos en la abadía de Montserrat. El mundo fue un espectador privilegiado de los fenómenos sobrenaturales que allí sucedieron, manejados al antojo del siniestro personaje religioso Teófilo Pico. Por desgracia, como consecuencia de la trágica batalla entre «ángeles y demonio», se produjo el fatal resultado de seis inocentes malheridos, de los cuales dos fallecieron; más un servidor.

Como resumen de lo que ya habrán asimilado, el documento reseñaba cómo se conocieron mis padres, cómo lucharon contra el ejecutor, cómo sobrevivimos mi madre y yo tres décadas atrás cuando el monje pretendió aniquilarnos, y cómo se forjó el complot para evitar que un masón pudiera edificar el templo más alto de la cristiandad.

Mi madre, Elizabeth Díaz-Rossell, intrépida y bondadosa abogada, estuvo en estado vegetativo (coma inducido) durante un semestre. Si recuerdan ustedes, el 6 de diciembre de 2026, desconectaron el mecanismo del soporte vital (estaba en muerte cerebral). Se detuvo su corazón y falleció... Pero un acontecimiento insólito ocurrió. Justo a los treinta minutos, comenzó a respirar por sí misma y, casi de súbito, abrió los ojos. Los doctores no daban crédito, no había una explicación científica ni lógica. Quizá fue un milagro, o la fuerza del amor, o ambas dos. Por obra de Dios (o no), se recuperó lenta y satisfactoriamente gracias a la atención y a los cuidados médicos.

Mi padre, David Gautell, un aguerrido investigador que vive empeñado en la búsqueda de la sempiterna verdad. Juntos me inculcaron grandes virtudes como la generosidad y me criaron envuelto en un inmenso cariño y una exquisita educación. Tras un año de hospital y rehabilitación, la pareja volvió a las tareas cotidianas del despacho de detectives Gaudiano con sus correspondientes peripecias e indagaciones. Por fortuna, y propiciado por la mejoría de mi madre, mi abuelo y mi padre hicieron las paces; más o menos, y retomaron el trato cordial. Me preparé a fondo en la universidad y, en la actualidad, soy un acreditado arquitecto treintañero. Mi nombre completo es Antoni Gautell Díaz-Rossell, el cual, si abreviamos los apellidos, se convertiría en «**Gau-Dí**». Por ello, al ser tan peculiar la fusión, mis allegados y amigos se dirigen a mí como Antoni Gaudí (cuestión que me enorgullece).

Con el esfuerzo de mi trabajo y la experiencia en el sector de la construcción, he logrado incorporarme al diseño de la ampliación de la Sagrada Familia, tal como le hubiera gustado a su fundador. Esto significaría añadir una hectárea más de l'Eixample, lo que equivaldría a 10 000 metros cuadrados de expansión, con lo que se superarían los 23 000 m<sup>2</sup> de superficie que abarca la basílica de San Pedro.

Por cierto, esta mañana me telefoneó mi padre —algo preocupado— para contarme un lance increíble. Mencionó una frase semejante a «El pasado siempre regresa»; y se cortó. ¡Ring! ¡Ring! ¡Ring! Vaya. Disculpenme. Me está sonando el móvil con un número procedente de Italia.

—Sí, al habla. *Buongiorno!*

No se pudo escuchar al emisor.

—Ay, ¡qué alegría, excelentísimo! Un placer saludarlo de nuevo. ¿Qué es lo que deseaba?

Se intuyó un mensaje conciso (apenas cuarenta segundos).

—Comprendido. Me parece muy relevante, aunque ¿es posible saber con detalle más información al respecto?

—Por esta línea, no.

Quedó diáfana la advertencia. Se percibió el audio de refilón por la separación del auricular de la oreja.

—De acuerdo, allí acudiré la semana que viene a la hora indicada y me hospedaré en el hotel que me ha sugerido. Es usted muy considerado conmigo, reverendísimo.

Imagino que habrán oído la invitación proveniente del Vaticano (no es la primera). Según la conversación, su eminentísimo ha dispuesto para mí un proyecto magnífico que jamás rechazaría. Será «la mayor obra de mi vida y del catolicismo», tal como él ha remarcado. Por el momento, no encuentro otro reto tan apasionante como este. Ah, se me olvidaba. Les confesaré un último secreto.

Desde hace años, asoman a mi mente sueños hartos extraños. En ellos visualizo en reiteradas ocasiones al clérigo benedictino Teófilo Pico combatiendo con un sable en el monasterio de Montserrat. No sé el porqué, pero tengo una conexión brutal con él, como si fuera de mi familia, de mi sangre. Husmeé en sus pertenencias; parte de las cuales guardaron mis padres como fetiche de su caso más mediático y alucinante. Conseguí sus huellas y el ADN; y me hice el test de paternidad, con un porcentaje de coincidencia del 99,99 %. Por tanto, lo quiera o no, es mi progenitor biológico. Debo seguir su estela, su aprendizaje como ejecutor y empaparme de sus eruditos conocimientos como alquimista, como maestro de las ciencias ocultas, y demás.

Lo curioso de mis sentimientos es que nunca he sido un devoto practicante y, desde hace cinco años, me he vuelto mucho más creyente. Lo que sí presiento es que algo en mi interior se ha alterado. Quizá sea por trabajar a diario en un templo sagrado, o por acoger el mandato de la fe, o por estar bendecido por la mano de Dios. No voy a rechazar la propuesta. Todo me suena a música celestial. Ya lo he decidido y he sacado un billete solo de ida para tan señalado día. Por mi cabeza rondan un sinfín de preguntas referentes a mi viaje:

¿Me contratarán para una futura ampliación de la catedral de San Pedro, en vistas del crecimiento de la Sagrada Familia?

¿Me elegirán como mentor para instruir a los monjes jóvenes sobre los rígidos cimientos de la supremacía cristiana?

¿Por qué un ángel puede convertirse en demonio?

¿Por qué una víctima es capaz de transformarse en verdugo?

O tal vez. ¿Recaerá en mí la figura del siguiente ejecutor? Aquel que fue acuchillado salvajemente y arrancado de las entrañas de su madre por su propio padre hace treinta años para continuar sus pasos y perpetuar la especie. Sin duda alguna, preferiría esta opción. Probaré suerte en Roma y si desempeño bien mis funciones, igual hasta me cambio el nombre por el de Teófilo Pico.

## Preludio

Transcurridos escasos instantes del drástico dictamen confirmado por el resucitado Antoni Gaudí, una llamada alarmante se efectuó entre David Gautell y su inseparable amigo arquitecto Jordi Segarra.

—Hola, detective de poca monta. ¿Qué tal andas, ceporrín?

—Liado con dos investigaciones. Me pillas en plena pesquisa de un complicado divorcio, en el que el desliz del marido le va a salir demasiado caro; y la otra, bastante más angustiante. Me la acaban de notificar ahora con la máxima urgencia. Se trata de la desaparición de un menor en el patio de su colegio, al cual me dirijo *ipso facto*. Y a ti, ¿qué tripa se te ha roto, Pepe Gotera, chapuzas a domicilio? ¿A qué cliente le vas a destrozar la morada?

—A nadie. Verás. No te enfades. Quería compartir contigo una inquietante y pésima noticia. No sé cómo empezar, la mala ventura me persigue con las reformas. ¿Te acuerdas de que te comenté el encargo de la mansión modernista de la calle Angli, «zona alta de Barcelona», en la que íbamos a comenzar por la restauración de la fachada principal y la revisión de las vigas de la estructura?

—Sí, sí, ya lo recuerdo. Tranquilo, no te sulfures, esos palacetes tienen al menos ciento cincuenta años de antigüedad. Seguro que se han arrepentido y buscan otra cuadrilla más cualificada y con mejores pintas, je, je, je.

—¡Que no, idiota!, que ha ocurrido lo mismo.

—¡Qué me cuentas! No te entiendo.

—Pues que se ha resquebrajado el suelo de la planta baja en una esquina de la vivienda y me he pegado un batacazo de la hostia. Resulta que ha aparecido una cripta en el sótano «sellada a cal y canto», como la de la avenida del Tibidabo.

—¡No me jodas! ¿Estás de coña, o qué?

—¡Te lo juro por Dios!

—¡Maldita sea! No me lo puedo creer... y, por una remota casualidad, ¿no te habrás encontrado con un baúl idéntico que lleva grabadas las dos iniciales borrosas del diabólico monje, *T y P*?

—¡No!; ¡uno no, dos!